

***LA BELLEZA DEL
CONOCIMIENTO***

Carlos Blanco

PREFACIO

1. UN ESTUDIANTE EN BUSCA DE LA VERDAD

- I. La fuente de todo anhelo
- II. Claroscuros de la vida universitaria en Münster
- III. Admiración por Alemania
- IV. Maestros y discípulos
- V. Un desconocido Martin Heidegger
- VI. Lecturas de Maquiavelo
- VII. Frustraciones filosóficas
- VIII. Darwin: fervor y desconcierto
- IX. ¿Azar o necesidad?
- X. A Bertrand Russell
- XI. Los misterios del inconsciente
- XII. Mente y sensibilidad
- XIII. El arcano de la conciencia
- XIV. Unidad y dialéctica
- XV. A Sir Isaac Newton
- XVI. El fascinante mundo de la nueva ciencia
- XVII. Los enigmas de la relatividad
- XVIII. Pasiones lingüísticas
- XIX. A Ludwig Feuerbach
- XX. A los teólogos del presente y del futuro
- XXI. A Spinoza y a sus virtudes
- XXII. A los pioneros del saber
- XXIII. Infinita es la ciencia
- XXIV. Nietzsche y la tragedia humana
- XXV. La *docta ignorantia*
- XXVI. La perfección y la sencillez

2. EL VERDADERO ROSTRO DE LOS SABIOS

- I. Junto a la catedral de Münster
- II. Los honores académicos
- III. Desengaños universitarios
- IV. Funcionarios del conocimiento
- V. La raíz de todo desencanto
- VI. Memorias de una infancia herida
- VII. El ansia de creatividad
- VIII. Hans Obermeister
- IX. Ferdinand Abendhaus

- X. Anne Marie Niedermayer
- XI. Viaje a París
- XII. Todos los caminos llevan a Roma
- XIII. El cielo en la Tierra: fervor estético en la Capilla Sixtina
- XIV. Münster, Bach y la santidad de la belleza
- XV. Fragmentos del *Réquiem*
- XVI. A Wagner y Mendelssohn
- XVII. El poder de lo efímero

3. AMOR Y DESESPERANZA

- I. ¿Por qué enamorarme?
- II. El primer encuentro
- III. El rápido desengaño

4. LA APERTURA DE LA MENTE

- I. El pacifismo
- II. El socialismo
- III. La religión universal
- IV. El Mesías de Israel
- V. Cristo y la Cruz
- VI. La divinidad cósmica
- VII. Ciencia y religión
- VIII. La vida eterna
- IX. La libertad y el autoconocimiento
- X. El amor y un mundo nuevo
- XI. Cuatro dificultades del dogma cristiano
- XII. Más allá del cristianismo
- XIII. El milagro de la mente humana
- XIV. La fe y el sentimiento
- XV. La existencia de Sísifo
- XVI. La entrega al mundo
- XVII. Sobre el Profeta
- XVIII. A Siddharta Gautama, el Buda
- XIX. A las almas bondadosas
- XX. *Coincidentia oppositorum*
- XXI. Sacerdote de la humanidad

PREFACIO

El lector tiene entre sus manos una combinación de ensayo filosófico y relato literario. Las reflexiones urdidas por un solitario estudiante que acude a una de las mecas del pensamiento especulativo del siglo XX vienen acompañadas de narraciones diversas, recopilaciones de sus vivencias más pujantes y de la huella que han grabado en su desarrollo espiritual.

Las fronteras que escinden los distintos géneros son convencionales. La fijación de un límite entre una disquisición teológica y una narración obedece a un artificio, inspirador y práctico algunas veces, pero angosto y empobrecedor en la mayoría de los casos, pues para expresar las dimensiones más heterogéneas de la experiencia es preciso sobreponerse a las divisiones y concebir la unidad.

He querido bucear en las profundidades de cuestiones inveteradas de la metafísica y de la teología, pero he deseado también explorar la riqueza y la angustia de una vida consagrada a la búsqueda de la verdad. Por ello, las contradicciones interiores de quien, pese a amar apasionadamente el saber, no cesa de sufrir, insatisfecho por su impotencia para alcanzar el todo, emergen de manera ubicua.

En último término, el objetivo de este libro no es otro que el de plantear la pregunta sobre Dios y el sentido del universo, las grandes lagunas del conocimiento humano. Nuestro protagonista se sumerge en las aguas de las humanidades y de las ciencias porque anhela descubrir el rostro del absoluto. Lo consiga o no, quizás le sosiegue recordar las palabras de Pascal: "Alma, consuélate, no me buscarías si no me hubieras encontrado".

UN ESTUDIANTE EN BUSCA DE LA VERDAD

“Ay, he estudiado ya Filosofía, Jurisprudencia, Medicina y también, por desgracia, Teología, todo ello en profundidad extrema y con enconado esfuerzo. Y aquí me veo, pobre loco, sin saber más que al principio”

(Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, primera parte, gabinete de estudio)

I. La fuente de todo anhelo

La luz penetra con delicadeza a través de la ventana de mi habitación. Se agradece esta cálida irrupción de claridad, después de días grises, casi tenebrosos, regidos por esas temperaturas tan gélidas y esas lluvias tan súbitas que disuaden a los alemanes de salir a la calle, de abandonar sus refugios hibernales y así inundar las vías públicas con la contagiosa viveza cuya frescura empapa los rostros de quienes moran en el risueño sur de Europa. Quizás un clima tan poco propicio subyazca a la extraordinaria fertilidad intelectual desplegada por este pueblo. Como premoniciones de la cruz que han de portar sus hombros, todo gran filósofo y científico necesita horas solitarias que agujoneen su sensibilidad y auspicien su fantasía. Ha de abrigar un amor fecundo hacia la abstracción y ha de yacer sediento de verdades puras. Debe alejarse del mundanal ruido que impera a su alrededor, huir de la belleza reposada que prodigan los rayos del Sol e internarse en ese universo que esquiva toda observación superficial: en el templo de las ideas profundas, cuya epifanía sólo resplandece cuando el pensamiento se propone acceder a ellas en el transcurso de meditaciones desasosegantes, nocturnas, casi sepulcrales, ajenas al vaivén y a la vorágine que eclipsan la vida cotidiana y envuelven nuestros afanes caducos. Tiene que convertirse en un digno émulo de Fausto, y encerrarse en una biblioteca cubierta por prominentes y enaladas bóvedas góticas, solemnidad evocadora de paz y silencio medievales, ornamentada con piadosas vidrieras que tan solo reflejen turbias fulguraciones esporádicas de esa luz cenital brindada por las más recónditas alturas, rodeada de paredes húmedas, pálidas y monótonas que exhorten a concentrar todo el vigor en la resolución de las cuestiones más arduas y perentorias, junto a libros roídos por gusanos y a manuscritos carcomidos por la inmisericorde impasibilidad de los años. Ha de vagar por anaqueles polvorientos que custodien joyas enciclopédicas, volúmenes donde se condense la sabiduría legada por los siglos que nos anteceden, todo ello teñido de una inquietante e inspiradora oscuridad en vísperas saciadas de esperanza.

Debe sufrir. Toda vida entraña un desafío, y nadie cumplirá su vocación si no se comprime libremente como el más dócil de los muelles, si no se recoge en su particular cuaresma para acumular una potencia casi infinita que más tarde explote, retráctil, hacia el inmenso y adornado mundo, capaz ahora de desbordar todas las fronteras. Ha de padecer la fuerza creadora de la soledad, el brío del mutismo. Sólo así se disiparán las adustas brumas que entorpecen cualquier visión profunda y docta; sólo así orientará su pensamiento hacia las ideas más elevadas y afrontará los problemas más complejos que anegan la ciencia; sólo así, sólo si renuncia al placer efímero, volátil y absorbente como un bienaventurado asceta, conseguirá otorgar algo valioso a las generaciones venideras, a esa posteridad por cuyo beneplácito se han desvivido tantas almas grandes. Todos pugnamos por un fruto que jamás marchite, por una obra transfigurada en un clásico que enriquezca la *Weltliteratur*, por un escrito o una concepción que experimente esa metamorfosis, mágica y colindante con la esfera de lo santo, cuyo hechizo perfumado transforma una creación, antes enrejada dentro de las ásperas prisiones del presente, en la crisálida de un don admirado por los tiempos futuros.

Sin embargo, una exposición constante al frío, a cielos encapotados que amenazan con precipitar toda su furia sobre estas pintorescas ciudades alemanas, inflige graves males en el espíritu. Es cierto que la brevedad de los días y un anochecer tan temprano favorecen el estudio, fomentan el trabajo riguroso, el tiempo bien aprovechado; pero resulta innegable que el ser humano precisa también de las caricias periódicas que nos concede el Sol y de los serenos halagos de la Tierra, como gozar de la conversación de los amigos sentados en plazas luminosas, o pasear junto a ríos sigilosos y degustar ese haz de belleza efusiva que posa la suavidad de sus alas sobre paisajes diáfanos y verdeantes, fuentes nutricias de las églogas más perdurables, cantos entusiastas a la inagotable creatividad de la vida... Componer poemas y entonar melodías mientras un chorro de luz, agudeza y mansedumbre bendice rostros agrietados, ¿no representa una aspiración noble, un ideal que también ha avivado esa pujante llama de fervor artístico y filosófico cuya inflamada claridad ha enardecido las costas mediterráneas desde los albores mismos de la civilización?

Pero las riendas de mi época las ha tomado este Norte europeo triste y sombrío, aunque honesto, trabajador y hondo en sus reflexiones, impregnado aún de una atmósfera tenuemente romántica, melancólica y angustiada, cuyas gotas chispeantes bañan todas las esferas que tejen la existencia del pueblo alemán, que por igual sueña con formular la más alta filosofía que con producir los bienes más sofisticados. Esta conjunción tan admirable entre la teoría y la acción, en una contemplación embriagadora de las ideas cuyos estímulos redundan en beneficio tanto del quehacer humanístico como del científico, explica el notable éxito que han coronado estas naciones en los últimos siglos. En ellas surgió, a juicio de tantos sabios, el capitalismo, pero también despuntó en sus valles la dorada luz de la Reforma, de la libertad, de la emancipación de antiguas cadenas que apagaban el fuego de un pensamiento sincero, valiente y profundo.

Münster me fascina. Caminar por el laberinto que dibujan sus intrincadas callejuelas, sendas que desembocan repentinamente en plazas majestuosas, flanqueadas por elegantes catedrales e iglesias blasonadas con torres esbeltas y refulgentes, fortalece mi imaginación y endereza mi voluntad. Pienso en los grandes poetas alemanes, en los broches de oro que ensalzan su cultura, en sus pensadores más insignes, en la pléyade de científicos y exploradores del vasto mundo del saber que recorrieron esta ciudad, y en cuya universidad ejercieron fecundamente su magisterio.

Estudio filosofía. Sé que a muchos extrañará que alguien consagre sus energías y sus entusiasmos a una actividad tan evasiva, rebelde y vaporosa, tan difícilmente vinculable a logros concretos, como la etérea búsqueda asociada a ese renuente “amor a la sabiduría” que tanto embrujó a los antiguos griegos. Pero yo amo el humanismo, la grandeza en las versátiles provincias del espíritu, la dedicación a fines que trasciendan toda esclavitud utilitarista. No deseo ser avasallado por la técnica y la eficacia: aspiro a convertirme en señor, no en siervo de los incontables estímulos que se ciernen sobre mí. Y cuando penetro en los interrogantes inveterados que hunden sus raíces en el suelo más fértil de la milenaria tradición occidental; cuando buceo en las aguas de cualquier concepto y *Weltanschauung* que se hallen imbuidos de misticismo y religiosidad, rociados de una intuición sacra volcada hacia los difusos dominios del universo y de la vida, mi alma siente que ha encontrado su verdadero hogar. Un viento

cálido la arropa, y la encadena tiernamente a la curiosidad más hermosa y aleccionadora. Es la hospitalidad de la filosofía. Es el suave soplo del conocimiento.

Quien me escuche se sorprenderá aún más si le revelo que también soy alumno de teología. Como *rara avis*, asisto a cursos impartidos tanto en la facultad de teología católica como en la protestante. Ambiciono la instrucción más completa posible, una objetividad inasequible en la mayoría de los planteamientos metafísicos y teológicos, y trato de no capitular nunca ante exigencias confesionales cuya rigidez ahogue la creatividad intelectual y extinga las libres energías que bruñen las más altas cimas del espíritu. Además, detesto a quienes sólo leen textos que ratifican sus axiomas de partida y apuntalan sus prejuicios, pues me apasiona someterme constantemente a opiniones que me contradigan y a formas de pensamiento que me despierten de mis insufribles letargos filosóficos. Pero este empeño por entender cabalmente al otro y familiarizarme con todos los puntos de vista, ávido de cartografiar el dilatado reino de las ideas humanas, se traduce en un compromiso plausible y sincero, no en exóticas veleidades. Así, cuando quiero aprender teología protestante, acudo a la facultad evangélica, y cuando mis obsesivos intereses religiosos se enfocan hacia la doctrina católica, aguzo el oído ante algunas de las mejores eminencias cristiano-romanas, quienes desfilan continuamente por esta ciudad de Münster y diseminan su inagotable erudición sobre las anhelosas cabezas de sus discípulos. Es la belleza del sistema universitario alemán, donde el cultivo de la teología no se restringe a los angostos y esotéricos márgenes del territorio eclesial, confinado en sus mohosos claustros y oscuras sacristías, sino que se considera una actividad estrictamente académica, en diálogo permanente con otras disciplinas del conocimiento, guiados por la convicción de que el contacto con esa “fe pensada” ennoblece el acervo de ideas que ha forjado la humanidad; porque el intelecto siempre busca acicates creativos, sin importar de dónde provengan, sin envararse en ruines mezquindades dogmáticas.

No profeso ninguna fe. Mi alma es aún joven, demasiado aferrada a este magnífico tesoro como para encerrarse en estrechos cánones religiosos. No rehúsa beber de unos manantiales infinitos que se alzan ante ella, pero también se muestra ansiosa de escrutar el significado más hondo de ese cúmulo de creencias que ha incentivado tanta obra artística y ha alentado tanta filosofía, como torrente de inspiración para multitud de pueblos y culturas. Codicia, en definitiva, extraer el más ilustrativo jugo filosófico que adereza tanto la fe cristiana como las principales categorías de otras religiones, para así paladear su auténtica esencia, degustar ese abanico de verdades esclarecedoras sobre los abismos que trenzan la naturaleza humana. No creo en el Dios de los cristianos, de los musulmanes y de los judíos, pero tampoco siento especial simpatía por las deidades de los pueblos orientales; menos aún por religiones eclécticas, sincretistas o artificiosas cuyas esperanzas no hayan surgido del dolor y de la sinceridad que los grandes profetas tuvieron que acoger en su corazón para vivificar sus doctrinas más perdurables. No he desarrollado ninguna animadversión hacia las creencias religiosas, sino más bien todo lo contrario: con su espesa y absorbente capa, me ha arropado un interés que crece de manera exponencial, casi enloquecedora, dirigido hacia sus afirmaciones más misteriosas, inexhaustas y subyugantes. Ese celo que ha consumido tantos corazones me fustiga, me hipnotiza, me asombra, sobre todo si ha sido capaz de impulsar el espíritu hacia territorios de amplitud inexplorada. Me envuelve como una hiedra trepadora

que brota desde fondos insondables, espejo de ese poder de atracción infinita que acaparan tantas y tan prolíficas cristalizaciones del conocimiento humano, y la fascinación que talla en mí espolea mis incursiones en las pantanosas parcelas de la teología. Oscilo irremediamente entre una devoción que sólo irradia sentimiento, nostalgia, pureza, llanto y soledad, y un apego disciplinado a los exigentes cánones de la razón, pues soy hijo de la modernidad, y fiel y sumisamente me postro ante un instrumento tan enaltecedor como el que nos proporciona la simbiosis de lógica y experiencia, cuya heurística nos ha permitido desentrañar enigmas que habían seducido a las mentes más conspicuas desde la remota antigüedad.

Cualquier fe profunda y honesta esconde la clave del sufrimiento último y del deseo más elevado que ampara todo ser en la intimidad de su sagrario inviolable. Probablemente debiera calificarme a mí mismo de panteísta, porque yo atisbo tímidos destellos de lo divino en toda manifestación de hermosura que se presenta ante mí, en toda idea revestida de bondad que fragüen los hombres y en todo sentimiento que me transporte a cielos invisibles, surcados por amenas y santas bandadas de aves, en los que mi espíritu conquiste, aun fugazmente, los lauros de un deleite, de una fruición que nunca obtendría en la fragilidad de esta tierra. No me malinterpreten: yo no abogo por adorar los árboles, las plantas, los animales, los ríos, las montañas y los policromados cielos como rostros ostensibles de la divinidad. Deificar objetos naturales equivaldría a reproducir aciagas supersticiones, el aquelarre de temores ancestrales que atrofia las mentes animistas, obligadas a tributar la más alta pleitesía a un cosmos huidizo, mutable y transido de mortalidad. Al definirme como panteísta -o, más correctamente, como "panteísta sentimental"-, evoco esa fe, ese éxtasis que me embarga cuando contemplo cualquier expresión de la naturaleza y percibo, en todos sus detalles, la huella de una creatividad prístina que para mí posee resonancias divinas: el tronar de una cascada de aguas que fluyen desde la patria de la originalidad absoluta, del poder incondicionado, del amor auténtico, y se desplazan, elegante y despaciosamente, desde esos manantiales primordiales; el rocío que desprenden los pechos de la vida y derraman las fuentes de lo eterno. Su luz frisa con un sentimiento puro por cuya dulzura suspira todo corazón atribulado, y continuamente me digo a mí mismo: ¡ojalá pudiera sentirlo todo, conocerlo todo, pensarlo todo y amarlo todo!

Embriagado por la magnificencia de los inalienables misterios que me desbordan, me veo invitado a pensar en una mente superior a la del hombre, en una inteligencia mucho más vigorosa e inspiradora que el copioso y caduco mosaico de espíritus divinos alabados por los mercaderes religiosos, por los traficantes del miedo y los apóstoles de la ignorancia. Intrigado por su esencia última, por su morada recóndita, por su alcance verdadero, ¡cuántas veces y con cuántas lágrimas no habré meditado sobre un hermoso texto de Rousseau en su *Profesión de Fe del Vicario Saboyano*: "no sólo en los cielos que giran, en el astro que nos alumbrá; no sólo en mí mismo, sino también en el cordero que paca, en el pájaro que vuela, en la piedra que cae, en la hoja que es arrastrada por el viento"!

Mi credo articula una mezcolanza filosófico-teológica: la que concibe a Dios como la realidad "en la que vivimos, nos movemos y existimos" (así lo proclama San Pablo en su

famoso discurso pronunciado en el Areópago¹) y la que valora el fenómeno religioso como fruto lacrimoso de un sentimiento de dependencia que nos hermana, con áureos eslabones, al inabordable infinito (sistematizado por Schleiermacher en el apogeo del romanticismo alemán en sus *Discursos sobre la Religión*).

¿No bebe toda religión, cualquier doctrina alumbrada en el pasado o profesada en el presente, de esos hontanares tan hialinos e inescrutables?² ¿En ese ser innumerable cuya inefabilidad hiere la flaqueza ínsita a toda palabra humana, no condensa cada credo la aspiración a intuir una síntesis, una androginia que confraternice lo uno y lo múltiple, una reconciliación que acrisole todos los opuestos en la más bella, apocopada y poderosa armonía, a cuya luz el sentimiento se funda con la inteligencia, y se acendren en esa unidad impenetrable que encarna el corazón humano? ¿No late en la práctica totalidad de las religiones de la Tierra una tentativa análoga de identificar la concordia entre lo singular y lo universal, ese empeño tan denodado que ha seducido a los filósofos desde Tales de Mileto? De hecho, sus fascinantes ecos se perciben, ya con anterioridad, en las grandes corrientes místicas y filosóficas que sazonan el subcontinente indio. Poco importa que exhiban o no cadencias de esos sutiles constructos teóricos confeccionados por nuestros eruditos y subsumidos bajo las categorías de “panteísmo”, “henoteísmo” o “monoteísmo”...: en todas vibra una reveladora inclinación hacia lo uno, reflejo brioso de ansias insondables cuyas naves bogan por las profundidades del alma humana. Lo leemos en un pasaje del *Bhagavad Gita* (XI, 20): “Aunque Tú eres uno, Te difundes por todas partes del cielo y de los planetas, y por todo el espacio que hay entre ellos. ¡Oh Tú, el grandioso!, al ver esta forma maravillosa y terrible, todos los sistemas planetarios se perturban”.

Sus trazos oblicuos focalizan el fervor espiritual atesorado por los credos de la humanidad en determinadas potencias sobrenaturales, ya fueran Ra, Ptah, Amón o cualquier cúspide que encabezara la jerarquía del panteón de los antiguos egipcios; ya fuera el Enki de los sumerios o el Marduk de los babilonios; ya fuera el dios Ashur de los asirios o el Ahura-

¹ Los *Hechos de los Apóstoles* se refieren a ese "todo en todos" cuya pujanza resplandece en cada ente, en cada intuición, en cada idea.

² Por supuesto, las experiencias religiosas quizás broten, en numerosas ocasiones, de procesos de emoción y éxtasis detonados por el consumo de determinadas sustancias o por disposiciones somáticas muy concretas. El silencio, el ayuno, la soledad y la actitud meditativa seguramente contribuyan a su génesis. De hecho, es muy probable que los chamanes y los hechiceros de tantas culturas accedieran a su estado de excitación psicológica tras ingerir ciertos alucinógenos. Pero reducir la idea de Dios, o cualquier otro gran concepto alumbrado por la mente, a un mero mecanismo neuroquímico me parece profundamente desencaminado. ¿No llegamos también a la noción de Dios por medio de un razonamiento, de un itinerario argumentativo? ¿No descubrimos la idea de infinitud, sobre la que no atesoramos experiencia positiva alguna, a través de un razonamiento lógico que nos impulsa a trascender lo finito? ¿O acaso nuestra comprensión de lo infinito es subsidiaria de la ingesta de alucinógenos? Si hablar de Dios o del alma no es científico, tampoco lo es entonces referirse al universo, pues yo no contemplo el universo: únicamente detecto cosas y acciones que las vinculan. Lo científico estribará en el modo en que examinemos cualquiera de estos objetos (Dios, alma, mundo...); por ejemplo, si exploramos el alma amparados en el estudio biológico del cerebro y en las reglas con las que opera nuestro intelecto, o si abordamos la idea de Dios desde la naturaleza, la razón y el desentrañamiento de sus respectivas leyes.

Mazda de los zoroastrianos³; ya fuera en la alabanza a la unidad y universalidad de Dios - creador, preservador y destructor- incoada por el sijismo y por ciertas tendencias del hinduismo o a través del diáfano triunvirato forjado por el ser, la conciencia y la beatitud⁴; ya fuera el luminoso nirvana, capaz de fusionarnos con el silencio crepuscular del cosmos en el budismo, o el ideal de virtud, armonía y meritocracia predicado por Confucio; ya fuera la unión con las fuentes del ser y de la nada que figura en el *Tao-Te-Ching*⁵ o el sueño jainista de purificar el *jiva*, para así escapar del avasallador ciclo de reencarnaciones⁶; ya fuera la conmovedora devoción por la sustancia sagrada que todo lo impregna con su fuerza sobrenatural, piedad que impulsa a tantos sintoístas a honrar a los *kami*, espíritus ubicuos venerados por los japoneses, o el Odín de la mitología nórdica, padre supremo de la creación, dios de la guerra y de la sabiduría⁷; ya fueran el Zeus de los griegos, el Júpiter de los romanos o el Mitra de los más variopintos cultos iniciáticos que proliferaron durante los primeros siglos de la era cristiana; ya fuera el Kukulcan de los mayas, los Quetzalcoatl, Tlaloc o Huitzilopochtli de los aztecas o el Olodumare de los santeros cubanos⁸... ¿Quién negará la infinita creatividad de la imaginación humana, cuyo ímpetu bate las alas del pensamiento? ¿Y quién soy yo para rechazar la posibilidad de que exista Dios, una inteligencia suprema en el universo, con todo lo que ignoro y todo lo que aún me falta por descubrir?

Por supuesto, en las religiones monoteístas de matriz abrahámica, ese amor por la unidad brilla elevado a su enésimo exponente, pero creo que sus irisaciones también destellan en credos tradicionalmente menospreciados como politeístas o animistas. Por su parte, el cristianismo recoge esa pertinaz tensión creativa que enfrenta lo uno y lo múltiple en su dogma de la Santísima Trinidad: la *perijóresis* de la gran teología griega, concepto profundo y estremecedor que evidencia la debilidad de todas nuestras categorías, la derrota de la razón humana cuando se afana en comprender la unidad última que entrelace, armoniosamente, unidad y multiplicidad, reclusión y compañía, soledad y diálogo⁹.

³ El heroico principio del bien, embarcado en una vasta y dolorosa batalla contra las fuerzas del mal, capitaneadas por Ahriman, señor de la oscuridad.

⁴ La célebre *Saccidananda* sánscrita, cuyo núcleo evoca la experiencia de la mente universal que tantos hindúes anhelan.

⁵ Amor, moderación y humildad: he aquí las líneas maestras pinceladas por el taoísmo.

⁶ ¡Qué noble empeño el de la *ahimsa*, el de sumergirse en los mares de la no-violencia para redimir el corazón y vislumbrar lo eterno y unitario!

⁷ Extraña amalgama de atribuciones que transparenta, sin embargo, una inquietud hondamente humana: la búsqueda de una síntesis de los opuestos.

⁸ Olodumare es el Dios creador. Surge en un interesante crisol de tradiciones yoruba (brotadas en el África occidental y trágicamente trasplantadas al Nuevo Mundo, en uno de los episodios más oscuros y descorazonadores de la historia; es admirable que estas gentes no hayan perdido su alegría, su musicalidad, su pasión por la vida y por la exuberancia...) y ritos cristianos, mestizaje ejemplificado en la estrecha conexión que une a los "*orisha*" con los santos católicos.

⁹ Esta *perijóresis* equivale a la *circuminsessio* latina. En cualquier caso, respeto más la teología de los Padres griegos (y, quién sabe, de ocultas madres de la Iglesia...) que las doctrinas alumbradas por los teólogos latinos. De hecho, considero que autores como San Gregorio de Nisa, cima de la teología capadocia, custodian un verdadero tesoro de hondo calado filosófico. No dejemos la gran teología en manos de los clérigos, secuestrada por sus intereses proselitistas y sus ambiciones iletradas: extraigamos su contenido filosófico y entronicémoslo como patrimonio de la humanidad...

Acuciado por el arduo problema de integrar lo uno y lo múltiple, cuyas derivaciones han absorbido la conciencia occidental desde la aurora de la filosofía en Jonia¹⁰, el cristianismo opta por una vía relativamente fácil: introduce la multiplicidad en el ser mismo de Dios. En cierto modo, no cabía otra respuesta para despejar esta incógnita tan embelesadora. Tampoco a Hegel temblará la mano cuando, ávido de superar la dualidad, el cisma inveterado que escinde el ser y el no-ser, se incline por insertar el no-ser dentro del ser como fuerza motriz de su dinamismo universal. Así, las primeras páginas de su *Ciencia de la Lógica* establecen que el ser equivale al no-ser. En la Trinidad, en ese hermoso -¿y metafórico?- crisol que funde unidad y multiplicidad con el fuego sagrado de un amor capaz de recapitularlo todo, el Padre sólo ejerce su paternidad si existe un hijo al que ame de todo corazón, pero el hijo sólo es tal en virtud de la sumisa filiación que lo vincula al Padre. En el Espíritu reverbera, majestuosamente, con un equilibrio teórico y una originalidad filosófica cuyas chispeantes evocaciones no cesan de atraparme, la mutua imbricación del Padre y del Hijo, del principio sin principio y del eterno *Alter*, imagen vidriada en la que se contempla el Dios omnipotente. El Espíritu es la vida, la inexorable síntesis de contradicciones que peregrina hacia un futuro insondable, conminada a asumir oscuridades pasadas y luces presentes, propulsada sin remedio hacia horizontes nuevos e instada siempre a compendiar lo anterior; amalgama que entrevera fulgor y oscuridad en el único poder de la mente y de la naturaleza apto para reconciliarlo todo con todo: el amor.

Incluso en el más flagrante politeísmo despunta una luz henoteísta, un clamor de síntesis, la veneración por la unidad de lo divino, revelado a través de una concatenación de exquisitas manifestaciones (así lo profesa el bahaísmo). Toda religión vuelca su elegía más turbadora, riachuelos inolvidables vivificados por copiosas lágrimas, hacia una unidad perdida o inalcanzada, hacia la patria de comunión que nos ligue a poderes eternos e inefables. Toda religión es un poema a lo que aún no conocemos o no hemos vivido. Toda religión esconde la expresión de ese asombro lírico ante lo deslumbrante. Yo también anhelo sumergirme en las aguas de lo suprarrazional, pero ¿puedo? ¿Qué soy? ¿Hacia dónde me dirigiré? Creo que todo aquél que se esfuerza en amar, entender y engrandecer la vida merece la salvación, el sentido, el ser, y yo no deseo despojar a la humanidad de su esperanza: quiero comprenderla.

Esta sed de trascendencia me exhorta a alabar la inocente belleza de la mística que aquilata tantas religiones, como el sufismo, perfume del Islam, búsqueda desaforada de la unión entre creador y criatura, la luz límpida, ubicua y primigenia derramada en todo y en todos que disuelve grácilmente la conciencia del yo¹¹, desposado ahora a la divinidad de manera inextricable. Su pureza revolotea por los párrafos de un hermoso libro titulado *El Profeta*, de Gibran Jalil Gibran, que con inmenso deleite he devorado por recomendación de un amigo libanés. Sí, yo soy todos, soy un ego extinto cuando suspiro por fines cristalinos y universales. ¿Por qué? ¿Qué es la verdad y qué vía regia conduce a ella? Abrazarlo todo, y yo no puedo elegir. Yo he de amarlo todo. No es una cuestión de verdad o falsedad: se trata de rebasar lo dado y de afanarse en sentirlo todo. Debemos ensanchar el espíritu.

¹⁰ Y quizás antes, ya en las primeras grandes civilizaciones que se asentaron en torno a los fértiles cauces fluviales del Nilo, el Tigris, el Éufrates, el Indo, el Yang-Tsé...

¹¹ Es el *fana*, la venturosa aniquilación del *ego* para resaltar la inquebrantable unidad entre Dios y todo lo creado.

Desde mi mesilla de noche me vigila un ejemplar de *Lo Santo*, en la brevedad de cuyas páginas se condensan un amor, una sabiduría y una belleza tan profundas que enfervorizan el espíritu. Acudo constantemente a esta obra, como una cierva ansiosa de encontrar las fuentes de las aguas primordiales. No hace mucho leí que el autor de este libro inmortal, el teólogo luterano Rudolf Otto, profesor en Marburgo, experimentó una vivencia espiritual que cambió por completo su vida y transfiguró su pensamiento. Fue en una sinagoga de Tánger, donde se conmovió al oír el trisagio hebreo “*Qadosh, qadosh, qadosh...*”¹², palabras angelicales que aparecen en el proto-Isaías. Se imbuyó de fascinación y de horror: prosternado ante el *mysterium tremendum et fascinans* que embriagó su intelecto, acarició una luz eterna e indescriptible, infinitamente diáfana, inagotable e irreductible; un don con cuyas irradiaciones sueña todo corazón puro. Llamémoslo Dios, sentimiento, santidad...: son las manos que esparcen misericordia entre los hombres, son los ojos que diseminan rectitud y los labios que exhalan el rocío de la sabiduría. Despleguemos la más alta y pujante creatividad que concita toda lengua humana; profiramos los epítetos más excelsos jamás alumbrados; sirvámonos de los versos más sublimes declamados por los mejores poetas de todos los tiempos; inhalemos la docta fragancia que desprenden los conceptos más trascendentes y radicales gestados por los sabios de todas las edades, nociones últimas más allá de cuyos límites se nos antoja imposible proseguir embarcados en la magna nave del pensamiento...; empleemos, en definitiva, todos los resortes, los casi infinitos resquicios de hondura que nos otorgan el lenguaje y la inteligencia, pero jamás intuiremos, ni siquiera frágilmente, ese “totalmente-otro” que desafía toda idea y humilla todo sentimiento: jamás veremos el rostro de Dios.

Escucho los ecos de un mensaje muy sincero y me entrego a él. Quizás tenga razón Goethe cuando afirma “*Es spricht kein Gott; es spricht dein eignes Herz*”¹³, pero suaves voces me susurran al oído que existe un espacio cuya vigorosa luminosidad nos desborda, ruboriza y estremece. Yo lo desconozco, aunque sueño con rasgar su delicado velo y bañarme en los lagos que custodian su secreto más profundo. Aunque se difume la fe en lo divino, obliterada en un ocaso nietzscheano de los dioses, ¿no arrecia también la esperanza en esa aurora cuyas irisaciones borrarán para siempre toda traza de egoísmo y lobreguez que hoy emponzoña la condición humana? Yo vislumbro un porvenir diferente, cromado con la luz más honorable, y esa entidad inaprehensible que las religiones subsumen en la categoría de lo divino, esa percepción inasible invocada por tantas culturas, leyendas y filosofías, la entroniza mi imaginación en un paraíso tutelado por ideales purificadores, simples y santos, como el anhelo de lograr una bondad verdadera, incontaminada, sobrehumana.

¹² “Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria” (Isaías 6,3). La mística judía de la *merkaba* contempla a Dios encumbrado en su sitial de gloria.

¹³ “No habla ningún dios; habla tu propio corazón” (*Ifigenia en Táuride*). Casi quince siglos antes, San Agustín, como buen neoplatónico, había dicho “*Noli foras ire, in teipsum redi; in interiore homine habitat veritas*”. Yo busco esa verdad en mí, esa luz interior que veneran los enigmáticos cuáqueros, aunque a veces sólo encuentre vacío, flaqueza y soledad; yo también me he convertido en pregunta para mí mismo, y creo que todo hombre debe encarnar un interrogante, el más voraz y conmovedor de cuantos resplandecen en el universo, pero si sólo buceamos en nuestra propia interioridad, jamás descubriremos una exuberancia que nos llama a contemplar este todo, este cosmos, esta suprema morada de la que formamos parte, este inmenso libro del que constituimos una nueva palabra, humilde y evanescente, mas inexorable para que todo culmine.

Soy consciente de que muchos juzgarán estas consideraciones como un vestigio marchito del alma romántica, como el llanto de un ser desconsolado que rastrea con denuedo un refugio en medio de esta indigencia desamparadora. Aspiro, es cierto, a un sentido último, a verter todas las emociones que concita mi corazón en pechos ajenos y acogedores. Albergo una confianza robusta en el carácter divino de la creatividad que enardece la naturaleza, cuyo ímpetu ha propiciado que florezca un vergel de formas vitales y una vastedad de mundos y de meta-mundos que excede, inconmensurablemente, el insospechado alcance de la siempre prodigiosa inventiva humana. Quiero entender qué es Dios, pero hasta entonces, ¿deberé creer en lo que no comprendo? ¿Habré de postrarme ante lo que otros labios han pronunciado y maestros dudosos han difundido a través de los siglos con opiniones imprecisas y generalmente falsas? ¿Deberé admitir sin fisuras todo lo que he leído en innumerables libros, en escritos altivos y en mensajes arrogantes de filósofos y teólogos cuyas palabras prometían revelarme verdades que el hombre aún no ha descubierto por sus propios medios, frases capciosas y citas adulteradas que tantas veces traicionan la simplicidad y la pureza de nuestra alma en su peregrinaje honesto hacia patrias sapienciales? ¿Continuaré encadenado a vanas y enternecedoras utopías que calman mi angustia y me ayudan a caminar hacia una meta indescifrable? ¿Me aferraré a conceptos carentes de demostración pero surtidores de calurosas esperanzas? Sé que la sombra de una extraña mezcla de positivismo e idealismo se cierne sobre mi espíritu, lo envuelve y lo sume en la perplejidad. Sé que infinitas preguntas permanecerán siempre sin respuesta. Sé que encarno finitud, vagarosa finitud. Sé que soy débil. Sé que ganaría paz si me cobijara en escuelas, dogmas y tradiciones, mas yo prefiero mantener mi independencia, y no adherirme a ninguna doctrina. Yo sólo sé que estoy condenado a sufrir en soledad...

II. Claroscuros de la vida universitaria en Münster

Cada día, al dirigirme a la universidad, mis ojos se detienen ante una fachada típica del norte de Europa, estilizada con ese barniz de casta y recatada austeridad, imbuida de distinción y refinamiento, que baña la arquitectura de estas latitudes. El frontispicio en cuestión protege el ayuntamiento histórico de Münster. Fue en este consistorio donde se firmó la Paz de Westfalia en 1648, cuyas estipulaciones clausuraron la terrible guerra de los treinta años, contienda que devastó Alemania durante tres décadas de enfrentamientos crueles, calamitosos e ininterrumpidos deflagrados entre católicos y protestantes en suelo germano¹⁴. Ella rubrica el ocaso de una era ya declinante, el crepúsculo de aquellos tiempos en los que reinaba la unidad de religión y espíritu en Europa. Con su desenlace adviene el predominio de los Estados-nación y de la división confesional, caracterizada por el célebre y lacónico principio *cuius regio, eius religio*. Münster permaneció católica, pero su vecina Osnabrück abrazó la fe protestante. Reflexionar junto a un enclave tan evocador, tan profundamente inervado al corazón mismo de la historia europea, rebosante de un simbolismo que cautivaría a cualquier apasionado del arte y de la filosofía, me infunde paz.

¡Qué hermoso resulta internarse en el panteón que custodia los sueños forjados por la inagotable imaginación humana! Sí, conviene regresar frecuentemente a un lugar cuyo pasado remite de modo tan nítido a la paz, a esa paz por la que suspiró Europa mientras se abismaba en guerras fratricidas, en conflictos motivados por divergencias y escisiones doctrinales, en la demolición de tantas creaciones eminentes a causa de la irracionalidad y de la intolerancia de quienes no veneraron lo divino en la faz de lo amoroso, en ese trono recóndito e inasible sobre el que se aposentán los sentimientos más níveos que alberga el alma humana, sino en el poder, en la prevalencia política de las ideas religiosas sin pugnar por su primacía en el corazón. Una ciudad como ésta me recuerda lo intensamente hermanado que me encuentro, como europeo, a épocas pretéritas, a siglos que no sólo se perfilan en glorias arquitectónicas o en libros eruditos, sino que exhalan una brisa poderosa, cuya ambivalente fragancia se respira todavía hoy en sus urbes, en sus aldeas, en sus ríos, en sus bosques, en sus montañas. Palpar el peso de la historia me sumerge en nuevas aguas bautismales: renazco, porque me perco de la importancia de unas cadenas que me ligan involuntariamente al pasado. Mi espíritu hunde sus raíces más profundas en este suelo europeo regado de sangre y lágrimas, asperjado de desolación, salpicado de llanto e inundado de fanatismo; mi alma se presta entonces al deseo de asumir el testigo de una historia castigada para crear la semilla que acrisole ansias de novedad, y desde la que germine un árbol más robusto que ese tronco de cuyas ramas penden los frutos que ahora saboreamos. Interiorizar una reveladora gratitud hacia el pasado, hacia el sufrimiento que nos antecede, hacia el esfuerzo propiciatorio de lo que hemos recibido, es la forma más digna de ejercer nuestra condición humana.

La primera clase de la mañana se imparte en una de las aulas del castillo que cumple las funciones de centro administrativo de la Universidad de Münster. El colegio que fundaron

¹⁴ Alemania vio su población diezmada. Algunas estimaciones hablan de la muerte de casi un tercio de sus habitantes.

los jesuitas en la segunda mitad del siglo XVI dejó paso a la universidad moderna, erigida en 1780 por el barón Franz von Fürstenberg. El castillo, poseedor de una simetría excesivamente neoclásica, pero coloreado con una llamativa mezcla de tinciones rojizas y blanquecinas en los muros y oscuras en los tejados que le imprime seriedad y exquisitez, se alza sobre una acogedora plaza colindante con unos grandes jardines, en los que se pueden apreciar ejemplares de plantas exóticas. El contacto con la naturaleza, la interacción con los manantiales de la vida, me sosiega, me alegra, me redime: me brinda un cálido consuelo. Me despoja de ese cúmulo de preocupaciones que llegan a atormentarme si les dedico más minutos de lo imprescindible. Necesito una suspensión, aun momentánea, para desembarazarme de lo que me rodea y evadirme en una especie de éter nebuloso e ingrátido que me permite flotar, con libertad absoluta, por un cielo vasto, ubérrimo y límpido.

Mientras paseo por la rosaleda adyacente, recuerdo con cuánto esmero, dolor y honestidad trabajó Goethe en la tentativa, hoy inasumible, de fusionar razón y sentimiento en el holgado cielo de una nueva y decorosa ciencia; una ciencia impregnada de romanticismo, una ciencia integral y bella, auténtica prosopopeya de nuestras más genuinas e insepultas ambiciones por confraternizar el saber y la existencia en una razón abierta a la contemplación del milagro, de la maravilla del mundo; una ciencia que captase la unidad profunda que vincula todas las provincias de la materia, la vida y el espíritu; una ciencia capaz de escrutar el entrelazamiento, indescifrable y arrobador, que vertebraba la ingente dinámica del cosmos y los entresijos del alma con sus leyes vivificadas y vivificadoras. Pero también he reparado en la trágica constatación de que la ciencia moderna nos enseña verdades que contrarían nuestros sueños despoblados. Nos guste o no, la inmensidad del universo consta de infinitud de piezas mecánicas, de átomos dispersados accidentalmente por el espacio y disgregados en el tiempo, cuya estructura y cuyo funcionamiento obedecen a leyes ciegas, mustias, inexorables: a edictos promulgados por potencias incognoscibles indiferentes al hombre. Parece que se han desvanecido para siempre las ansias que abrigó un alma noble como la de Goethe, quien por encima de todo impetraba plenitud, síntesis, perfección: una panorámica cabal que sondeara la magnífica cartografía de los reinos del ser, la totalidad de las esquivas y borrosas regiones que componen la textura de la vida y del pensamiento...

Lo admito: así como algunas de las clases a las que asisto avivan mi amor tutelar hacia el saber, en otras es el aburrimiento, es el tedio, es la comprobación de la sequía de ideas y de la necesidad irreprimita que tantos sienten por alardear de su erudición lo que me entristece profundamente. Ciertos profesores hablan con tanta sinceridad sobre las temáticas más trascendentales de la filosofía y de la teología, y sus labios profieren palabras en las que cristaliza una agudeza tan hialina y penetrante, verbos tan tendentes hacia eso que llamamos verdad, que después de escucharlos, una parte recóndita de mi yo se regocija: sí, ha valido la pena acudir a la universidad, a esa comunidad de conocimientos, a esa república de anhelos sapienciales, con tal de atender a un discurso tan hondo, honesto y tonificador. Por desgracia, en otros muchos casos, la vacuidad de las intervenciones de los profesores oscurece mi entusiasmo por el saber. Me niego a aceptar que el pensamiento deba convertirse en el patrimonio de unos cuantos académicos, de unos roedores que se dedican a recorrer galerías, aulas y seminarios en busca de fama, prestigio y poder, sin que les importe prostituir su mente y pavonearse de méritos ajenos. La filosofía es una actividad demasiado digna, una tarea

cultivada por espíritus puros desde la más remota antigüedad, un sueño que ha enaltecido tantas culturas al subrayar, con un énfasis de elocuencia incomparable, que la mente humana ha de dirigir sus más pujantes energías hacia lo invisible, hacia lo libre, hacia esa luz que no se halla condicionada por un fin instrumental e inmediato. Por ello, abomino de quienes monopolizan sus respectivos campos del conocimiento, *bibliófagos* faltos de imaginación y de criterio propio abocados a cavar trincheras hoscas y disuasorias, como si en sus dominios amurallados nadie más pudiera incursionar. Con su soberbia, con su luctuoso narcisismo, con los penachos de su recalcitrante vanidad, eclipsan el primor que toda alma juvenil percibe cuando se acerca al maravilloso mundo de la ciencia y de la reflexión.

Cada vez admiro más la valentía, esa audacia que han manifestado tantos espíritus a lo largo de los siglos para desafiar el *statu quo* del pensamiento y de las instituciones de su época. Yo no poseo semejante osadía, y no florece en mí el coraje que ha impulsado a tantos a rebelarse contra la inercia que ofuscaba su tiempo. Si de mí dependiera, la historia habría permanecido en un estatismo irritante, cuan dócil y apesadumbrado rehén de lo antecedente, en un sincronismo adormecedor de cuyas raíces jamás brotaría el árbol de lo nuevo. Pero confío en el futuro y velo por su luz. Quizás mi comedimiento actual, mi apego, de resonancias infantiles, hacia la estabilidad, hacia la arcadia de la que soy partícipe gracias al impetuoso esfuerzo desplegado por mis antepasados, ceda finalmente el testigo a un compromiso auténtico con el cambio, con la efervescencia, con la ductilidad y el surgimiento repentino de lo insospechado; con el auspicioso presagio de que es posible edificar algo distinto.

Detesto la arrogancia. La actitud petulante que exhiben muchos profesores, quienes se creen dueños exclusivos del saber y se muestran incapaces de promover discusiones con los alumnos en un plano de igualdad, envilece la vida académica. Contradice de forma clara el ideal que ha de izar cualquier buen maestro, ese emblema enarbolado por el más grande y el más humilde de los sabios de la antigua Grecia, Sócrates, para quien la responsabilidad de todo guía en las zigzagueantes y escarpadas sendas del saber estriba, ante todo, en potenciar al máximo a su discípulo (es la quintaesencia del método mayéutico, la mejor filosofía educativa jamás alumbrada). Verme obligado a interactuar cada día con los burócratas endiosados y carentes de fibra creativa que pueblan las universidades, con académicos anegados de altivez y de afán de protagonismo, inundados de una insoportable fatuidad en cuyas ínfulas ensordecedoras no cesan de regodearse, me agota, me exaspera, me hiere. Me enerva con el insufrible bordoneo de sus moscas instigadoras. Intrigantes, más preocupados por la política que por la búsqueda de la verdad, inmersos en los más estrambóticos litigios, reptan por los estratos más elevados de la vida social y cultural como si su alma hubiera sido avasallada por el espíritu de una serpiente venenosa, como criaturas ponzoñosas y sibilinas que sólo infunden desprecio. La altanería académica me repugna. Se apodera de mí el desengaño más adusto y corrosivo ante quienes fungen de sedicentes profesionales del conocimiento, ante esos eruditos vanidosos que se entretienen con tergiversaciones estériles y con fútiles excentricidades.

He pretendido rebelarme constantemente contra esta franca decepción, y convencerme de que nada debe oscurecer la hermosura del mundo universitario, pero en ocasiones la petulancia de los doctos adquiere una magnitud implacable. Sí, son maestros

ciegos que adiestran a discípulos demasiado incautos, ingenuamente apasionados con la música que desprende su retórica, como nuevos flautistas de Hamelín que blanden instrumentos embrujadores, melifluas notas cuyas melodías atrapan sensualmente la imaginación, a pesar de que tan solo esconden inanidad y falta de compromiso con las palabras educidas por sus labios. Son parásitos engreídos que se alojan en ideas ajenas, doctores apollados en el baúl de su falsa sabiduría, vaciada de cualquier atisbo de auténtica profundidad.

Hoy, por ejemplo, he contemplado una escena realmente atroz, y no exagero. Un alumno encantador, con quien he conversado en numerosas ocasiones, y en quien siempre he percibido un entusiasmo por el conocimiento ausente en la mayoría de los académicos, ha formulado una pregunta de notable interés en la clase de filosofía de la historia. Quien la impartía era un hegeliano célebre, reconocido en toda Europa por sus prolíficas publicaciones sobre los conceptos fundamentales del gran pensador de Stuttgart y autor de un compendio en el que se esquematizan, con una concisión y un rigor encomiables, las ideas matrices vertebradoras de la filosofía de Hegel (se trata, de hecho, de un libro ampliamente utilizado por esa aristocracia del intelecto entronizada en los grandes institutos y universidades de Alemania). El interrogante en cuestión se refería al escaso margen que Hegel concede a la libertad en el desenvolvimiento del espíritu. *Prima facie*, todo obedece a un proceso necesario: nos subordinamos inexorablemente al egoísmo conflagrado por el espíritu y nutrido por su insobornable astucia -la desconcertante "*List der Vernunft*"¹⁵-, cuya única voluntad reside en alcanzar el grado máximo deparado a su autoconciencia como absoluto. Nos asemejamos entonces a meros autómatas, a máquinas abocadas a empujar, con huera abnegación, el gigantesco engranaje de paralelogramos de fuerzas que hilvana el bordado de la historia. No despunta un rayo ribeteado de libertad, orlado de imprevisión: ningún destello, por tenue y flácido, de indeterminación y autonomía, cuyas brisas exhale auras de novedad. ¿Para qué vivir entonces? ¿Para qué afanarse en mejorar, en perfeccionarse, en construir la historia y la cultura con tanta pasión y entrega, si todo ha de acontecer ineluctablemente, si todo ha sido fijado de antemano, como en la famosa tesis leibniziana de la armonía preestablecida? El ansia de vivir se desvanece si se acepta una teoría como la de Hegel.

¿No manan las aguas de esta duda de una perplejidad legítima, profunda e iluminadora? ¿No debería todo profesor enorgullecerse de que un estudiante le interpelara sobre esta temática, sobre todo si lo hace con una curiosidad y con una agilidad que no sólo transparentan una comprensión cabal de la filosofía de Hegel, sino que también manifiestan inquietudes plenamente humanas, pues expresan un interés honesto por entender qué papel, a juicio de uno de los mayores filósofos, ejerce nuestra frágil libertad en las vicisitudes de la historia? Sin embargo, la contestación ha evidenciado una displicencia de tal calibre que yo mismo me he sentido azotado por una actitud tan injusta y una vejación tan vituperable. El profesor, protegido por su porte espigado y su halo hierático, y cuya sonrisa desdeñosa ocultaba un profundo e intolerable desprecio hacia las palabras del alumno, ha afilado sus colmillos para reprender públicamente al joven, como si ambicionara propinarle una sutil

¹⁵ La "astucia de la razón": según Hegel, el espíritu universal se sirve de las acciones y pasiones de los individuos para cumplir sus propios e inexorables fines, que se sobreponen a las metas subjetivas.

bofetada correctiva que castigase su insolencia. Con vehemencia hosca y admonitoria, le ha reprochado no haber captado adecuadamente la propuesta de Hegel, en especial todo cuanto se colige de su síntesis promisorio entre libertad y necesidad¹⁶. Ni siquiera se ha dignado abordar el contenido de la pregunta del estudiante. Con su ceño seco y fruncido y su tono rudo, disuasivo y desconsiderado; con una modulación arisca y unos gestos apáticos que encarnaban presunción en estado puro, y en cuyos ademanes (remedos de pobre imitación aristocrática) se entreveía un sentimiento de vanagloria que vulneraba el alto trono de la labor académica y profanaba el santo templo del saber, siempre abierto a todo los que tengan oídos para escuchar palabras de bondad y sabiduría, ¿no desalentaba la búsqueda de la verdad? ¿No ahuyentaba a quien únicamente suspiraba por aprender? ¿No cortaba las alas de un espíritu juvenil, cándido y radioso, alma inocente que tan solo desea sobrevolar los ágiles cielos de la filosofía? Con desazonadora jactancia, incluso se ha atrevido a recriminarle descortésmente ¡por no haber estudiado lo suficiente!

Recuerdo vivamente cómo la altivez crispaba los ojos del profesor. La mirada torva parecía deseosa de reprobar a quien había osado suspender su docto y divino discurso, como si un incauto, un intrépido o un iconoclasta hubiese interrumpido las palabras declamadas por un profeta inmerso en pleno trance extático, en el preciso instante bajo cuyo auspicio se disponían sus labios a revelar una misiva descendida de los cielos... En su faz he vislumbrado a un ser gris y anclado en el pasado: a una enciclopedia mecánica, arqueológica y extenuante que no amaba el saber, y cuya alma petrificaba el conocimiento en fórmulas trágicamente desposeídas de savia vital. Me he topado con un paleontólogo de la filosofía, con quien excava en planicies desérticas para exhumar huesos de dinosaurios extinguidos hace millones de años y diseccionar criaturas otrora rebosantes de vida, ávido de exponer sus fósiles en museos de historia natural y de enclaustrar sus hallazgos en colecciones que detentan avaros taxidermistas, como reliquias apropiadas para santuarios teñidos de nostalgia hacia un pasado ya remoto e irrecuperable. Desfilaba ante mí un cúmulo desabrido de información, cuidadosamente momificada y enterrada en oscuros sarcófagos colmados de ungüentos embalsamadores, que se alimentaba de las ideas pensadas por otros y parasitaba los sentimientos ajenos sin haberlos asumido con sinceridad.

Es algo que he observado con descorazonadora frecuencia: el intento de enmascarar el dolor infligido por las punzantes esquivas de la propia y vacilante mediocridad, del flagrante desamparo cognitivo que oprime a seres monótonos y autorreferenciales, ahogados en su ensimismamiento, carentes de originalidad y dilacerados por la apatía. Su labor docente se encuentra despojada de cualquier hálito de amor hacia el conocimiento. Anegados en severos formalismos que cosifican la libre belleza del saber, se enquistan en soberbias y narcisismos de mentes calenturientas, en jerarquías superficiales y en convenciones nimias y decrepitas, atorados en conventículos burocráticos y empequeñecedores que sólo forjan atalayas gélidas y vacuas torres de marfil, cárceles diseñadas para entumecer la frescura y el embeleso que exhala la auténtica filosofía.

¹⁶ El núcleo de esta idea remite, en realidad, a Spinoza (quizás también a Escoto Eriúgena). De hecho, los ecos del santo y sabio sefardí resuenan en prácticamente todos los puntos destacados de la filosofía hegeliana.

Y en cuanto a mí, ¿qué querré? ¿Triunfar por triunfar, aun a expensas de jergas estériles, de agotadores tecnicismos y de oscuridades envanecidas, o ansiar la verdad con fundada sencillez, con el infatigable espíritu de la humildad, incluso si me impide verme coronado con los laureles del reconocimiento académico que confieren discrecionalmente los filósofos profesionales, y me obliga a dejar el plácido refugio de las ambigüedades lingüísticas para explorar el territorio de los juicios claros, honestos y rigurosos?

Prefiero, sin embargo, detenerme en episodios más edificantes, pues a pesar de todo, soy inmensamente feliz. El aburrimiento que generan en mí determinadas clases, sobre todo cuando tropiezo con la tenebrosa soberbia, esclavizadora de multitud de académicos que han amasado una erudición ruin y cegadora, desprovista de alma, se me antoja una minucia en comparación con los momentos de gozo con cuya presencia me obsequia, solícita, la vida universitaria. Sólo puedo entonces bendecir esas horas revestidas de un optimismo entusiasta hacia el saber y hacia la amistad, dones que justifican todos mis esfuerzos y mitigan cualquier sensación de abandono.

La noche se cierne muchas veces sobre el espíritu, y un crepúsculo indolente amenaza con desplazar de manera inmisericorde el apasionamiento, la fe sincera y electrizante en la belleza del conocimiento y en la realidad del amor. Sus silencios noctívagos rumian un desasosiego desesperanzador, como si todas las voces del mundo se hubieran apagado súbitamente, y tan solo se alzasen nuestro corazón y una enormidad que invita al estremecimiento... Pero siempre amanece de nuevo. Incesantemente destella el fulgor de una aurora cuyo ímpetu resucita toda energía y estimula todo vigor adormecido. Yo creo firmemente en la nobleza de consagrar una vida al saber. Orientado por la brújula de esta fe, he viajado hasta Alemania, hasta la meca de la filosofía. Me he despojado de cualquier afecto avasallador hacia la tierra donde el destino quiso que naciera, y mi única patria hunde ahora sus raíces en el amor a la verdad, en la devoción hacia toda idea y todo sentimiento que juzgue puros, honestos y diáfanos, tan expresivos como para revelar la fuerza inusitada que habita en el espíritu del hombre. Su poder sostiene toda filosofía, porque en sus nociones más profundas no responde únicamente a la transparencia de la razón, a la inexorabilidad de un razonamiento urdido por lógicas irrecusables, sino a los cánones del compromiso, de la decisión voluntaria y emotiva que nos induce a adherirnos a uno u otro planteamiento.

Sé que muchos me acusarán de subjetivismo, pero poco me inquieta. Siempre cabe contradecir cualquier pensamiento, y oponer una razón más briosa y convincente a otra ya ofrecida. Priorizar uno u otro argumento no obedece sólo a una dinámica racional, no se subordina a las exigencias de la fría lógica, sino que, enfrentado a la desamparadora vastedad del conocimiento, a las inmensidades inabordables en cuya atmósfera palpita la verdad, aureolada con una infinitud que no se agota en la angostura de ninguna filosofía o en el desfiladero de ninguna doctrina religiosa, ¿no suele entrañar una opción injustificable, una esquiva *petitio principii* que sólo la alusión a la autoridad del sentimiento y a la supremacía de la voluntad esclarece cabalmente? Descartes, flagelado por toda clase de dudas que no amainaban, torturado por el fantasma fustigador de un escepticismo cuyas sombras inclementes vagaban junto a su espíritu en esa frígida pero genial noche de noviembre de 1619, mientras él, sumido en sueños dolorosos y beligerantes, se afanaba en combatir la

incertidumbre más fiera y glacial que se abalanzaba, suspicaz y embravecida, sobre su razón, concluyó que la única verdad indubitable nos la brinda una evidencia tan lacónica como arcana: el célebre "*cogito, ergo sum*".

Descartes detuvo la espiral del escepticismo, tan voraz, tan despiadada, y se redimió de sus crueles embestidas para afirmar la grandeza de un sujeto que parte de la pujanza irreductible de su libertad, de su ensimismamiento ventrílocuo, de ese yo inaprehensible en quien estriba su propia fundamentación y en cuyo piélago desembocan todos los ríos que cruzan el espíritu. Pero ¿por qué? ¿Por qué interrumpió la cadena, potencialmente infinita, que engarza los resortes de la duda? ¿Qué es el yo? ¿Y si también constituyera una inescrutable ilusión? ¿No se nos antoja el yo un espectro fugaz y cambiante, una fantasía que misteriosamente suspende su actividad en determinados instantes y sólo la retoma cuando le place? ¿No rige lo indómito e inconsciente sobre lo apolíneo y mesurado? ¿Acaso nos conocemos a nosotros mismos con la suficiente hondura como para fundar toda certeza sobre los quebradizos cimientos de esa instancia inasible denominada "yo", abismo imponderable donde reverbera el vehemente y clamoroso fuego de lo dionisiaco, foco de huracanes que sacuden todo concepto y erosionan toda verdad?

He estudiado mucho, pero necesito descubrirlo ahora todo por mí mismo. Sólo así valoraré las enseñanzas recibidas y me encaminaré hacia la verdad que aún ignoro.

III. Admiración por Alemania

Alemania encarna la más alta racionalidad. Todo un tesoro de filosofía, de teología, de consagración de vidas enteras al cultivo de la reflexión abstracta, de lo aparentemente inútil pero bañado de la más elevada e insondable fertilidad intelectual, creo que vacuna este país contra el pertinaz veneno de la barbarie. Bien es cierto que nuestra tierra europea ha experimentado, en ese episodio tan horrendo que los historiadores han convenido en denominar “Gran Guerra”, una tragedia inimaginable, una orgía de sangre y un reguero de dolor nunca antes presenciados en este longevo continente. Naciones cuyos habitantes gozan del mayor grado de desarrollo económico, tecnológico y científico, países que se precian de haber contado, entre sus vástagos, con algunos de los nombres más sobresalientes de la literatura, la música, la física y las matemáticas, ¿no han sucumbido, sin embargo, a la locura colectiva, a la debacle que sumió a Europa en una guerra sin cuartel entre potencias, a un nacionalismo militarista que desembocó en un mar de muerte y devastación? Esta evidencia nos obliga a adoptar una enorme cautela ante las supuestas y lucrativas ventajas de la razón. La Revolución Francesa y su degeneración en esas tinieblas monstruosas llamadas “reinado del terror”, cuyos líderes se jactaban de servir al más puro ideal de la racionalidad¹⁷, constituye un buen ejemplo de las disyuntivas más estridentes que eclipsan la belleza del conocimiento. Ninguna hipotética luz, ninguna ilustración relegada al mero ámbito de la inteligencia pero huérfana del perfeccionamiento moral y de compromiso sincero con los valores más profundos que concibe el espíritu humano, nos proporcionará jamás la paz, la justicia y la solidaridad por las que tan hondamente suspiramos.

En todo caso, sigo aferrado a la idea de que esta tierra alemana bebe con tanta ansiedad de las caudalosas aguas de la razón, del pensamiento, de una ciencia hermana con la especulación metafísica, que difícilmente caerá otra vez presa de las redes de lo absurdo. De hecho, en esta armonía notoria, en esta correspondencia biunívoca entre la idea y la materia, entre la filosofía y la ciencia, entre la libertad y la naturaleza, radican la hermosura y el vigor de la intelectualidad alemana. La ciencia que se cultiva en este país no se halla despojada de una providencial inclinación hacia las cuestiones más trascendentales que ha abordado, desde el apogeo del pensamiento griego, la esquivia metafísica. Esta propensión la estimo sumamente provechosa para el ejercicio de la inteligencia. Todo científico insigne de Alemania se encuentra familiarizado con las discusiones más acuciantes que aderezan la filosofía. Los debates que conciernen a la filosofía de la ciencia, y en especial a las implicaciones de una nueva física que trastoca nuestra comprensión del cosmos atómico y macroscópico (principalmente de las teorías de Einstein sobre la naturaleza del espacio y del tiempo y de la hipótesis de Planck sobre los cuantos de energía), han suscitado un interesantísimo diálogo,

¹⁷ Robespierre epitomiza esta actitud con su anhelo de instaurar a toda costa, por encima de innumerables cadáveres, derechos y libertades, un régimen gobernado por las directrices de ese poder inaprehensible pero admirado que cristaliza en la lógica, en el orden, en la racionalidad.

del que han sido partícipes algunas de las mejores cabezas filosóficas de Alemania¹⁸. Y, a la inversa, los propios científicos se han beneficiado de la efervescencia metafísica que se percibe en no pocas parcelas de la vida académica. Esta integración, esta síntesis tan aleccionadora de saberes, rubrica la excelencia del pensamiento germano, su capacidad para aunar consideraciones de procedencia dispar en un marco más amplio, más enriquecedor, cuyos frutos contribuyen por igual al impulso de la especulación filosófica y a esa explosión volcánica de nuevos descubrimientos científicos, tanto en la esfera puramente teórica como en el campo de los experimentos y de las invenciones técnicas.

Estoy firmemente convencido de que una situación como la padecida durante la Gran Guerra no puede repetirse. Traumatizada por los funestos efectos de una conflagración que ha teñido el mundo de drama, desesperanza y lágrimas, la razón ha abrazado ya unos ideales tan elevados que sólo cabe confiar en la paulatina unidad de los pueblos europeos, amparada en el progreso de la ciencia. Sus avances fomentarán una mayor unificación de los corazones, las culturas y las sensibilidades. Los desoladores choques entre cosmovisiones no pueden producirse de nuevo: son fenómenos marchitos. Las secuelas provocadas por la Gran Guerra han impreso una huella demasiado profunda en la mente europea como para que alguien sienta la tentación de diseminar otra vez ese viento maligno, impregnado de odio, esa incitación al enfrentamiento entre las grandes potencias que dominan Europa y el mundo gracias a su pujanza económica, científica y técnica.

Algunos objetarán que, hace escasos años, una turba de exaltados, capitaneados por un tal Adolf Hitler, trató de protagonizar un golpe de Estado en Munich, pero, por fortuna, su tentativa se redujo a un mero incidente, y quedó en una simple manifestación del delirio que aflige a unos cuantos desdichados, incapaces de superar las nefastas consecuencias del Tratado de Versalles y de la crisis económica que acosa a esta República. Como me invadía la curiosidad, acudí a la biblioteca de mi universidad para consultar un ejemplar de la obra más famosa de Hitler, titulada *Mein Kampf*. Me avergüenza reconocerlo, porque cualquiera que posea un mínimo de información sobre el contenido y la calidad de este escrito sabrá que se trata de un panfleto insufrible, pésimo, infame, ajeno a todo atisbo de cordura; tan elemental y rocambolesco que no es de recibo que haya sido objeto de la atención que le han prodigado no pocos diarios nacionales. Sus ideas se me antojan descabelladas, tanto o más ridículas que sus estrafalarias cruces gamadas, contrarias a cualquier principio humanista y a cualquier apego hacia la nobleza de un espíritu cosmopolita que nos declare auténticos ciudadanos del mundo, residentes en la casa universal del hombre, regidos por esos lazos de amistad natural a los que se han referido los mejores pensadores del Derecho... El ensalzamiento pseudocientífico de la raza aria como estirpe superior del género humano vibra en los perniciosos libros decimonónicos de Arthur de Gobineau, y obedece quizás al aciago sesgo que permea las investigaciones emprendidas por cierta escuela histórica y filológica de auge en Alemania, obsesionada con el cultivo de la indología en cuanto senda para descubrir la más remota génesis del fundamento nórdico, cuya luz y cuya sangre (¡sin olvidar su alta

¹⁸ En cualquier caso, siempre me ha parecido que la filosofía de la ciencia es un entretenimiento bastante estéril. ¿Qué adelanto científico ha propiciado, más allá de digresiones epistemológicas cuyo atractivo y pertinencia no pretendo negar?

craneometría dolicocefala!) se habrían esparcido, teóricamente, por el continente europeo hace varios milenios.

Cómplices de esta tendencia circense a la glorificación de lo ario, algunos fanáticos y pervertidores de la historiografía se afanan en demostrar que los mayores genios creativos de la historia sólo han surgido de las fértiles ramas de la raza indoeuropea (Miguel Ángel, Newton, Bach...). Me parece una idea insostenible. Ni siquiera sabemos en qué consiste esa hipotética estirpe indoeuropea, aria o como prefiramos designarla. Toda civilización ha conquistado sus propias cimas en el desarrollo intelectual y ético de la humanidad. ¡Qué sería de nosotros sin los sumerios y los egipcios, sin los antiguos indios, sin China, sin Persia, sin los pueblos precolombinos y sus hitos en la confección de calendarios y en la resolución de enrevesados cálculos aritméticos, sin el ímpetu religioso judío, sin el mundo clásico, sin Bizancio, sin la civilización islámica, sin el gótico, sin el Renacimiento, sin la Reforma, sin los múltiples crisoles de culturas que han descollado en los distintos períodos de la historia...! ¡Qué raza, pueblo o civilización se atrevería a negar que encarna una simbiosis, un sincretismo de herencias variopintas y de mezclas constantes! Poco me interesa la raza de un determinado individuo: sólo me importa la grandeza de su alma.

Deificar lo ario carece de cualquier apoyo documental y, como es obvio, contradice cualquier intuición filosófica y científica ligeramente sofisticada, pues todas las razas humanas han brotado de un mismo tronco. En todas resplandece la luz de la inteligencia. Pienso que todo ser humano posee un talento escondido y que en toda cultura despunta el fulgor de la creatividad. Por ello, descarto que tesis tan radicales como las de Hitler conciten, algún lejano día, la aceptación que hoy anhelan, menos aún entre los intelectuales, entre los hijos espirituales de un país que ha otorgado al mundo figuras de la talla de Goethe, Schiller, Hölderlin, Beethoven y Hegel. Además, y si según estos lunáticos unas razas son genéticamente superiores a otras, por lo que no existen mecanismos sociales que triunfen sobre las arbitrariedades de la naturaleza y nos permitan corregirlas, extirpando el mal moral que portan en su simiente¹⁹, ¿qué salvación ofrecen para quienes han padecido la desgracia de nacer en el seno de una u otra etnia, sin haberlo elegido? ¿No es la libertad la base de la ética, la fuente del bien y el mal? ¿Acaso ciertas razas son intrínsecamente malas y la ineluctable biología las aboca a una perenne iniquidad? ¿Pretenden entonces exterminarlas?

Estoy convencido de que la eclosión de movimientos de estas características, cegados por su propio fanatismo, cuyas ideas adolecen de una irreflexividad tan honda e infausta que nadie serio se dignaría siquiera examinarlas, sólo se comprende a tenor de la situación económica extrema, dramática y ominosa que hoy se cierne sobre el pueblo alemán. Alemania ha sido humillada, y los efectos más ostensibles de esta afrenta mortificadora no han sido otros que la hiperinflación, el desempleo generalizado y, peor aún, un resentimiento cuya corrosión ha envenenado las almas de muchos alemanes y ha inyectado en sus venas una ponzoña letal: el odio indiscriminado hacia pueblos, razas y países enteros.

¹⁹ ¿No resuena en esta doctrina la idea agustiniana de un pecado original que se transmite genéticamente, sin que intervenga la libre elección del individuo? ¿No son ambas hipótesis igualmente inhumanas, fatalistas y absurdas a la luz de las evidencias empíricas?

Al poco de llegar a Alemania, un gran amigo, estudiante de economía y sociología en la Universidad de Munich, me contó que el valor de la moneda germana se había reducido de manera tan drástica durante los primeros años de la República de Weimar que el precio del pan ascendió, algunas jornadas, a varios millones de marcos. Efectuar las transacciones económicas más exiguas se convirtió en una tarea de tintes heroicos, al tener que transportar masivas cantidades de billetes de marcos para comprar objetos cotidianos. ¿Cómo no pudieron los economistas más solventes adivinar este desenlace fatídico ocasionado por un acuerdo, el de Versalles, cuyas cláusulas en realidad brotaban del ánimo de represalia, de la más pura, intensa e insana sed de venganza? Sus estipulaciones eran verdaderamente ofensivas para Alemania. Le imponían el pago de unas deudas imposibles de saldar, incluso para una maquinaria industrial y tecnológica tan pujante como la de esta nación, poseedora, en regiones como Baviera y la cuenca del Ruhr, de algunas de las compañías más grandes y poderosas del mundo. ¿Por qué sólo se ha alzado John Maynard Keynes como una voz en el desierto a lo largo de todos estos años? Si nuestros líderes hubieran escuchado las advertencias de este avezado inglés, quien, en un escrito redactado al poco de firmarse el Tratado de Versalles y titulado *The Economic Consequences of the Peace*, vaticinaba el desencadenamiento de fenómenos económicos que ahogarían la economía alemana y la de todo el globo, quizás los alemanes no hubieran interiorizado un rencor tan profundo hacia otras naciones...

No quiero parecer ingenuo, porque la historia nos enseña que con frecuencia irrumpen, en la desconcertante trama de los siglos, fenómenos que nadie había presagiado, acontecimientos y personalidades que propician un giro de ciento ochenta grados en la dinámica del tiempo. El vislumbre del futuro relativiza siempre toda certeza inferida del pasado o colegida del presente, por lo que no me atrevo a negar categóricamente que, dentro de varias décadas, la balanza cuyo equilibrio calibra hoy la situación europea se decante de nuevo por una senda aciaga, plagada de dolor y sembrada de locura, análoga al sangriento escenario que nos ha dejado la Gran Guerra. Pero, lo reitero, profeso una confianza inquebrantable en la robustez de nuestro encaminamiento hacia un mundo bendecido, final y venturosamente, con el anhelado don de la paz. Mi fe se sustenta sobre la evidencia de que Europa ha emprendido un proceso catártico, un examen de conciencia colectivo para resarcirse de la barbarie que nos secuestró en la última conflagración. La Sociedad de Naciones, institución que no sólo agrupa países, sino que reúne también a la flor y nata de la intelectualidad de nuestro tiempo para debatir sobre las problemáticas más apremiantes, simboliza el nacimiento de un nuevo espíritu, de una juventud irremisiblemente destinada a reemplazar el alma ya marchita que hemos heredado del siglo XIX. Me alegra saber que el "Comité de Cooperación Intelectual", fundado en 1922 bajo sus auspicios, cuenta, entre sus colaboradores más destacados, con eminencias de la talla de Henri Bergson, Madame Curie y Albert Einstein.

Ojalá se cumpla el hondo sueño bergsoniano de confraternizar mentes y voluntades. Su visión se halla enraizada en las esperanzas más profundas que han albergado los humanistas de todas las épocas, deseosos de forjar una "*république des esprits*". ¡Cómo habría reaccionado Leibniz, el gran, el infatigable, el universal Leibniz, al comprobar que una de sus

utopías más hermosas y enaltecidas se acerca, en nuestros días, a jalonar su realización plena!

¡Leibniz! Me sobrecojo con sólo deletrear las siete consonantes y vocales que componen tu apellido: evocaciones de inteligencia, cosmopolitismo y ansia infinita de conocimiento me atrapan cálidamente. ¿A quién tributaré mayor admiración, a ti o a Leonardo da Vinci? Tu genio matemático nos brindó el cálculo infinitesimal de modo independiente a Newton, inspirado en preocupaciones de índole metafísica y no puramente mecánica. Sentaste los pilares de la ciencia moderna con la elucidación del método de los *infinement petits*. Contribuiste de forma sobresaliente al desarrollo de la física²⁰. En tu correspondencia con Clarke, propusiste una concepción revolucionaria del espacio y del tiempo que preludia, *avant la lettre*, las teorías de Poincaré y Einstein. Destacaste como jurista y descollaste como diplomático. Escribiste obras históricas. Diseñaste sofisticadas calculadoras. Tu filosofía no cesa de avivar valiosas y profundas discusiones. En los detalles más ínfimos del universo aprendiste a contemplar el arcano reflejo de la totalidad, sincopada en esas mónadas sin ventanas que expresan el mundo a su manera. Reflexionaste sobre la libertad, el mal y la justicia con un vigor renovado y con una creatividad loable. Meditaste sobre el alcance del conocimiento humano como pocos racionalistas antes que tú, y nos legaste un principio epistemológico quizás irrefutable, cuya concisión lapidaria atestigua la vigencia -aun vaporosa- de alguna clase de idea innata: "*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu, sed ipse intellectus*"²¹. Protagonizaste adelantos, inadvertidos en tu tiempo, que allanaron el terreno para la lógica simbólica, "*salva veritate*". Te subyugaron otras culturas, como la china... Pero yo venero, ante todo, tu empeño inconmensurable por unir las mentes y los corazones de los hombres: en pioneras tentativas ecuménicas, buscaste denodadamente acabar con las disputas atávicas que habían escindido el cristianismo en polos irreconciliables; suspiraste por la armonía entre lo antiguo y lo nuevo; fundaste academias científicas desde cuyos paraninfos los sabios difundieron el fulgor del conocimiento al orbe entero; confiaste como pocos en la fuerza del entendimiento para sanar heridas y redimir sentimientos. Tú encarnas universalidad, integración y mesura: el anhelo total de conocer y de experimentar, el amor a la concordia. ¿Cuándo brilló el genio humano con una claridad tan fascinante? ¡Con qué pujanza resplandecen siempre la luz de la inteligencia y la antorcha del descubrimiento!

²⁰ La fórmula para la energía cinética debe mucho a la noción leibniziana de *vis viva*.

²¹ "Nada hay en el intelecto que antes no estuviera en los sentidos, salvo el propio intelecto".

IV. Maestros y discípulos

¿Qué placer emula el sentimiento de satisfacción que nos invade cuando, al caer el ocaso, bajo el cielo ensangrentado que dibuja las franjas policromadas del crepúsculo, regresamos a casa tras una ardua jornada de trabajo y estudio, repleta de múltiples experiencias enriquecedoras que han acudido a nuestro encuentro, para poco después toparnos con la sonrisa inesperada de un amigo que llama a nuestra puerta? Sí, no existe mejor colofón para un día tan fecundo como el que he vivido hoy.

He acompañado las extenuantes pero productivas horas de estudio en la biblioteca de la facultad de filosofía con lecturas esporádicas de clásicos de la literatura. Su belleza me ayuda a relajarme, me insufla frescura y fulmina todo atisbo de tristeza que aún palpita en mi interior. Puedo así retornar, con un espíritu rejuvenecido, al examen de las cuestiones que aborda mi tesis de doctorado, pues las páginas de Cervantes, Shakespeare, Tolstoi o Dostoievski retratan, de manera magistral y fervorosa, las vicisitudes que forjan la condición humana, y me enseñan verdades que no figuran en los libros académicos. Las he sazonado también con una interesante comida, en la que he compartido mesa con un profesor recientemente llegado de Francia: Philip de Beaucourt, catedrático de historia de las religiones antiguas en La Sorbona, y una autoridad mundialmente reconocida en el estudio del zoroastrismo. El día ha culminado con un magnífico seminario vespertino impartido por el profesor Hans-Heinrich Diesenthal, típico investigador alemán dueño de una erudición serena, dulcificada por retazos de una sabiduría profunda.

La mirada de este eminente académico era penetrante y luminosa. Movía cuidadosamente los labios, tan estilizados que parecían diseñados por el mejor ingeniero para sólo proferir las palabras justas, como si rehusara pronunciar cualquier vocablo tenuemente superfluo, nada que insinuara incontinencia verbal, ávido de que únicamente fluyeran verbos precisos, bañados de ese rigor que sólo los eruditos más reflexivos han sido capaces de adquirir. Su exactitud no incurría en prolijidades extemporáneas, en vanos y fugitivos alardes de virtuosismo cognoscitivo, sino que en todo manifestaba una comprensión cabal de los problemas explorados y un anhelo honesto de intercambio con el interlocutor. Diesenthal encarnaba el rostro de quien no cesa nunca de aprender. Esta actitud se alza en sintonía con ese prontuario tan elocuente atribuido a los clásicos: *docendo discas*. Nadie aprende más que el profesor, obligado a aquilatar sus ideas, a refinar sus palabras, a hilar con mayor finura en sus intuiciones y a alambicar sus impresiones, a fin de tamizar selectivamente qué información goza de relevancia para el tema tratado y cuál resulta inapropiada. Aquél que se afana en instruir a los demás incitado por un ansia pura y noble, por la voluntad de divulgar la luz que él ya ha contemplado, ¿acaso no palpa cómo el aroma que desprende el conocimiento revierte sobre su propio espíritu, cómo sus enseñanzas propagan una onda expansiva cuyas crestas regresan, lenta y suavemente, a su punto inicial, y cómo ese bálsamo que se ha decidido a difundir a los demás repercute en su propia alma con mayor intensidad, como un rédito inesperado que premia su entrega? Quien ha entendido una temática consigue explicársela a otras mentes, como si accediera a la íntima morada de su subjetividad. El pensamiento rara

vez discurre ajeno a su correcta enunciación, por lo que exige identificar la fórmula adecuada para canalizar su contenido. Cuando nos vemos impulsados a diseminar la luz que nosotros mismos hemos valorado silenciosamente, en ese soliloquio tan fragoroso que todo filósofo o soñador ha de mantener si aspira a sondear ideas reveladoras, esclarecemos intuiciones antes inescrutables, y nos convertimos en discípulos de nuestras propias e inviolables enseñanzas.

El profesor Disenthal ha disertado sobre Escoto Eriúgena, Spinoza y Hegel, en un intento de exponer una evocadora comparativa de las metafísicas de estos tres pensadores. Se ha centrado, para ello, en la relevancia que ostenta el esquema *exitus-reditus* en estos ilustres portavoces de varios siglos de filosofía europea. Su distinción y medida en el aula, así como la delicadeza de sus expresiones, me han fascinado. Poco aficionado a polemizar con sus rivales y detractores académicos, me ha llamado poderosamente la atención su modo de fomentar discusiones entre los estudiantes y su continuo empeño por espolear la curiosidad de los alumnos mediante preguntas imprevistas, muchas de ellas sin solución aparente. Él prefería permanecer en un astuto sigilo cuando los asistentes intervenían para responder a las cuestiones recapituladoras que había planteado. Esta discreción didáctica me hacía vislumbrar en su semblante la faz del músico que dirige la gran orquesta del saber con la imponderable batuta de su inteligencia.

Al concluir, he tenido la oportunidad de conversar sosegadamente con él. Me ha proporcionado valiosos consejos, impecables directrices sobre cómo enfocar el último capítulo de mi tesis doctoral para pulir mi disertación, eliminar referencias innecesarias y purgar citas espurias. Sospecho que nadie como él ha captado, con tanta hondura y gentileza, el propósito que me exhortó a embarcarme en esta empresa intelectual.

En cualquier caso, debo confesar que, tras tanto tiempo de trabajo, después de acumular cantidades ingentes de información, suspendido en el desasimio de tantas horas en las que he reflexionado intempestivamente sobre los interrogantes fundamentales abordados por mi texto, sólo detecto oscuridad e imperfección. Ni en veinte años finalizaría la obra tan ambiciosa que me he fijado: un estudio exhaustivo sobre la dialéctica entre la concepción circular del tiempo y los inocultables destellos de linealidad que resplandecen en las grandes civilizaciones de la Antigüedad, embebidas de un simbolismo inspirador. Aludo a la tensión entre la circularidad y una incipiente noción de “progreso”, de “historia”, que más tarde se consolidará con el advenimiento del profetismo bíblico, sin olvidar que, en la propia Biblia, coexisten representaciones netamente antagónicas: una se orienta con furor y nitidez hacia el futuro, hacia un porvenir cuya corona desvelará la magnificencia de ese Dios que se yergue como principio y fin del universo; la otra exhibe tintes marcadamente estacionales, un pesimismo como el que impregna las palabras del Qohelet, impotente ante la inexorable reiteración cíclica de los fenómenos que vertebran el mundo, consternado claudicante frente al *nihil novum sub sole* que sella el destino irrevocable del hombre. Esta segunda óptica se muestra en consonancia con la imaginería de las grandes culturas circundantes a Israel, cuyo genio forjó ejemplificaciones excelsas de belleza arquitectónica, pero no logró imprimir rúbricas tan perdurables en la historia de la religiosidad como las indelebles huellas estampadas por el humilde y abatido pueblo hebreo. Presiento que también vibra en civilizaciones como la egipcia. Por supuesto, me he adentrado en el examen del zoroastrismo,

flor predilecta de la creatividad religiosa desplegada por Irán, de cuyas fuentes han emanado ideas verdaderamente neurálgicas para el desarrollo de credos monoteístas como el judío y el cristiano. Pero la hipótesis más innovadora que barajo en mi tesis doctoral apela a una posibilidad que la literatura científica de nuestro tiempo no ha considerado seriamente: la concomitancia de ambas perspectivas en religiones ajenas al área de influencia cultural irania y hebrea.

Albergo la convicción de que mi trabajo sobre la religión egipcia (y, en especial, sobre las cosmogonías más importantes elaboradas por esta civilización: las de Heliópolis, Hieracópolis y Menfis) y mi estudio detallado de ciertas tendencias filosófico-religiosas del subcontinente indio contribuirán a verter luces novedosas sobre esta materia. Aunque mis conocimientos de lenguas y civilizaciones precolombinas tienden peligrosamente a cero, estimo que no puedo renunciar a internarme, con el requerido rigor, en el vasto ámbito de las culturas anteriores al desembarco de Colón en las Américas. Cuento, por fortuna, con el asesoramiento del profesor Martin Meyerhausen, discípulo del destacado mesoamericanista Eduard Saller, y actualmente titular de la cátedra de historia de las civilizaciones americanas en la Universidad de Heidelberg. Con él me he entrevistado hace poco, deseoso de que me facilitara orientaciones bibliográficas capaces de suplir esta laguna imperdonable para todo estudioso de la historia de las ideas religiosas.

V. Un desconocido Martin Heidegger

Hoy ha caído entre mis manos una de las obras más esplendorosas que ha sido capaz de producir esta República de Weimar, a la que un destino siempre incomprensible me ha conducido para alimentar mi sed de saber, mi hambre de filosofía. Admito que las extrañas artes de la cetrería filosófica atraen los halcones más veloces de la hondura metafísica. Como ocurriera a Bernouilli con Newton, en un episodio celeberrimo que ilustra cómo la ciencia no se habría construido sin el concurso de genios prometeicos, de portentos que, pese a gozar de la inestimable ayuda de innumerables hombres y mujeres, han brillado con luz propia, yo también he reconocido al león por su garra. El *ex ungue leonis* no se refiere aquí, claro está, al complejísimo problema matemático de la curva braquistócrona que Newton resolvió en unas pocas horas, cuando los más insignes geómetras llevaban años e incluso décadas devanados en despejar esta ardua incógnita: aludo a la garra del filósofo profundo, cuyo discernimiento y agudeza aletean ya en los párrafos inaugurales de un ensayo consagrado a la ontología y titulado *Sein und Zeit*, de reciente publicación en el *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*. Para constatarlo, me ha bastado abrir el libro y deslizar la vista ansiosa por las apretujadas líneas que integran las primeras páginas, donde testimonios hábilmente reclutados de algunos de los mayores pensadores de la historia se entrelazan con la propia imaginación y la límpida perspicacia que exhalan las reflexiones del autor.

Al comprobar que este escrito filosófico aparecía en un anuario de investigaciones fenomenológicas, temí lo peor: un tratado tedioso y leve, decadente, flemático y aburrido, cuyas enmarañadas páginas tan solo disimularían vaciedad, apreciaciones insultantemente tautológicas, obviedades camaleónicas para disfrazar su lacerante orfandad de ideas creativas; palabrería hinchada y censurable que cree descubrir el Mediterráneo. Presuntuosa escolástica fenomenológica (que ojalá se convierta pronto en una tendencia minoritaria): una aglomeración de capítulos intolerablemente plúmbeos, insípidos y pomposos, hilvanados con su tono típicamente hiperbólico. Es una prosa que sólo puedo consentir si me enfrento a la lectura de un filósofo de la talla de Hegel, porque él osa construir una hermenéutica intrépida e innovadora, cuyas proyecciones más llamativas se afanan en acariciar espacios de un mundo inteligible e imperecedero que toda alma, todo intelecto, todo corazón honesto sueña con sondear refinadamente. Sin embargo, no la soporto en uno de esos libros que pretenden abrumar con infinidad de consideraciones superficiales, con multitud de ejemplos lingüísticos, con una legión inmisericorde de referencias paleontológicas a autores del pasado y del presente. En definitiva, una de esas monografías filosóficas despojadas de originalidad que descienden a detalles nimios de introspección fenomenológica y se limitan a seguir, servilmente, los áulicos dictados de la corte palaciega de Husserl, con su obsesión insanable por llegar “a las cosas mismas” mediante una depuración de las representaciones que alberga nuestra mente.

Sí, la fenomenología, hija predilecta para tantas corrientes filosóficas que triunfan inexplicablemente en nuestro tiempo, pero bajo cuyos ampulosos ropajes, ¿en realidad qué se esconde? Tan solo vacío, insustancialidad, un acopio de trivialidades inocuas y de futilidades

redundantes que inoculan pereza creativa con sus especulaciones de corto vuelo. Conceptos como los de “mundo de la vida” de Edmund Husserl y “experiencia pura” de Kitaro Nishida, ambos ocasionales e implacables críticos de la ciencia moderna, cuyas conclusiones supeditan a la hipotética superioridad de sus intuiciones filosóficas, fabrican fetiches metafísicos que obstruyen el progreso analítico, por cuanto se contentan con acomodarse a impresiones sensoriales no cribadas ni por una investigación empírica más rigurosa ni por un examen lógico más profundo.

¿Cómo es posible que tantos filósofos hayan sucumbido al hechizo nigromante de la fenomenología, a las sirenas de sus supercúmulos de bisuterías epistemológicas, en cuyo seno no se vislumbra ningún atisbo de ambición, de impávida grandeza, pues sólo asoma un andamiaje lingüístico fatuo que no se sustenta sobre una auténtica trascendencia conceptual? ¿Qué astuto encantador de serpientes ha entonado, con su meliflua flauta, los acompasados ritmos que envuelven la fenomenología, fachada de quimérica hondura metafísica que ha cautivado incluso a los observadores más exigentes? Bajo su jerga pedante, tras ese disfraz de apariencia científica, sólo yace un dualismo trasnochado y sólo resuenan los ecos de la teología, camuflados en un discurso que sirve para justificar cualquier tesis. ¿Qué verdad ha descubierto? ¿Qué nueva dimensión de la existencia humana ha revelado? ¿Qué luz valiosa ha vertido sobre tantos interrogantes que preocupan a la filosofía, a la ciencia y a la sociedad? Es triste que tantos académicos se plieguen a la oscura palabrería, al dogmatismo y al análisis escolástico de los textos escritos por supuestos “sabios” que, después de todo, no han sido capaces de esclarecer una sola verdad nueva sobre el hombre.

Yo no busco las cosas mismas: yo deseo creatividad. Yo concibo la filosofía como un río tronante y desbocado que derrocha sugerencias, inspiraciones, ideas originales y profundas para acompañarme en mi propia meditación. Pienso, como Leibniz, que todas las filosofías son verdaderas en lo que afirman y falsas en lo que niegan. Jamás he juzgado la filosofía como una ciencia escrupulosa, ni como una disciplina cuyo afán último hubiera de entibar en la emulación de las metas amparadas por las ciencias de la naturaleza. El espíritu anhela libertad, no sometimiento a la angostura del mundo y al estrecho desfiladero de sus leyes. El ámbito de la cultura humana acrisola esa esfera tan subyugante en la que se cosechan los frutos de esfuerzos, ensueños y nombres ignotos, y donde el tesón de nuestra estirpe vence siempre los angustiosos límites impuestos por las necesidades biológicas y las constricciones sociales. En el embrujado bosque de la filosofía, la cultura se brinda a sí misma un lenguaje, quizás el más hermoso, elevado y absolutorio de todos. Al amar el saber, al regar libremente una amapola que no puede marchitarse, porque simboliza nuestra ansia eterna, inconsolable y denodada de comprensión y creatividad, nos emancipamos del hipotético dominio de lo inexorable y penetramos en el inmenso mundo de la autonomía, en el maravilloso reino del pensamiento puro, en esa vastedad en la que se perfila lo incondicionado.

Una bella cita propedéutica nos introduce en el templo iniciático dedicado a este noval universo metafísico. Inaugura la obertura del libro de Heidegger e incoa este manantial de sabiduría filosófica desde cuyas fuentes fluye su sinfonía de lirismo, profundidad y persuasión. Extraída del diálogo platónico *El Sofista*, dice, de modo textual: “Porque manifiestamente

vosotros estáis familiarizados desde hace mucho tiempo con lo que propiamente queréis decir cuando usáis la expresión 'ente'; en cambio, nosotros creíamos otrora comprenderlo, pero ahora nos encontramos en aporía". La referencia ha sido doctamente seleccionada, pues si despunta la luz de un interrogante, aun ensombrecido por tormentosas tinieblas, ese rayo confuso no es otro que el chorro poderoso y descontrolado desprendido por este término, "ser", misterio supremo condensado en escasas letras que rezuman trascendencia, arcano en cuyo enigmático contenido converge el insaciable séquito de nuestras dudas. Toda cuestión esconde un deseo furtivo de entender, y para mí nada excede en hermosura la voluntad de ampliar los márgenes de nuestra mente. Preguntar constituye, por tanto, un signo privilegiado, una rúbrica indeleble que recoge nuestra vocación más digna, luminosa y enaltecadora: desafiar lo dado, extender las alas de nuestro espíritu para cubrir nuevos mundos.

El autor del voluminoso ensayo al que me refiero no es otro que Martin Heidegger, a quien pronostico la mayor gloria que quepa depararle a un filósofo en nuestros días. *Sein und Zeit* rebose de profundidad. Todo en él se halla engastado en oro puro. Cada línea aviva una llama de reflexión que yace aletargada en mi intelecto. Ya desde sus primeras líneas, Heidegger clarifica la finalidad, la teleología de su indagación filosófica: "plantear de nuevo la pregunta por el sentido del ser". Para ello, examina el estatuto ontológico del tiempo "como horizonte de posibilidad para toda comprensión del ser en general". Es preciso agradecer tanta franqueza, tanta nitidez en la enunciación del propósito que guía una empresa de semejantes dimensiones, para que el lector no se lleve a engaño, y se percate de que ante él resplandece un escrito muy ambicioso, investido de una osadía noble que espolea todas esas fuerzas imaginativas cuyo ardoroso espectro tantas veces dormita, desnutrido y silente, en el fondo de nuestra alma filosófica.

La lectura de *Sein und Zeit* es ardua. Las capas exteriores quizás opaquen joyas cuya brillantez reposa en la paz huidiza del fundamento filosófico que vertebra, con solidez explicativa, el metódico universo intelectual edificado por Heidegger. La minuciosidad que descuella en todas las páginas aquilata su vigor analítico y ensalza su intrepidez sintética. Rutila una panorámica meticulosa y cautivadora que abarca la totalidad de las grandes cuestiones esbozadas por la mejor filosofía de todos los siglos. Interpretar esta obra demanda un importante compromiso en quien se aventura a penetrar en su denso entramado, de una hondura metafísica casi intolerable. Pero en cuanto el espíritu comienza a vagar sobre los cauces de una senda flanqueada por bosques de profunda espesura, entre vivos arbustos y tupidos matorrales, fulge una luz bellísima: es el astro de la sabiduría. Toda conquista exige sacrificio. Escalar hasta las más altas cúspides del conocimiento y de la clarividencia filosófica precisa de dolor, abnegación y renuncia. Si, como constatará Hegel, el búho de Minerva sólo emprende su vuelo al anochecer, cuando la poética irrupción del crepúsculo toma las riendas del tiempo y la oscuridad se entroniza en la sede del cosmos y en el sitial de la imaginación; si el deseo que nos embriaga radica en alzarnos sobre las evanescentes llanuras del mundo, sobre el suelo adusto, seco y desazonador que nos ata a reflexiones segmentarias, a verdades truncadas que parcelan la realidad y a análisis superficiales que ocultan lo fundamental e impiden entrever un sentido auténtico y trascendente, ¿no deberemos entonces padecer? ¿No triunfará la dicha de la comprensión desde ese ventanal áureo que colinda con el venerable

paraíso de la sabiduría? Hemos de elevarnos a un cielo desconocido. Allí recibiremos el impulso de esa fuerza inescrutable y antiquísima que ha invitado a hombres y mujeres de todas las épocas a entregarse, en fugitiva expiación, a pensar sobre las cuestiones más profundas, a pugnar por encender una llama que ejerza la fascinación más vigorosa sobre nuestro espíritu. Un astro relumbrante, robustamente enclavado en su propio e inmortal firmamento, nos orienta con su argéntea calidez, como en el pasado encaminó a esos magos simbólicos venidos de Oriente que anhelaban adorar a una sabiduría encarnada en la fugacidad y en la pobreza de este mundo. No temamos la penumbra que impregna y enfervoriza la noche, pues también en ella germina el lácteo fulgor de las estrellas congregadas a esas altas horas. Sólo el contraste entre la luz y la oscuridad nos permitirá amar el saber y apreciar el incalculable valor de la claridad, de un obsequio que nace cuando la mirada del alma descubre el velo de las apariencias, aunque para ello se vea obligada a palpar la aspereza de la aflicción...

El capítulo consagrado a la muerte me ha conmovido. Este misterio me sobrecoge desde mi más tierna infancia, y aún hoy no logro dejar de pensar en el destino a cuyo puerto umbrío se hallan abocadas todas las naves de la humanidad. Pero hacía tiempo que no me topaba con un tratamiento como el que ha elaborado Heidegger. Ya no reflexionaré sobre la muerte del mismo modo. Palabras de inestimable agudeza filosófica han perforado mi imaginación con la elegante impetuosidad que sólo despliegan las águilas del entendimiento. Siento que de las líneas escritas por Heidegger brota una llamada honesta a apoderarnos de la muerte, a despojarnos de todo pavor, de todo recelo, de toda angustia, para advertir que, gracias al advenimiento de una realidad tan desconcertante, generadora del estremecimiento más atroz que aflige el alma humana desde los albores de nuestra racionalidad, se cumple nuestra auténtica vocación: vivir instalados en la finitud, como hijos del tiempo y vástagos del espacio. Degustar el cáliz de lo finito, de lo mesurado, de esa brisa efímera que, presidida por el don del tiempo, nos exhorta a proyectarnos hacia un futuro siempre insospechado, fuente de libertad y hontanar de sorpresa permanente, enriquece y dignifica la vida humana. No nos aprisiona una cárcel eterna e inmutable, vigilada de continuo por un panóptico más letal que el de Bentham: nuestro perplejo espíritu corretea por prados amplios pero finitos, bellamente finitos, en cuya pureza silenciosa emerge el cambio y florece la renovación. Después de internarme en las páginas memorables que Heidegger tributa a la amarga temática de la muerte, creo haberme convencido de una verdad que ningún filósofo o teólogo será capaz de confutar con sus sutilezas argumentativas y sus raquícos subterfugios dialécticos: la muerte sella nuestra finitud, y por ello refrenda nuestra libertad frente a una necesidad perenne y un destino imperecedero.

Al concluir la lectura de este libro, lo que he sentido puede bautizarse como descontento. No me cuesta confesar que una oscura sensación se ha cernido sobre mí. Compunciones abrasivas, lóbregas pesadumbres, haces taciturnos...: unas garras afiladas han oprimido mi espíritu, y lo que me ha dominado es la envidia más lesiva y peligrosa. Huelga emplear un elenco más dilatado de epítetos, pues todo apelativo flaquea cuando se afana en describir la erosión que lentamente horada nuestra interioridad con su veneno voraz, para incautar nuestras energías espirituales con su ponzoña injusta. La picadura de su particular y legendaria áspid nos asesina como a Cleopatra, porque al más tenue contacto con un alma

ávida de triunfo y reconocimiento como la mía, se injerta sigilosamente en las arterias, las venas y sus incontables ramificaciones capilares. Sus toxinas colonizan paulatinamente todos los estratos del cuerpo, del corazón y del intelecto, y es recelo, es rencor, es desazón ante la evidencia de que ha sido Heidegger quien ha redactado la obra por la que yo he suspirado infatigablemente todos estos meses de peregrinación por tierras alemanas, durante tantas auroras y crepúsculos en busca del santo grial de la originalidad, la agitación que conquista mi ser, deseoso de besar ese pensamiento que siempre ha ambicionado amparar en su plenitud, pero cuya sombría silueta no cesa de difuminarse...

¿Por qué no ha surgido de mis manos una obra igual? ¿Por qué no acaricio ese prado de verdor y ensueño que perpetúa nuestra reminiscencia en las mentes de las generaciones venideras? ¿Por qué ni siquiera la angustia y la convulsión de tantas lágrimas de impotencia vertidas a lo largo de los años, fustigado por la impresión de que ninguna idea digna de encomio amanecía en mi intelecto, han conseguido allanar el terreno para que fraguase un tesoro como el que Heidegger ha coronado en *Sein und Zeit*? ¿Por qué unos poderes misteriosos me niegan el trofeo más elevado de la introspección filosófica y de la creatividad en el ámbito del espíritu? Era a mí a quien el incognoscible destino encomendaba la noble y enorgullecedora tarea de legar a la posteridad un manantial imbuido de la mayor riqueza teórica y de la sabiduría más pletórica, de una luz impecable que concediera a mi nombre franquear esos pórticos angostos tras cuya esquiva entrada florece, augusta, la morada de lo sempiterno. Algún día, mi sed de gloria me obligará a sobrellevar una cruenta purga expiatoria, un sacrificio capaz de redimirme de las penas que ha contraído mi corazón con estas ofensas perpetradas contra la causa incorruptible del saber...

Existen dos clases de envidia, diferenciables con nitidez. La primera, de índole puramente destructiva, nos carcome progresivamente. Sus pausadas gotas se infiltran a través de los espiráculos del alma e infectan cautelosamente nuestro ánimo, poroso para el resquemor. Es tal el resentimiento ante los hitos jalonados por los demás (normalmente camuflado con torpes y delatadoras palabras) que un abatimiento hondo y desgarrador nos sume en la angustia, nos retuerce en la agonía, nos ahoga en una amargura incurable. Esperamos entonces con fervor la frustración ajena, y como carroñeros que olisquean los cuerpos de víctimas letalmente heridas, permanecemos al acecho hasta que se consuma el fatal desenlace que tanto hemos anhelado. La diana hacia la que se dirigen las flechas de nuestro rencor cede dolorosamente al fracaso y se despoja de ese halo de triunfo que nos irritaba con tanta intensidad. La péfida envidia devasta nuestro ser. Nos condena a la inacción. Salieri quizás poseyera dotes para la música, pero su envidia avasalladora hacia Mozart vetó que de sus manos fluyese una melodía verdaderamente grandiosa. En lugar de volcar su espíritu hacia la creación artística, su recelo consumió sus fuerzas, dilapidadas en vanas conspiraciones y en hostilidades iracundas. Quien vive enceguecido por los triunfos ajenos, quien únicamente ansía emular a los demás u obstaculizar sus logros, abdica de sí mismo y se sumerge en oquedades y abismos sin escapatoria. No forjará nada digno de renombre. Malgastará el precioso don de la subjetividad, de la unicidad que bendice a cada persona, y renunciará a su irreductible yo, a esa energía inagotable y envolvente que nos permite grabar nuestra huella y estampar nuestra sombra en el tenebroso silencio del universo.

La envidia esteriliza nuestras fuerzas y pulveriza todo vestigio de creatividad. Entumecidos por un odio insalubre, varada nuestra alegría en las fangosas aguas del rencor, disfrazaremos nuestro mal tras vestimentas disímiles, pero convergentes en su propósito último. Descalificaremos la obra de nuestro adversario; trataremos, con denuedo, de minusvalorar su impacto y de minimizar sus méritos, sin percatarnos de que toda tentativa de subestimarle conduce al derrotismo, al desfallecimiento e incluso al ridículo más espantoso, como aciagos tripulantes de naves encalladas en el desánimo. Con tenacidad, con una reciedumbre sospechosa, emprenderemos el estéril trabajo de desacreditar a nuestro antagonista, a esa pobre alma que ha sucumbido a la categoría de “enemigo”, de rival imprevisto, de rígido competidor que amenaza con quebrantar nuestras infecundas y pesarasas ansias de grandeza. Albergar en el corazón este arquetipo de envidia patológica dicta ya nuestra sentencia: padecer un castigo insufrible, infligido por nosotros mismos y anunciado por nuestras voces incriminatorias. Nada ni nadie podrá rescatarnos de la oscura prisión que nuestras propias manos construyen. Sólo un bálsamo de sinceridad, de bondad, de amor a la verdad, nos liberará de la cárcel que aherroja nuestro espíritu y encierra nuestro cuerpo tras sus barrotes herrumbrosos, maniatados con grilletes enmohecidos que vaticinan una muerte despaciosa y gradual.

La segunda categoría de la envidia no nos ocluye, sino que nos exhorta a crecer. Al contrario que la envidia destructiva, la admiración hacia los logros ajenos insufla en nuestro espíritu un aire entusiasta, fresco y vigoroso. Nos invita a superarnos, a trascender las limitaciones que enrejan nuestras ansias de triunfo y merman nuestro anhelo de crear un don imperecedero. Venerar la sabiduría que se posa sobre otras almas, sobre seres cercanos o recónditos en quienes brilla la inusitada luz de la originalidad, del ingenio y de la inteligencia, ¿no nos tonifica y enaltece genuinamente? Me refiero, por supuesto, a una inteligencia no interpretada en clave materialista, como pretenden tantos alardes inoportunos de prestidigitación frenológica que se afanan en ubicar el desbordante misterio de la mente humana en la sonoras constricciones de las distintas áreas cerebrales; pues ¿cómo circunscribir la genialidad matemática de un Arquímedes, un Euler y un Gauss, o el talento expresivo de un Petrarca, un Lope de Vega y un Goethe, o la universalidad de un Aristóteles, un Pascal y un Leibniz, a una región cortical concreta?

Debemos una parte incontestable del progreso humano a la fascinación, noble y aleccionadora, dirigida a los grandes espíritus de la Antigüedad. Los humanistas del Renacimiento alababan inconmensurablemente las cúspides de erudición, perspicacia y belleza hasta cuyas honrosas cimas habían escalado las almas más ilustres que glorificaron el mundo clásico. Las joyas de la literatura de Grecia y Roma, los blancos pináculos de su fervor artístico, los cúlmenes que encumbraban su ímpetu creativo en todas las esferas del conocimiento, ¿no sembraron, en prohombres del Renacimiento como Valla, Leonardo, Miguel Ángel y Pico della Mirandola, el germen no presagiado de su propia creatividad? ¿No brotó de la contemplación de los logros de la Antigüedad clásica la semilla que proyectó Europa hacia el orbe moderno, las aguas que bañaron esas ansias exorbitadas de emular unas edades doradas, tristemente desvanecidas en la noche de los tiempos? De la voluntad por ascender hacia el cielo colmado de maravillas que habían divisado los ojos de los antiguos despuntó la luz insólita del Renacimiento, y más tarde fulguró un rayo de luminosidad aún más pujante, fogosas

reverberaciones que perforaron la barrera cuya indolencia nos impedía sobrepasar a los clásicos en la solidez de nuestras contribuciones a la épica del conocimiento y a la lírica de la creación artística. La sana envidia nos edifica, nos ayuda a encaramarnos a un carro alado que nos traslada a una esfera flamante, a un mundo de descubrimiento, a unas alturas todavía no exploradas por los ojos ávidos de la humanidad.

Sin embargo, yo mismo me acuso: pese a aborrecer la envidia y ensalzar la emoción de gratitud hacia una persona capaz de componer una obra tan íntegra como la que ha engendrado Heidegger, he capitulado ante el resentimiento, como una serpiente que reptaba sobre suelos mudos y enardecidos y yace enroscada sobre sus pieles escamosas. La sombra de Salieri me ha secuestrado con sus sutiles redes y sus mortíferos tentáculos. He proferido palabras adustas que destilaban rechazo, vocablos que tan solo reflejaban, en su aterradora desnudez, el odio abrigado por mi espíritu hacia quien había conquistado claramente la victoria sobre las limitaciones que cercenan el intelecto humano; triunfo a cuyo blasón yo había aspirado con perseverancia, sediento de canonizar mi memoria inconsolable con el inescrutable nimbo de su premio. ¿Por qué él y no yo? ¿Por qué no olean las musas mi rostro con su crisma inspirador? Exánime, desfallecido, agotado ante tanto anhelo que rapta mi voluntad con el hálito de su fiereza, ¿conseguiré forjar una obra comparable a la que ha cincelado la mente de Heidegger? ¿Entrañará la creación que esculpa mi espíritu una profundidad tan dilucidadora como la que caracolea, con belleza y elegancia, al son de sus páginas?

¡Qué triste claudicar ante el resquemor, ante una desilusión que me anega con sus aguas contaminadas de odio, infectadas de envidia y pervertidas por una flaqueza inhóspita! ¡Qué desazonador resulta tolerar que el recelo desgaste mis ímpetus y consuma mi juventud, cegado ante la visión de la belleza exculpatoria que vibra en la naturaleza y en el conocimiento! Imploro la felicidad con una pasión conmovedora, mas ¿no la alcanzaría si ofreciera mi entero ser al cultivo libre del altruismo, de la sabiduría, de la contemplación que purifica y engrandece el alma? ¿No crecería mi ser si se convenciera de que resplandece un fin en sí mismo, un tesoro incondicionado, una meta virginal, revestida también de la simplicidad más amable y tonificadora, cuando nuestro espíritu se consagra a lo que no tiene por qué reportarle réditos inmediatos, sino que exige renuncia, privación y abandono? El torrente atronador de deseos insaciables y peripatéticos que nos embisten sin clemencia es opresivo: permitamos que el corazón vuele sobre cielos expiatorios con suavidad, candor y una ligereza evocadora de la más alta libertad que cabe conferirle al espíritu. Pero ¿tan frágil es mi fe en la dignidad de ese tributo rendido a un objetivo autónomo, emancipado, hialino como la armonía minuciosa que preside el universo? ¿No debería alzarme como mártir de esta vívida percepción, como quien ha respirado el dulce aroma de la esperanza tras una oblación honesta quemada en los altares de la creatividad? Atisbo relámpagos diáfanos que parpadean en la lejanía, destellos aureolados de un pensamiento absolutorio, llama cuya pulcritud me acaricia con viveza. Es la conciencia de una vocación que bruñe el espejo de la autenticidad. Me alienta a buscar el conocimiento como fin en sí mismo y como la más excelsa expresión de sabiduría. Por desgracia, umbrosos sentimientos de envidia, idolatría y recelo provocan que mis fuerzas declinen, y sucumban ante una lastimosa oscuridad.

¡Lágrimas de desasosiego! ¿Por qué no pueden otorgarme los dioses el deleite de la contemplación pura y la bendición del entusiasmo perpetuo, el placer de prestarme con docilidad a las alabanzas del saber y de la belleza? ¿Por qué me invade, aturde y ofusca un egoísmo escabroso e insumiso? ¿Por qué no aprecia mi ser el deslumbramiento, la fecunda perplejidad ante la pléyade de misterios y la constelación de sugerencias e insinuaciones que nos revelan la filosofía, la ciencia y el arte? ¿Por qué vacila ante lo que otros rostros, otras manos, otras almas le manifiestan con gentileza? ¿Por qué debo titubear cuando mis ojos temblorosos merodean por páginas indisciplinadas repletas de hondura y lucidez, avasallado por una emoción transida de acrimonia, haz de chispas turbadoras que eclipsan todo vislumbre de lo puro, de lo sabio, bello y amoroso?

En último término, considero que la lectura de *Sein und Zeit* sólo puede producir un sentimiento en el corazón de quien se adentra en la arborescente profundidad filosófica de sus páginas: se llama desolación. Según Heidegger, una fuerza misteriosa nos ha arrojado a este valle de lágrimas, a un ínfimo corpúsculo que describe órbitas elípticas en torno a una minúscula estrella diluida en una galaxia cualquiera, preterida en una extensión insignificante de un universo potencialmente infinito. Hemos recaído en esta vastedad de mundos, ¿para qué? La soledad es nuestro distintivo. El silencio es el lenguaje con cuyas palabras mudas nos habla la insondable naturaleza. No existe sentido posible más allá de la temporalidad. Asumir la apremiante carga de la finitud rubrica nuestra responsabilidad en esta abreviada y confusa vida.

Creo que Heidegger ha querido expresar una convicción que surca el pensamiento occidental después de Schopenhauer y Nietzsche²²: nos hallamos abocados al ateísmo; inútil es aferrarse a categorías distorsionadoras como eternidad, fundamento, inmortalidad, sentido y trascendencia, pues esta actitud transluce inautenticidad, engaño e impostura. Somos hijos de la finitud, y en la temporalidad estriba el sentido de nuestras vidas. Según Heidegger, el *Dasein* existe para morir. Esta vocación a la muerte como la “posibilidad radical de la existencia” es la idea cimera que corona la arquitectura filosófica de *Sein und Zeit*, pero a mí me estremece, no por lo entristecedor que resulta observar cómo las mentes más ilustres se han despojado de todo apego al cielo y han afianzado sus pies sobre el firme dolor de la tierra, sino porque me veo conminado a admitir cuán probable es que estas reflexiones se acerquen más a la verdad que los encandiladores sueños de quienes nos prometían vidas eternas y visiones beatíficas en paraísos de bondad.

Mi fascinación por el romanticismo, y en particular por sus versiones filosóficas más elaboradas, como las de Schelling y Hegel, obedece a una voluntad hiriente y honesta, cuyos hálitos suspiran por hermanar razón y sentimiento, lógica y deseo, espíritu y materia. Flaubert viajó por el Mediterráneo guiado por el anhelo de toparse con experiencias elevadas, mas acabó por desprenderse de cualquier vestigio de idealismo. Advirtió que el mundo no tiene nada de romántico. Estertores de penumbra, egoísmo y decadencia lo tiranizan. El desencanto, la desafección hacia la divinización estética de la naturaleza y de la historia, ha conducido a muchos al más férreo y desconsolado realismo. Sin embargo, la auténtica llama romántica no

²² O, enunciado de manera más precisa, tras constatar el fracaso de la ambiciosa tentativa hegeliana de fusionar razón y realidad.

se inflama en cielos extrínsecos a nuestro propio corazón: su chispa se aviva en nuestro poder para imaginar, para crear y, sobre todo, para amar, al comprender que en cada conciencia resplandece una luz inagotable. Todo lo que me revela la fría meditación sobre el ser del mundo y el origen del hombre me sume en la agonía. He nacido para morir, pero con una claridad más desgarradora que la nitidez desde cuyo amparo observan mis sentidos el devenir del cosmos y la caducidad ahormada a toda forma presente, yo palpo un afán inconmensurable que sólo lo eterno, puro y bello saciaría. Esta fractura abisal divide mi corazón. Una parte de él se somete, con mullida docilidad, a los dictados que emergen de una razón inconcusamente vinculada al mundo, a la evidencia, a la incontestable lógica que todo lo rige, y cuyas promulgaciones reverberan también en esas leyes inderogables que gobiernan la estructura y el funcionamiento de la materia. La otra porción de mi yo, ácrata y temblorosa, fluye libremente, como un témpano de hielo dejado a la deriva en las gélidas aguas del Polo Norte, mientras clama por esa luz que el inextricable universo le niega: ansía apasionadamente vivir para siempre, conocerlo todo, saborear la más alta e inalcanzable belleza. Una concertación de sombras espigadas se congrega en la sede de mi fantasía, y su *longa manus* me atormenta con aspiraciones inasequibles. Sólo lo infinito calmaría mi sed. Sólo lo infinito me confortaría con su bálsamo, diseminado desde las robustas torres de una catedral perfumada de evocaciones inmarcesibles. Sólo lo imposible, en suma, redimiría mi sufrimiento.

Yo busco, busco incesantemente, y no me conformo con respuestas fáciles que sólo disipen fugazmente las brumas del intelecto. Reniego del dogmatismo y del escepticismo porque ambas propuestas me parecen intolerablemente estériles, paralizadoras de las mejores energías creativas que anidan en el espíritu del hombre. “Dudar de todo o creerlo todo son dos soluciones igualmente cómodas, pues tanto una como otra nos eximen de reflexionar”, escribió, con su característica brillantez, el genial matemático Henri Poincaré en el prólogo a su libro *La Science et L'hypothèse*. Sé que la pertenencia a una iglesia brinda un incomparable desahogo psicológico. Yo lo he experimentado con pujanza, y lo juzgo enormemente tranquilizador. Pero también suspende el pensamiento, desoxigena la voluntad y atrofia los resortes del espíritu crítico. Yo debo desvelar la verdad por mí mismo, sin seguridad, mas con audacia. Admito que vivo sumido en una profunda incertidumbre, y desde sus púlpitos llamo a lo *ignotum per ignotius*, aunque no por ello desisto de buscar la verdad, esa verdad infinita, inabarcable, inagotable, siempre digna de que me entregue a su causa en alma y cuerpo, siempre merecedora de que mis días de soledad y angustia al menos agreguen una humilde piedra que engrandezca su ya de por sí imponente templo.

No albergo inconveniente en reconocerlo: mi panteísmo sentimental pretende sanar la punzante herida que fragmenta mi ser y escinde mi futuro. Persigo la unidad, la pureza, transitar de lo finito a lo infinito, la límpida integración entre un cúmulo de dimensiones que se nos antojan irreconciliables, la conversión a la religiosidad que mana del sentimiento. ¡Esa autenticidad a la que Heidegger se refiere no ha de ser la meta por la que mi alma se desviva! Para mí, lo auténtico sólo hundiría sus ásperas raíces en la suavidad de lo eterno, de una verdad permanente, de un bien inmutable. Pero ¿qué hacer, si yo no puedo abrazar la fe en un Dios personal? El Creador a cuya magnificencia entonan efusivos cánticos las religiones monoteístas es un invento de la razón y de su proclividad a humanizar el mundo; una proyección del espíritu, porque, como puso de manifiesto Feuerbach, las insuficiencias de

nuestra condición finita y terrena sólo se solventan mediante la atribución, a un ser incognoscible, de todas las propiedades que codicia nuestra osadía. Sin embargo, concedo que semejante desdoblamiento del individuo, duplicado en un fetiche deífico al que transferir el reguero de sus ansias contrariadas, se asimila perfectamente a la falla lacerante que a mí mismo me trocea con su cólera y me impide gozar del verde de la vida. Si, desde los más remotos amaneceres, el género humano ha necesitado fertilizar todo un cosmos de ilusiones religiosas con la coreografía de anhelos indómitos que esparce su corazón, todo un reino fecundado por imaginarios pujantes que descubren las entrañas más profundas de almas flageladas por el carácter efímero y desdichado de la existencia, yo también pugno por un sueño que me consuele.

Además, discrepo de Feuerbach en un aspecto: añadirle dones y predicados a Dios no siempre implica restárselos al hombre. No se trata de una operación neutralizadora y compensatoria, porque puedo ensalzar a Dios y simultáneamente extasiarme ante la grandeza del hombre. El punto neurálgico y verdadero de su tesis alude a la antropomorfización de lo divino, y es aquí donde vibran los ecos más hondos y perdurables de la temida crítica de Feuerbach a la religión judeocristiana, cuyas repercusiones nos obligan a contemplar lo divino desde otro ángulo, el de la de la creatividad futura. Pero un decreto inasible me incapacita para otorgarle a esta intuición un rostro, una sonrisa, unos ojos puros que me exalten con la enigmática belleza de su mirada, unas manos que me obsequien con la trémula ternura de su tacto, unos labios que exhalen palabras honestas, anegadas de un amor que hoy me transfigure: una poesía que mistifique el sordo mundo.

El dominio de una razón deícida apaga ahora el fuego de voluptuosidad cuyas ardorosas llamas, avivadas desde hogueras recónditas encendidas por las migajas del sentimiento, me exhortaban antes a profesar fe en un Dios de carne y hueso, en un Dios bendecido con la hermosura de un semblante humano, en un hijo de lo sempiterno que descendiese a la Tierra para salvar a cuantos sufren. Pero el control avasallador que impone la lógica, junto con la astuta vigilancia practicada por la desnudez del rigor analítico y de la erudición histórica, fruto de una espiral de indagaciones intempestivas que han contribuido a esclarecer la génesis de ideas religiosas sustentadas sobre la fragilidad del espíritu humano, me asestan los golpes más violentos. ¡Yo no puedo creer en un Dios tan humano, porque he perdido ya toda esperanza en el hombre! ¡Oh luz de salvación, oh don de eterna majestad, cuyo fulgor no brota de la razón ni surge del sentimiento!, ¿dónde habitas? ¿Dónde despunta esa luminosidad cuya pureza difumine todas las brumas que entenebrecen mi vida y me inundan de oscuridad y abandono? Peregrino desbocadamente por libros díscolos e ideas errabundas, y sólo encuentro soledad, penitente soledad.... ¿Cuándo cesaré de derramar lágrimas al escuchar la más embriagadora de las músicas y al leer los versos más sinceros? ¿Allanaré mi búsqueda este dolor continuo, esta amargura sostenida en espacios y tiempos, este llorar sin que los cielos que tanto me subyugan se compadezcan de mi debilidad, sin que un ángel enjague mi rostro con un paño santificado de clemencia? ¿Renegaré de la razón? ¿Aceptaré un irreversible vaciamiento de sentido? Nada puede describir la intensidad de mi angustia. Finjo de noche y de día abrigar en mi corazón la oscilante luz de la felicidad, pero la verdad, la verdad más flagrante y dolorosa, difiere netamente de lo que me afano en manifestar a cuantos me rodean. Soy, lo reitero, una criatura rota, un espíritu desfallecido, un

verdugo de anhelos sepultados, un alma mortal quebrantada por las agresiones de la razón y las sucesivas réplicas que propala el sentimiento.

Heidegger nos invita a tomar las riendas de lo que para él representa la vocación inocultable de todo *Dasein*, de todo “ser-ahí” ferozmente arrojado al desierto del mundo y a las arduas constricciones de la finitud: cuidar del ser. Somos, nos desvela, los pastores del ser. Hemos de convertirnos en el buen pastor que proteja sus rebaños con cariño, con entrega absoluta y amor verdadero, y los sosiegue en los más pródigos pastizales. Debemos propiciar que toda oveja descarriada camine por verdes praderas y suaves cañadas. En cualquier caso, ¿no somos también partícipes de ese poder insondable llamado “ser”? ¿No nos asemejamos a esas ovejas extraviadas, desorientadas ante la vastedad del mundo, la fugacidad de la vida y la incontinencia del deseo? Sí, somos ovejas, un rebaño que vaga sin rumbo por las provincias del ser, pero el milagro de poseer razón y lenguaje, el prodigio de la autoconciencia, nos conmina a cuidar activamente del ser. Este celo volcado a custodiar la herencia del ser, patrimonio diseminado por el universo físico y desperdigado por el cosmos invisible que late en nuestro interior, nos proporciona un sentido, la respuesta a una tarea misteriosamente encomendada a aquéllos que ignoran el significado último de su propio ser.

Cuidar del ser converge con la responsabilidad de propagar el fulgor de la cultura, empresa en la que incidió el clarividente Dilthey. Cuidar del ser conlleva entonces consagrarse a la custodia del fascinante universo de creaciones intelectuales y artísticas forjado por las manos de los hombres, y Heidegger parece reticente a abandonar el oscuro y eximiente privilegio que todos los grandes filósofos han conferido a la raza humana. Su pensamiento parte de la constatación, agónica y desoladora, de que hemos sido lanzados al mundo desde un lugar inescrutable, tesis que habría de implicar, concomitantemente, la ausencia de una vocación especial en la trama biológica, de una prerrogativa que favorezca los intereses de nuestra estirpe. Sin embargo, el autor de *Sein und Zeit* rehúsa desprenderse de la convicción de que un destino único aguarda al ser humano, un sendero que se bifurca del horizonte a cuya lóbrega morada se hallan abocados los restantes entes que componen el cosmos e impulsan la evolución. Pero ¿por qué? ¿Con qué legitimidad establece este indulto dispensado al hombre? ¿Por qué la analítica del *Dasein*, la investigación en el modo de existir del “ser-ahí” que personifica el hombre, ha de ostentar la primacía en el discurso filosófico sobre el ser? ¿Por qué la contestación al interrogante más conmovedor, atroz y hermoso (a saber, “qué es el ser”) debe gravitar en torno a ese núcleo esquivo y vacilante que remite al hombre? ¿Por qué obstinarnos en esa creencia arcaica, cuasi extinta, que considera al hombre “la medida de todas las cosas”? Canonizada por Protágoras en las cimas de la filosofía presocrática, ha sido asumida por incontables pensadores de forma instintiva o intencionada, pero a mi juicio incurre en un error fatal, pues desdeña las evidencias científicas.

Es primavera. Resucita el brío que hibernaba en gélidas cavernas y en áfonas hondonadas. Amanece, rejuvenecida, la pasión indoblegable que se afana en explorar islas vírgenes para el pensamiento. Sólo la providencia divina podía propiciar que un libro tan profundo como el de Heidegger irrumpiera en esta estación, dulcificada por el presagio de lo nuevo.

VI. Lecturas de Maquiavelo

Si la liberamos de los artificios mitológicos subyacentes, de los residuos de superstición y los despojos de ignorancia precientífica que la ofuscan, ¡qué íntegra certeza esconde la doctrina del pecado original! Fervorosamente impresa en las depresiones más insondables del alma humana, la huella del mal flanquea la totalidad de nuestro existir. Nadie, ni siquiera el más brillante de los filósofos, el más docto de los antropólogos o el más versado de los moralistas, ha logrado explicar por qué subsiste, con una fuerza indómita y misteriosa cuya tajante lanza atraviesa la historia, la sombra omnívora de esta inclinación al mal, el egoísmo y la destrucción que oscurece el don de haber nacido en el seno de la familia humana...

Sin embargo, frente a los consejos de Maquiavelo, y a pesar de reconocer que pocos filósofos políticos han emulado su profundo conocimiento de la condición humana, su radiante pragmatismo y su inatacable sentido común, he de confesarlo: prefiero ser amado antes que temido, pues aún profeso fe en el hombre...

He leído con ardor *Il Principe*. Todo vocablo, todo verso declamado en la preciosa lengua de Dante, toda frase, todo párrafo, todo texto, en realidad, que haya sido redactado en el idioma más puro, dulce y vivaz labrado por los pueblos de Europa, me deleita intensamente. Parece que las ideas se acompasan con los sonidos de una forma perfecta, revelación de lo divino... ¡Qué lengua tan agraciada, tan rejuvenecedora, cuyos fonemas vivifican oídos fatigados con destellos de la más pujante y resucitadora luz del Mediterráneo!

Maquiavelo dedicó su obra más influyente al ínclito Lorenzo di Medici, retoño de un linaje destinado a encarnar el emblema del mecenazgo y del más elevado gusto estético. Evocar el apellido "Medici" me transporta a esa era dorada de la civilización occidental, una de las edades más fecundas y creativas del espíritu. ¡Florenia, quién caminara de nuevo por tus calles y conversara con Leonardo, Rafael y Miguel Ángel! ¡Quién experimentara una análoga sensación de desbordamiento espiritual a la que padeció un desfalleciente Stendhal cuando sus ojos y sus imploraciones contemplaron los vestigios de la grata sinergia de armonía, genio y luminosidad que hubo de envolver la ciudad de Florenia en el apogeo del Renacimiento! Ninguna fuerza resiste las afables sacudidas que el arte más sublime asesta en el corazón del alma. Entonces toleramos que la fina tersura de sus obras nos atrape en las redes de su delicadeza serena, con una galería armada de imágenes eximias en cuya plenitud cristaliza la pródiga intuición de una belleza incondicionada, sagrada e inefable, dotada de alas capaces de revolotear vistosamente sobre todos los cielos, pues embelesarían por igual a hombres y mujeres de cualquier cultura, al haber sido avivada por el espíritu humano en su pira más inescrutable y universal.

Sólo Maquiavelo habría encapsulado un contenido político y filosófico tan indudablemente aleccionador en un libro tan admirablemente breve. Maquiavelo se limita a describir los serpenteantes entresijos que moldean las ansias humanas y sus proclividades más oscuras, penumbras de angustia, ductilidad y fiereza volcadas a acaparar más y más parcelas de poder, como si todo en la historia se redujera a una batalla loca e interminable, a un

conflicto deflagrado por voluntades de dominio dispares e inexorablemente confrontadas que sólo alcanzan equilibrios ocasionales, estratégicos y precarios, proporciones inestables preservadoras de una paz demasiado frágil, débilmente urdida en medio de la implacable tempestad que desata el eterno anhelo de hegemonía, aguijón del corazón humano...

Sin embargo, un vibrante eco resuena en mi interior: es la voz del bien. Me exhorta a rebelarme contra la incitación a buscar el poder y no el amor, el avasallamiento y no la verdad, el triunfo y no el servicio. Sé que bebo de fuentes agotadas y que mi alma suspira por flores ya marchitas. Sé que el esplendor del idealismo se desvaneció hace mucho tiempo, y yace hoy enterrado bajo densos escombros epistemológicos. Sí, soy consciente de que es imposible retroceder a glorias derogadas y a cúlmenes fenecidos, porque la historia ha de proseguir, y nadie debe añorar retrotraerse a una época que el destino no le ha deparado. Nuestra responsabilidad estriba en vivir el presente y en descorrer, con irreprochable valentía, el arduo velo del futuro, pero algo late en mí, y unos labios desconocidos musitan palabras que me instan a ambicionar luces puras y dones perfumados de concordia, fuerzas que aúnen a los hombres y los emancipen de un apego al poder tan flagrante como desazonador.

VII. Frustraciones filosóficas

¿Qué decir de esas filosofías que parecen diseñadas *ad usum Delphini*, como si sus creadores no hubieran albergado el propósito honesto de buscar la verdad, por problemática, intangible y recóndita que se les antoje a nuestros frágiles sentidos materiales y espirituales? ¿Cómo calificar obras que tan solo se afanan en contentar, en llenar páginas y páginas con palabras tibias pero generalmente inanes, incapaces de llegar al corazón y de entusiasmarlos con la noble empresa del pensamiento?

Dolor me produce internarme en algunas bibliotecas y, ansioso de encontrar esa sabiduría perenne, fenecida o nueva por la que suspiro sin descanso, tropezarme únicamente con estanterías colmadas de títulos condenados a sepultarse bajo los lodos de la historia, con anaqueles cuyas pomposas letras anuncian la clave de la vida y el secreto del universo, con meras disquisiciones en las que sólo aprecio ausencia, vacío, nihilidad: la huella de unos espíritus privados de cualquier atisbo de osadía; la sombra arqueada del conformismo más lacerante, de un pudor cínico y desazonado cuya única ambición estriba en gozar de la falsa adulación de acólitos serviles, en ganar honores palatinos y reconocimientos precederos, en encaramarse a las tribunas más prestigiosas de nuestro tiempo para proferir no sé sabe qué palabras. Soberbia, una vanidad que esconde superficialidad, es el único reflejo que contemplo en ciertos párrafos, en determinados libros, en algunos rostros sedicentes que se ufanan de su erudición y porfían, con proclamas lanzadas a los cuatro vientos, de haber descornado el agreste velo de la verdad. ¡Qué ignorantes, qué alejados del ideal de fundir *humilitas* y *curiositas* en el mejor de los crisoles, para así extender el alma hacia la viveza de lo grande!

Basta con sumergirse en las biografías de quienes más se han entregado a la tarea de expandir las alas del espíritu humano y de multiplicar el catálogo de nuestros sueños para percatarse de que toda alma sincera, toda alma oleada con ese bien tan escaso que es la independencia, toda alma que haya perseguido límpidamente el saber por el saber y el arte por el arte, ha descubierto su mayor y más nutricia fuente de inspiración en grutas muy remotas; en manantiales hondos e inaccesibles para los que sólo ansían triunfar y alzarse, ya en el hoy, con el trofeo de glorias humanas, pero indescriptiblemente hermosos y benéficos para aquellas almas que impetran respirar la fragancia tonificadora del conocimiento.

Las mentes más elevadas surcan cielos incomparablemente bellos, azulados y profundos. Movidas por intenciones puras, sacrifican todo apetito individual en el pedestal más majestuoso, y ofrendan su voluntad, el más tierno de los exvotos, en aras del saber. Se convierten entonces en fieles sacerdotes cuyas oblaciones, delicadamente tributadas a la diosa de la verdad en su templo eterno, diseminan el bálsamo más oloroso, grato y proficuo para nuestra estirpe. De no haber contado con almas insobornables entre nuestros miembros, ajenas a afanes delicuescentes de éxito que nublan el amor por el saber, poco habría avanzado nuestra especie por las sinuosas sendas del tiempo...

Sé que idealizo la vida de muchos grandes genios, hombres de carne y hueso como nosotros, tantas veces sometidos a pasiones bajas, idénticas a las que también hoy nos

corroen con intereses siniestros y espurios. Sin embargo, me niego a desprenderme de una idea que se verifica cuando estudiamos la vida de ciertas personalidades extraordinarias, cuyo tesón ha enaltecido el deseo humano de aprendizaje y crecimiento: el motor más poderoso y profundo que impulsa la odisea humana por las difusas provincias del saber dimana del amor a lo desconocido, del ansia irreductible de entendimiento, imposible de subsumir en motivaciones anteriores y más “básicas”, en infraestructuras puramente materiales que eclipsen la hirviente luminosidad de este anhelo. Se trata de una curiosidad verdaderamente santa, patrimonio de espíritus puros que nadan ya en mares gloriados de beatitud. Su ímpetu nos emancipa de las más intensas constricciones que la naturaleza ha decretado contra nosotros, hijos suyos, vástagos de una dinámica fascinante que ha propiciado la emergencia de formas eximias, dotadas de belleza y sofisticación inextricables, pero inmersas también en la vorágine feroz e inmisericorde que enhebra la trama de la vida, torbellino de mecanismos y tribulaciones que entierran toda finalidad en una concatenación inderogable de causas y efectos, espiral que obstruye la ventana de los fines puros...

¡Desorbitada curiosidad del hombre! ¿Qué sería de nosotros si no bebiéramos de tu cáliz? ¿Qué obra grande, revestida de la magnificencia que admiran todas las generaciones y del esplendor adamantino más tarde impreso en los libros de historia, poder de evocación destinado a inmortalizarse en escritos que extienden sus brazos hasta la morada de lo eterno, no se hiende en el fértil suelo de la curiosidad? ¿Y qué transparenta el deseo inconmovible, sobredimensionado, estremecedor, de saber por saber? ¿No es una pléyade de ansias indoblegables de libertad? Buscar lo puro, el fin ensimismado, esa luz absorta y desasida que no requiere de ninguna justificación ulterior, se mimetiza con la voluntad denodada de lo libre y desembarazado, con un don que no se enlace a hileras inclinadas de fines instrumentales cuyo destino último permanece ignoto, castigado a figurar como un eslabón más diluido en cadenas potencialmente infinitas, saturadas de medios que no presagian fin alguno, deprimidas en una textura interminable que entreteje bordados siempre incompletos...

Ahora entiendo por qué Aristóteles estableció la existencia de un primer motor inmóvil, de una especie de *natura naturans* spinozista que se erigiera en su propia causa, sustraída a la desasosegante maquinaria que trenza los medios sin revelar el fin más profundo. Ignoro si las argumentaciones esgrimidas por Santo Tomás de Aquino para probar que debe haber un Dios, propulsor de los motores imbricados en los vastos engranajes del firmamento, resultan válidas a la luz de los criterios actuales, pero se ha apoderado de mí la convicción de que la vida no puede consistir en un entrecruzamiento infinito de intenciones invictas: ha de resplandecer un fin límpido, la acuciosa necesidad del universo desbrozada de todo hálito que exhale contingencia; un sentimiento puro, una idea pura, una voluntad pura, un corazón puro²³...

²³ En cualquier caso, acabo de leer un libro sobre filosofía de las matemáticas plagado de pudorosas alusiones a la teoría de los transfinitos de Cantor (tan paradójica que habría maravillado al mismísimo Bolzano...), y parece posible concebir infinitos numerables, por lo que no exageraríamos si afirmásemos que cabe imaginar una escalera infinita de causas y de medios. Cada uno de sus elementos existiría realmente, en sí mismo, sin que la infinitud de la cadena de causas previas lo suspenda en la ausencia de justificación. Dado que hay distintas clases de infinito, la demostración aristotélico-tomista de la

¡Qué cándidas se juzgarán mis palabras sobre ese obsequio tan puro como recóndito! Inocencia, juventud, infancia (“donde hay un niño, habita una edad de oro”, declamó Novalis...), pero también delicadeza, hermosura, concomitante nostalgia por los días de la niñez, por aquellas noches de ébano en las que el alma correteaba libremente entre bosques encantados y montañas mágicas, y creía que un flogisto etéreo e inasible enardecía los universos hechizados alumbrados por nuestra sed de utopía. Entonces nos bañábamos en livianas aguas reflectoras de fondos que orbitan en torno a la misteriosa esfera de lo insondable, inundados de brújulas, talismanes y rosas de Jericó. La ciencia aún no había reducido a trizas el sentido del enigma, del arcano telúrico, del embrujamiento que anegaba el mundo con el fuego de lo desconocido, con esa *docta ignorantia* que nos salva. Quién no suspiraría por retroceder a esa edad áurea, a esos años milagrosos que auguraban la primicia ubicua de un secreto inescrutable, portador de infinitas sugerencias, como si derramara un rocío perpetuo que jamás cesase de vivificar la fantasía con su cascada de intuiciones bellas. Pero se disipó la infancia, arreció la juventud y despuntó la madurez, y se evaporaron los pulcros deseos que acogió el espíritu. Como frágiles castillos de naipes sucumbieron tantas ilusiones apergaminadas en la morada de nuestra imaginación. No volvimos a otear horizontes bendecidos con el sol de la pureza. Todo se oscureció, aherrojado en cárceles de apariencias y en encrucijadas perennes de medios y fines. Nada acrisoló de nuevo un don último, una meta casta. Las más diversas ciencias nos convencieron de que no existe ese prodigio con cuyo fervor unánime habíamos soñado cuando aleteábamos por los ondulados cielos de la infancia, pues a la vasta proliferación de formas seductoras y de movimientos refinados que pueblan el mundo sólo subyace materia, energía, un conjunto de fuerzas y de partículas que detonan el estallido de potencia cuya erupción desborda el cosmos y abrumba el alma. El espíritu se difumina como una breve huella grabada en las volátiles dunas de un desierto infinito...

¡Quién pudiera regresar a la infancia, eternizar el asombro y mirarse, como Narciso, en hermosos resplandores concitados sobre aguas puras, pero sin ahogarse en su ensimismamiento, sino dedicado por entero a venerar la belleza y la inalterable armonía del cosmos! ¡Quién pudiera bucear otra vez en suaves aguas estigias, en lagos cuyas gotas vigorizaran el cuerpo y fortalecieran el espíritu con un arrojito de raigambre mística, apto para rescatarnos de los desconsoladores grilletes de la fría lógica y abrirnos a la fascinación, al deleite, al arrebatamiento! Sí, qué días, qué amaneceres colmados de un sinfín de evocaciones, rebosantes de impresiones aderezadas con las vivas reminiscencias de cálidos gozos pretéritos, cuando caminábamos por sendas extasiadas y márgenes cuyos recodos serpenteaban amablemente, flanqueadas por todo tipo de criaturas mitológicas capaces de redimirnos de un mundo ignorante de la fantasía, sazonadas de especias aromáticas que nos embriagaban con sus exhalaciones olorosas, mientras nos internábamos en gargantas de luz, verdeadas por los destellos de su flora salvaje y mistificadas por la nobleza de su silencio, del mutismo piadoso que alberga quien se postra ante lo desconocido y vaticina maravillas inabarcables, con el grato acompañamiento de aves majestuosas que parecen flotar en la

inviabilidad de un retroceso indefinido en el tiempo se tambalea. Reconozco, eso sí, que estas especulaciones cosmogónicas, muchas de ellas tan contrarias al sentido común y a las intuiciones más básicas que aviva la mente del hombre, han de pulirse con esa lija que bruñe los más finos espejos del pensamiento.

cóncava estrechura de valles inextinguibles... Suponíamos entonces que altas llamaradas de pasión pura nos abrasaban dulcemente y devoraban nuestras más profundas inquietudes²⁴.

Me toman por ingenuo cuando confieso que esa luz que yo busco, el foco que concentra toda la energía generada por un cuerpo y un alma teñidos de debilidad, se dirige inexorablemente hacia lo puro, hacia lo bello, hacia lo recóndito. Leo y releo a los clásicos con voracidad, porque sólo en ellos vislumbro destellos de esa omnisciencia con cuya inmutable perfección sueña mi intelecto, obsequiada por mentes demasiado recias como para que las sepulte el peso de la arena y el olvido. Y es triste, muy triste, porque me siento desterrado de mi época, como si hubiera nacido en el siglo erróneo y el destino me hubiera aprisionado en tierras ajenas a mis aspiraciones y sordas a mi sensibilidad. Mi imaginación se desvive por emular las edades doradas que sembraron Atenas, Alejandría, Florencia o la Alemania romántica de semillas de limpidez y resonancias de una hondura inimitable. Añoro su fervor por el conocimiento y por la estética más sublime que logran esculpir las fatigadas manos de los hombres. ¿Dónde encontraré hoy esa brillantez que enorgulleció al género humano en un mediodía ya desvanecido? Quiero reproducir esa luz bajo este sol que ahora cubre mi cabeza con sus rayos serenos, pujantes y revitalizadores; desde esta claridad tan pura que ahora irrumpe en mi habitación, nutrida por haces del más pulcro alabastro egipcio, tras días intolerablemente sombríos y nostálgicos, humidificados por esa lluvia pálida cuyas gotas se inmiscuyen en los porosos orificios de un ánimo menguante y lo impregnan de una inhóspita sensación de acedia, de un oscuro desapego hacia la vida, de una impresión de abandono que desala nuestras ansias de grandeza y nos priva de la energía necesaria para pugnar por el más áureo de los cielos...

Yo anhelo mucho, dueño de una esperanza que en realidad trasluce melancolía e impotencia; yo anhelo tallar una obra nueva, digna de la gloria legada por las épocas más insignes que nos han precedido; yo sólo anhelo ser hombre. Clamo por un siglo que me es extraño. Mis deseos más enhiestos deberían haber brotado en tiempos antiguos, cuando el espíritu humano aún custodiaba la antorcha de la sorpresa, la intuición profunda y aleccionadora volcada hacia lo puro, hacia la confianza en fusionar razón y sentimiento. Este desmesurado siglo XX, época gris y glacial, repleta de descubrimientos científicos que no cesan de encandilarme, pero sumida también en una apatía que frisa con la lasitud, me entristece. Sabe demasiado y ha vivido demasiado. ¡Ojalá se paseara mi alma por las doradas calles de

²⁴ Me siento profundamente reflejado en estos hermosos versos de Wordsworth, evocadores de una infancia perdida y añorada, receptáculo de sueños inveterados de todo hombre:

*There was a time when meadow, grove, and stream,
the earth, and every common sight,
to me did seem
apparell'd in celestial light,
the glory and freshness of a dream.*

*It is not now as it hath been of yore;-
turn wheresoe'ever I may,
by night or day,
the things which I have seen I now can see no more.*

Florenxia, para que, aun en la declinante lejanía, divisaran mis ojos las enaltecedoras siluetas de tantos maestros, y penetrara mi cuerpo en esas iglesias bajo cuyas cúpulas se aposentó el eterno dios de la belleza! ¡Ojalá la luz de Atenas y el sol de Italia fulguraran de nuevo sobre mi cabeza y vivificaran mi tez! ¡Ojalá franqueara los pórticos de esa legendaria biblioteca que ennoblecíó la ciudad de Alejandría, y conversara con Eratóstenes sobre el tamaño de la Tierra o con Manetón sobre las dinastías egipcias, y mi imaginación estragada colindase con los vastos campos de sabiduría cultivados a orillas del Nilo y en la antesala del Mediterráneo! ¡Ojalá retrocediera décadas para visitar a Goethe, a Schiller, a Hölderlin, a Schleiermacher y a Hegel, y el acendrado idealismo que unificó razón y sensibilidad a lomos de la poesía me permitiera cabalgar sobre su brioso corcel, uncido por manos piadosas, y recorrer las riberas del Rin, del Danubio y del Mosela imbuido de ese espíritu romántico que exaltó la naturaleza, embarcado en una nave que insufló en el alma devoción por el mundo, las lágrimas y el pensamiento! Pero no amanece esa luz divinizada, y sólo puedo entregarme al llanto.

Los dioses me han castigado con enorme severidad. Vivo ajeno a mi mundo y prófugo de mi época, como un apátrida del intelecto, exiliado de la imaginación y desahuciado de la sensibilidad, sin que ninguna unidad última recapitule las permutaciones de mi pensamiento. Mi corazón apunta a edades fenecidas, y nada de lo que observa en este tiempo y en este espacio sacia sus anhelos desbocados. Un torrente me anega y traslada a archipiélagos desconocidos, mas ¿qué debería hacer? ¿Renegar de este amor por ideales que pertenecen a edades inexorablemente lánguidas, obliteradas de la realidad y moradoras de ese recóndito y esquivo mundo que vela por la memoria, o continuar devanado en ensoñaciones dulces y protectoras, pero irrevocablemente ficticias, cuyo arrojo me arropa con su calidez y auspicia mis clamores de pureza?

Me reconforto en mi soledad. Soy un hijo pródigo que retorna a la placenta materna para dormitar delicadamente, como si ningún destino aciago hubiera cortado ese cordón umbilical que nos vinculaba a las fuentes primigenias de la vida, y aún yacíáramos en una cómoda y perenne posición fetal, sordos a los vaivenes del mundo, gratamente enceguecidos ante el claroscuro de la existencia... Me recreo en mis lágrimas, y en cuanto reflexiono sobre la vacuidad de mi tiempo y la magnificencia que bañó otras edades, finas y concomitantes gotas de sinceridad se desprenden de ojos antes ocluidos. Germina una luz coronada de pureza capaz de desinhibir mi llanto, porque no puedo resistir todo lo que me sugiere...

Yo riego ahora la flor de la naturaleza, y lo hago con unas lágrimas que nacen de una emoción incontenible, cuya fuerza contribuye también a transformar el mundo. ¡Y cuántas lágrimas no habrán vertido Kierkegaard y Nietzsche al meditar sobre las realidades más hondas de la vida humana! ¿No es dolor lo que sintió cualquiera de ellos cuando ponderó el significado del cristianismo, el sentido más palmario, desnudo e insobornable de esta pretensión de que el dedo salvífico de Dios acaricie la fragilidad y la corrupción que ofuscan al hombre? ¿Acaso buscaban estos pensadores la gloria y el honor? ¿Albergaban la necia aspiración de maravillarse el mundo con la cruda brillantez de sus especulaciones? ¿Tuvieron que bucear entre cortinas apolilladas y estanterías polvorientas repletas de volúmenes roídos para conmover la racionalidad humana? No: les bastó su anhelo de saber y vivir. Sus lágrimas preconizaban su pensamiento, rociadas de honestidad y trascendencia. Sus escritos destilan una profundidad

desgarradora, la inequívoca grandeza de un sentimiento límpido, porque las letras de sus libros reflejan lágrimas ocultas y demoradas, tenues fulguraciones que sólo exhalan sinceridad, el compromiso de cumplir lo que proferían sus labios. Jamás trataron la filosofía o la teología como meros divertimientos intelectuales, como ejercicios de prestidigitación ejecutados por académicos ociosos que no se juegan cada palmo de su vida en cada una de sus disquisiciones.

Todo lo profundo brota del dolor. De los doctos profesores que aturden las universidades con los ecos insufribles de sus palabras rípias y pomposas, esclerotizadas en vanos alardes de poligrafía y fosilizadas en retahílas de citas apócrifas diseñadas para impresionar, no para enseñar, nada puro ha florecido, nada que me interpele, nada que reclame mi existencia, nada que me llame por mi nombre, nada que cambie mi vida cuando los ojos se deslizan sobre esos párrafos plagados de vocablos retóricos y empedrados de sutilezas, mas despojados de la savia que ha de enfervorizar el espíritu. Nada en ellos despierta mi vocación. Por eso me refugio en los clásicos, y acudo constantemente a manantiales nunca desabastecidos. Sólo allí detecto reflexiones profundas, frutos maduros del dolor, rúbricas del sufrimiento que inspira las creaciones más elevadas del alma. Pero, nuevamente, esta nostalgia por lo antiguo, esta necesidad de regresar a las arcadias de siglos pasados para respirar el aroma que inhalaban espíritus sublimes y ausentes, ¿no revela desesperación? ¿No dimana del ostracismo voluntario de quien no contempla nada digno de admiración en su mundo, sino que tributa toda su veneración a glorias que ya despuntaron hace demasiado tiempo, como si un ocaso se hubiera cernido irreparablemente sobre la época que lógicas misteriosas le han deparado?

¿Por qué? ¿Por qué este confinamiento a un pasado inaccesible? ¿Por qué esta condena a vivir de recuerdos seductores, intangibles y fugaces que reposan en la memoria, gratificantes reminiscencias de hitos ya jalonados que peregrinan infatigablemente por el seno de mi imaginación, y en cuyos prados concilian el sueño con dulzura? ¿Quién me niega el deleite con mi tiempo? ¿Quién me prohíbe afanarme en coronar cúspides aún más nobles que las escaladas por los sabios a los que más alabo? Lo ignoro. Yo mismo tapio mis ojos vacilantes ante la luz que también irradia el presente. Me secuestra un pasado que yo mismo idealizo. Huyo de una realidad imperfecta, desagradecida, perecedera, y creo discernir en edades doradas ese bien tan inasequible por el que moriría mi corazón. Sin embargo, esta búsqueda en los lechos de lo imposible sólo me inflige tristeza. Deambulo por el presente, pero mi auténtica energía vital se enfila hacia el pasado. Semejante retorno a lo que nunca más comparecerá rezuma impotencia. No me he convencido todavía de que el objetivo de perseguir la perfección, la sociedad incorruptible, la arcadia divina que yo atribuyo a épocas antiguas como la Atenas de Pericles o la Florencia de los Medici, ignora deliberadamente que el espíritu humano jamás se sentiría saciado por ninguna verdad dada en el hoy, por ninguna felicidad inmutable, sino que siempre anhelaría novedad, siempre desearía anticipar lo aún no presagiado y extender sus brazos más allá de los angostos límites que ciñen el universo. La humanidad busca la perenne primavera, la novedad inextinguible, no una perfección eterna que inmortalice el instante. Sé que Fausto clamaba por detener ese momento tan bello que había extasiado su mirada, pero el propio Goethe entendió que la irreversibilidad del tiempo compendia la implacable verdad de la vida: nada se reiterará nunca, nada regresará, mas amanecerán siempre luces inéditas y premonitorias, capaces de cautivarnos con su poder de

evocación. Somos hijos de la historia, no de una naturaleza cíclica, sinusoidal, que se reproduce a sí misma y sepulta todo atisbo de novedad en un torbellino de espirales estacionarias.

Una fuerza demasiado poderosa no desiste de tentarme con la búsqueda de la perfección, y me hace soñar con la superación, en profundidad y estética, de los pensamientos más elevados concebidos por las almas más pujantes. No me conformo con la vulgaridad, con la satisfacción de haber cumplido las mediocres expectativas que nuestra era deposita en nosotros como si fuéramos huérfanas criaturas adocenadas. No me convertiré en un simple epígono, en artífice de aportaciones meramente accesorias que no incidan en los principales problemas e inquietudes heredados de los grandes espíritus. Jamás me limitaré a comentar lo que otros han escrito o declamado. Nunca me someteré a la férrea disciplina de un sistema académico cuyo único objetivo, cuya meta más acuciosa y absorbente, parece concentrarse en la perpetuación de normas, títulos y honores, en la hilarante repetición de prácticas caducas que en poco coadyuvan a desatar la efervescencia del saber y la efusión de la creatividad. Yo suspiro por lo perfecto, por lo pluscuamperfecto, por una luz categórica que ensalce la inteligencia humana y la funda en el crisol de lo divino. Por supuesto, capitalizaré el tesoro de sabiduría, conocimiento e información cultivado por las generaciones que me anteceden, pero ninguna acusación de soberbia o de ingenuidad aplacará mis intenciones. En mí arde un fuego demasiado intenso como para sofocarlo con apelaciones a convencionalismos deshojados. El hombre ha de fijarse objetivos ambiciosos, osados y sinceros. Quien vuelca sus ansias hacia fines pequeños, ¿no corre el riesgo de alejarse definitivamente de toda ilusión insigne y enorgullecadora? ¿No sucumbirá ante la medianía e impedirá que florezca su auténtico potencial? Si un estudiante no se esfuerza en obtener las mejores notas, sino que parte ya de aspiraciones mucho más modestas, ¿no renunciará a esforzarse lo suficiente como para lograr las calificaciones que, de haberse esmerado con tenacidad, quizás hubiera merecido? Si nuestro deseo estriba en permitir que fluya libremente ese cúmulo de energía que todos almacenamos en nuestro interior; si anhelamos despertar el vigor aletargado que pulula por estancias recónditas de nuestra subjetividad; si nos comprometemos con el ideal de trascendernos continuamente a nosotros mismos, de entrever un peldaño más a conquistar, de soñar con cúspides más hermosas y con cúpulas más aquilatadas, resignarnos de manera acomodaticia y quejicosa a replicar paradigmas gestados por otros y a hundirnos en dinámicas cíclicas, tristes y reiterativas que ahogan cualquier viso de originalidad, ¿no sellará nuestra derrota más flagrante?

Tan solo asumiré ideas que haya comprendido en profundidad, y cuyo contenido me haya persuadido de forma rotunda, hasta alancear mi corazón. Desahuciaré de mi cerebro modas, consignas y prejuicios. Todo lo pensaré desde sus fundamentos, desde su pureza racional, desde su fervorosa blancura epistemológica. No me postraré ante brillos exiguos y poderes espurios. Profesaré siempre un candoroso idealismo hacia el conocimiento que suscitará condescendencia, aprobación o escepticismo, pero nunca neutralidad. No admitiré, y menos aún divulgaré, conceptos, teorías o cosmovisiones que no haya captado en plenitud, discursos que no se hayan sedimentado en mi mente y no hayan cristalizado en convicciones sólidas o en ideas claras y distintas. Me apoyo en un báculo de robustez infalible: la fascinación, el sentido del misterio; esa sana humillación que me zahiere ante la vastedad de lo

que ignoro; la esperanza de descubrir un horizonte que jamás cese de inspirarme y conmovirme...

VIII. Darwin: fervor y desconcierto

Después de leer la *Autobiografía* de Charles Darwin, he recordado que también en mi juventud me atrajo poderosamente el argumento del diseño esgrimido por el reverendo William Paley, actualización de la antigua y célebre vía teleológica. En su libro *Natural Theology*, el apologista británico defendía la existencia de una inteligencia superior, responsable de la generación del orden y de la finalidad que, según él, prevalecían en la naturaleza. En una época en la que el cristianismo sufría las embestidas más encarnizadas del racionalismo iluminista, cuyos ataques se habían intensificado a raíz del trabajo de autores como Hume, Voltaire y Diderot, el docto reverendo inglés abogó por recuperar la óptica “finalista” que Santo Tomás de Aquino había expuesto brillantemente en su quinta vía. Su eje principal gravitaba en torno a la apariencia de diseño que impregna el cosmos con una atmósfera de orden, medida y armonía. Ningún reloj brota de la nada, sin un relojero que lo haya construido con destreza y haya acoplado todos los engranajes necesarios para que cumpla escrupulosamente su función.

¿No se percibe en la vastedad del firmamento un hálito de equilibrio, de proporción, de finalidad, como si la totalidad de un mundo que aborrece el vacío se hallara imbuida de esas exhalaciones invisibles cuya cadencia hilvana el tejido de la naturaleza, de esos retazos de concordia o sintonía universal trazada por leyes inderogables que propician que todo apunte hacia un objetivo nítido? ¡Qué argumento tan tentador y persuasivo para nosotros los hombres, continuamente exhortados por instigaciones enigmáticas que proceden de nosotros mismos a proyectar nuestros imaginarios, el fruto más selecto de nuestros deseos, a las restantes esferas de la naturaleza! A la inteligencia, siempre ansiosa de vencer el caos con la luz de la armonía y de imponer sus esquemas lógicos sobre la oscilante miscelánea aprehendida por los sentidos, ¿no se le antoja sumamente apetecible adherirse al argumento del diseño?

En su adolescencia, el propio Darwin sucumbió al encanto de los impecables razonamientos de Paley. Pero es a él a quien debemos la refutación, prácticamente incontestable y definitiva, que invalida todo viso teleológico en el seno de la naturaleza: no subsiste ningún diseño, ningún relojero, ningún arquitecto majestuoso que todo lo haya dispuesto con “orden, peso y medida”, frente a lo que proclama el Libro de la Sabiduría en la Biblia griega. Sólo prima un mecanismo ciego, guiado por la nada críptica selección natural, fuerza que rubrica la supervivencia de aquellos organismos ajustados de manera más eficiente a las impostergables demandas del medio. El surgimiento de formas fastuosas cuya belleza y sofisticación nos embriagan obedece a la dinámica silente, sorda y oscura que subyace a la evolución de unas especies en búsqueda acuciosa de la adaptación más adecuada al entorno. La naturaleza se diseña a sí misma: delinea con desenvoltura sus perfiles y pincela, con una agilidad asombrosa, las gamas de colores que ornamentan y suavizan la larga aventura de la vida. ¿Dónde se alza esa inteligencia sobrenatural que conduzca el reino de los vivientes hacia una meta, si la emergencia de nuevas especies responde a necesidades adaptativas, a una lógica “infraestructural”, material, radicalmente antagónica al anhelo de detectar, en la

costura del cosmos y en la epopeya de la existencia, destellos primorosos de racionalidad, sabiduría y previsión? Los representantes más conspicuos del idealismo alemán seguramente habrían aceptado la transformación de unas especies en otras, porque, obcecados en identificar atisbos del espíritu hipostasiados en la mutabilidad de la naturaleza, porfiraron en atribuirle al campo de la vida un carácter cuasi sacro, vitalista y mistificador, pero bañado de una propensión al dinamismo, a la creatividad, a la elevación progresiva hasta el proceloso ámbito que ocupa el alma, la idea, el intelecto. Sin embargo, jamás habrían admitido que semejante proceso dimanara de causas puramente biológicas, de una inexorable decantación hacia la eficacia adaptativa que, en aras de la supervivencia, todo organismo codicia. Nunca habrían tolerado que leyes ciegas y de raigambre exclusivamente material gobernarán el regio círculo de la naturaleza, incitadoras de una voraz lucha por la vida en la que sólo los más aptos triunfan. Darwin, en suma, ha infringido la lógica que había imperado tantos siglos en el pensamiento occidental, afanada en captar indicios de lo espiritual en la verde morada de la naturaleza. Ahora entendemos que su serena hermosura no germina gracias a un diseño previo que todo lo concierte con intenciones suprabiológicas, sino a mecánicas evolutivas explicables por la ciencia, sin tener que apelar a hipotéticas entidades inteligentes pobladoras de orbes desconocidos.

Los científicos de nuestro tiempo exploran el arcano territorio de la herencia, ese mundo repleto de genes y alelos inaugurado por los trabajos pioneros del fraile agustino Gregor Mendel. Nadie habría profetizado que una recóndita abadía de Moravia, en un rincón perdido del hoy extinto Imperio Austrohúngaro, custodiara una lumbrera cuyo fuego expandiría vigorosamente el alcance de la ciencia. Pertrechado de pasión, tenacidad y lucidez, enamorado de unas entidades tan diminutas como reveladoras, Mendel amplió nuestra comprensión de la naturaleza y contribuyó a asentar los cimientos de una disciplina que, en las últimas décadas (gracias también a las aportaciones seminales del estadounidense Thomas Hunt Morgan), nos ha suministrado un caudal de respuestas a interrogantes que nos habían asaltado desde los albores del espíritu: ¿por qué se heredan unas características de los progenitores y no otras?; ¿cómo opera, en definitiva, el misterioso cosmos de la transmisión de los rasgos a través de las distintas generaciones? Son los biólogos quienes hoy desentrañan la fuente de la variación, la “materia prima” sobre cuyas estructuras interviene la selección natural desvelada por Darwin y Wallace. De modo enigmático, determinadas variaciones genéticas eclosionan y, en virtud de mecanismos que esclareceremos paulatinamente, producen un cierto fenotipo. La naturaleza, la cruda, feroz y eficaz naturaleza, premia aquellas modificaciones que comportan pingües beneficios adaptativos para sus portadores. Darwin ha descifrado el proceso cuyo filtro purga las innovaciones –fortuitas o inducidas- que afloran en la senda evolutiva, pero no ha conseguido elucidar cómo se suscita la variación en los individuos, el elenco de alteraciones que, procrastinadas a un plazo larguísimo y casi inimaginable, posibilitan el nacimiento de nuevas especies.

Lo admito: el poder explicativo que exhibe la teoría de Darwin no apaga por completo los resquicios de escepticismo que aún arden en mi mente. Postrado como un devoto y genuflexo discípulo de la ciencia, prosternado sumisamente en el reclinatorio de quienes alaban los supremos descubrimientos de la razón, como un aprendiz rendido y hechizado ante la sabiduría que exhalan los doctos labios de su maestro, acepto la evidencia de que la

naturaleza selecciona aquellas variaciones susceptibles de proporcionar ventajas adaptativas y de favorecer, por ende, un triunfo biológico en el plano de la supervivencia y de la perpetuación. Sin embargo, y pese a devorar toda la literatura sobre evolución que cae en mis manos, pese a tratar de mantenerme al día en lo que concierne a los nuevos hallazgos de las ciencias biológicas, confieso que no logro despojarme de multitud de dudas que me abaten: ¿cómo comprender que un proceso ciego, lento, quizás azaroso y ateleológico, fragüe, aun después de millones de años, formas tan armoniosas, complejas e intrigantes como las que contemplan nuestros ojos en el maravilloso espectáculo de la vida? ¿Cómo puede brotar, desde cúmulos de variaciones aleatorias y graduales, una máquina tan perfecta como la del sistema visual humano? ¿Cómo se coordinan los cambios puntuales para forjar una sofisticación tan esmerada? ¿Cómo se compatibilizan, en resumen, transformaciones ocasionales, muchas veces incongruentes e incluso contradictorias, para esculpir una cima de eficacia y belleza tan admirable como la que cristaliza en el ojo, o en el cerebro, o en el metabolismo que posee cualquier célula? ¿Cómo se articulan mutuamente? ¿Qué sutil ingeniería supervisa el engranaje progresivo de estructuras? ¿Cómo delimitar *ex ante* "lo favorable? Además de la conjunción de azar y selección natural, ¿no subsistirá una tercera fuerza motriz en la evolución de las especies, o ambos principios bastan para justificar la emergencia de todo atisbo de novedad biológica en el subyugante reino de la vida? ¿Qué es la perfección para un ser vivo y hacia qué puertos boga la gigantesca nave de la evolución?

Por otra parte, la selección natural, ¿sobre qué unidades se aplica? ¿Criba genes específicos, individuos, grupos o especies? Mas ¿cómo definir, por ejemplo, una categoría tan polisémica como la de especie? Persisten numerosos interrogantes que demandan respuestas sólidas, contundentes y dilucidadoras. Para ofrecer una narrativa verdaderamente plausible del proceso evolutivo, todavía requerimos de un conocimiento mucho más profundo y preciso de la biología de los organismos, de su genética y de su capacidad de adaptación. Pioneros como Darwin y Wallace recorrieron por primera vez el oscuro velo que ocultaba la vasta historia de la vida, pero únicamente nos confirieron un andamiaje, una panorámica demasiado general, una arquitectónica verosímil en sus términos globales, si bien huérfana de la minuciosidad analítica que cabe exigirle a toda teoría de pretensiones científicas.

El concepto de evolución me fascina por su potencial unificador, pues nos brinda una llave maestra para fusionar la totalidad de la ciencia biológica desde una perspectiva enormemente clarificadora. Al sugerir un modelo atómico de la materia que sería recuperado por John Dalton a comienzos del siglo XIX, filósofos griegos como Demócrito y Leucipo coadyuvaron a diseminar las cálidas brisas de la racionalidad científica en Occidente. Casi dos mil años después, estimo que Darwin, Wallace y sus discípulos han inaugurado un campo fecundo y revelador, mas tan solo nos han procurado un marco teórico y empírico, una *Weltanschauung* cuyas ideas paradigmáticas trastocan, indudablemente, la ciencia de la vida, pero para cuya consolidación y para cuyo crecimiento necesitamos imperiosamente un saber más prolijo sobre los organismos y las dinámicas internas que los moldean.

Si la evolución ha acontecido, y si hemos de aceptar las observaciones de Darwin, la fuente de la variación debe dimanar de los propios cuerpos biológicos, de sus mecanismos genéticos y fisiológicos, por lo que sólo un entendimiento más hondo y meticuloso de estas

facetas nos permitirá someter sus teorías a los oportunos contrastes empíricos, a fin de avanzar por la senda que él ha preconizado. Por supuesto, estas consideraciones no inciden en una problemática aún más severa que ha de encarar el evolucionismo de corte darwinista: la atingente al origen de las facultades superiores del hombre. El mismo Wallace insistió en este punto, y yo, un lector empedernido de los idealistas alemanes, un admirador de la epopeya artística de la humanidad, un enamorado de la magia pitagórica que preside los números y de las reminiscencias de lo eterno fulgurantes en determinadas áreas del conocimiento especulativo, difícilmente me desprenderé de la inclinación a profesar la convivencia de dos mundos, uno material y otro espiritual, cuya armonización se torna cada vez más ardua, sobre todo si optamos por adherirnos a un credo unilateralmente positivista...

Esta constatación no implica sumergirse en las aguas de un esoterismo pampsiquista; menos aún del hiloísmo²⁵, máxime cuando la ciencia se encamina hacia el descubrimiento de las bases físicas y químicas -“inanimadas”- que sostienen la esfera biológica. Poco tiene que ver con una doctrina que atribuya la cualidad de lo mental a toda la materia, como una fuerza *sui generis* desplegada escalonadamente en el escarpado curso de la evolución, pues abrigo serias dudas sobre esta “ubicuidad del alma” que tanto habría embelesado a los místicos y pensadores del Renacimiento. Sin embargo, encuentro también motivos consistentes para elucubrar sobre la autonomía del orden de la conciencia, como si el desarrollo de la materia y de la vida hubiera alcanzado un nivel crítico (¿y de no retorno?) en alguna etapa de la evolución, más allá de cuyos límites se abrió la encandiladora ventana del espíritu.

Plantear preguntas no socava los cimientos de la ciencia, sino que los apuntala. La curiosidad y el honesto deseo de saber han llevado la antorcha de la ciencia hasta las regiones más remotas y desoladas del universo. Todo científico genuino debe encarnar a un osado hereje, a un Wycleff, a un Hus o a un Lutero (¿y, por qué no, a un Jesús de Nazaret?), a un iconoclasta que se arriesgue a rebelarse contra poderes asentados y verdades arraigadas. Desistir de formular interrogantes, transigir ante la infausta medianía, la mediocridad, el conformismo y la enfermedad gregaria de quienes se pliegan a las enseñanzas de su tiempo como prosélitos de un dogmatismo avasallador, de una ceguera fanática cuyas huestes imponen sus doctrinas con un furor análogo al que han exhibido los inquisidores de todas las épocas; doblegarse ante el academicismo, las jerarquías obtusas y los vanos argumentos de autoridad, ¿no apaga la luz de la ciencia? ¿No veta progresos ulteriores? ¿No habría desincentivado a un Copérnico, a un Pasteur y a un Einstein, almas revestidas de suficiente coraje como para disputar prejuicios arcaicos y debatir nociones inveteradas? La verdad no ha de temer la crítica, el cuestionamiento y las tentativas de refutación, porque su luz resplandece por sí misma, y todo ataque se convierte en un adminículo que nos proporciona ayuda inopinada.

Yo mismo, fervoroso apóstol de la racionalidad, heraldo de las sacrosantas bondades de la ciencia frente a la perversa superstición, sucumbo ante la envergadura de una tarea: la de ofrecer una explicación científica del nacimiento de la complejidad, de los destellos diversificados de novedad cualitativa que despuntan en la historia de la naturaleza, rizan las

²⁵ Doctrina que defiende, en términos generales, la espiritualidad de la materia, sobre todo de la viva.

formas orgánicas y con fogosidad se esparcen por los escenarios más insospechados. Difícilmente los reduciremos a meros y accidentales incrementos cuantitativos que acoplen modificaciones favorables.

Albergo, sin embargo, una fe firme en el brío de la ciencia para iluminarnos en esta pedregosa pero estimulante senda. Los pilares construidos por Darwin, Mendel y otros titanes de la ciencia únicamente constituyen el comienzo de una aventura asombrosa que nos depara nuestra época. La teoría de la evolución nos otorga el marco esquemático, la panorámica más amplia, el grandioso lienzo de ese vasto y desafiante paisaje que se yergue ante nosotros. A la ciencia biológica corresponde desgranar sus más finos entresijos, cómo se trenzan los infinitos detalles para bordar una costura tan retadora, polifacética y creativa.

IX. ¿Azar o necesidad?

¿Existe una evolución direccional, una ortogénesis al estilo de la postulada por Bergson en su libro *L'Évolution Créatrice*, que acabo de leer, desconcertado? Lo ignoro. Se me antoja, eso sí, una opción poco plausible, al menos si tenemos en cuenta el inmenso legado de destrucción, extinción, lucha, sufrimiento y azar que impregna el itinerario evolutivo. Apelar a un sentido inescrutable que desafía nuestra inteligencia no sirve de mucho, pues sólo poseemos dos lógicas: la lógica de la naturaleza y la lógica del hombre, que contempla innumerables facetas de la vida con inconsolables ojos antropocéntricos. Espero que pronto confluyan plenamente, porque no conocemos una tercera lógica, divina, sobrenatural, angélica o de cualquier otra índole, que nos ayude a elucidar el sentido de la evolución. La única teleología de la que hay constancia es la humana, y discernir un reguero plagado de tragedia, muerte y desolación en los arduos y vertiginosos senderos evolutivos, ¿no impugna toda percepción de un significado cuya brillantez dote al hombre de un lugar central en el universo? ¿No hemos nacido gracias a cúmulos de contingencias fortuitas que se han conjurado milagrosamente para encender la llama del espíritu humano?

Por supuesto, en un contexto de eterno retorno se revelaría probable que el sistema de la naturaleza atravesara todos los estados posibles. Me limito a decir “probable”, pues no veo por qué debería resultar necesario: el universo podría oscilar eternamente en torno a la misma situación, sumido en la reiteración perpetua de sus cánones irrevocables, como un péndulo exonerado de padecer degradaciones energéticas e incrementos entrópicos. La mente representaría una opción más entre otras muchas latentes en el seno de la naturaleza. Tarde o temprano, el inexorable desarrollo del cosmos lo llevaría a franquear los esquivos pórticos del mundo del espíritu y, después de una cantidad inconcebible de años, podría perfectamente surgir algo parecido a la inteligencia. Quizás seamos nosotros quienes hayan gozado de la fortuna de presenciar un escenario tan insólito.

En todo caso, pienso que los filósofos se preocupan mucho por el sentido de la vida, pero ¿qué representa un lapso de menos de cien años de duración frente a la ciclópea trama del cosmos? Viviría más conciliado conmigo mismo si aprendiera a preguntarme por el sentido del universo.

X. A Bertrand Russell

Mi admirado Bertrand Russell propugna el análisis lógico como el método filosófico más fiable y útil para auspiciar el progreso del saber. Leo con veneración sus escritos, ejemplos excepcionales de claridad, rigor y hondura teórica, en los que combina conocimientos muy desarrollados de matemáticas, de ciencia y de epistemología con un talante siempre mordaz e incisivo. Pocos libros me han fascinado tanto, por su concisión y su pureza estilística, como su estudio técnico *Introduction to Mathematical Philosophy*, así como los ensayos *The Problems of Philosophy* y *Mysticism and Logic*. Ojalá otros muchos filósofos insignes -en especial los alemanes- aprendieran de este gran autor inglés, aunque quizás la oscuridad expresiva constituya una rúbrica infalible de profundidad conceptual y metafísica, tan ajena, ciertamente, a las preferencias intelectuales que han marcado la tradición empirista y asociacionista de los británicos, con Locke, Hume y Mill a la cabeza y de la que Russell se erige en entusiasta heredero.

Me he atrevido incluso con sus célebres *Principles of Mathematics* y *Principia Mathematica*, este último firmado junto al ilustre profesor de Cambridge Alfred North Whitehead, si bien he de confesar que mis conocimientos de lógica matemática no poseen la suficiente solidez como para evaluar, en justicia, los axiomas, enunciados y prolijas inferencias que surcan esta magna obra. Por ello, me siento incapaz de pronunciarme sobre la viabilidad futura de una tentativa tan ambiciosa: la de reducir la matemática a la lógica. Otros la juzgarán mejor que yo, aunque admito que se trata de una temática que me subyuga, porque todo lo referido a los fundamentos del conocimiento y a la elucidación del funcionamiento de la mente humana me seduce con fervor, y quizás succione demasiadas energías de un espíritu secuestrado por un sinnúmero de intereses y una infinidad de devociones intelectuales...

Aun así, sospecho que la empresa de Whitehead y Russell está condenada al fracaso. Subsisten demasiados indicios de caos y nítida arbitrariedad en el universo y en la razón como para creer en la plausibilidad de circunscribir el sorprendente mundo de la matemática a los angostos principios de la lógica. A menudo, la matemática opera guiada por intuiciones y conjeturas imposibles de categorizar, de filtrar a través del severo tamiz de un entrelazamiento de algoritmos. No criticaré la opacidad inherente a determinadas ideas de esta ciencia, al menos con la dureza que mostró Berkeley en su obra de 1734 *The Analyst: A Discourse Addressed to An Infidel Mathematician*, amparado en las graves deficiencias formales que, a comienzos del siglo XVIII, aún eclipsaban la corrección y el alcance del cálculo infinitesimal. Un instrumento tan indiscutiblemente fértil permitió que, por primera vez en dos milenios, la matemática occidental excediera las más refulgentes cotas coronadas por la geometría griega, pero sólo gracias a los adelantos protagonizados por matemáticos decimonónicos de la talla de Cauchy y Weierstrass llegaría a gozar de una enunciación teórica sólida.

Sin embargo, se me antoja interesante comprobar cómo la invención misma de este genial instrumento matemático comportó asumir nociones demasiado vagas o intolerablemente hipotéticas, que en ese momento no eran susceptibles de una demostración rigurosa. No en vano, Newton y Leibniz alumbraron la teoría de las derivadas y de las

integrales a través de sendas divergentes. Difuminada toda sombra de plagio, tras los pormenorizados estudios que han exculpado a Leibniz de las acusaciones difamatorias lanzadas por los aguerridos e implacables discípulos de Newton, la historiografía contemporánea concede que las naves tripuladas por ambos genios arribaron al cálculo infinitesimal de manera independiente. El artífice de la teoría de la gravitación universal perseguía un método, el de las fluxiones, que despejara la compleja incógnita de cómo calcular variaciones, en especial las de índole mecánica. De acuerdo con sus leyes del movimiento, la aplicación de una fuerza sobre un cuerpo modificaba no la velocidad (contra lo vaticinado por Aristóteles), sino la aceleración, el “cambio del cambio”, lo que hoy interpretamos como la segunda derivada del espacio con respecto al tiempo²⁶. Leibniz, por el contrario, partía de preocupaciones eminentemente filosóficas. Embelesado por el examen del infinito, cautivado por llamativos principios metafísicos que enhebran, aun frágilmente, su sistema, como la *lex continuitatis* y un misterioso axioma que Darwin incorporó a su visión gradualista de la evolución biológica, *natura non facit saltum*²⁷, accedió al cálculo infinitesimal motivado por inquietudes más “trascendentales” que los problemas de mecánica racional cuyo apremio tanto acuciaba a Newton. Es bello, o cuanto menos curioso, constatar que dos mentes descomunales, incentivadas por causas tan dispares, jalonaran una misma y gloriosa cúspide intelectual.

En lo atinente a la investigación que Russell publicó en 1900 sobre Leibniz²⁸, he de manifestar mi discrepancia con las tesis que la vertebran. Mi familiaridad con la obra leibniziana procede de haberla diseccionado cuidadosamente en Madrid. Aconsejado por un profesor de historia de los sistemas filosóficos, Miguel Castrobuena, me sumergí en los más intrincados detalles de la filosofía de Leibniz cuando estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central. Fue él quien me informó sobre la irrupción de un auténtico renacimiento de la pasión por Leibniz. Propiciado por el descubrimiento y la edición de nuevos manuscritos que había llevado a cabo el francés Louis Couturat, se hallaba destinado a adjudicarle a tan inagotable genio alemán una creciente importancia en campos como la lógica, la teoría del conocimiento y la filosofía de la ciencia. Creo que esta cercanía me autoriza a sostener que la presentación de las ideas matrices de Leibniz (por no aludir al retrato psicológico del inventor del cálculo que dibuja Russell) adolece de un carácter sumamente tendencioso y desfigurador. No niego, en absoluto, la originalidad de algunas de las observaciones argüidas por Russell, como su confinamiento de la filosofía leibniziana a un elenco de axiomas relativamente breve, desde cuyas lacónicas bases el afamado erudito de Leipzig habría deducido la práctica totalidad de sus propuestas lógicas y metafísicas, pero cada vez me siento más escéptico sobre la posibilidad de que un pensamiento tan rico, tan

²⁶ Nuestra época, sujeta a una aceleración constante, a un férreo crecimiento exponencial, a un ritmo imparable que, como inscrito sobre un abnegado palimpsesto, se superpone a todo lo anterior y sacude los pilares cimentados por las transformaciones precedentes, ¿no plasma con elocuencia el concepto de “aceleración”? Tanto en su ciencia como en su atmósfera sociológica, el espíritu del mundo moderno rubrica la primacía de la aceleración, de la concatenación intempestiva de metamorfosis, sumido en espirales de una rapidez que nos transportan a metas cuyo nombre nadie pronuncia.

²⁷ Este principio quizás haya sido confutado por la legión de físicos que sondea los enigmáticos *cuantos* de Max Planck.

²⁸ El título reza *A Critical Exposition of the Philosophy of Leibniz*.

exuberante, tan difícil de subsumir en formulaciones siempre restrictivas, se consuma en esquemas inflexibles y depauperados como los que respalda Bertrand Russell.

Con la salvedad, por tanto, de algunas objeciones que considero legítimo plantear contra ciertos trabajos de Russell, yo mismo reconozco que quizás pocos individuos de nuestro tiempo se encuentren tan preparados para embarcarse en una síntesis de saberes como este singular aristócrata británico. Sin embargo, poco a poco me he convencido de que la voluntad de domesticar la pujante energía filosófica mediante su constricción a los cánones de la lógica y de la filosofía de tintes matemáticos desemboca muchas veces en tediosos e inanes estudios lingüísticos sobre si el rey de Francia es o no calvo, sin duda importantes para iluminar determinadas incógnitas filosóficas y lógicas, aunque a la larga incontinentemente aburridos e incluso soporíferos. Nos conducen a la árida disección entomológica de frases, ejemplos y contraejemplos, aderezada, eso sí, con impactantes fórmulas matemáticas cuyo carácter enrevesado infunde, en la mayoría de los casos, pavor, un respeto cuasi sacro, dado el prestigio que ostenta lo numérico entre los espíritus más doctos y científicos, pero que, examinadas con mayor meticulosidad y exigencia, tan solo describen la forma del pensamiento, su correcta estructura sintáctica. En poco o en nada nos instruyen sobre el significado de su contenido, sobre su semántica. Por supuesto, se desvanece de ellas cualquier atisbo de creatividad filosófica. No imagino a un Platón, a un San Agustín, a un Rousseau, a un Schopenhauer, a un Marx o a un Nietzsche, precisamente algunas de las almas más originales y fecundas que ha producido Occidente, enclaustradas en la elaboración de fórmulas matemáticas o de argumentaciones estrictamente “lógicas” que condensaran el vigor de su pensamiento. Semejante afán habría ahogado su ingenio. Habría provocado la pérdida de valiosas fuerzas y habría secado unas aguas, libres e ingobernables, que no han cesado de fluir pese a la eficaz y exigente disciplina demandada por la lógica y la matemática, y a cuya tenacidad insobornable debemos algunas de las ideas más poderosas y aleccionadoras que ha esculpido el hombre. La cultura, la ética, las instituciones, el derecho, las artes e incluso la idea misma de lo humano no se forjan desde fórmulas bien formadas lógico-matemáticamente: en el reino de la libertad y del espíritu predominan otras fuerzas, para mí más fértiles.

La intuición desborda la lógica. La creatividad que despliega el espíritu rebasa la rigidez de todos los algoritmos, fórmulas, cálculos y reglas. Palpita una fuerza inescrutable en la mente que desafía toda subsunción en leyes y encadenamientos. Sí, atisbo vestigios muy poderosos de libertad, como si el alma humana lograra, émula de ese don tan puro que quizás bendiga a los dioses, crear un mundo “*ex nihilo*”, para establecerse ella en nuevo primer motor inmóvil que desate el suntuoso dinamismo del universo...

XI. Los misterios del inconsciente

Si hay alguien que no cesa de ejercer la fascinación más profunda sobre este tiempo; si hay alguien que encarna la efervescencia intelectual que vive mi época; si hay alguien que no deja de suscitar toda clase de controversias entre los académicos y los no tan doctos; si hay alguien que se ha mostrado capaz de remover pensamientos, de generar dudas, de interpelar por igual al sabio y al hombre de la calle; si hay alguien que ha logrado erosionar pilares otrora considerados firmes e inexpugnables, bases perennes de la civilización occidental; si hay alguien en quien brillan tanto el genio expresivo como la originalidad teórica, ese alguien se llama Sigmund Freud.

Desde su aparición en 1900, *La Interpretación de los Sueños* se ha convertido en objeto de todo tipo de especulaciones. Exaltado hasta el enésimo cielo del prestigio intelectual por unos, denostado como vacua palabrería por otros y culpado por algunos de inocular el veneno de la perversión moral en el seno de la cultura para sacudir sus cimientos e imponer el caos, ¿qué diré yo del psicoanálisis freudiano? No me siento legitimado para ofrecer una opinión fundamentada con el suficiente rigor como para valorar los méritos atesorados por este célebre médico austriaco. He de admitir que me cautiva su prosa, límpida, concisa e iluminadora; no tanto por su contenido, sino por su calidad retórica y por su admirable poder de síntesis, habilidades que no siempre coinciden en un mismo autor. En cualquier caso, estimo que muchos de sus prolíficos y sugerentes escritos quizás seduzcan más al filósofo, al crítico literario, al esteta o al humanista que al verdadero científico, pues sus tesis, o gozan del adecuado soporte experimental y consiguen apoyarse en pruebas empíricas útiles para los estudiosos del cerebro, o la comunidad científica pronto las desterrará a ese lóbrego baúl que encierra innumerables repertorios de arbitrariedades metafísicas.

Cada vez me convengo más de que el psicoanálisis no constituye una nueva ciencia, una ventana revolucionaria a mundos antes inalcanzables para las ciencias de la naturaleza, sino una filosofía, una cosmovisión, una ingeniosa hermenéutica sobre los atajos y vericuetos que teje la existencia humana a través de ese fondo recóndito, insondable y embrujador alojado en las depresiones del inconsciente.

Por otra parte, a esa instancia oscura, dotada de un carácter enérgico y confabulador, reprimida en pozos cavernosos e inhibida en acechantes impulsos sexuales, me niego a atribuirle un papel tan determinante en el comportamiento como pretende Freud: yo también sueño con leer almas e interpretar deseos, pero adolezco aún de un apego gratamente cegador hacia la pujanza de la racionalidad, de la conciencia, del poder que detentaría el individuo para sobreponerse a las frías y sordas fatalidades de la materia. Concedo a la esfera subjetiva el brío necesario para doblegar un ámbito abrumador, el del convulso y voluptuoso inconsciente, imbuido de negatividad, impregnado de unas connotaciones que se aproximan de modo desconcertante a las exaltaciones místicas de lo apofático que permean no pocas tendencias religiosas y simbólicas. Para mí, la realidad del inconsciente estriba en su papel de reserva, fungido de forma silenciosa, inadvertida, taimada, en cuyo depósito se compilan imágenes retenidas en la memoria. Sin embargo, confieso que el velo descornado por Freud,

pórtico a una realidad hasta ahora ignota y no conjeturada, representa una aportación valiosísima a la épica del conocimiento. Ojalá surgieran más Freuds, más sabios cuya inteligencia nos prodigara nuevas lentes para contemplar paisajes invisibles en noches inspiradoras...

Por ejemplo, su teoría de la cultura como sublimación de ansias inveteradas de raigambre inconsciente; su incardinación de las más esmeradas producciones artísticas e intelectuales en la precariedad de unos anhelos inconscientes y atrabiliarios, ¿no explica múltiples facetas de la vida social de la raza humana? A través de las obras más portentosas que han ennoblecido el arte y la civilización, ¿no nos hemos afanado en manifestar ese sentido de carencia, de flaqueza, de dolor y de impotencia que nos aflige, con sus afiladas garras, desde abismos tenebrosos, moradores en nuestra más íntima interioridad? Las tres determinaciones supremas del espíritu hegeliano, los tres cúlmenes que corona la idea en su fatigado desenvolvimiento y en su sacrificada autoenajenación como espacio, tiempo e historia (el arte, la religión y la filosofía), yacen hundidas, para Freud, en un barro desidioso que fragua inercias irracionales, despojadas de aquella claridad que transparentaba el fulgor seráfico del firmamento divino. ¡Qué humillación para la gloriosa tradición occidental, que creía haber penetrado en el sanctasanctórum de la razón, espejo bruñido a imagen y semejanza de la luz que rige el cielo!

Yo mismo sublimo pléyades de aspiraciones intercaladas tras la máscara de mis empresas intelectuales. Yo mismo sucumbo a tentaciones incontrolables. Yo mismo atestigo el vigor indómito de fuerzas anárquicas y voraces con cuyas armas una porción de mi ser ataca a la otra. Yo mismo me debato entre el principio del placer y los umbrales de la realidad. Yo mismo camino entre la vida y la muerte. Yo mismo doy fe de mi debilidad. Yo mismo incurro en constantes contradicciones, probables evidencias de algo más que un entrecruzamiento de injustificables solecismos, de simples *lapsus linguae* o de accidentales *lapsus calami*. Yo mismo acarreo y purgo las penas de una infancia contrariada y de una adolescencia infeliz. Yo mismo sintetizo, en la ductilidad de mi alma ausente, muchas de las persuasivas enseñanzas que Freud nos ha dispensado. Mi rostro personifica muchas de las patologías que Freud ha descrito con tanta lucidez en sus inabarcables libros. Pero yo mismo profeso una esperanza indestructible en las virtudes inconmensurables que ostenta la razón, así como en la victoria de la conciencia sobre lo inconsciente. Yo mismo creo en la ciencia. Yo mismo defiendo que ningún poder, por ingobernable, fiero e indolente, vence la potestad que los dioses han otorgado al intelecto en su búsqueda de lo universal, en su amor por la luz y por el espíritu. Yo mismo confío en la fuerza de la humanidad para forjar creaciones que no germinen sólo de una concatenación de querencias frustradas impuestas por lo inconsciente, sino que vislumbren la novedad, la pureza, lo incondicionado: un don ya no sometido a intereses lúgubres y acaparadores, cuya munificencia presagie el nacimiento de un reino verdaderamente libre, llamado a trascender todas las conquistas del hombre en una era nueva y refulgente: en una edad dorada que supere lo humano.

Vivir cautivos de servidumbres contraídas en la más tierna infancia, de complejos de Edipo y Electra, de un entrelazamiento de odio y amor hacia nuestros progenitores; yacer esclavizados por la fragmentación tripartita del psiquismo humano, que ensambla ellos, yoes y

superyoes en espirales de apetitos insatisfechos cuyas agitaciones y severidades desatarán el fuego y las humaredas de la pasión en las etapas de la vida adulta..., no sólo me desconsuela, deshonra e indigna por su crasa perspectiva reduccionista, sino que se me antoja una tesis teñida de punzante pesimismo. Se encuentra entenebrecida por un cúmulo de sospechas injustas que resultan incontrastables, pues muchas veces son el fruto de la voluntad del psicoanalista y no la cosecha de una investigación imparcial. Además, sus avasalladores celos se ciernen sobre la totalidad de las parcelas de la vida, y su penumbra ofusca incluso aquéllas en las que se presume un mayor grado de objetividad. No puedo adherirme a su rigidez.

A pesar de que aprecio la notable hondura teórica de muchas de las consideraciones vertidas por Freud, no desisto de abrazar una idea: por hegemónico que emerja lo inconsciente en las vicisitudes individuales y en la evolución de la existencia colectiva, la antorcha de la razón nunca se apaga por completo. Sé que toda alusión a la "imparcialidad" despertará las suspicacias de los seguidores de Freud, pero es obvio que, de insertarnos en esta dinámica tan tétrica y sesgada, todo viso de objetividad se desvanecerá, y sólo restará lanzarnos acusaciones intempestivas que evoquen taras de la más diversa y umbría índole: los unos denunciarán regresiones a infancias traumáticas padecidas por los otros y reflejadas en su encarnizada oposición al psicoanálisis; los otros criticarán la ligereza, las caprichosas veleidades asumidas por los discípulos de Freud, su intento deliberado de sustraerse a toda sujeción al método científico y su dependencia de tesis atávicas, carentes de comprobación. ¿Qué ganará el conocimiento? Poco o nada.

Bienvenidos sean todos los enfoques originales y creativos, pues hemos de agradecer la irrupción de cualquier herramienta que espolee la curiosidad humana y expanda los difusos límites de nuestro intelecto, pero evitemos capitular ante modas, paradigmas y convencionalismos, aunque disfruten de gran popularidad entre los sabios más influyentes: nuestro juicio, nuestra soledad y nuestra independencia han de filtrar toda tesis, todo concepto y toda propuesta a través del riguroso tamiz de una ponderación seria, honesta y equilibrada.

Por tanto, a la pregunta, ¿merece el psicoanálisis el calificativo de ciencia?, mi respuesta es rotunda: "no". Sin embargo, la imposibilidad de constreñir la amplitud del psicoanálisis a los estrictos cánones de las ciencias naturales no ha de evaluarse como un factor en su contra, sino más bien como una de sus ventajas más conspicuas, al menos para todos aquellos hombres y mujeres de nuestro tiempo interesados en escrutar las profundidades de la mente humana. Al no subsumirse en cauces demasiado angostos, indudablemente fecundos, pero inevitablemente empobrecedores cuando nos afanamos en comprender las vertientes más genuinas de la vida humana; al no ceñirse, en conclusión, a la búsqueda unilateral de correlatos empíricos que sustenten hipótesis teóricas, el psicoanálisis adquiere una mayor libertad. Es en virtud de esta emancipación de las ardientes ataduras de la ciencia como se interna también en el insoslayable mundo de las humanidades, de la literatura, del arte, de las fantasías, de los deseos indefinibles que flanquean la existencia de toda alma y de toda sociedad, de esos sueños que se perpetúan en el misterioso receptáculo de los anhelos universales.

Mi época se postra ante la ciencia, nueva diosa entronizada en el templo que consagra su más alta potestad. Nos hemos enamorado del caudal de éxitos incuestionables que han catapultado la visión científica del mundo hasta cimas asombrosas, pero no debemos olvidar que siempre persistirán vastas parcelas, no menos importantes para sondear los verdaderos entresijos de la condición humana, cuya sinuosidad desafiará el poder de introspección de las ciencias naturales. Precisamente, el psicoanálisis ha edificado una loable conexión que vincula las ciencias empíricas y las ciencias del espíritu. Con laboriosidad, ha construido un puente que confraterniza polos para muchos desgajados por distancias infranqueables: el de la naturaleza y el de la cultura; el de la materia y el del espíritu. Ni siquiera Dilthey habría augurado una confraternización tan ingeniosa y sugestiva entre las *Naturwissenschaften* y las *Geisteswissenschaften* como la que Freud y sus discípulos han propiciado. De nuevo, esta constatación no impide incidir en las evidentes flaquezas que ensombrecen el psicoanálisis, en su fragilidad como método científico, en la urgencia de complementar su enfoque con las herramientas suministradas por otras ciencias y ramas humanísticas, así como en lo imperioso de permanecer cautos ante ciertos enunciados que alardean de carácter científico, cuando en realidad obedecen a débiles y arbitrarias conjeturas. Aún tenemos que elucidar un criterio de demarcación perspicuo, capaz de escindir la ciencia de los discursos ajenos a sus procedimientos y exonerados de sus expectativas. En cualquier caso, la justa valoración de las contribuciones derivadas de una óptica tan arriesgada, audaz y encomiable, tan repleta de pensamientos profundos y atrevidos que proyectan la imaginación y despiertan energías aletargadas del intelecto, perfila una tarea acuciante para todos nosotros.

Darwin, Marx y Freud han descubierto motores fundamentales de la naturaleza y de la historia. Ninguno de ellos ha hallado la fuerza última e irreductible que gobierna el espacio de la vida, pero todos han identificado impulsos muy poderosos que desencadenan el ímpetu de la historia natural y humana. ¿Cuál será la siguiente potencia auténticamente productiva que discierna el hombre en su reflexión sobre el mundo y sobre sí mismo?

XII. Mente y sensibilidad

Aconsejado por un amigo médico, he estudiado algunos manuales de fisiología. Muchos son mastodontes minuciosos atestados de páginas, con una hipertrofia de notas y de doctas referencias bibliográficas que han de analizar abnegadamente los alumnos de las universidades alemanas. Sólo transportar su peso hasta las elegantes aulas y paraninfos donde profesores eminentes imparten sus lecciones magistrales se me antoja tan arduo como afanarse en acarrear la piedra de Sísifo sobre unas espaldas finitas...

A tenor de estas obras, lo que la ciencia nos enseña es claro: sobre nosotros se abalanzan incontables elementos que excitan, persistentemente, nuestros sentidos. Nuestro olfato se ve obligado a discriminar un exiguo número de olores dentro del ciclópeo catálogo de sustancias odoríferas que le llegan. Nuestro oído únicamente percibe una ínfima fracción del repertorio de frecuencias que emite la naturaleza, como minúsculas teselas extraídas del vasto mosaico de la vida. Una presión sobre el tímpano genera una serie de vibraciones en la membrana basilar que se traducen en la captación de un determinado sonido. Nuestro sentido del gusto tan solo reconoce un elenco restringido de sabores, cuya aprehensión exige superar rígidos umbrales organolépticos. Nuestro tacto, la inestimable palpación de la suavidad o la aspereza, de la lisura o la rugosidad, de la delectación asociada a superficies sedosas que evocan blandura y caricias delicadas o de la árida tortura infligida por las capas estriadas, endurecidas, secas y desapacibles, cuya adustez hiere la finura del roce cauto y sigiloso, ¿no se enfrenta a la inmensidad de un mundo inexplorado? La totalidad de nuestras experiencias táctiles nos parecerá siempre insuficiente, pues sólo nos proporcionará una frágil intuición de la genuina esencia del universo.

¿Y nuestra vista? ¿Qué decir de nuestra vista? El poder de la sensibilidad humana resplandece cuando examinamos una facultad que nos permite discernir tan amplísima gama de colores, tonalidades, mixturas y matices. Su fuerza introspectiva (apta para almacenar en la memoria un cónclave de recuerdos cohibidos que simulan aletear, vivificados), su alcance proyectivo (sin duda inferior al que poseen otras especies animales), la superposición que realiza de formas, volúmenes, longitudes y profundidades, el contraste entre lo nítido y lo oscuro, atento también a la prolija pléyade de gradaciones intermedias. Ningún sentido nos abre al mundo con tanto énfasis y entusiasmo como la vista, oasis de complejidad. El pensamiento se nutre primordialmente de los alimentos que le procura la vista, pues toda idea esconde una imagen. Todo juicio, toda ponderación basada en premisas y consecuencias, se sustenta sobre una representación pictórica. Incluso los conceptos más esquivos a la figuración sensible, como las categorías de “nada”, “totalidad”, “infinitud”, “raíz cuadrada de dos”, “el mayor de los números posibles”, “lo contradictorio”, “lo apofático”, emergen, de un modo u otro, como metáforas visibles y alegorías voluntariosas. Sus abstracciones, también esas hipotenusas inconmensurables que tanto maravillaron a los griegos, se amparan en imágenes vívidas²⁹. La nada la esbozamos mediante un fondo oscuro, como si consistiera en una mancha

²⁹ Se contraen mis pupilas ante un brillo tan inmaculado. Mi retina refleja colores que jamás presagié, pues chorros de una luminosidad desbordante atraviesan mi cristalino. Una luz demasiado bella perfora

gigantesca teñida del más fiero negror, tachadura que cubre por completo los resquicios de nuestro marco perceptivo. Con sus perfiles inescrutables, sutiles trazos de tinciones lúgubres delinean la imagen que aflora en nuestra mente cuando cavilamos sobre nociones tan arcanas como “ausencia”, “vacío” y “nihilidad”. Nuestro encuentro con éstas y con otras ideas volubles se canaliza inexorablemente a través de imágenes, de “sensaciones”, en su mayoría cosechadas por nuestra benéfica vista, por esa retina ya connaturalizada con el martilleo constante de chorros lumínicos que impactan sobre sus vulnerables pero pujantes tejidos. Desde ella fluyen velocísimos impulsos nerviosos que se procesarán en el cerebro.

Sin embargo, el extraordinario poder de la vista para desplegar ante nosotros la sobrecolegida variedad que hierve y enardece el mundo con el inagotable espectáculo de la existencia, como un balcón copioso que se asoma a ese universo en paralelo cuyas sendas discurren objetivamente junto a nosotros³⁰, nunca se parangona con la riqueza inextinguible del pensamiento.

Cuando el ser humano logra imponerse sobre la incesante cascada de estímulos que reciben sus sentidos; cuando un hijo de nuestro linaje consigue vencer su propia inercia y sustraerse a esa sucesión ininterrumpida de piezas de información que, desencadenadas por nuestra interacción con el mundo y concitadas en regiones y cavidades cerebrales hoy por hoy ignotas, no conducen a ninguna meta conclusiva; cuando un vástago de nuestra estirpe alcanza, por fin, a suspender un proceso potencialmente infinito, y se detiene pudorosamente a contemplar la hondura de un dato, de una impresión que apunta ya a una idea...; sólo entonces cabe decir, con autenticidad, que el ser humano *piensa*. La energía más propia del ser humano dimana de su racionalidad, de su interioridad, de su subjetividad; de ese mundo remoto e inasible, intercalado al cosmos exterior; de ese universo que rehúye todo confinamiento a lo físico; de ese desafío permanente a la fecunda ufanía de la ciencia. Semejante don, ¿no invoca la exuberancia de la nívea idea, de esa inteligibilidad de formas que subyugó a almas como las de Pitágoras y Platón?

Aludir a los dominios del pensamiento puro remite inevitablemente a Platón, fiel adorador de la unidad y la armonía; semidiós ancho de espaldas, demiurgo que forjó, en una fragua más eximia que la de Vulcano, estremecedores universos filosóficos. Sus palabras jamás cesarán de apelar a una parte demasiado íntima de nuestro ser, a una porción del sentimiento

la espesura de mi esclerótica, y la curvatura hemisférica que circunvala mi córnea refracta tonalidades evocadoras de los pigmentos más puros de la naturaleza. Una luz, de agudeza inusitada, se enfoca en la fovea, y me proporciona los detalles más insospechados sobre la riqueza cromática que esconde el mundo. A través del nervio óptico, los fotorreceptores que pueblan mi retina transmiten señales que conducen la información más hermosa. Una luz coronada de pureza me desinhibe, y me obliga a llorar, porque no puedo resistir todo lo que me sugiere... Por ello, mi condescendiente cerebro ordena a las glándulas lagrimales que secreten acuosa sinceridad, cuya magia limpie y lubrique mis globos oculares. Con lentitud y cuidado, esas lágrimas se escurren por mis mejillas. Su discurrir por esta superficie resbaladiza transparenta el vigor del agua para generar vida. Cuando rozan los fragorosos límites que cubren mi faz, la siempre críptica fuerza gravitatoria las conmina a caer al suelo, y humedecen el mundo externo a mi cosmos más íntimo...

³⁰ Ignoramos si se desliza a nuestro son o si nosotros gravitamos en torno a él: es la perenne e insoluble disputa entre idealismo y realismo.

que clama por descifrar el sentido, si es que existe, de esta vida impenetrable; a ese núcleo tan hondo y vibrante en el que ruge, con furia y estridencia, nuestro anhelo de comprensión: nuestro suspiro por desvelar si se alza un mundo inteligible, libre y eterno donde realmente florezcan los ideales que abriga nuestra alma, más allá de este cosmos transido de apariencias y oscuridad, cautivo de un cambio inderogable que destruye lo antiguo para crear lo nuevo.

La ductilidad de mis impresiones revela una barrera infranqueable: la que separa ese universo recóndito en cuyos territorios insondables mora y prospera la mente humana de la vorágine que secuestra el mundo real, empírico, sometido al entrecruzamiento de mutaciones perpetuas, al "*panta rhei*" de Heráclito, sumido en una lucha continua contra un espíritu que se afana en imponer orden, claridad y mesura sobre el desazonador imperio de la discordia; una racionalidad quizás ausente en la entraña más profunda de la materia y de la vida...

XIII. El arcano de la conciencia

Desde el nacimiento de la civilización hasta nuestros días, comprobamos cómo, pese al casi desdeñable efecto ejercido por la evolución biológica sobre el devenir reciente de la especie humana, la mente ha trepado hasta cimas deslumbrantes. Esta evidencia, sustentada sobre toda clase de hechos, ¿no indica que el ámbito del intelecto disfruta de una independencia notable con respecto al del cuerpo, al de la materialidad, al de nuestra constitución física y neurofisiológica? La reserva de aprendizaje social acumulado nos proporciona resortes sólidos para moldear una instancia "libre", externa, potencialmente inexhausta frente a las constricciones del medio y de nuestras propias estructuras orgánicas.

La mente no se reduce a una estructura determinada, sino que emerge de la integración funcional de niveles jerárquicamente configurados, cuya sinergia corona la cadena evolutiva en su cima de complejidad y en su pináculo de versatilidad organizativa. De la misma forma que las leyes de la física no agotan la comprensión de la esfera biológica, sino que la ciencia descubre la necesidad de apelar a principios nuevos que operen en los niveles más sofisticados, quizás presenciemos un fenómeno similar con el advenimiento de la conciencia, del mundo de la cultura, del "espíritu": el surgimiento de nuevas leyes, de nuevos principios organizativos, irreductibles a las leyes rectoras de los escalones inferiores. No brotan de la nada ineluctable, ni esbozan meras metáforas simplificadoras, sino que obedecen a la culminación de niveles más complejos, cuyas partes e interacciones propician una nueva disposición y una nueva singladura, tanto estructural como funcional. En cierto modo, la mente es y no es al unísono, como una pregunta perenne y jamás sofocada, pues se proyecta más allá de tiempos y espacios, enajenada del dominio mundano para controlar el presente. Se niega a sí misma, triunfante sobre las presiones del medio y de la instantaneidad, y por ello se lanza a la conquista del futuro.

Con dosis de minuciosidad, tesón y entrega émulas de los mejores esfuerzos de un Louis Pasteur, un Thomas Edison o un Nikola Tesla, estoy seguro de que desentrañaremos su correcta elucidación científica y venceremos ingentes escollos lógicos. Sin embargo, todavía faltan conceptos y marcos teóricos más elaborados. Sus implicaciones no violarán las leyes que gobiernan los niveles previos, sino que las complementarán. La vida no conculca el principio de conservación de la energía, pero sólo con esta ley difícilmente explicaremos los onerosos secretos del ser vivo. Sin categorías como las de "selección natural" y variación genética no cabe la biología como ciencia. Parece probable que, en la esfera de la mente y de la cultura, hayamos de postular nuevos principios, superpuestos a las ideas matrices de la biología y a las leyes de la física y de la química.

En cualquier caso, toda alusión a la mente y a la conciencia despertará siempre la sospecha de que soslayamos la importancia ostentada por lo inconsciente en la vida de los hombres. Lejos de mi intención postergar este terreno, pero ¿habremos de abordar el inconsciente como entidad "de suyo"? ¿Acaso incoa otro yo? ¿Encarnaremos un repertorio de *yoes* en competición mutua y pugnaz? ¿Cuál es entonces el yo verdadero? ¿En qué yo se

apresenta mi auténtica subjetividad? El *yo* no constituye un homúnculo que me acompañe en todo momento, como un parásito adherido a mi interioridad, sino que condensa la percepción concomitante que poseo de una cierta unidad en el flujo caleidoscópico de mis acciones y afecciones. El *yo* es siempre único en un instante dado: se revela “infinitesimal”, puntual y consecuentemente inaprehensible. Siempre le cabe (al menos de manera hipotética) sobreponerse a los embistes que desencadenan las pulsiones inconscientes. La conciencia logra incluso regular hábitos y domesticar automatismos. Por ello, representa una de nuestras más preclaras ventajas evolutivas, una hábil estrategia para emanciparnos de las realidades inmediatas. Es la maravilla del aprendizaje, capaz de resultar victoriosa ante las más variopintas rutinas que adquiere el ser humano. El hábito no consiste en la crasa mecanización de un espíritu ansioso de descargar la conciencia de algunas de sus costosas ocupaciones³¹: en él se sedimenta, sí, un aprendizaje evolutivo e individual, pero su rigidez nunca goza de carácter absoluto, pues la imaginación se adapta a nuevos escenarios y desarrolla pautas inéditas. En el caso del hombre, la gimnasia del espíritu, el adiestramiento de sus facultades más elevadas, le proporciona un mayor grado de autonomía con respecto al medio y las normas consuetudinarias. La automatización de determinadas conductas facilita el desempeño de innumerables tareas cotidianas, pero nunca impone un condicionamiento inexorable sobre la extraordinaria riqueza cognitiva que atesora el espíritu, artífice de continuas reprogramaciones en sus comportamientos, siempre modulables *ad casum*. Comparece aquí la dialéctica inexcusable entre instinto y aprendizaje, entre naturaleza y cultura, entre fijismo y plasticidad, cuya ambivalencia desata fuerzas insondablemente creadoras...

³¹ Ésta es la tesis que quizás se colija de la filosofía de Maine de Biran.

XIV. Unidad y dialéctica

Muchos místicos y filósofos han pretendido integrar los contrarios en una esfera superadora de la inexorable ley de la contradicción, pero el hombre no logra esa unidad perfecta mediante sutiles malabares lingüísticos o vacuas veleidades conceptuales, sino a través de una cuidadosa eliminación de la noche de lo falso para resaltar la luz de lo verdadero y profundizar en su contenido. Sólo así avanza el pensamiento humano: no a través de, por ejemplo, la integración de geocentrismo y heliocentrismo en un modelo erróneamente sincretista, sino gracias al meticuloso descarte de alternativas y a la elucidación gradual de la opción correcta. Es la única forma de elaborar, fatigosa pero gratificadoramente, una torre de Babel que arañe las estribaciones de ese cielo de verdades puras anhelado por el fervor de nuestro espíritu.

Las armonizaciones apresuradas son siempre peligrosas, y la conciliación de los opuestos sólo es válida si nos conduce a perfeccionar nuestras ideas, a ampliar nuestra mente, a inaugurar un marco más vigoroso en el ámbito explicativo. Si lo que provoca es el abocamiento a una cómoda y paralizante suspensión del juicio, entonces ofuscará las ansias humanas de conocimiento y convertirá la epopeya del saber en una lucha estéril.

XV. A Sir Isaac Newton

Mis ojos se posan sobre un retrato de Sir Isaac Newton. Ven reflejada la luz del genio, de la inteligencia sutilísima dueña de un talento que disecciona, con el fino bisturí de la racionalidad, la vasta estructura del cosmos, como ave de altos vuelos cuyas pupilas escrutadoras identifican los principios universales que guían su proceder arrollador a través de cronologías y espacios. Ni toda la capacidad humana para agrandar el cosmos de lo mitológico bastaría para que idolatrásemos, con la suficiente justicia, la inteligencia de Newton, quizás la mayor que haya caminado sobre la delgada faz de la Tierra. Por importantes que se revelen sus errores y confusiones desde la óptica de la física de vanguardia, sus ideas fundamentales, los conceptos básicos sobre los que se edifica la empresa científica, continúan hoy vigentes, y se me antoja sumamente improbable que pierdan su supremacía teórica en el futuro. ¡Oh fortuna de quien por primera vez descubre una verdad perenne!

Me fascina esa mirada penetrante y temible, solemne y divina, que parece mistificar el rostro de Newton. ¿Será cierto que el creador del mundo ha decidido agraciar a la afligida especie humana con lumbreras extraordinarias que, de siglo en siglo, extienden sus alas sobre la historia y la iluminan con sus estrellas de verdad, hondura y belleza? Imhotep, Tales, Pitágoras, Sócrates, Arquímedes, Demócrito, Séneca, Hipatia, Brahmagupta, Avicena, Leonardo, Copérnico, Galileo, Spinoza, Leibniz... Muchos de ellos locos, soñadores y solitarios; muchos de ellos despreciados en su tiempo, vilipendiados, satanizados por envidias y recelos que entenebrecen a tantos espíritus enceguecidos ante lo sublime. Era inexorable que se aislasen voluntariamente de una sociedad cuya estrechura ambicionaban transfigurar desde el honesto púlpito de su inteligencia. Tenían que atarse al firme mástil de su nave infalible, sordos ante los cantos de sirena que les prodigaba un mundo caduco y oscuro... Pensar de forma diferente inflige un profundo dolor, pero el genio siente la responsabilidad de portar la antorcha del futuro en sus manos anhelosas. Él mismo se unge como sacerdote del género humano. Qué almas tan bellas, con frecuencia moradoras en los márgenes de su época, pero siempre residentes en ese universo de trascendencia que ellas mismas forjan en su intimidad de visos infinitos. Son hoy epítomes de la más alta gloria que ennoblece, ensancha e inmortaliza a la humanidad. Y, entronizado en el sitial de los genios, se alza Newton, personificación de la inteligencia analítica, coloso que abraza la inmensidad del firmamento desde la vigorosa simplicidad de sus ideas, Prometeo que incendia el mundo con el fuego del entendimiento, la libertad y el orgullo de quienes se apoderan de lo extraño y lo humanizan gracias a la fuerza indómita de su intelecto.

La casualidad ha querido que estos días leyera las *Cartas Filosóficas* de Voltaire, y de entre las innumerables frases lúcidas y testimonios aleccionadores de su sagacidad intelectual, su amor por el género humano y su pasión por el conocimiento me ha seducido este pasaje que el autor francés consagra a Newton: “No hace mucho que se hablaba, en una amable reunión, sobre el tema gastado y frívolo de saber quién era el más grande hombre: César, Tamerlán, Alejandro, Cromwell, etc. Alguien respondió que, sin lugar a dudas, era Newton. Ese hombre tenía razón, pues si la grandeza verdadera radica en recibir del cielo el don de una

gran inteligencia, en haberse servido de ella para instruirse a sí mismo y a los demás, un hombre como Newton, de los que nace uno cada diez siglos, es en verdad el gran hombre. Los políticos y los conquistadores, que no han faltado en ninguna época, suelen ser ilustres malvados. El respeto se debe a los que dominan los espíritus por la fuerza de la verdad, no a los que los convierten en esclavos mediante la violencia; a los que comprenden el universo, no a los que lo desfiguran". *Tu dixisti!*

XVI. El fascinante mundo de la nueva ciencia

¡Qué día más sereno e inspirador! Los haces de luz que se proyectan sobre verdes hojas pecioladas parpadean amablemente, y parece que a mi llegada a estos parajes de frondosidad hechizante, cuya vigorosa gama de colores y tonalidades captura el alcance de mi imaginación, sus retoños enmudecidos me saludan con afectuosidad, al tiempo que musitan palabras vivaces... ¡Qué belleza, qué paz, qué hermanamiento entre la parte y el todo, entre la vida y la muerte entretejidas en una unidad procelosa, como si gozara del insólito privilegio de asistir a una boda mística entre el ser y la nada, desposados en ese vaso hermético desde cuyo seno evanescente se reconcilian todos los opuestos! Me siento peregrino en un valle angosto y sinuoso, bordeado por refulgentes montañas, reminiscencias de la hermosura más pura y prístina que es capaz de otorgar a nuestros ojos la inefable magia de los Alpes...

Acabo de adquirir un ejemplar del *Handbuch der physiologischen Optik*³². Su autor no es otro que Hermann von Helmholtz, titán de la ciencia alemana que ha diseminado la luz de su inteligencia por campos tan vastos, complejos y variados como la óptica, la fisiología, la termodinámica y las matemáticas. La ley de la conservación de la energía, uno de los principios dotados de mayor poder explicativo de cuantos enaltecen la empresa científica, constituye en gran medida la cosecha de la infatigable actividad investigadora del profesor Helmholtz. Pese a que carezco de una sólida formación científica y matemática, he de confesar que logro entender los fundamentos, las leyes y los experimentos de la física del siglo XIX. Sin embargo, cuando me aventuro, ingenuo de mí, a profundizar en las contribuciones de esa nueva generación de físicos que, con Albert Einstein a la cabeza, ha trastocado por completo nuestros conceptos de espacio, tiempo, movimiento, materia y energía, me sumo en la desesperación.

Vívidamente recuerdo la atrevida solemnidad del titular que desplegó el diario londinense *Times* el 7 de noviembre de 1919, con motivo de la presentación, en la sede de la *Royal Society* de Londres, de los resultados obtenidos gracias a la observación del eclipse solar del 29 de mayo: "Revolución en la ciencia. Nueva teoría del universo. Destronadas las ideas newtonianas". Una expedición británica a la isla Príncipe, en África, y a Sobral, al norte de Brasil, dirigida por Sir Frank Dyson, astrónomo real, y por Sir Arthur Eddington, buscaba verificar una de las predicciones más interesantes de la relatividad generalizada. Las ecuaciones de Einstein pronosticaban que los rayos de luz, al interactuar con campos gravitatorios, se curvarían en las proximidades de la superficie del Sol. El filósofo y matemático Alfred North Whitehead, en un libro que publicó el pasado año y cuyo título reza *Science and the Modern World*, ha dejado constancia de la tensa y fascinante atmósfera que se respiró en *Burlington House*, cuartel general de ese venerable templo de la ciencia británica, cuando, en una reunión conjunta con la *Royal Astronomical Society*, se anunció el desenlace de un juicio tan inusual, destinado a sentenciar la corrección o inexactitud de la teoría de Einstein. Presidido por Sir Joseph Thomson, eminente físico y *master* del *Trinity College* de Cambridge, así como antiguo director del prestigioso *Cavendish Laboratory*, el cónclave sancionó un

³² Su primer volumen apareció en 1856; yo cotejo la edición de Leopold Voss, impresa en Leipzig en 1867.

veredicto concluyente: Einstein no se equivocaba. El fallo tuvo lugar ante un hierático retrato de Newton, ante un cuadro que revivía la egregia figura de esa mente sobrehumana cuya inteligencia, en palabras de Pope, había brindado luz a la naturaleza y a sus leyes, que hasta entonces yacían inmersas en la más severa negrura. Una ceremonia tan grave y protocolaria sellaba el ocaso de una era en la física y rubricaba el amanecer de una nueva aproximación al espacio y al tiempo, la irrupción de una auténtica primavera para nuestros conceptos científicos fundamentales. Se palpaba una atmósfera teñida de luto, como si se hubiera entonado un réquiem por esa física que había dominado nuestra hermenéutica del universo desde el siglo XVII, pero también se podían discernir inconfundibles destellos de alegría: la hazaña intelectual de Einstein no sepultaba la física de Newton, sino que expandía su marco conceptual y mostraba los límites inherentes a cualquier discurso humano sobre la inagotable naturaleza. Toda teoría sobre el mundo es ineluctablemente provisional, y por ello digna de que también las generaciones venideras le dediquen sus energías más valiosas.

El talento de Albert Einstein había sobresalido ya en el memorable año de 1905, fecha en la que el ahora celeberrimo físico alemán y entonces oscuro empleado de la Oficina de Patentes de Berna sorprendió al mundo al publicar, con tan solo veintiséis años, una serie de artículos sobre la electrodinámica de los cuerpos, el movimiento browniano y la explicación cuántica del efecto fotoeléctrico que sacudirían los pilares de la ciencia. No claudico ante la hipérbole, porque estos estudios contenían el embrión de una nueva y más penetrante perspectiva sobre la naturaleza, huevo que finalmente eclosionó diez años más tarde con la relatividad general. Creo, en todo caso, que algunos historiadores han soslayado injustamente las contribuciones notables de científicos y matemáticos como Lorentz, Poincaré y Hilbert, sin cuyas investigaciones es probable que Einstein jamás hubiera completado sus modelos teóricos. El genio de Einstein quizás radique en haber unificado ideas dispersas y vagamente sintetizadas, en haber columbrado una intuición integradora, una visión que alcanza el fondo de las cosas sin perderse en detalles infecundos y en fútiles prolijidades.

Lo cierto es que la productividad de Einstein en tan breve lapso se me antoja equiparable a la manifestada por Newton en su *annus mirabilis* de 1666, cuando el británico, obligado a abandonar la Universidad de Cambridge por las acuciantes amenazas de una epidemia de peste bubónica que asolaba Inglaterra, realizó descubrimientos de primer orden en la historia de la ciencia: las leyes del movimiento, los principios de la óptica, la gravitación universal, las bases del cálculo de infinitésimos, la generalización del teorema del binomio... Sólo inteligencias verdaderamente fabulosas interpretan el lenguaje del cosmos, ese *systema mundi* que han ansiado descifrar los espíritus más doctos desde la antigüedad más remota.

Mi bagaje matemático lividece ante la sofisticación de las nociones que utilizan estos ilustres y revolucionarios científicos. El propio Einstein trata de convencernos a nosotros, simples mortales, de que aun sin poseer una inteligencia análoga a la suya, una fuerza introspectiva tan audaz y colosal como para permitirnos acceder a las incógnitas más intrincadas, podemos realmente estimar la sustancia de sus aportaciones. Sin embargo, ideas como "curvatura del espacio-tiempo" incrementan mi estupor en progresión geométrica, pues ahora me veo absolutamente alejado de todo atisbo de comprensión del significado que atesorará esta nueva física. Después de todo, flaqueo como un pobre filósofo fascinado por las

preguntas de mayor envergadura, pero desprovisto de herramientas y de metodología para abordarlas con idéntico rigor al que exhiben los físicos, los químicos y los biólogos.

Einstein anhela persuadirnos de que el mundo se halla regido por sencillas leyes universales, invariantes, válidas para cualquier sistema de referencia. Se desprende de las categorías newtonianas de "espacio absoluto" y "tiempo absoluto", pero introduce un nuevo absoluto: la velocidad de la luz en el vacío, a la que todo rayo de luz debe necesariamente desplazarse. Y ante todo nos recuerda que sus hallazgos dimanaban de un amor por la simplicidad, la belleza y la armonía. Sus experimentos mentales son deudores de un coraje que no detecto en los científicos de otras latitudes, pues cuestionan incluso los fundamentos que considerábamos bendecidos por una robustez irrevocable, tras siglos de heroico empeño científico. Einstein bebe de las aguas más profundas del espíritu alemán. También los filósofos de esta nación aluden continuamente a ingeniosos "*Gedankenexperimente*": el peso aterciopelado del idealismo, la onerosa pero bella carga que implica la devoción por el concepto puro y por la inteligibilidad liberada de cualquier hálito empírico, goza aún de un aprecio demasiado pujante en el seno de la conciencia germana. Todo alemán, también el científico, encarna a un filósofo en potencia. Más aún, en su alma parece aposentarse con aplomo, exquisitez y maestría un idealismo redivivo, una tentación resucitada por desvelar las estructuras ideales que preceden a la constitución del mundo, el designio de ese espíritu universal que reverbera en cada fenómeno de la naturaleza.

¡Qué triste asistir, como un testigo silente, a esta evolución admirable que impulsa las ciencias físicas! A mi intuición duele renunciar a una vaga imagen de espacio absoluto, tanto como aceptar la noción de una velocidad máxima que constriña el inasible dinamismo del universo. Sin embargo, y a partir de ahora, toda concesión al sentido común sucumbirá al escrutinio más insobornable. En realidad, este arduo desafío contra el conocimiento ordinario lo planteó Galileo hace ya tres siglos, cuando su agudeza cribó el elenco de lugares comunes que preponderaban en la mente de su época, impregnada de aristotelismo. Su intrépida rebeldía contra la percepción inmediata propició la génesis de la ciencia moderna. Y hoy debemos preguntarnos: ¿Detendrá límites el cosmos? ¿Existirán un "afuera" y un "adentro" en la bóveda celeste? Pero una suposición de esta índole se asemejaría a las angustiosas cavilaciones sobre un "antes" a la creación del universo que denostó San Agustín en el libro XI de sus *Confesiones*. ¿No ha de equivaler el espacio al todo, a ese *grand tout* filosofado por Voltaire? ¿No resulta ilógico apelar a un "afuera" y a un "adentro"?

La incomparable lucidez de Einstein no ha temido reflexionar sobre ideas que creíamos evidentes, bañadas de tal claridad que muchos habrían tachado de sacrílego y profanador albergar cualquier duda en torno a su verdad, como si su impugnación incurriera en la más imperdonable apostasía. Einstein ha demostrado que la simplicidad acrisola el sello más genuino de la naturaleza. Esa economía de principios, de leyes, de fundamentos, ¿no rubrica la expresión máxima de la razón? La mayor complejidad se obtiene desde la simplicidad más lograda. Para Einstein, el universo es bello porque opera guiado por unas reglas universales, cuyos cánones imperan en todas las regiones que componen un firmamento sobrecogedor.

Otros físicos nos descubren también las maravillas del mundo microscópico. Sir Joseph John Thomson y, sobre todo, Lord Rutherford han efectuado experimentos auténticamente reveladores sobre ese cosmos impenetrable, sobre esa miríada de átomos que tejen con abnegación la inimaginable inmensidad del universo. Rutherford ha bombardeado una fina lámina de oro con rayos alfa, esto es, con núcleos de helio (partículas sin electrones), y las conclusiones de su trabajo quizás esclarezcan las mismísimas entrañas de la materia. Es cierto que sus respectivos modelos atómicos han sido rápidamente superados por formulaciones investidas de una sofisticación teórica más elevada y de una mayor adecuación empírica. Por ejemplo, la que el físico danés Niels Bohr propuso en 1913 representa el átomo como un sistema planetario en cuyo seno los electrones orbitan alrededor del núcleo. Con suma pulcritud, su hipótesis incorpora principios de una teoría novedosa y casi inescrutable para el común de los mortales, por cuanto desborda inconmensurablemente el angosto espacio prefigurado en la intuición humana: la que postula la transmisión discreta de la energía en paquetes discontinuos. Esta original cosmovisión, estos principios que conmueven los pilares de la ciencia (¿pues no condensa la energía, junto con el espacio y el tiempo, la raíz de toda ulterior reflexión científica?), se atribuye al veterano sabio alemán Max Planck, quien ha desencadenado semejante -y para él inopinada- revolución, asociada ya para siempre a su onomástica.

Esta miscelánea de hitos científicos refrenda el clarividente poder de la inteligencia humana. La mente contemporánea alcanza lo infinito, el firmamento estrellado e inconcebible que describen, con una meticulosidad sólo reservada a los dioses, las teorías de Einstein, pero también bucea en las aguas de lo infinitésimo, de esa suntuosa constelación integrada por átomos, electrones, protones... Ni un erudito como Leibniz habría amparado en su alma un sueño tan hermoso como el que vivifica, en nuestros días, la epopeya de la ciencia: la esperanza de perforar al unísono lo grandioso y lo minúsculo, armados con el vigor que exhala el intelecto. Nuestra divinización es ya firme, ininterrumpida, pues la mente humana se interna progresivamente en las más recónditas e insólitas esferas del universo. La idea, la razón, la inteligencia... franquean todos los pórticos, y rasgan el velo de un templo colmado de belleza, barnizado de orden, ornado de evocación. Los físicos que exploran el núcleo atómico, científicos valerosos que inducen el impacto de toda clase de partículas contra los átomos, ponen de relieve que la subyugante variedad de la materia oculta, en su ser más íntimo, vacío. El átomo consta de un núcleo ínfimo donde se encapsula la práctica totalidad de la masa que ostenta cada uno de los constituyentes básicos de la materia. Nihilidad y vacío sazonados con tenues pinceladas de estabilidad, de fortaleza, dureza y energía: ¡el mundo es vacío; la mente, totalidad! ¿No resuenan en esta corazonada los ecos del famoso *anima quodammodo omnia*³³ que enarbolaron los aristotélicos? ¡Qué gran perspicacia transparenta esta sentencia!, porque la inteligencia nos abre a la vastedad del mundo. No puede consistir en una adaptación cualquiera más, pues un brillo especial e irreductible la envuelve con delicadeza. Ni siquiera soy capaz de amar la totalidad, pero sí de afanarme en comprenderla...

³³ "El alma es, de alguna manera, todas las cosas".

XVII. Los enigmas de la relatividad

Según la teoría de la relatividad, un fotón³⁴, además de carecer de masa, no debe “percibir” el tiempo: todo fluiría instantáneamente ante sus ojos hipotéticos. Para el fotón no existe el tiempo, porque viaja a la velocidad límite, al invariante fundamental electromagnético: la velocidad de la luz en el vacío. Pero si no existe el tiempo, es inevitable que para el fotón no haya espacio: la inextricable unión entre el tiempo y el espacio que propugna la teoría de la relatividad implica este resultado.

En lugar de puntos, la métrica relativista habla de “eventos”, pero una partícula que no siente el tiempo no puede palpar atisbo alguno de espacialidad. Al no disponer de masa, esta intuición parece desprovista de cualquier viso de inverosimilitud, pues sin masa, ¿cómo ocupar una posición en el espacio? Sin embargo, el fotón sí posee energía³⁵, y la equivalencia entre masa y energía nos permite tratar entonces el fotón como una partícula que “llena”, de algún modo, un espacio. Mas ¿cómo asumir este hecho desde la teoría de la relatividad? ¡Qué difícil se me antoja simbolizar la energía sin soporte material y figurarme la luz como energía pura, libre de masa! Mi cerebro aún sigue nostálgicamente apegado a paradigmas obsoletos como el del éter, pero el rayo de luz nunca se halla en reposo, sino que se encuentra (¿perpetuamente?) en movimiento, por lo que quizás muchas de mis dudas dimanen de conjeturar el fotón como una partícula más, susceptible de reposo.

Una partícula “atemporal”, para la que no cabe percepción del tiempo; una partícula que evoca presente puro y se desplaza por el universo a una velocidad invariante, “absoluta”, ¿siente el espacio? De alguna forma, no: es puro contenido sin continente, pura información; todo manifiesta vacío ante su rostro. Si no aprehendo el tiempo, si no me afecta una sucesión de instantes, si todo es presente, si todo es “igual” y refleja una identidad límpida, incorruptible, inmaculada, si no despunta ningún vestigio de variación porque encarno permanencia, tampoco puedo representarme modificaciones espaciales, tampoco puedo sentir posiciones consecutivas: todo desemboca en un escenario amorfo y equivalente a sí mismo; todo es mismidad. Pero ¿cómo imaginar entonces la interacción entre esas partículas atemporales y anespaciales que intercambian energía con la materia, como lo demuestra, entre otros muchos efectos, el fotoeléctrico?

Claro, siempre se tornará plausible responder que es ilegítimo considerar los fotones como observadores ‘*stricto sensu*’: al discurrir a la velocidad de la luz con independencia de lo que ellos observen y de quién los observe, inmunizados frente al influjo que ejerza su estado de movimiento, se ven obligados a pagar el oneroso pero interesante precio de sustraerse al

³⁴ Un fotón es un cuanto energético que compone los rayos de luz. El término lo ha acuñado recientemente el químico estadounidense Gilbert Newton Lewis, aunque el concepto se encontraba ya, evidentemente, en el artículo que Einstein publicó en 1905 sobre la producción y transformación de la luz.

³⁵ Esta energía es igual al producto de la constante de Planck por la frecuencia, o al del momento por la velocidad de la luz.

mundo de la intuición ordinaria y entronizarse en una esfera absoluta, impenetrable para las débiles chispas del pensamiento. Sin embargo, y como apasionado de la filosofía, no ceso de plantearme interrogantes suscitados por la teoría de la relatividad, cuestiones que en realidad remiten a problemas inveterados de la gran tradición filosófica, y no estoy totalmente seguro de que la categoría de tiempo deducible de este modelo físico sea completamente satisfactoria. Si la magnitud absoluta y “referencial” de esta teoría, la velocidad de la luz en el vacío³⁶, involucra un presente puro y enajenado de todo tránsito temporal, entonces el tiempo no existe verdaderamente, y toda borrosa apelación al pasado y al futuro esconde un error de principio.

Además, ¿por qué impera este límite en la transmisión de la información? ¿Por qué esta barrera y no otra, y por qué ha de subsistir una velocidad infranqueable? Tras conocer el texto de los fastuosos *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, tengo entendido que Leibniz reprochó a Newton no haber explicado la causa de la atracción gravitatoria. Había descubierto su fórmula cuantitativa, las proporciones establecidas regularmente en el cosmos entre las masas de los cuerpos, el inverso del cuadrado de sus respectivas distancias y la magnitud de la fuerza que los liga, pero no la razón última de la gravedad. El anhelo de acariciar el fondo recóndito de un concepto quizás obedezca a las preferencias intelectuales del alma metafísica, aunque yo lo juzgo irrenunciable. Einstein no ha desentrañado el origen de la restricción básica en la tasa de transferencia de información dentro del universo físico. Tampoco ha conseguido esbozar una teoría que, en lugar de partir de dos postulados irreductibles (el de la relatividad de los marcos inerciales y el de la constancia de la velocidad de la luz *in vacuo*), únicamente se ampare en un principio, pese a que muchos lo disculparían con contraejemplos tajantes, pues ¿acaso la termodinámica consagra un solo principio?

Creo, sin embargo, que la anterior deficiencia conceptual es perfectamente subsanable dentro de los cánones instaurados por la propia teoría de Einstein. En efecto, su tentativa de armonizar la mecánica clásica (condensada en el principio de relatividad de Galileo) y el electromagnetismo de Faraday y Maxwell (sintetizado en la ley de la constancia de la propagación de la luz en el vacío) se resume en dos enunciados, tal y como puso de relieve Einstein en su famoso artículo de 1905. Pero si hilamos con mayor finura, en realidad comparece un único postulado conceptualmente primario, que podríamos expresar de la siguiente manera: “Existe un único sistema de referencia privilegiado: el de la propagación de la luz en el vacío, que es constante e independiente del estado de movimiento del emisor y del observador”. Como sólo subsiste un sistema de referencia privilegiado, todos los demás sistemas de referencia potenciales que quepa discernir en el universo son en esencia relativos, igualmente válidos para acoger las leyes de la naturaleza que se apliquen a la dinámica de los cuerpos situados en su seno. ¿Quién ha privilegiado tal sistema de referencia? La naturaleza inexorable, pues al sumergirnos en el estudio de los fenómenos electromagnéticos, nos topamos con esta ley ineludible, con esta referencia unívoca plasmada en las ecuaciones de Maxwell, cuyas enseñanzas más profundas han sido capturadas por Einstein con una elegancia y una agudeza verdaderamente admirables.

³⁶ Para la relatividad, no hay un tiempo absoluto o un espacio absoluto; lo absoluto es el movimiento mismo de la luz en el vacío, y espacio y tiempo se funden indisolublemente en el espacio-tiempo.

En lo atingente a las consecuencias más vistosas de la teoría generalizada de la relatividad, Einstein tampoco ha despejado la incógnita inexcusable sobre cómo es posible que el espacio se curve: ¿qué íntima naturaleza lo envuelve para que ostente propiedades tan extrañas y desconcertantes? Sabemos por qué se curva -la acción de los cuerpos masivos-, pero no la estructura, el esqueleto genuino que lo define, el proceso (contemplado desde la “perspectiva” del espacio) subyacente a este evasivo fenómeno: qué clase de realidad propicia la exhibición de semejantes cualidades. De nada sirve refugiarse en una versión actualizada del famoso “*Hypotheses non fingo*”. Por supuesto, hemos de ceñirnos a las evidencias experimentales y desterrar especulaciones directamente conculcadas por el rigor del contraste empírico, pero la fidelidad a los hechos no excluye alumbrar preguntas que erosionen sus raíces primordiales, como tampoco prohíbe aventurar conatos de contestación a estos enigmas acuciosos y aleccionadores.

¡Con qué pujanza estimula la física los resortes de la fantasía filosófica! Si un rayo de luz no percibe el decurso del tiempo, ¿cómo no trazar una analogía con los atributos que los teólogos han predicado del ser divino, a veces con intolerable ligereza? Dios recapitularía la sublime impasibilidad de la luz: todo lo vería como un fluir unitario, absoluto, como un receptáculo de información pura, como un don expansivo. ¿Pero entonces no sentiría? ¿No pensaría? ¿No viviría? ¿No amaría? ¿No sufriría? ¿No moriría crucificado? ¿No vertería lágrimas ante el dolor de los hombres? En ese dios imperturbable que absorbe el *amor intellectualis* de los sabios, todo ha sido integrado melodiosamente y todo rebosa de pureza; todo es dato límpido, esencia destilada de la existencia, sustancia liberada de sombras accidentales, contenido-continente. Esta idea desborda la imaginación que hoy atesora la humanidad, y clama por una inteligencia futura capaz de escrutar sus misterios más hondos, desafiantes y reveladores.

XVIII. Pasiones lingüísticas

Desde hace varias décadas, Hans Magnus Eidsosmer ha dedicado su docencia y su investigación a la filología indoeuropea, campo que ha contribuido a prestigiar. Su halo, impregnado de misticismo, aún perdura en la Universidad de Würzburg, en cuyas aulas ha impartido clases este hombre genial, solitario y apasionado. Al amparo de su magisterio se han formado algunos de los lingüistas más eminentes de Alemania, como Augustus Timerbauen, Ursula von Reidenhomer y Johannes Klauserburg. Eidsosmer atesora una energía prácticamente inagotable, como si en él hubiera cristalizado una nueva fuerza de la naturaleza, incognoscible para los físicos.

Las lenguas indoeuropeas muestran afinidades léxicas y gramaticales indiscutibles, prueba de que entroncarían con un común y frondoso árbol, al menos si aceptamos la tesis (dotada de tantos visos de verosimilitud) que Franz Bopp y Rasmus Christian Rask formularon en los albores de la lingüística comparada decimonónica³⁷. Aunque Eidsosmer me insiste en ello con frecuencia, confieso no haber leído la monumental obra de Bopp, *Vergleichende Zergliederung des Sanskrits und der mit ihm verwandten Sprachen*; me faltan ciencia, tesón y coraje. Él mismo, en sus colosales tentativas por reconstruir el protoindoeuropeo, lengua ancestral de cuya matriz debieron de emerger -gradual o abruptamente- la mayoría de los idiomas indoeuropeos, ha ofrendado sus esfuerzos al estudio de lenguas complicadísimas, de una estructura enrevesada y verdaderamente amenazadora para el neófito. También ha penetrado en el intrigante mundo de los *Vedas* con una tenacidad elogiada y ha conseguido dominar el sánscrito, idioma que aprendió en Leipzig junto al eximio indólogo, reputado orientalista y distinguido experto en el *Rigveda* Emmanuel Freiströmmer. Recientemente se ha adentrado en la exploración de las lenguas dravídicas (por ejemplo, del tamil) y del pali, idioma sobre el que acumula ya conocimientos reseñables, hasta el punto de acudir a textos budistas muy tempranos sin necesidad de la intermediación de traducciones. En él se cumple fielmente aquella fecunda exhortación a la que arengaban los humanistas del Renacimiento: la de ir *ad fontes*.

Eidsosmer ha destacado también como estudioso del conjunto de inscripciones atribuidas al gran emperador Asoka y, en su afán por escrutar la vasta riqueza cultural de la India, ha buceado en las etapas más esplendorosas de la época mogol, principalmente en el reinado de Akbar, hoy símbolo de la tolerancia, pues este soberano congregó a representantes de las más diversas religiones en su anhelo por encontrar una unidad, de barniz sincretista, donde se reconciliaran credos otrora enfrentados.

Han circulado numerosas leyendas sobre las habilidades lingüísticas que posee el lacónico profesor Eidsosmer. Al parecer, se desenvuelve con desconcertante soltura en lenguas procedentes de las familias más exóticas. Es capaz de imitar acentos y variaciones

³⁷ Esta ciencia cuenta con ilustres precursores, como el jesuita español Lorenzo Hervás y Panduro y el eminente estudioso inglés Sir William Jones.

dialectales con una facilidad sobrecogedora. Ni siquiera los agraciados con el incalculable milagro de la glosolalia, como el legendario Mitrídates, rey del Ponto, emularían su talento. Quizás sí lo haría nuestro más cercano cardenal Mezzofanti, águila de la filología que, desde su Bolonia natal hasta su Roma consagradoria, junto a cuya insoslayable belleza residió sus últimos años, dignificando la congregación "*De Propaganda Fide*" con los prodigiosos poderes de su mente, exhibió un don políglota sin parangón en los últimos siglos. Su brillantez le mereció el apodo de "Pentecostés viviente". Y, en verdad, pocos epítetos describirían el asombro que hemos de profesar hacia quienes maravillan la naturaleza con una inteligencia, una memoria o una creatividad excepcionales. Sobresalir en el estudio de numerosos idiomas rubrica una de las aptitudes más portentosas que bendicen al ser humano: el brío de expresar el pensamiento a través de vehículos disímiles pero convergentes. De hecho, me niego a admitir que cada lengua determine ineluctablemente nuestra concepción del cosmos y nuestra hermenéutica de la vida, pues a mi juicio se limita a fungir de canal nuevo y enriquecedor, desde el que la pujante energía del intelecto consigue esparcirse por cauces variopintos.

La versatilidad de los registros fonéticos de Eidensomer le permite adoptar las entonaciones óptimas para dirigirse a sus interlocutores en sus respectivas lenguas, de manera que no alberguen la mínima sospecha sobre su nacionalidad. Yo mismo he escuchado con qué corrección conversaba en francés, ruso, danés, turco, armenio y árabe. No puedo dejar de mencionar que conoce la práctica totalidad de versiones históricas de la lengua persa, desde el persa-elamita hasta el persa moderno, avestano inclusive. Además, su erudición sobre jotanáes y sogdiano es notable, y ha visitado Samarkanda y otras fascinantes ciudades enclavadas en la Ruta de la Seda. También se ha sumergido en todas las etapas del indo-ario, aleccionado por un profesor que ejercía su magisterio en la Universidad de Heidelberg.

Fue Eidensomer quien me presentó a un venerable jesuita belga, el padre Richard de la Bellevue, cuyo temple, cuya cordialidad y cuya solemne y afable figura incrementaron mi admiración hacia la longeva Compañía de Jesús, ya sembrada gracias a la pleitesía que rindo a jesuitas pioneros en el conocimiento de las culturas india y china, como los padres Roberto de Nobili y Matteo Ricci. La amplitud y el refinamiento de su léxico, la discreción que desprendían sus frases, su erudición vívida y vasta, la hondura de su contenido, su amor por la verdad, la delicadeza intelectual que transpiraba suavemente en sus palabras...: todo ello me sedujo instantáneamente. Contemplaba en él los atributos de un genuino árbitro de elegancia, propios del ilustre Petronio que describe Sienkiewicz en su novela *Quo Vadis?* La sabiduría del padre de la Bellevue propicia que perdone toda la historia de intolerancia oscurantista que tiñe a esta controvertida orden de la Iglesia Católica, incluso la ofuscada sinrazón que algunos de sus próceres vertieron contra ese Prometeo de la ciencia que fue Galileo Galilei, pues me subyugan sus aportaciones más descollantes al saber humano, a la historia, a las lenguas, a la misionología...

Mucho daño han infligido los jesuitas al progreso, sobre todo en mi país, enquistados en actitudes arcaicas, anclados en supersticiones obsoletas, en imaginarios caducos y en aspiraciones retrógradas que olvidaban el inexorable tránsito del imperio cristiano al mundo libre y moderno, pero su profundo amor por el conocimiento, su entrega devota al cultivo de

la ciencia, su sobriedad, su ímpetu descubridor, su tesón ascético... ¿no son dignos de encomio? ¿Cómo resistir la tentación romántica de idealizar a un conjunto de hombres que han volcado vigor y pasión en los bienes más elevados del espíritu, en la sabiduría, la caridad y el arte? ¿Cómo no poetizar sobre quienes renuncian a los placeres que prodiga la vida, a la fortuna material y al goce sexual, para sacrificarse por entero en un altar que quizás esboce ilusiones pueriles y consoladoras incubadas en el remoto origen de los tiempos, pero cuyo furor nunca mengua, sino que se enseñorea de algunas de las almas más nobles y puras para detonar un estallido de efervescencia, creatividad y heroísmo?

Un mundo que perdiera el cristianismo se vería privado de un patrimonio insondable, de un hermoso pan celeste, de un amor por lo invisible que me hechiza y obsesiona. No creo que el mundo mejorase si lo despojáramos del idealismo de los jesuitas, sin encarnar ya su rostro la fe y sin vibrar su corazón con el reto constante de situarse en las fronteras mismas de la religiosidad y de la razón. Sé que también personifican el fanatismo por antonomasia, las ansias unilateralmente proselitistas, el secuestro del saber en las ambiguas celdas de la religión, pero los exonero de semejante culpa, los eximo de toda responsabilidad, porque alguien que carece de una fe tan firme en el *Deus absconditus*, alguien que siente en profundidad, un alma en cuya sangre fluye una nostalgia voraz por lo divino, un corazón que no es capaz de amar a un Dios que quizás no exista, precisa de ejemplos nítidos, de semblantes evocadores, de ojos de una diafanidad y una dulzura cuya viveza transparente esa profesión de esperanza en lo eterno que otros abrigan...

XIX. A Ludwig Feuerbach

Con fervor he leído a Feuerbach, y me he deleitado incomparablemente con la sutileza y profundidad que destilan las páginas de *La Esencia del Cristianismo*. Sus capítulos desgranar, uno a uno, los dogmas y misterios blandidos por la fe cristiana. Sus párrafos vislumbran un cielo terreno en toda afirmación teológica aguda, un anhelo de plenitud tan ardoroso que atrapa seductoramente a un ser herido y desterrado, a un alma cuyas capacidades exceden, de modo cuasi inconmensurable, las destrezas de las demás criaturas que pueblan el mundo; necesitada, por tanto, de un *Alter* infinito y eterno que desenvaine esa palabra de sabiduría, bondad y hermosura por cuya luz suspira desconsoladamente³⁸.

Sin embargo, me permito corregir a Feuerbach: a la luz de la ciencia, la teología no se reduce a antropología, sino fundamentalmente a biología. Los deseos abisales del hombre quizás procedan de un sustrato biológico que la ciencia esclarecerá en el futuro. Por ejemplo, muchas religiones bendicen el matrimonio con una aureola sobrenatural que, en el caso del catolicismo, viene revestida de la condición de sacramento. Científicamente nos percataremos de que tanto la búsqueda de unión conyugal como el interés en reproducir la vida y propagar sus simientes obedecen a los patrones marcados por la evolución biológica, motor de la dilatada senda que conduce hasta nosotros.

El espíritu humano goza de una elasticidad extraordinaria. Se adapta a las situaciones más variopintas. Jamás capitula ante la adversidad. Incesantemente crea mundos venideros que palien su tristeza. La naturaleza lo ha investido de un poder insuperable para crecer, para caminar, para soñar con los viñedos de ese parnaso que la Tierra le niega. Sus entrañas constan de una maleabilidad análoga a la flexibilidad que caracteriza la arcilla, materia humilde, blanda y dúctil que nos ha dispensado altísimos logros a lo largo de la historia. De hecho, no pocas religiones han imaginado a sus dioses como diestros alfareros que han moldeado al hombre. Pensemos en el Jnum de los antiguos egipcios, avezado ceramista celestial a quien se tributaba veneración en el templo de Elefantina. Provisto del fértil lodo del Nilo y pertrechado con su ingenioso torno, él habría fraguado los cuerpos de los hombres. Recordemos también al Dios creador del Antiguo Testamento, que del polvo de la tierra confiere forma a su criatura más excelsa³⁹.

³⁸ En el azulado retablo que el cristianismo talla con desvelo para representar la magnificencia de los cielos donde mora lo divino, palpo, en realidad, el rojizo fluir de la sangre que emana un corazón doliente y ansioso: una majestad trágicamente sublime, entreverada de evocaciones que reflejan la más terrible de las melancolías.

³⁹ Al menos es así como lo relata el texto yahvista, extraído del segundo capítulo del Génesis, aparentemente más antiguo que el fragmento sacerdotal cuyas palabras inauguran la Biblia con su célebre y magistral *Bereshit bará Elohim*.

He de confesar que he disfrutado enormemente con la lectura de los últimos avances en el estudio histórico-crítico de la Biblia. Hace ya tiempo que me interné en la monumental obra de Julius Wellhausen *Prolegomena zur Geschichte Israels*, vertebrada por su sugestiva hipótesis sobre los cuatro documentos acoplados en la redacción del Pentateuco. El acercamiento histórico-crítico a las sagradas escrituras es una herramienta fecunda y emancipadora que nos libera de la tendencia fundamentalista predominante en tantas religiones, obstinadas en preservar la literalidad del texto en lugar de profundizar en su auténtico espíritu. La literatura bíblica se halla imbuida de simbolismos arcaicos y de residuos mitológicos cuyos oropeles retóricos esconden, si los desbrozamos adecuadamente, una gema preciosa: un mensaje hondo, reflejo de las ansias inveteradas que asaltan el espíritu humano con sus flechas pertinaces. Me siento inspirado por esa exhortación que enarbolaba doctamente Hegel: hemos de trascender la representación para hundir nuestro pensar en las simas del concepto, en el núcleo de inteligibilidad que palpita en el fondo de las imágenes y de las tradiciones como una perla lustrosa y resplandeciente, oculta en el interior de conchas esmaltadas, custodias de un gran tesoro, del más fastuoso de los pecios.

¿Qué nos han revelado, en definitiva, el judaísmo y el cristianismo? ¿Qué palabra inasequible a nuestro vasto y propio empeño dilucidador, qué concepto incognoscible para la heroica razón humana, nos brindan las sagradas escrituras de éstas y de otras religiones? Es el fermento de fe diseminado por el judaísmo, artífice de una creatividad religiosa que contrasta con el ambivalente destino político deparado al Israel histórico; mas ¿qué, sino esas aspiraciones perennes que permean el espíritu humano, tantas veces defenestradas de la morada de los sueños posibles, aprendemos cuando nuestros ojos indulgentes revolotean sobre las páginas de la Biblia y diseccionan sus enseñanzas? En los pasajes más aleccionadores y en los versículos más edificantes, lo único que discernimos son incitaciones a entregarnos a la epopeya del amor, de la sabiduría, del eterno don de la bondad: a abrir el alma a un poder que desborde el egoísmo de corazones anestesiados frente al dolor ajeno. Lo demás, las restantes doctrinas que se coligen de estos escritos tan antiguos, redactados por manos desconocedoras de las verdades que la ciencia ha desentrañado en los siglos ulteriores, o bien responden a mentalidades mitológicas, anacrónicas y obsoletas, o contradicen, simple y llanamente, los descubrimientos de la razón. Así, la teoría de la evolución de Darwin impugna flagrantemente las afirmaciones del Génesis sobre la creación divina de las especies y del hombre. La física confuta la supuesta centralidad de la Tierra en este universo inabordable. Otros tantos fragmentos y perícopas de la Biblia constituyen interpolaciones, fraudes patentes y burdas copias, madejas de falsificaciones sibilinas que los exegetas sólo han conseguido desenmarañar en décadas recientes.

Los teólogos se afanarán en construir explicaciones alternativas, artificios librescos cuya sofisticación exhale las frágiles brisas de una paz meticulosamente surtida para que vigorice los afligidos pulmones de sus adeptos. Añadirán más y más epiciclos a su caduco y enrevesado modelo astronómico, sustentado sobre ideas filosóficas palmariamente desfasadas, hasta que el cuadro completo se torne tan insostenible que el artefacto les estalle en sus propias manos. En este caso, el necesario desahogo dimanará de otro séquito de estratagemas cuidadosas, similar a las ingentes artimañas metafísicas que han pulimentado las típicas y acarameladas argucias apologéticas del cristianismo, el sable de esas tácticas

adaptativas tan hábiles que les han permitido sobrevivir siglos y sobreponerse a las inclemencias más inverosímiles, muchas veces no sin antes verter cantidades aterradoras de odio, veneno e inquina deflagradas contra auténticos mártires de la libertad de pensamiento y de la búsqueda de la verdad, como Giordano Bruno, Lucilio Vanini y Galileo Galilei. Los mecanismos de sus serpenteantes edulcoraciones derramarán un bálsamo para espíritus atormentados que, pese a reconocer la fría evidencia proporcionada por las ciencias experimentales, aún precisan del consuelo que los dogmas religiosos inoculan en la languidez de nuestras venas, a fin de sobrellevar la pesada carga de la vida. Acosados por una cascada indómita de hallazgos científicos que acorralan paulatinamente el testimonio de las sagradas escrituras, y cuyas primicias han obrado el milagro de despertar toda clase de innovaciones hermenéuticas, alegarán que creación y evolución no son incompatibles, pues Dios podría haber diseñado *ab initio* la larga trama de la transformación de las especies hasta coronar el espíritu, la idea, el alma. Claro está que no explicarán por qué ese hilo conductor hubo de detenerse en el hombre, y menos aún por qué Dios permaneció silente, encogido en una invisible clandestinidad inculpatória, durante los miles de millones de años que transcurrieron hasta la aparición del género humano, ni por qué toleró tantos regueros de sangre, de desolación, de muerte de especies y de individuos, de dinosaurios extintos y de bacterias admirablemente adaptadas a ambientes extremos con la única intención de sobrevivir. La astucia que manifiestan los teólogos a la hora de acometer las críticas racionalistas, esa súbita destreza quirúrgica que porfía en suturar las heridas ocasionadas por los embistes de la ciencia y de la lógica, camufla, después de todo, el profundo fracaso del judeocristianismo ante el ímpetu de la inteligencia humana. Con el barniz de intrincados oropeles exegéticos tapizan lo que en realidad denota una retractación en toda regla, un fuste torcido, la ratificación de una estrepitosa derrota ideológica que ha obligado a muchos teólogos a convertirse en vacuos poetas de lo inescrutable.

¿Para qué tanta tribulación evolutiva? Misterio, misterio insondable, inefable arcano que trasciende la capacidad humana de comprender, pues brillan más estrellas en ese cielo enlutado cuyo primor preside la noche que las tenues chispas de luz contempladas por nuestros débiles ojos o por nuestros telescopios más potentes. Sí, estoy de acuerdo, y yo también sufro como prisionero de la violenta nostalgia por lo divino que me inflige la visión científica del mundo, azotado por esta sensación de soledad que mortifica mi alma en cuanto me expongo a los descubrimientos más vanguardistas de la biología y de la física. Yo también clamo por ese espíritu eterno y amoroso cuya bondad absolutoria nunca nos abandone. Yo también codicio atisbos sobrenaturales en una esfera, la de la vida, regida por gélidos principios de supervivencia, muerte y destrucción. Pese a saber que todo cielo adolece de carácter ilusorio, poderes incontrollables pero pujantes me impelen a dirigir los ojos a lo alto para implorar, armado de piadosos ruegos encarecidos, que una pálida voz del firmamento me infunda consuelo, amor y esperanza... Sí, yo la añoro. Yo la albergo. Yo la ensalzo. Yo abduco de la racionalidad y sucumbo al sentimiento.

XX. A los teólogos del presente y del futuro

Vosotros, teólogos, rapaces astutas acostumbradas a volar sobre densas capas de oscuridad sofística y a refugiarse en las suaves ramas de metáforas, de nebulosos y reconfortantes misticismos, de ambigüedades deliberadas y de contradicciones fehacientes: ¿cómo respondéis a la severa crítica de Feuerbach? ¿Cómo podéis aún mantener que los enunciados religiosos apelan a una instancia extramundana, cuando salta a la vista que el céfiro de lo numinoso nace en las grutas de los más profundos e inmensos deseos que alberga el espíritu humano? ¿Cómo podéis aún defender esa duplicidad del alma, esa partenogénesis tan desgarradora que enajena, escinde y refleja, en un inescrutable ser supremo, todo anhelo bello y enaltecedor sembrado por el insaciable corazón del hombre?

Pero vosotros, ateos de nuestro tiempo, herederos de Feuerbach, destructores inmisericordes de la religión y enemigos acérrimos de la filosofía especulativa del idealismo clásico; vosotros que os esforzáis en invertir materialmente toda construcción conceptual que se esmere en recorrer la perenne aurora de las alturas teológicas, ¿cómo explicáis que el corazón humano gesticule un deseo infinito? ¿Cómo abordáis ese desafío que, de San Agustín a Descartes, de San Juan de la Cruz a Böhme, de Schelling a Hegel, sienta los sólidos pilares de un irreprimible impulso místico avivado en la pira de la conciencia humana? ¿Cómo justificáis que de lo finito brote lo infinito? Y en lo que concierne a vosotros, seguidores de Freud, hombre llamado a completar la tesis de Feuerbach mediante su propuesta de un mecanismo específico para la hipotética proyección de los anhelos abisales del hombre⁴⁰: ¿por qué, de ser cierta vuestra teoría, no todas las religiones han concebido desde el principio a Dios como un padre? ¿Acaso evolucionó el propio complejo de Edipo y sólo manifestó su eficacia psicológica con el desarrollo de la conciencia humana? ¿Cuándo se originó entonces el complejo de Edipo? ¿Qué evidencias aducís para respaldar vuestras afirmaciones?

Camináis por las cómodas sendas de la reducción antropológica de todo discurso teológico, y en cualquier sombra de infinitud creéis contemplar la huella dolorosa, la rúbrica dramática de la silente aflicción que lacera la carne y el espíritu de tantos seres humanos. Hundís el maravilloso brillo de los astros en los terrenos terrenales, pero ¿habéis sido capaces de esclarecer el proceso que genera, en el interior de un pobre ser finito, en el tabernáculo invisible de una frágil criatura perdida en la enormidad del cosmos, la semilla de una voluntad infinita? Quizás la investigación científica sobre el cerebro y la mente ayude de manera inestimable a vuestros propósitos. Probablemente os sirva meditar en torno a este hecho: poseer conciencia, vagar por el mundo bendecido con el don incalculable de la imaginación, de la fantasía y de la libertad con respecto a la angostura del universo físico, implica abstraerse de las constricciones que impone la materia para finalmente renunciar a todo límite fáctico. Así, lo

⁴⁰ A saber, el complejo de Edipo y el arrepentimiento ante el odio profesado hacia la figura paterna.

ilimitado y desbordante se apropia fragorosamente de la imaginación humana, y emerge la pléyade cuasi infinita de representaciones religiosas y filosóficas que no ha cesado de seducirnos con una promesa sumamente ambiciosa: la de elevarnos por encima de la finitud del cosmos para acariciar las delicias de paraísos infinitos, gráciles e inagotables, repletos de praderas algodonadas. Pero hoy por hoy, día tras día y hora tras hora de desasosiego, ignoro la solución al espeso y apremiante enigma de la inclinación humana hacia lo infinito...

Sin embargo, e iniciados sin remedio en esta senda de preguntas despiadadas, yo insisto, teólogos y maestros del espíritu; sí, me dirijo con franqueza a vosotros, a quienes consagráis vuestra vida y vuestro pensamiento a la noble tarea de conducir a los hombres hacia el Dios oculto y su cálido regazo maternal: ¿por qué me abandona la fe? ¿Por qué me destierra de su reino de certezas? ¿Por qué estoy condenado a la soledad y a no desceñirme la corona de la inquietud? Al menos me he convencido firmemente de que la vida sólo tiene sentido si amamos, descubrimos y creamos.

XXI. A Spinoza y a sus virtudes

La fortuna propicia que nazcamos en uno u otro lugar. Un cúmulo de casualidades, la indoblegable lógica del azar o el misterioso hado del destino, nos fuerza a contemplar la primera luz del día en un determinado enclave, insertos en una cultura concreta e introducidos en un período histórico cualquiera. No elegimos dónde ni cómo recalar en este mundo. Otras voces han hablado antes que nosotros y han condicionado el tipo de existencia que nos aguarda y avizora. Una parte sustancial de nuestras vidas resulta inexplicable sin apelar al influjo que otros han ejercido sobre nosotros. Nos hallamos abocados a metas difícilmente controlables. Pensar que tantos hombres yacen prisioneros de circunstancias que ninguno de ellos ha creado, de accidentes absolutamente ajenos a su voluntad; reparar en la evidencia de que nos preside la mera e inescrutable suerte, o un enigmático mecanismo que quizás obedezca a razones necesarias y superiores a todo poder humano, ¿no desborda por completo los cánones más elementales, modestos y clamorosos de justicia?

Venir al mundo en el seno de una familia acomodada que educa a sus hijos en las mejores universidades, como retoño de un linaje acostumbrado a relacionarse con los próceres de la sociedad, a organizar cenas elegantes aderezadas con conversaciones enriquecedoras y revestidas del mayor grado de refinamiento posible (combinado siempre, claro está, con las oportunas dosis de cinismo e hipocresía), representa un privilegio. No encuentro otra palabra para definir el hecho franco, doloroso e innegable de que alguien goce de la fortuna de nacer en un contexto tan favorecedor. Al menos hasta tiempos muy recientes, hasta la eclosión de un espíritu democrático que, lenta pero progresivamente, impregna más y más esferas de la vida social, la inmensa mayoría de la población ha tenido que sufrir las onerosas consecuencias de la mala suerte.

Acceder a instituciones tan renombradas como Oxford y Cambridge, cuya sola evocación infunde ya un soplo de excelencia y estilosa exclusividad, no constituye el mérito de esos afortunados que se enorgullecen de haber acudido a los *colleges* más insignes y de haber asistido a clases impartidas por las eminencias del saber. Admito, sin duda, la existencia de ejemplos admirables de personas procedentes de entornos sociales desfavorecidos que, gracias a su capacidad, a su esfuerzo y, en ocasiones, a la ayuda de almas altruistas, han logrado también franquear los muros de las universidades más reputadas, o coronar las más altas posiciones en el gobierno y en la economía. Lípidamente lo atestigua el caso del gran matemático indio Srinivasa Ramanujan, criado en la pobreza más inhóspita, pero tenaz cultivador de las hermosas artes del autodidactismo, finalmente rescatado del anonimato por el profesor Hardy de Cambridge, a quien había enviado misivas inundadas de geniales descubrimientos. La maravilla de la vida, la sorpresa que la naturaleza nos depara

continuamente, no cesa de rebasar los estrechos límites de nuestra imaginación y los angostos cauces de las convenciones sociales. Siempre surgirán hombres y mujeres que desafíen lo establecido y demuestren, valerosamente, que es posible fraguar un mundo distinto. Sin embargo, y si apelamos a la pura y flagrante estadística, se tratará siempre de situaciones excepcionales.

Albergo la profunda confianza de que, con el avance de los tiempos, gracias a nuevos contextos sociales y a la paulatina extensión de ventajas que tradicionalmente han simbolizado el privilegio de una minoría, forjaremos un futuro diferente, que abrace a la vasta mayoría. En cualquier caso, la senda es larga y el tiempo escaso. No creo que mis ojos lleguen a contemplar ese porvenir tan luminoso que dibujo. Soy hijo del optimismo, y mi credo vitalista cristaliza en la esperanza, por lo que, pese a toda evidencia, pese a la contumacia de una realidad indómita y sorda a la más tímida deprecación de justicia que profiere el incansable corazón humano, no puedo renunciar a soñar con un mañana desde cuyo amanecer la fortuna no se restrinja a unos pocos, sino que alcance a la inmensa mayoría de los seres humanos.

Una voz honda y honesta tintinea en el interior de la conciencia humana. Cuando divisamos injusticia, cuando constatamos que quienes detentan el poder no lo hacen en virtud de su anhelo de servicio, del bien que obrarán si ostentan el liderazgo sobre un pueblo o una nación, sino que prerrogativas arcaicas les han permitido alzarse con trofeos inmerecidos, un estruendo copa el corazón humano. Es demasiado intenso como para apagarse. Algo indescriptible, atemático, iconoclasta, nos exhorta a rebelarnos contra un mundo intolerable, contra una historia que no puede subsistir más en su estado presente. La naturaleza no ha escuchado jamás los dictámenes de la justicia. El espíritu humano, ese universo tejido de arte, derecho, ciencia y novedad, no puede vivir sin entonar, una y otra vez, un emotivo canto a la justicia. Toda la vasta hilera de días que han acariciado a los seres humanos desde los albores de nuestra racionalidad, todos estos siglos que se nos antojan insignificantes si los comparamos con la edad de la Tierra y con la soledad del cosmos, han contradicho reiteradamente cualquier germen que llevara plantada la semilla utópica de la justicia y la igualdad⁴¹. Jamás ha posado sus pies, sobre la faz de la Tierra, la diosa justicia, deidad a la que han rendido pleitesía todas las civilizaciones desde el origen mismo de nuestra historia. Nunca se ha entronizado la justicia plena en el gobierno de los hombres, cuando sabemos que toda justicia imperfecta desemboca inevitablemente en el gigantesco océano de la injusticia.

Estremece reflexionar sobre la magnitud de la injusticia, sobre cómo ha contaminado todos los intersticios de la vida humana desde que poseemos conciencia de nosotros mismos.

⁴¹ En cualquier caso, este acendrado pesimismo se atempera al reflexionar sobre las manifestaciones más tempranas del arte rupestre, elenco de pinturas fascinantes preservadas en cuevas y grutas del sur de Europa. Constituyen el verdadero sacramento de una unión entre la Tierra y el cielo acontecida en los más remotos orígenes de la conciencia humana, cuando el silencio cedió el testigo a la palabra, y la ineluctable materia entronizó el espíritu. En esa primera y misteriosa noche de chispeantes luces plateadas, los perplejos ojos de nuestros ancestros se entregaron a contemplar la belleza estremecedora del firmamento, sobrepasados por los pálidos vislumbres de una realidad que trasciende infinitamente todo poder mundano. En la concordia de ese momento captaron cómo en su interior resplandecía una fuerza más exuberante que la vastedad del cielo estrellado y la inabarcable enormidad de las galaxias: la conciencia, el pensamiento, la reflexión.

Conmueve meditar sobre cuántas almas inocentes verán hoy la sagrada luz del día en valles regados de lágrimas, dolor y oscuridad. Me acongoja recordar que, en esta desdichada hora, en este sonoro minuto, en este desventurado segundo, en este delicuescente infinitésimo de tiempo, son incontables los seres humanos que nacerán en un reino plagado de injusticia. Sus vidas navegarán sobre aflicción e infelicidad. En todo caso, la condición humana envuelve a los afortunados y a los desfavorecidos. La tristeza arrecia en las familias más pudientes, mientras que en muchos hogares pobres florece la felicidad. Ningún sentimiento de satisfacción se reduce al bienestar puramente económico. La complejidad de la naturaleza humana imposibilita conquistar la realización, la latitud de la alegría, mediante ese éxito unilateralmente material y crematístico que estraga todo impulso noble, pues es del espíritu de donde manan las aguas más revitalizadoras que bebe el ser humano. Nunca cambiaría la belleza de buscar yo mismo el amor, de venerar el conocimiento y de afanarme en obtener bienes imperecederos por toda la riqueza material que ofrecen los incitadores tentáculos de nuestro mundo. Ni siquiera si me adueñara de la potencia industrial del fastuoso Imperio Británico, ni siquiera si un extraño dedo me designara como el nuevo rey de Inglaterra, ni siquiera si una voz auspiciosa me nombrara presidente de la *Standard Oil* y sustituyera al ínclito Rockefeller en la dirección de una de las mayores compañías de nuestra época, rozaría la felicidad a la que aspiro.

Toda persona encontrará consuelo y felicidad en el saber, en la amistad y en la generosidad. Sin embargo, esta verdad tan profunda y liberadora no ha de eclipsar la necesidad imperiosa de construir un mundo más justo, porque el espíritu se sustenta siempre sobre la materia. Si formamos parte de una misma y única raza humana, debemos procurar que cualquier adelanto capaz de encumbrar nuestra especie hasta las cotas más ennoblecedoras (y no hasta las cimas más emponzoñadas) se disemine sobre toda la humanidad. Nuestros hitos han de esparcir su rocío sobre todos los seres humanos. No es la envidia el sentimiento corrosivo que inspira este afán de universalizar las grandes conquistas de la especie humana. No es el rencor, no es el recelo cáustico, no es la impotencia lo que ha de impulsarnos a pujar por otra aurora: es el amor a la humanidad. Profesemos o no fe en un dios que custodie la llama de la justicia, son nuestras manos enérgicas las que pueden tallar, ya hoy, la más edificante de las estatuas, y consagrarla a la fraternidad entre todos los seres humanos.

No, no quiero vivir cercado por esas riquezas vacuas tan inútilmente cotizadas en el absurdo mercado de valores de nuestro tiempo. No quiero perder el respeto sacro que siento por los bienes más elevados del espíritu, por lo inmaterial, por aquello que ningún hombre atrapa en sus manos caducas o en sus veleidades plutocráticas, sino que se desliza libremente al son de los cielos más puros, absuelto de esa corrupción que, en la física de Aristóteles, entumecía el orbe sublunar... Prefiero morir sumido en la pobreza, inmerso en la soledad, ahogado en la ausencia de reconocimiento, pero, como Spinoza y sus émulos más ilustres, escribir con sangre, con fuego, con lágrimas grabadas en páginas rebosantes de sinceridad, hondura y un entusiasmo honesto, estampa de amor hacia el ser humano y la naturaleza; letras que perforen los corazones y ensanchen las mentes. No he nacido para regocijarme en la abundancia material con cuyos sedosos ropajes nos tientan los ecos lisonjeros del mundo, de una sociedad aduladora que nos agasaja con inoperantes promesas de gloria: yo vivo para

conocer, para entender, para crear, para irradiar una luz que no se consuma en afanes finitos y desfallecientes, sino que contribuya a liberar a mis congéneres del miedo y a desceñir de sus frentes la tristeza, el dolor, la apatía y la ignorancia.

Sí, Spinoza, mi siempre admirado Spinoza... Eres un emblema de la libertad, de la independencia de carácter y de juicio, de la valentía para pensar sin sujeciones a los poderes que obnubilan este mundo, ávido de inhalar un aire perfumado con el honor y la sabiduría, con la rectitud y la integridad. Las ofuscadas fuerzas que te condenaron al ostracismo en vida ya se han desvanecido en la más absoluta e inhóspita oscuridad, pero la flor de tus doctrinas no se ha marchitado. Quien se sumerge en tus escritos, quien respira su atmósfera, bañada de profundidad y regada de coherencia metafísica, saborea un néctar oleaginoso cuya delicada fragancia besa misteriosamente la exuberancia de esa idea llamada eternidad...

En cada párrafo escrito por Spinoza, ya provenga de la *Ethica* o proceda del *Tractatus*, ¿no transpira la libertad? Si tuviera que adorar a alguno de los grandes pensadores que han dignificado la historia intelectual humana, si hubiera de postrarme ante uno solo de ellos y rendirle la más cabal de las pleitesías, arrodillado como el más humilde de los súbditos, creo que dudaría entre dos figuras: Sócrates y Spinoza. Mas en Spinoza vislumbro una limpidez que brilla con mayor fulgor. Es cierto que la honestidad resplandece de una forma difícilmente superable en Sócrates, árbitro de la sabiduría y encarnación del alma de la búsqueda; el ejemplo mismo de su vida, su sacrificio heroico en aras de la justicia y la virtud, su martirio como testigo de la omnipotencia de la verdad y del eterno sueño de la rectitud, frisa con esa luz que las grandes tradiciones religiosas han denominado "santidad". Sin embargo, en Spinoza no ceso de percibir atisbos de una serenidad de espíritu reminiscente de la perfección, las lecciones de una paz que no exhala escepticismo, sino hambre de conocimiento, brisas de la grata beatitud cuyas reverberaciones seguramente presidan, si existe, la gloriosa esfera de lo divino.

Parece que Spinoza hubiera logrado abstraerse de los embistes de un mundo hostil, de las acometidas de una sociedad cruel que lo estigmatizó en vida y lo expulsó, a los veinticuatro años, de la sinagoga de Ámsterdam. Él emprendió una reclusión feliz. Asumió una ascética disciplinada que le permitió ganar libertad con respecto a las circunstancias y a las opresivas estructuras que asfixiaban su entorno. Se consagró por entero a la verdad: ¿qué vocación más enaltecedora puede descubrir un ser humano?

Poco importa ya que sus hermanos judíos lo excomulgaran aquel infame jueves 27 de julio de 1656. Pocos años antes, el también sefardí Uriel da Costa había sufrido un destino igualmente trágico, un agrio encadenamiento de excomuniones y perdones de final incierto que tuvo que causarle un trauma profundo. Era un castigo germinado en el seno de su propio pueblo, una pena injusta que brotaba de quienes habían experimentado, como él, el amargo veneno de la intolerancia. Más dramático aún si cabe, pues, desolado por el aislamiento al que lo habían sometido sus correligionarios, anegado por ese océano teñido de fatal incomprensión que se abalanzaba sobre él, terminó por suicidarse; poco después, eso sí, de concluir su obra *Exemplar Humanae Vitae*, y a pesar de haber sido readmitido en la sinagoga portuguesa de Ámsterdam, no sin antes padecer las oportunas mortificaciones que expiaran su

culpa. Spinoza, por su parte, recibió uno de los *cherems* más crueles, más inmisericordes, desgarradores y oprobiosos jamás redactados. El escrito invoca una letal maldición divina sobre Spinoza, que sepulte bajo el fango todas las parcelas de su existencia: “maldito sea de día y de noche; maldito sea en el sueño y en la vigilia; maldito sea al salir y al entrar...” Ni una furia demoníaca, ni siquiera una cohorte de ángeles caídos propagadora de los vientos más diabólicos y amante de la oscuridad más tenebrosa, abogaría por recurrir, con tanta inclemencia, a las huestes de la execración. ¡Cuánto daño ha infligido al hombre la intolerancia, el complejo de culpabilidad, el tener que esconderse en lóbregas grutas de abandono para evitar el escarnio público, las humillaciones avivadas por los supuestos representantes de Dios, ya fueran judíos, cristianos, musulmanes o jefes de cualquier otro credo...! ¡Qué triste que tantas religiones, en vez de proclamar el amor y la unidad entre los hombres, sólo hayan sembrado discordia, conflictos y maledicencia; caos, soledad y enajenación!

Spinoza fue desterrado de la atribulada comunidad de sus padres, pero en su alma aún hoy aletea el ave que porta la luz de la verdadera religión. La injusticia no provocó que perdiera esa calma santa, esa densa serenidad ascética, esa templanza de espíritu que atempera todo dolor y exalta toda virtud; ese noble *contemptus mundi* que nos transfigura con su *amor Dei intellectualis* y nos convierte en amantes que no exigen amor, en siervos que no demandan servicio, en corazones entregados que no reivindicán su premio. Su tentativa impertérrita de perseguir la relumbrante antorcha de la verdad, de correr incansablemente tras el fuego perenne de la sabiduría, sintetiza la voluntad que ha de inspirar toda religión auténtica y honrada. En su mirada, aureolada de candidez y benevolencia, cuya reveladora expresión facial infunde al unísono destellos de alegría entreverados con emanaciones de angustia, en una mixtura ecuánime que compendia la verdad sobre la insondable condición humana, contemplan mis ojos la imagen de la sabiduría, ahora personificada en el indulgente, tranquilo y mesurado rostro de Spinoza. Ningún asomo de altivez o presuntuosidad: sólo se vanagloria de su profundo e inquebrantable amor a la verdad. El luminoso haz de su figura manifiesta ese estado de insólita bienaventuranza que conquistan los corazones inmolados en el altar de la rectitud. Angustiado, sí, al comprobar cómo la desidia, el odio, el fanatismo y la ignorancia corroían las torturadas almas de su época y enemistaban tribalmente a unos seres humanos con otros, a unas religiones con otras, a unas filosofías con otras; pero revitalizado por la confianza en el imperturbable poder de la razón y en el docto embrujo de las emociones para guiarnos hacia una vida plena y derramar, sobre nosotros, el suave cáliz de la felicidad y el bálsamo salvífico de la tolerancia.

Fue Spinoza quien comprendió, quizás como nadie antes que él, la vívida confluencia de razón y sentimiento en las grutas del espíritu humano, así como la acuciante necesidad de alcanzar una armonía que confraternice estos polos considerados antagónicos, pero cuya intersección vertebra una unidad aporética, misteriosa y dinámica que dulcifica el seno de la persona. Entendió que muchos de los sentimientos abrigados por el hombre no obedecen a la razón, ni jamás capitularán ante sus normas y antinomias. Sólo emociones de carácter opuesto contrarrestan determinados sentimientos que alberga el corazón humano. Sin embargo, es en esta tensión indeclinable entre lo racional y lo afectivo donde hunde sus raíces gran parte de la riqueza de la vida humana, pues la posibilidad de emanciparnos de los fríos dictados que

impone la razón nos otorga un terapéutico espacio de libertad. Spinoza, a juicio de muchos el más racional de los filósofos, el hombre que ambicionó deducir toda la metafísica y toda la ética desde un flemático elenco de axiomas irrefutables, anheloso de desentrañar la vasta arquitectónica del ser y del cosmos para leer los designios primordiales del todopoderoso Hacedor del universo, captó, con un rigor inusitado, la importancia de la afectividad humana y su influjo inexcusable sobre el ejercicio de la razón, ya no un decreto glacial, indolente y seco, sino una fuerza húmeda, misericordiosa y grácil, redimida por hálitos benignos y sorprendivos que nos salpican jovialmente con sus gotas cromadas de honestidad.

Spinoza, heraldo de la libertad de espíritu y emisario de la fraternidad humana, apóstol de la vida sencilla; intachable mensajero que pregona una paz cuya luz aún hoy nos enternece, porque su vida fue pura, fue auténtica, fue una llama incandescente que no cesa de abrasarnos con su rectitud y su independencia. Bendito, sí, *Bento*, *Baruch* o *Benedictus*, nombres todos que preludian una misma e inescrutable realidad: la gracia de haber sido bendecido con un alma noble, generosa y sosegada, ansiosa de abrazar la verdad y de extender sus manos hasta esos cielos donde soplan las brisas más rejuvenecedoras. Pulir lentes y esmerilar vidrios al amparo del recogimiento fecundo que tutela los bucólicos campos de Holanda le brindó la paz, la quietud, la amena frugalidad anacorética, la concordia desinteresada, el distanciamiento imprescindible de las instituciones de su época y de las convicciones que atenazaban a sus contemporáneos: el ensimismamiento que proyecta su sana y evocadora soledad sobre un mundo falto de luz, aislado de las genuinas fuentes de la vida y cubierto de dolor y lóbreguez. Afanado en tareas de apariencia sencilla, humilde y relajada, ajeno a una vorágine exasperante que amenaza con nublar nuestra capacidad de crítica y cuestionamiento de lo establecido, Spinoza conquistó una meta cuya pureza y mansedumbre culminan y dignifican todo deseo. Franqueó los pórticos de lo incondicionado.

La coherencia predomina en su *Ethica Ordine Geometrico Demonstrata*. Todo fluye armoniosamente desde sus definiciones y axiomas, algunos tan hipotéticamente triviales como el segundo de la *pars secunda* ("*homo cogitat*"), pero a la larga profundos, rebosantes de un contenido que, según se interprete, según se articule con respecto a otras afirmaciones supuestamente obvias o, cuanto menos, sumisamente aceptables, nos guiará hacia destinos divergentes e inesperados. Sobre la base de los lacónicos principios ya asumidos, todo se demuestra con una claridad de solidez y refinamiento desconcertantes. Es el poder de unas frases que no parecen admitir el mínimo resquicio de disidencia, como fortificadas frente a los ataques de la disconformidad. Su enunciación se nos antoja evidente, cuando en realidad nos conduce a una metafísica revolucionaria, iconoclasta y sobrecogedora.

Ningún tenue indicio de éxtasis o flaqueza, de arbitrariedad o vacilación; ningún síntoma de fisuras en ese vasto y esplendoroso sistema que permea todas las parcelas de la metafísica, la teología natural, la gnoseología y la ética. Todo es cristalino en la obra de Spinoza. En cualquier prefacio, definición, axioma, explicación, escolio, proposición o corolario, en cualquier intersticio de esta nervadura que nutre mágicas bóvedas góticas, dotada de una pulcritud e investida de una elegancia que jamás dejarán de maravillarme, resuenan los ecos ribeteados del orden, del equilibrio, de la simbiosis más aquilatada entre las partes y el todo.

Ni siquiera la brillante deducción de la geometría clásica desde un exiguo elenco de cinco axiomas⁴² corona una síntesis tan magistral, inerme y desveladora...

XXII. A los pioneros del saber

¿Quién es capaz de describir lo que siente el pionero del saber, el héroe que nos abre insospechadamente a un territorio vasto e inexplorado, a una isla virgen repleta de tesoros miríficos cuya contemplación potenciará nuestro entendimiento del cosmos? ¿No se asemeja al arqueólogo que, como Howard Carter hace pocos años, vierte luz sobre espacios cubiertos por la oscuridad y el silencio más desgarrador? Justo cuando todo su esfuerzo parecía inútil, condenado irremisiblemente al fracaso más estrepitoso, ahogado por el tórrido calor de Egipto y abrumado por la indolente sequedad del desierto de Tebas, Carter proclamó: *"I see wonderful things"*, "veo cosas maravillosas". Así respondía a su asistente tras realizar la primera obertura sobre la puerta que sellaba la tumba del faraón Tutankhamon, sepultura ubicada en el Valle de los Reyes, emplazada en esa misteriosa parcela del desierto occidental egipcio y flanqueada por los imponentes farallones que alojan el templo mortuorio de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari. La legendaria quietud que glorifica este enclave se encuentra presidida por el dios Osiris⁴³, cabeza de quienes moran al oeste de las orillas del Nilo; pues es sobre esos cielos fruncidos donde se entroniza el crepúsculo, el cárdeno ocaso que recapitula las andanzas diurnas del Sol, astro nacido en las eternas fuentes orientales y difuminado en la enigmática noche del Poniente... En ese valle tebano descansan seres de carne y hueso que acapararon poder y majestad en los albores de la historia. Sí, más de tres mil años poblados de mutismo, de vacío, de polvo acumulado en una estancia exigua, pero bañada por la belleza insólita que acrisolan los tesoros más espléndidos legados por la primera gran civilización de la humanidad, tan fascinada con la muerte como enamorada de la vida, tan apegada a la existencia terrena que pretendía reproducir sus dichas y sus tribulaciones en el más allá...

El científico ha de experimentar una emoción análoga al éxtasis que interioriza todo arqueólogo valiente: rasgar el manto del templo de la naturaleza equivale a divisar de nuevo lo que ojos humanos observaron en un pasado ya remoto y desvanecido. La naturaleza condensa pasado, presente y porvenir. Comporta mismidad pura, reiteración, seguimiento de leyes que se ratifican inexorablemente, pero en cuya repetición logran fraguar lo nuevo y ulterior, labrar la hermosura aún no vaticinada, modelar las especies vivas que enriquecen el mundo con su ansia de perpetuación, con su voluntad de subsistencia. He aquí un milagro, una maravilla dotada de un refinamiento que la ciencia quizás esclarezca en el futuro. El humanista, en cambio, carece de un marco de referencia estable sobre el que derramar sus energías, los

⁴² Los escogidos por Euclides en el apogeo de la matemática alejandrina.

⁴³ Deidad llamada, en múltiples textos de esta inspiradora civilización, *"Jentimentiu"*, "Aquél que se halla al frente de los occidentales".

ímpetus encaminados a iluminar provincias todavía sumidas en las espesas y húmedas tinieblas que anegan los días y entristecen las noches.

No existe ningún telón de fondo que el humanista deba retirar para deleitarse con el espectáculo del gran teatro del universo: una y otra vez, el filósofo piensa sobre las mismas cuestiones, y se aventura, temeraria o esperanzadamente, a alumbrar ideas vagas pero sugestivas sobre lo que nos puede ofrecer el ardor del futuro. La naturaleza humana no nos viene dada, y por ello no basta con diseccionar todos sus resquicios, como minuciosos entomólogos versados en la vivisección de insectos. No es suficiente entender su estructura y elucidar su función: somos hijos adoptivos de la historia y padres del porvenir, por lo que jamás agotaremos el estudio de una realidad que no se ha completado, sino que discurre, rauda y esquivamente, por los exuberantes senderos del tiempo. Entender lo humano resulta inseparable de comprender cabalmente a cada rostro que prodiga la humanidad. No nos constituimos en ciegos y obedientes servidores de leyes inmutables: forjamos también nuestro mundo, un cosmos que no nos ha sido entregado, sino que brota de nuestro tesón, de nuestra fantasía y de nuestra creatividad. ¿Quién penetrará entonces en la esencia de lo humano?

XXIII. Infinita es la ciencia

La aventura emprendida por la investigación científica de la naturaleza nos ha deparado sorpresas enormemente aleccionadoras. Al menos desde Copérnico, hemos adquirido conciencia sólida de un hecho: no moramos en el centro del universo, sino que nuestra Tierra orbita en torno a un Sol perdido en una minúscula porción inundada por inhóspitas vastedades de galaxias, cuyo número desborda todo lo imaginable. La física ha descifrado el lenguaje de la naturaleza: gracias a sus propios Champolliones y a la potente lupa que le ofrecen las matemáticas, ha leído las letras y ha despejado los números que describen el elenco de leyes y fuerzas regente en esta enormidad de disposiciones materiales. En cualquier caso, todavía le queda mucho por esclarecer, y las teorías de vanguardia alumbradas en el terreno de la mecánica cuántica y de la relatividad auguran sobresaltos inusitados, no aptos para mentes conservadoras. Por ejemplo, junto a su marido, el profesor Pierre Curie, y a Henri Becquerel, la heroica Madame Curie ha contribuido al hallazgo de la radiactividad, así como a la identificación de nuevos elementos químicos que completan los espacios vacíos agudamente presagiados por Dimitri Mendeleiev en su célebre tabla periódica.

En el ámbito de las ciencias de la vida, la biología parece haber revocado los privilegios y prebendas que nosotros mismos nos habíamos concedido. No detentamos ninguna posición especial en ese entramado inextricable de millones de años de evolución que ha suscitado especies y ha extinguido criaturas en el curso de su voraz dinamismo. El estudio del cerebro ha avanzado considerablemente. Santiago Ramón y Cajal ha descubierto la individualidad de las neuronas, por lo que ha logrado extender la teoría celular de Theodor Schwann y Matthias Schleiden hasta los dominios de la neuroanatomía. Recientemente, Sir Charles Sherrington ha desentrañado la acción integradora del sistema nervioso, la conexión sináptica entre las neuronas y la confluencia de señales que inhiben y desinhiben los impulsos nerviosos. Paulatinamente, los biólogos franquean los pórticos del enigmático cosmos que subyace a la transmisión de los caracteres legados a las generaciones venideras, cuyas variaciones nos prohíben interpretar la naturaleza humana como una *tabula rasa*.

Es lógico esperar ulteriores refinamientos, quizás desconcertantes, en todos los desarrollos teóricos que tejen la física, la química y la biología. Estos progresos ayudarán a disipar nuestra ignorancia, pero no ceso de plantearme una pregunta: ¿hasta qué cima escalará la ciencia en nuestra comprensión del mundo y de la mente humana? ¿Existe un límite para el poder que propaga nuestro entendimiento? Con cada hito emergente

protagonizado por la ciencia, he de confesar que me invade también una profunda frustración. Me decepciona evocar la incapacidad del conocimiento científico para desvelar las respuestas a las ansias más hondas e inveteradas que habitan en el corazón humano. Los científicos abren ante nuestra faz un mundo maravilloso, bañado de formas fascinantes, repleto de conceptos, colmado de colores, plagado de estructuras, pero ¿penetran en el alma? ¿Perfora su espada las arduas corazas que separan a unos seres humanos de otros, esas barreras casi infranqueables que nos impiden captar las emociones abrigadas por espíritus distintos al nuestro? Querría que me traspasara un haz inundado de luz, mas henchido de un fulgor que no se restringiera a expresar conceptos, ideas e hipótesis que quizás nos manifiesten la verdad sobre el funcionamiento del cosmos, pero cuya armonía impasible no recoge nuestra verdad, la verdad sobre nuestra condición humana y nuestro auténtico destino. Desearía un rayo anegado de irisaciones promisorias, una intensa luz que me deslumbrara con una noticia: la buena nueva de haber elucidado un sentido para la vida humana⁴⁴. La verdad se revela infinita, al menos potencialmente, por lo que la labor científica nunca se clausurará: existirá siempre un sinnúmero de oportunidades para que los hijos del futuro cultiven la alentadora odisea de desenredar las intrincadas y copiosas madejas que hilvanan el lienzo del universo...

⁴⁴ Saciado de conmiseración y encaramado a doctas nubes de alegría, su heraldo encarnaría al más suspirado de los ángeles, y en sus ojos cristalizaría una mirada compasiva hacia el dolor humano, capaz de esparcir el sagrado aroma de la verdad, la fragancia indulgente que disemine sabiduría, paz, perdón y amor.

XXIV. Nietzsche y la tragedia humana

¡Nietzsche! ¿Cuántas veces no habré releído *Así Habló Zaratustra*? Inexplicablemente, en cada pasaje, escogido al azar, descubriría una fuente que rebosaba de sabiduría infinita. Era capaz de meditar sobre cada uno de los discursos del profeta como quien se entrega a orar inspirado en los versículos de la Biblia. No importa adónde viajara, siempre llevaba conmigo una exquisita traducción al castellano de esta magna obra de Nietzsche, arredrado por el temor de que mi aún vacilante conocimiento de la lengua de Goethe me impidiera degustar las inagotables delicias que manan de este libro, de reminiscencias sagradas.

He vertido incontables lágrimas ante la soledad de Zaratustra. Como él, he sufrido ante la incompreensión de un pueblo ignorante y receloso. En su angustia, he palpado la profunda tribulación que los mayores profetas se han visto obligados a asumir en sus carnes y en sus almas. Como él he querido enterrar, con mis propias manos, a ese miserable saltimbanqui que perdió la vida por su ingrato apego al riesgo, sin desasosegarlo con alusiones a cielos monótonos o a infiernos enardecidos. Como él he renegado de los doctos, de los filósofos y de los académicos. Como él he despreciado el poder que no brotara de una voluntad absolutamente libre de crear, de tallar el altar del superhombre y de forjar un mundo digno de esa estirpe que habrá de traspasar nuestros límites más acuciantes. He llorado, porque el desconsuelo de Zaratustra al constatar que Dios había muerto me ha invadido a mí mismo con una furia extraña. Me he deleitado de manera indescriptible al gozar de esa hermosura insólita que exhalan las ricas metáforas de Nietzsche, y en su alma he contemplado el espíritu de un poeta y de un filósofo desposados en nupcias perennes e indisolubles. En sus palabras más dolorosas he sondeado la admirable fusión entre la belleza y la hondura, entre el fervor estético y la trascendencia filosófica, entre el Dionisio del éxtasis artístico y el Apolo de la mesura argumentativa, que yo mismo ambiciono trenzar en mis escritos. Me ha bastado recorrer cualquiera de las páginas de este libro dedicado a todos y a ninguno para acariciar las enseñanzas más desgarradoras que nos depara el hombre sobre sí mismo, no menos pujantes que las doctrinas prodigadas por mensajeros celestes en edades ya antiguas. He observado mi propio rostro reflejado en las aguas cristalinas de la prosa de Nietzsche, pero me he ahogado en ese estanque falaz, como Narciso, porque me he enamorado de mi propio poder, de mi propio engaño, de mi propia dignidad de criatura destinada a excederse infinitamente, cuan preludio de una especie inefablemente superior a la nuestra, cuan apóstol de lo que ha de venir.

Gracias a Nietzsche, he entendido el significado de un misterioso verso del Salterio: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” En cada epígrafe, en cada párrafo sobre

cuyas letras abigarradas se han deslizado mis ojos, he encendido una luz de aleccionamiento inextinguible. Cada noche, poco antes de acostarme, me reclinaba sobre la almohada, distendía las piernas suavemente sobre la cama y tomaba, de la mesilla adyacente, mi ejemplar español de *Zaratustra*. Entonces, algo me conmovía. Yo mismo soñaba con redactar, algún día recóndito, frases que destilaran una sabiduría tan clarividente, profunda y sincera como ese haz iridiscente que rutilaba en cada uno de los fragmentos de su libro. Las mismas lágrimas se derramaban ante los mismos textos, como si una poesía eterna no cesara de declamarse tan pronto como me disponía a reflexionar sobre la insobornable caracterización de la condición humana que florece en todos sus capítulos. Cada palabra de Nietzsche contribuía a esparcir una sal que avivaba mi amor hacia la vida y disolvía mi desánimo, mi desconfianza y mi tristeza. Incluso en los labios de un autor confesamente ateo como Nietzsche encontraba tal pasión, tal entusiasmo por la existencia, tal ilusión por encender la humeante llama de la originalidad, que todos mis miedos se disipaban al dirigir la mirada a ese fruto noble sembrado por el gran filósofo alemán. Ni siquiera la ciencia me ha otorgado un amor tan obsequioso por la vida y por el saber.

Sin embargo, impresiones antitéticas se han grabado en mí después de tantos años en los que he pensado con vehemencia los conceptos de Nietzsche, sobrecogido ante la belleza de sus frases y de sus alegorías, ya provinieran del *Zaratustra*, de *La Gaya Ciencia*, de *La Genealogía de la Moral*, de *Más Allá del Bien y del Mal*, de *Humano, Demasiado Humano*, de sus *Consideraciones Intempestivas* o del *Anticristo*. Amo su vida, su ejemplo, su abnegación, su huida del mundo. No discierno visos de nihilismo en sus ideas, sino que ante mí emerge una esperanza rejuvenecedora en las posibilidades de la humanidad para desafiar lo dado y plantar la semilla de un futuro henchido de promesas. No triunfa la nada, pues persiste la ininterrumpida reiteración del todo, el eterno retorno a lo mismo, la concomitancia de pasado, presente y porvenir en cada instante del cielo y de la Tierra. Nuestros anhelos, inmensos y pugnaces, no se disuelven en la infinita mar de la nada, sino que convergen en la gesta de ese ser eterno que constantemente retorna a su Ítaca acogedora.

Admito mi estremecimiento al recordar que ideas bendecidas con un significado tan inescrutable y evocador como la de “eterno retorno” despuntaron en la mente de Nietzsche mientras él caminaba solo y abandonado, expatriado del hogar de los hombres, enfrentado con la historia y enemistado con el ser divino, arrojado por los incomparables celajes de los Alpes, circundado por un espectáculo investido de tal poder que nos desnuda frente a la magnificencia enmudecida del cosmos natural, como si esos montes europeos nos concedieran el mejor antídoto para aplacar toda tentación de soberbia y envanecimiento. Ni siquiera el superhombre rebasaría la copa de hermosura que ha labrado la naturaleza sin necesidad de proferir vocablos o de bramar gritos transidos de dolor, las vociferaciones de tantas gargantas desgañitadas por suplicar a misericordias prohibidas...

El Nietzsche que paseaba por los Alpes sumido en la más fiera soledad; el Nietzsche que se hospedaba en una sobria casa de Sils-Maria; el Nietzsche desterrado de un mundo, el universitario, que le había vaticinado la más brillante de las carreras académicas; el Nietzsche que, inmerso en la encrucijada del honor, optó por la senda más auténtica, y prefirió embarcarse en la búsqueda de esa verdad escondida e inexorablemente enmascarada antes

que codiciar los lauros del reconocimiento presente; el Nietzsche que divagó horas interminables y entumecidas, a la luz del Sol o iluminado por el fulgor de las estrellas, mientras su espíritu se adentraba en la más íntima esencia de la vida, ahora privada de las apariencias armoniosas que habían auscultado los filósofos anteriores; el Nietzsche que peregrinó por el desierto de la existencia humana sin otro testigo que su propia sed de sabiduría, profundidad y belleza...: él es el Nietzsche que me fascina, pues en su faz observo el dolor de toda la familia humana. Él encarna al prototipo de cualquier hombre que se atreva a dilatar al máximo las fronteras de lo humano, los confines del pensamiento, las ventanas del sentir y del sufrir. En la impavidez nietzscheana, en esa valentía sacra que lo exhortó a no amilanarse ante la magnitud de preguntas oscuras, violentas y ambiciosas que diluían toda certeza albergada hasta el momento, fluye la sangre más pura e inocente de la humanidad. Coherencia es lo que define su vida. Eligió la soledad, el encierro voluntario, el ascetismo que clama por ensanchar el querer, y deambuló por Europa como un proscrito, como un prófugo de la justicia divina y de la rectitud humana, despojado, al igual que el nazareno, de todo refugio terrenal. Sí, "*ecce homo*", he aquí el crucificado en vida por la desolación del sinsentido, la ignorancia y el desamor, pero un hombre galvanizado por una fe firme, gozosa y resplandeciente en las virtualidades de nuestro género, en su vocación de preparar la llegada del superhombre, de Aquél que humillará a nuestro linaje tembloroso y despertará unas energías aún no presagiadas.

Sin embargo, recapacitar sobre el verdadero significado de sus ideas también me desazona. No admiro en sus obras la luz de indulgencia, bondad y ternura que desprenden otros profetas. Sé que toda apelación a estas nociones desataría la airada reacción de Nietzsche, quien las tildaría de manifestaciones de debilidad, de flaqueza, de una cobardía trágica, pues el hombre que trabaja por el advenimiento del superhombre no ha de implorar perdón, sino que debe esforzarse por desplegar todo su poder, toda su creatividad y toda su fantasía. Pero yo sufro al escuchar estas palabras, porque los dioses no me han infundido ese soplo apasionado cuyas brisas balsámicas me cieguen ante el dolor que aflige a los hombres y escenifica nuestro drama inenarrable. Yo también me apiado de Nietzsche y de sus delirios misantrópicos. Veo su sombra ahogada en su propio veneno, en sus propias y acaloradas inectivas, en su propio ostracismo, en su propia y rabiosa agresividad, en la envidia incurable hacia la felicidad ajena que padecen quienes han tolerado la eclosión del lastimoso huevo de su vanidad. La nube cáustica e iracunda que hincha su propio rencor intoxica su espíritu con un resentimiento destructivo, motivado por su acuciante falta de amor. Tras sus expresiones mordaces y furibundas me parece divisar la silueta de una cobra vencida que no cesa de dar vueltas alocadamente, al son de flautas tocadas por dedos corroídos y virulentos, como un péndulo preso de oscilaciones vertiginosas que abjura de las leyes de la naturaleza.

Además, un ser tan superior, tan íntimamente convencido de la belleza de su fuerza, de la exuberancia de su voluntad y de su aptitud para crear ese nuevo horizonte ajeno a los valores pretéritos, ¿no puede acaso albergar misericordia? ¿No se afirmaría a sí mismo en su negación, en su sacrificio y en su caridad? ¿No es menos vulgar el amor hacia el débil que la devoción hacia el fuerte, quien no la necesita? Nietzsche se equivoca: el verdadero superhombre es Aquél que desborda la naturaleza mediante la gloria del espíritu.

Nada eclipsa el vislumbre de tanta injusticia, de tanto llanto no apagado en el seno de esos “esclavos” a quienes Nietzsche denostó con una cólera sin precedentes. La moral de los esclavos es también una potencia creadora. Yo busco al superhombre, pero proliferan demasiado dolor y demasiada muerte junto a mí. La indolencia me amarga y alabo la conmiseración. Ha de embargarme un amor por la humanidad, por esta humanidad que rezuma sangre y languidez, por esta humanidad sin cuyo esmero y sin cuya heroicidad jamás irrumpiría el superhombre. Yo amo profundamente a la humanidad y me desvivo por esta raza de esclavos, quizás porque soy frágil, quizás porque no he comprendido que un fuego eterno nos llama a renegar de lo humano para derribar sus aciagos muros, pero lo cierto es que una devoción irracional por el templo de lo humano me embriaga y traspasa con sus lanzas.

El mundo desfallece y resucita; ciclos ineluctables llenan la Tierra, y sus cingulos ciñen el cielo con la indolegable concatenación de amaneceres y ocasos. Nietzsche augura el crepúsculo de todos los ídolos, pero predica también el nacimiento de un nuevo dios. La tela del tiempo teje y desteje la historia humana. Todo mosaico se derruye y todo bordado noble se deshilvana. Soles majestuosos se desvanecen, y clarean auroras que jamás imaginamos. Sin embargo, yo me aferro a una fe en el hombre, sí, en el corrompido, caduco y decadente hombre, gruta de malignidad pero también hontanar de un bien inmenso, desde cuyas manos se deslizan oscuros torrentes contaminados y delicados arroyos de magnanimidad, cauces que desembocan en un océano bañado de grandeza y amor. Lo sublime yace en cada ejercicio pudoroso del pensar y del sentir. El superhombre nace con cada canto a la épica de la creación que entonen nuestros labios, mas muere con cada acto de deshonor y desdoro que tiña de lobreguez nuestra odisea por estos mares ambiguos.

No, mi compasión no ha germinado desde ese suelo adusto que raya en la hipocresía. Mi llanto es auténtico. Todas las lágrimas que derraman mis ojos cuando presencian el sufrimiento y el silencio de mis hermanos responden a un gemido honesto. Yo sufro en mi verdad. Tantos sollozos no enjugados secan paulatinamente mi cuerpo, incapaz ya de secretar el rocío de más lágrimas sin un paño que las congregue. Pero lo repito: mi llanto no obedece a la debilidad, al pavor, a la falsedad o al cinismo. Raíces muy profundas me encadenan a la morada de lo humano, y no logro escaparme de su árbol umbroso. Sólo me queda esmerarme en regar sus flores, quizás tenues, quizás minúsculas, pero inescrutablemente hermosas, tiernas y dulcificadas, milagros arracimados que retoñan en innumerables parcelas del terso tronco de la vida.

XXV. La *docta ignorantia*

Nos envuelve un cúmulo ingente de información. Sus celajes nos hechizan con la ilusión del progreso y con el embrujo de una inminente resolución de los problemas más trascendentales que acongojan la ciencia y el pensamiento. Discriminar entre lo esencial y lo accesorio se me antoja cada vez más complicado, ante la avalancha interminable y desnortada de datos que, como trenes descarriados, no arman las teselas de ningún mosaico, de ninguna arquitectónica cognoscitiva, de ningún andamiaje de sentido, de ninguna trama de inteligibilidad. Nadie como nosotros, retoños de este siglo XX y herederos de una insigne tradición intelectual que nos ha desvelado dimensiones fascinantes del hombre, la historia y la naturaleza, posee una responsabilidad tan apremiante para sumergirse, con la mayor hondura posible, en todos los territorios de la sabiduría.

No debemos subordinar el conocimiento al poder. Cuando sucumbimos a la tentación de hacerlo, la vida se despoja de cualquier captación de lo puro, de los pálidos ecos de lo incondicionado, y adolece entonces de una peligrosa e intolerable superficialidad. Se trata de la misma lógica que subyace a esa nefasta *victoria cursus artis super naturam* proclamada por Sir Francis Bacon en su *Novum Organum*, publicado en los albores de la Edad Moderna. Su severidad apaga la genuina magia de la naturaleza, el fervor que se respira en los montes, en los ríos y en los océanos. Todo lo condena a someterse al yugo de una razón humana fría e inmisericorde. La nostalgia por tiempos imbuidos de romanticismo, de una piedad sacra que mistificaba los claustros medievales y tonificaba las catedrales góticas, dimana de la percepción de una carencia demasiado profunda que hoy aflige nuestro existir: el desvanecimiento de cualquier hábito de misterio, sorpresa y fascinación. El desafío de nuestra época radica en recobrar el vigor del asombro ante lo desconocido, la veneración de una *docta ignorantia* que no cese de inflamar la llama del arte y la antorcha de la ciencia. Recuperemos un sobrecogimiento tan insondablemente bello que nos inspire a coronar cúspides aún más altas, y nos convenza de que la lucha humana no se clausurará nunca, porque humano es buscar, humano es desear, humano es acariciar el infinito...

Habitamos un mundo en acuciosa ebullición, tan acelerado que la luz, en vez de revelarnos el cáliz de la sabiduría, el amor y la hermosura, nos deslumbra y veta que contemplemos un don evocador de grandeza. Nos ciega lo percedero, que nubla nuestros sentidos con la ofuscada capa del poder. Su tripulación conduce unas naves cuyas velas se izan en mares sacudidos por angustiosas tempestades, mientras voces de desconcierto braman contra la sonora furia que exhalan las olas. Embarcados en una actividad febril que en realidad oculta atroces soledades, su vorágine tortuosa nos impide disfrutar de la sencillez que ha de

presidir la vida. Todo lo límpido, todo lo libre, todo lo valioso por sí mismo y no en virtud de finalidades ajenas y ulteriores, se yergue eclipsado tras el lóbrego y frenético cielo de lo útil, inmediato y eficaz.

Yo mantengo que la maravilla más embriagadora atesorada por el ser humano estriba en su capacidad de trepar, aupado por una imaginación libre, hasta conceptos que anidan en lo más elevado y en lo más profundo de todo entendimiento. Su emancipación de las sutiles cadenas que impone lo empírico les confiere una belleza única, sugerente y purificadora, cuya pujante luz nos recuerda que un destino siempre inescrutable nos ha llamado a convivir entre dos mundos oscuramente separados. ¿Y acaso hay algo a lo que el hombre no pueda aspirar mediante la bondad y la inteligencia?

XXVI. La perfección y la sencillez

El cielo esgrime su furia, y esta espesura grisácea me inspira un pavor sacro ante los poderes de la naturaleza. Sus fuerzas y elementos no sólo irradian luz, sino que también esparcen oscuridad y desafío, atrozmente inmersas en un vigoroso binomio, próximo al oxímoron, que combina la Escala de lo tremendo con la Caribdis de lo fascinante...

Ignoro qué deseo. Mis labios no son capaces de expresar lo que yo busco. Frisa con lo inefable. Colinda con lo imposible. Roza la altiva esfera de lo imperecedero pero vivaz. Aún no han moldeado mis palabras esa vaga intuición de lo que se supera a sí mismo constantemente, trasunto de coloridas y doctas hojas lanceoladas, guarnecidas de luz, cuya serenidad suaviza el antiquísimo árbol que cobija a cuantos desean adorar lo eterno en verdad y espíritu. Debo dominar artes muy antiguas y erigirme en un orfebre del pensamiento, en creador de formas, ideas y metáforas que expandan el círculo de nuestra imaginación. Tengo que descomponer toda idea en sus elementos vertebradores, desgranarla en sus átomos de inteligibilidad, para así adueñarme de su poder más íntimo. Pero, más aún, yo he de investirme en arquitecto, no en obrero filosófico afanado, como una dócil y laboriosa hormiga, en escrutar lo que otros han pensado o creído a lo largo de los tiempos, retenida su alma en el plano de las más insospechadas y microscópicas filigranas hermenéuticas. No debo limitarme a explorar el mundo: he de esculpirlo con mis propias y acuciosas manos.

Lo cierto es que ni las ciencias ni las artes me ayudan a conocerme a mí mismo, y me siento inclinado a alabar las bondades de esas almas sencillas cuya sensibilidad acaricia, en lo más profundo, el auténtico significado de la vida. ¿No resuena aquí la voz de Jesús, quien bendijo al Padre celestial por haber vedado a los soberbios, a los sabios y a los poderosos el secreto más noble custodiado en el sagrario de la existencia y habérselo otorgado a los humildes de corazón? ¿No vislumbran nuestros ojos el espectro, atormentado y vagaroso, pero siempre revelador y bello, de un Rousseau que clamó contra las artes y las ciencias, precisamente en el apogeo de la Ilustración, cuando la devoción hacia la racionalidad habían coronado sus cimas más suntuosas, hasta colonizar las infinitas parcelas de la imaginación humana?

Nada permanece ajeno a la intensa sombra de la ambivalencia, y también yo soy contradicción, como toda energía que vibre en el mundo. Al igual que Montaigne y Whitman, he de admitir que en mí habitan multitudes, y, del mismo modo que Goethe, palpo cómo dos almas se agitan intempestivamente en mi pecho. Aunque sobresale una vaga pero saludable intuición de mi yo, de esa potencia siempre capaz de sobreponerse a sus propias fracturas,

percibo que albergo un corazón ecléctico, de inocultables reminiscencias fáusticas. Fieros antagonismos pugnan por dominar todo mi ser, mientras me avasallan los reflejos relampagueantes de recuerdos involuntarios e insumisamente melancólicos, análogos al intrigante episodio que acabo de encontrar en una novela, de prosa envolvente, escrita por un autor francés llamado Marcel Proust: la incesante fugacidad de la vida condensada en la delicuescencia de una pobre magdalena. Sumergirme en sus páginas, rebosantes de una hermosura conmovedora y de un lirismo seductor, me ha hecho disfrutar tanto o más que cuando devoré, hace años, varias obras de Stendhal, cuyos finos retratos espirituales de personajes como Julien Sorel y Fabrizio del Dongo convierten a este nativo de Grenoble en uno de los mejores maestros de la psicología decimonónica, en un avezado narrador que con belleza, elegancia y soltura relata acciones de enorme complejidad⁴⁵.

Ojalá los cielos se apiaden de nuestra flaqueza estética, porque ¿no se redime el hombre mediante la excelencia de sus obras éticas, artísticas e intelectuales?

⁴⁵ También me ha recordado al sufrido Flaubert, de quien aprendí a admirar cualidades como el rigor y la importancia de adoptar una metodología de trabajo metódica que canalice el furor creativo para lograr una perfección en la forma que, sin embargo, se me antoja demasiado rígida, una virtud de ecos estoicos y fríos perfiles impasibles, una excelencia grave e imperturbable que ahoga las primeras pulsiones de la sensibilidad en los convencionalismos del léxico y de la gramática... He leído una vez *Salambó* y en dos ocasiones *Madame Bovary*, y creo que mi juicio no es precipitado: la plenitud lingüística brilla en ambos libros. Ninguna palabra ha sido escogida al azar. Ninguna caracterización es superflua. Todo responde a esfuerzo, a dosis impertérritas de severidad, a dolorosas gotas de sudor cuyo rastro se atisba en cada línea, en cada párrafo y en cada capítulo. Pero esa gracia serena, exquisita y libre que revolotea por los textos de Voltaire, Rousseau o Stendhal no resplandece en las novelas flaubertianas. Quizás este escritor ilustre se haya visto obligado a pagar el alto precio que demanda la perfección: despojarse de la savia fresca y rejuvenecedora de la finitud, de la carencia y de la fragilidad. En cualquier caso, ¡bienvenidos sean sus intentos de aquilatar al máximo el coraje expresivo de la lengua francesa!

EL VERDADERO ROSTRO DE LOS SABIOS

“¡Extínguese, fugaz candela! La vida es sólo una sombra errante, un pobre actor que se pavonea y retuerce una hora sobre la escena y después calla para siempre. Es una historia contada por un idiota, llena de ruido y de furia, que nada significa”

(William Shakespeare, *Macbeth*, escena XVI)

*“¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido?”*

(José de Espronceda, *Canto a Teresa*)

I. Junto a la catedral de Münster

St. Paulus Dom, la catedral de Münster, acoge un imponente edificio medieval. Sus estructuras más tempranas se remontan a época carolingia⁴⁶, aunque la construcción se prolongaría varios siglos. Un aparatoso incendio debió de destruir tanto los vestigios de la catedral que mandó erigir Luidger como los restos de la obra posterior levantada en tiempos otomanos, a finales del siglo XI, por lo que el grueso del monumento actual data del siglo XIII. En él se entrelazan motivos románicos y logros inconfundiblemente góticos, fusionados con una belleza singular y una magnificencia serena.

El interior de la catedral se halla ornamentado por un curioso artilugio, el “reloj astronómico”, fabricado en el siglo XVI. Lo agregaron poco después de concluir la locura de los anabaptistas. Atrinchera en Münster, urbe que pretendían convertir en el preludio de la nueva Jerusalén, en el anticipo de esa Sión eterna que transfigurase por completo nuestra Tierra fatigada, esta secta de fanáticos religiosos se oponía al bautismo de niños. La lideraban, entre otros “profetas”, Bernhard Rothmann, un capellán, y Knipperdolinck, un comerciante de telas, asociados convenientemente con John Matthys, antiguo panadero, y con John Bockelsohn, sastre de origen holandés. Guiados quizás por la noble intención de emanciparse de la tiranía católica e imperial y de implantar reformas sociales auténticamente transformadoras, ofuscó sus aspiraciones utópicas con la lóbrega ambición de establecer un paraíso celestial sobre la faz del mundo; voluntad no velada que, como en tantos otros episodios tristes de la historia, en realidad escondía la amarga evidencia de un despotismo no menos brutal y desalmado que la autocracia ejercida por papas y emperadores.

Desde 1534, con Knipperdollinck como burgomaestre de Münster, esta ciudad de Westfalia sucumbió al más exaltado y arbitrario ardor iluminista. Su dominio sobre el hipotético reino sideral descendido a las pálidas hondonadas de la Tierra duró poco más de un año, plagado, eso sí, de tribulaciones indescriptibles y tizado de ejemplos de un mesianismo devastador, sólo comprensible a la luz del contexto de intolerancia religiosa que prevalecía en la mayor parte de Europa. El destino deparado a los cabecillas de este extraño experimento social resultó espantoso, estremecedor. Como escarnio público, exhibieron sus cuerpos en jaulas colgadas en la torre de la iglesia de San Lamberto. No me cuesta entender que esta peripecia, aun breve, no haya cesado de suscitar la atención de historiadores y teólogos. La pulcritud del arte del Medioevo y la efervescencia de los prolegómenos de la modernidad, la fascinación que quizás evoquen en nosotros esos tiempos ya lejanos de claustros, monjes, catedrales e incipientes reformadores, no impide constatar cuánto sufrimiento, cuánto reguero de sangre y desolación tiñó Europa de la negrura más desgarradora por culpa de

⁴⁶ Luidger, primer prelado de la ciudad, recibió la consagración episcopal el año 805.

hombres que se creían poseedores únicos de la verdad, elegidos del mismísimo Dios del universo para capitanear sus huestes en este valle de lágrimas y flores marchitas.

Siempre que camino junto a la puerta principal de la catedral de Münster, la figura de una mendiga acurrucada me conmueve por el dolor que refleja su rostro agrietado. Al parecer, ha transcurrido casi una década desde que esta pobre mujer empezó a apostarse a la entrada de un edificio tan solemne. Allí depreca limosnas a los feligreses que acuden a los servicios religiosos celebrados en el templo. Las mismas vestimentas, los mismos ojos transidos de sufrimiento, la misma tristeza, la misma súplica de misericordia. Enternecido, un día decidí conversar con ella. En anteriores ocasiones, me había limitado a entregarle unas cuantas monedas que llevaba en el bolsillo, meras sobras que no pensaba utilizar. Sin embargo, una mañana de domingo, al poco de haber comenzado la misa mayor en la catedral, sentí que la atmósfera de magnificencia creada por esas corales cuyas voces polifónicas entonaban cánticos de euforia fastuosa, fervorosa piedad irradiada desde el interior del santuario, me exhortaba a cambiar de actitud. Me percaté de que uno de los problemas más profundos de nuestro mundo reside en la falta de valentía. Eludir la tragedia, esquivar la sombra de la injusticia, negarse a mirar, cara a cara, a quien padece el infortunio, constituye un signo clamoroso de inhumanidad al que todos claudicamos con frecuencia. Por esta razón, en lugar de prodigarle migajas caritativas, simples despojos de beneficencia que no me comprometían a nada, opté por compartir con ella la maravilla de las palabras y del tiempo.

-Siempre que vengo a la catedral me encuentro con usted. ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

-Mi nombre es María –respondió, con una tímida apertura en sus labios carnosos que resaltaba las heridas de sus comisuras exánimes. Por sus ojos, que traslucían infinito dolor, intuí la inconmensurable estela de sufrimiento que arrastraba esta mujer.

-¿Es usted oriunda de Münster?

-No, nací en Colonia, pero los avatares de la vida me trajeron a esta ciudad. Su acento delata que usted no es alemán, ¿me equivoco?

-Soy español, aunque llegué a Münster hace varios años, gracias a una beca que el gobierno de mi país me concedió para estudiar humanidades y realizar una tesis de doctorado. Espero que mi acento haya mejorado, aunque he de reconocer que determinados sonidos de la lengua alemana me resultan enormemente complicados.

-Recuerdo que uno de mis tíos había pasado largas temporadas en España. Me enseñó algunas palabras de su lengua.

-¿Aún tiene usted familiares, algún pariente cercano? Siempre la veo sola...

-Ya no me quedan familiares. Enviudé cuando aún era joven. Mi único hijo me abandonó hace ya cinco años, hastiado de la difícil situación económica que atravesábamos. Se marchó a Inglaterra. Por desgracia, llevo años sin saber nada de él. El destino me arrebató a mi hijo, mi tesoro más preciado.

-Así que actualmente vive sola.

-Sí, en una pensión ubicada en la *Heinrich-Brüning Strasse*, próxima al "*Rathaus*". Procuero pagar puntualmente las mensualidades, aunque no siempre puedo hacerlo. Gracias a Dios, la dueña que regenta el establecimiento se muestra compasiva conmigo cuando me retraso en abonar el alquiler. No ocurrió así en anteriores ocasiones. Hace años embargaron mi casa. Nadie mostró piedad. Incluso me prohibieron la entrada a las casas de empeño. Pasé hambre, y me acostumbré a convivir con toda clase de privaciones. Me vi obligada a vender casi todos mis objetos, también algunos que poseían gran valor sentimental para mí, como regalos entrañables de mis padres. Sí, me lo han quitado todo, ¡absolutamente todo! Aves carroñeras me han despojado de mis bienes más amados, y la mala suerte no deja de ensañarse conmigo, pero no pierdo la fe, y busco incesantemente a Dios. Mucha gente me sonrío cuando acude a la iglesia.

Suaves lágrimas se deslizaban por sus mejillas rugosas. Encogida y arrebuada en su manto grisáceo, ella se dispuso a enjugarlas con un pañuelo deshilachado que incrementaba mi lástima. La honestidad que cubría su mirada me enternecía irresistiblemente.

-Si no es indiscreción, ¿cuántos años tiene usted ahora?

-Acabo de cumplir cincuenta y cinco. Sé que aparento más años, pero a veces el dolor y la desgracia aceleran el envejecimiento. A usted la vida no parece haberle tratado mal.

-Es cierto. Me avergonzaría quejarme cuando percibo tanto sufrimiento a mi alrededor.

-No se compadezca por nada ni por nadie. Nacer es un don, y creo que la vida es capaz de dispensarnos suficientes maravillas como para justificar todo dolor.

-Habla usted con la sabiduría y la profundidad de quienes han leído a los mejores autores.

-Tantos años de soledad me han obligado a meditar sobre la vida y la muerte. Además, son ya demasiados años escuchando sermones que sacerdotes muy devotos han predicado en esta catedral. He memorizado numerosos versículos de la Biblia, y recordarlos me infunde esperanza. Ayer mismo, un fragmento del Salmo se grabó en mi mente: "El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes praderas me hace caminar...". Yo estoy a merced del Señor. Estoy segura de que usted ha estudiado muchas cosas, ha leído muchos libros, ha reflexionado sobre temas muy profundos y ha tenido la oportunidad de conversar con eminencias del saber. No me resisto a preguntarle: a su juicio, ¿en qué consiste una vida feliz?

-En conocer y amar. Sólo una adecuada combinación de ambos puede otorgarnos esa luz tan esquiva llamada felicidad. Un único gesto de bondad redime el mundo y borra la sombra de cualquier dolor pasado, y descubrir la verdad nos libera del miedo.

-Conocimiento, amor y fe. ¿De qué sirven el conocimiento y el amor si no se dirigen hacia alguien o hacia algo?

-¿Aún cree en Dios, a pesar de todas las desgracias que ha vivido en sus propias carnes y que todavía hoy se ceban con usted?

-Yo no pierdo la fe en la vida, y quizás por ello tampoco renuncio a creer en Dios. ¿Y usted?

Hasta entonces, yo había permanecido en pie, pero en ese momento preferí sentarme junto a ella, con las piernas recogidas, las manos extendidas sobre el regazo y la mirada proyectada hacia el difuso horizonte, como si no pudiera contener los sentimientos que pugnaban por dominar mi ánimo. Le contesté, con voz flébil:

-Yo vivo sumido en la duda y en la incertidumbre. Creo en Dios cuando percibo amor y belleza, pero siento su ausencia cuando me doy cuenta de que todos los momentos de grandeza y felicidad se desvanecen inexorablemente, como gotas de lluvia diluidas en un océano regado de injusticia y dolor. Respeto a quienes buscan amparo en el consuelo que las religiones esparcen sobre tantos corazones desvalidos. Todo ser humano tiene derecho a subsistir, y si la fe logra proporcionarle una fuerza que le impulse a continuar, poco puedo yo objetar al sentimiento religioso, pues es el fruto de necesidades antiquísimas que probablemente jamás se satisfagan por completo, a pesar de los avances de la ciencia y de la tecnología.

- Usted podría ser mi hijo. Sus palabras transparentan madurez y profundidad. Salta a la vista que no ha cesado de reflexionar sobre lo humano y lo divino. Pero yo le digo: la vida es un misterio. A unos los bendice la luz; otros malviven en la oscuridad. Aproveche cada minuto, cada palmo de juventud que aún le quede, cada brizna de entusiasmo y energía.

-Me cuesta creer en un Dios que tolera injusticias tan patentes como la suya. Si Él existiera, si fuera capaz de ordenar a las piedras que se transformaran en panes y en palabras, profesaría una fe firme en su poder y en su bondad, pero hoy no puedo.

-Dios nos ha dado el tesoro de la vida para que nos amemos los unos a los otros. Él murió por nuestros pecados. Él padeció la injusticia, pero nos otorgó la salvación gracias a su entrega libre y abnegada. No temo el sufrimiento presente, pues espero gozar de una dicha eterna. El amor de Dios jamás nos abandona.

Mis ojos se humedecieron al escuchar sus palabras. Yo no podía compartir su sentimiento religioso, la confianza que la exhortaba a yacer suspendida en las inescrutables manos de un Dios invisible, pero me sobrecogía profundamente su entereza, la bondad que derramaban sus labios, la fe que refulgía en cada gesto esperanzado de esta humilde y

desfallecida anciana. Siempre he pensado que si no somos capaces de conmovernos ante cualquier muestra de sufrimiento humano, no somos verdaderos hombres.

-Su fe me estremece, señora. Mi razón reniega de la fe, pero la admira, venera su magia, su tesón, su fuerza para perseverar, pese a tantas evidencias que refutan las enseñanzas del cristianismo.

Comprendí entonces que ningún hecho, por palmariamente contrario a la fe cristiana, convencería a esta pobre mujer de que su corazón se alimentaba de vanas utopías. Yo me veía incapaz de insistir en las incongruencias de la religión, en la incompatibilidad entre un Dios colmado de bondad y una realidad tan cruda, amarga e injusta con los hombres. Pero también me percataba de las emociones nobles que inspira la creencia en un poder sobrenatural cuya pujanza vena la muerte y derrote la injusticia. ¿Quién era yo para disuadir a esta víctima del destino y de la ceguera humana de albergar fe en una realidad invisible, ilusoria y tranquilizadora? ¿Quién era yo para privarla de un consuelo merecido que atemperase la tribulación, la soledad, la áspera sombra del sinsentido? ¿Quién era yo para sustituir el lugar que ocupaba lo divino en su vida?

El corazón y la mente necesitan forjar vastos universos simbólicos que les brinden un sentido, una hermenéutica, el rocío de un bálsamo cualificado para orientar las vicisitudes de una vida obligada a caminar por un mundo carente de foco y falto de dirección. Las creaciones más perdurables de la mitología han cincelado mundos fabulosos para mitigar los punzantes ecos del dolor humano. Así ha ocurrido desde los albores de la civilización, desde ese sublime *Libro de los Muertos* en cuyos textos los antiguos egipcios condensaron un auténtico viático para su intrépido viaje hasta las profundidades del Más Allá; ya desde ese cosmos tejido de leyendas y ornado por el fastuoso ingenio literario de los hermosísimos versos de Homero y las no menos angelicales palabras de Virgilio en *La Eneida*; ya desde cualquier manifestación, por temprana, de un arte que saciara nuestra conmovedora sed de significado, pureza y poesía; ya desde esas muestras tan evocadoras del hambre humana de vida, amor y pensamiento...

¿Cómo habrían sobrellevado el oneroso peso de la vida y de la muerte nuestros ancestros, seres dotados de una potencia intelectual que desbordaba las meras exigencias de supervivencia física y rebasaba los rígidos cánones de la selección natural, criaturas cuya complejidad psíquica las inducía a cuestionarse continuamente todo escenario que compareciera ante su faz ávida? ¿Cómo, si ese tesoro de significados, promesas y juramentos no hubiera infundido esperanza en sus almas? ¿Cómo resistir la furia de una inteligencia demasiado despierta, vorazmente anhelosa de infinitud, cuya curiosidad implacable cabalga a lomos de un corcel desbocado y desencadena una espiral oscura e ingrata, un torbellino indómito armado de preguntas sin respuesta? El interrogante sobre la verdad de tales relatos se difumina sosegadamente. No importa que obedezcan o no a la realidad: son ya verdaderos, por cuanto han insuflado su soplo tonificador en el espíritu de generaciones enteras embarcadas en la ardua marcha de la historia. Sus estrellas han desprendido esa música

vigorosa por cuyas exhalaciones suspira, incansablemente, un corazón humano que padece el destierro de alzarse frente a esta bóveda colosal y enmudecida. Han contribuido a sofocar el fuego que desata el misterio abisal de nuestra existencia. Yo busco su verdad. Yo ansío penetrar en todas las mitologías, en todas las filosofías y en todas las religiones, aupado a la ciencia y auspiciado por una voluntad insobornable de conocimiento. Yo ascenderé por las regias escalinatas del templo de la verdad y abriré el grandioso pórtico immaculado que nos asoma a su imperio de pureza.

La humanidad no cesa de luchar por un mundo nuevo. Desde la aurora de la historia, construimos lo imposible y componemos obras de arte que traslucen nuestra ardorosa aspiración a lo eterno, pero nunca nos despojamos de la fatalidad más agria y lacerante. Ninguna sociedad agotaría nunca los sueños humanos. Ningún reino celestial colmaría nuestras esperanzas virginales. Ningún vocablo nos revelaría esa verdad absoluta que añora nuestro espíritu. Somos hijos de la insatisfacción, y un azar indoblegable disemina injusticias terribles que afligen a innumerables hombres y mujeres. Jamás conseguiríamos extirpar por completo su flecha...

Como necesitaba despejarme, al regresar a casa alargué deliberadamente el trayecto y divagué por el centro de Münster. Atravesé despaciosamente la *Salzstrasse* y, en las inmediaciones del palacio *Erbdrostenhof*⁴⁷, me topé por pura casualidad con un estudiante de teología católica llamado Arthur Wessenmeier. De porte espigado, expresión confiada y grandes ojos azules, el aspirante a teólogo y a fiel ministro de la Iglesia amaba las discusiones de hondo cariz intelectual. Ya habíamos entablado alguna que otra conversación en los descansos matutinos entre clase y clase, y recuerdo con qué pasión se inmiscuía y enzarzaba en debates ajenos avivados en los pasillos de la Facultad de Teología, en especial cuando abordaban cuestiones de metafísica y teología natural, disciplinas que simplemente despertaban la inagotable energía oculta tras sus modales corteses y sus movimientos pausados. Con un fruncimiento de ceño nítidamente impostado y un pestañeo leve, se acercó a mí y me preguntó por lo que había hecho el fin de semana anterior. Iniciamos un diálogo inane, que entreveraba alusiones al tiempo con comentarios efímeros sobre las dichas y desventuras de nuestros amigos comunes, pero como yo sabía que su anhelo real no era otro que el de enfrascarse en una discusión de altos vuelos, me decidí a concentrar sistemáticamente todas las objeciones a sus planteamientos, todas esas críticas, hasta entonces veladas, que yo había reunido meticulosamente en mis paseos solitarios y en el curso de mis monólogos interiores.

Conocía su predilección por Santo Tomás de Aquino, como buen católico de vena intelectual, lo que contrastaba con mi rechazo al Doctor Angélico, después de padecer los inenarrables y soporíferos embistes del tomismo más radical cobijado en la universidad española, causa de que en mí hubiese calado un sentimiento de repudio contumaz hacia todo cuanto evocase escolasticismo y retórica neoaristotélica, en mi opinión sinónimos de oscuridad, verborrea y parálisis sapiencial. Sin que él me lo pidiera, sin que él me hubiese provocado sobre temas metafísicos para desatar mi cólera filosófica, y leal a mi convicción de

⁴⁷ Obra maestra del Barroco diseñada por el arquitecto Johann Conrad Schlaun.

que la finura en el trato es compatible con la escrupulosa discrepancia intelectual, me armé de un coraje imprevisto y le dije:

-No profeso ninguna simpatía hacia Santo Tomás de Aquino. Creo que es un autor escasamente original, un epígono de escolásticos previos y de Padres de la Iglesia más brillantes. Tan solo se dedicó a comentar textos de Aristóteles y de grandes pensadores griegos, pero su aprecio por la verdad fue tímido. Otros autores medievales, como por ejemplo Guillermo de Ockham, han sido infinitamente más fecundos para el progreso del conocimiento y del ardor científico que el Aquinate, quien petrificó, en fórmulas carentes de contenido y en osificadas nociones metafísicas, un cuerpo que había rebotado de vida, efervescencia y creatividad en el apogeo de la cultura griega. En teología, considero a San Agustín incuestionablemente superior, más profundo, más osado, más capaz de innovar especulativamente y de abrir nuevos horizontes teóricos y prácticos. Y, en lo que respecta al desarrollo posterior de la filosofía, lo confieso con absoluta honestidad: una sola página de Descartes es más luminosa que cientos de párrafos tediosos y superficialmente densos de Tomás de Aquino. Descartes se preocupó por los fundamentos de sus afirmaciones y no por interpretar construcciones mentales muertas; se interesó por la certeza de lo que proferían sus labios y redactaban sus manos, en lugar de seguir servilmente aferrado a sutilezas fútiles y embaucadoras, ajenas a todo amor a la verdad y a toda pasión por la búsqueda autónoma del saber. El Aquinate, en cambio, partía de una inquietud insoslayable, de un celo que devoraba su corazón y ennegrecía tristemente sus aspiraciones: defender el dogma y exaltar el papado. No ambicionaba descubrir la verdad, sino que se sentía ya en posesión de su luz, aderezada, eso sí, con enunciados metafísicos y teológicos tan minuciosos como estériles, vanos términos que fingían revelarnos el ser de las cosas. Subido a hipotéticos hombros de gigante en los que se notaba muy seguro, se lanzó a elaborar un gigantesco edificio sobre pilares de barro, un castillo de naipes adornado con argucias intelectuales que sucumbe en cuanto un espíritu mínimamente crítico se atreve a retirar una de las cartas de tan imponente pero débil estructura. Poco avanzará el pensamiento católico si continúa atado a un mástil tan rígido y distante del auténtico entusiasmo filosófico y evangélico, cuya savia sólo ha de nutrirse de la libre veneración de la verdad, sin conformarse con recetas insustanciales que a duras penas resuelven los problemas filosóficos más acuciosos.

Creo que la violenta sinceridad manifestada en mis palabras impresionó tanto al antes risueño Wessenmeier que mi interlocutor, quien no había dejado de mesarse la perilla curtida mientras fungía de oyente fiel y virtuoso, prefirió no alegar nada al grave listado de acusaciones que yo acababa de verter, intempestivamente, contra una de las cimas del pensamiento católico. Quizás jamás hubiera presagiado que ese extranjero de ademanes pudorosos y marcado acento, ese ser aparentemente inofensivo que, por lo general, se limitaba a introducir tesis moderadas en las discusiones para rebajar momentáneamente la tensión embravecida al fragor del debate, albergase tanta furia, displicencia y encono hacia determinadas figuras e ideas. Es posible que proceder de un país mediterráneo, proclive a ofuscarse en fáciles ataques viscerales, disculpara mi franqueza. Él me explicó que llegaba con retraso a un compromiso ineludible, y con esta excusa tan socorrida se marchó rápidamente. Nos hemos vuelto a encontrar alguna que otra vez en la universidad y en tertulias en los cafés, aunque sólo hemos intercambiado los saludos protocolarios.

Yo sólo dije lo que pienso con honradez, el desenlace de incontables reflexiones solitarias que me han acompañado a lo largo de los años y en las que aún hoy me hallo inmerso. La devoción intelectual hacia el Doctor Angélico, tan arraigada en la Iglesia Católica por el auspicio imprudente de papas que, desde León XIII y su encíclica *Aeterni Patris*, no han cesado de alimentarla con entrega fervorosa, sólo fomenta la pereza intelectual, cómodas y falsas convicciones en quienes sirven a fines espurios, y sólo codician fortificar su religión en atalayas inexpugnables, en vez de contemplar la belleza del saber, de la búsqueda, de una verdad infinitamente desbordante para la pequeñez de la mente humana. Detrás de esas vestimentas fabulosas que recubren las miles de páginas de las grandes Sumas tomistas, ¿qué queda? ¿Qué verdad nueva esclarecen? ¿En qué medida han propiciado el avance del conocimiento y el cultivo de la libertad? ¿No han contribuido a hinchar aún más el fatuo orgullo de altivos jerarcas eclesiásticos que, ávidos de poder y no satisfechos con dominar despóticamente infinidad de almas, recibieron, como maná caído de cielos inesperados, un copioso regalo: un corpus filosófico y teológico destinado a apuntalar todas y cada una de las proposiciones dogmáticas del catolicismo, para así inmunizar su fe frente a todo ataque externo, como ansiosos de cerrar cualquier fisura y de sellar incluso los más ínfimos intersticios que columbraran fracturas y carencias en ese sistema abrumador, cuya fachada figuraba ser intocable?

Retengo, eso sí, una frase atribuida a Santo Tomás, una de las más hondas, sinceras y valiosas legadas a la posteridad por este fraile dominico: "Todo lo que he escrito es paja..." Quizás no deba acusar de nada a Santo Tomás, pues si es cierto que, al cernirse el ocaso de sus días, logró pronunciar una sentencia tan honesta, de reminiscencias socráticas, entonces era realmente un gran hombre, un alma pura; son sus discípulos y la intransigente teología católica los culpables de haber fabricado un espantapájaros que asusta a quienes desean acariciar la verdad sin intermediaciones.

II. Los honores académicos

La concesión del doctorado *honoris causa* representa uno de los momentos álgidos en la vida de cualquier universidad germánica. La comunidad académica se engalana con sus ropajes más vistosos, y los paraninfos se llenan de asistentes que fingen escuchar con atención las palabras pronunciadas por el homenajeado, quien entona su peculiar “canto del cisne” como enamorado del conocimiento. Todos los participantes que intervienen en las protocolarias semblanzas se deshacen en elogios hacia quien alcanza tan prestigioso título honorífico.

Ayer tuvo lugar la ceremonia de entrega del doctorado *honoris causa* a un renombrado profesor de lingüística. Llamativamente, lo confería la Facultad de Medicina. No sólo el claustro al completo de este centro, sino que la práctica totalidad de los departamentos humanísticos y de ciencias naturales nutrieron el acto con su presencia y con las obsequiosas loas tributadas a este ilustre docente, Otto Hoffmann.

Profesores e investigadores desfilaron en una procesión perfectamente acompasada, que bien merecería el calificativo de “feria de las vanidades académicas”. Los birretes doctorales, coloreados según el campo específico, y en ocasiones superpuestos si el agraciado poseía más de una titulación (fenómeno que generaba una curiosa y exuberante policromía), pincelaron un cuadro esplendoroso de atuendos exquisitos, miradas altaneras y gestos desenvueltos. La comitiva avanzó con paso decidido y porte medido. Prominentes borlados imprimieron solemnidad a esta antigua liturgia consagrada a encumbrar a las criaturas académicas, cuyas formalidades se siguieron escrupulosamente, como si los fieles de una iglesia cualquiera se dispusieran a reproducir ritos perpetuados durante siglos.

Una extraña sensación de incomodidad me invadió durante el desarrollo de la ceremonia. Por un lado, soñaba con obtener honores y halagos similares a los que tantas doctas eminencias prodigaban al profesor Hoffmann, pues semejante concentración de alabanzas estampaba un sello esclarecedor de la calidad que atesoraba su labor científica, encomiada por tantos y tan indiscutibles expertos en la materia. Sin embargo, no lograba desprenderme de un temor profundo: recibir aplausos y concitar los parabienes de cuantos detentan el poder y configuran el pensamiento de este mundo (canalizado aquí como reputación académica, como capacidad para influir sobre las ideas ajenas y marcar el ritmo de una determinada disciplina) me inquietaba hondamente. Un aluvión de imágenes transidas de desasosiego se abalanzó sobre mí. No cesaba de recordar que muchos grandes hombres y mujeres, muchas de esas personalidades unánimemente admiradas en nuestro tiempo por sus contribuciones al saber y su servicio al bienestar de la humanidad, no cosecharon ningún reconocimiento en vida. Me asaltó una percepción vagamente angustiosa, y el eco de todos los profetas exiliados de su tierra resonó en mi interior. El brillo, la glorificación de públicos sumisos que se arrodillan devotamente ante ciertos hombres y mujeres ya en vida, sin esa piadosa y paciente espera a las enseñanzas que el curso de los tiempos nos brinde sobre la

obra de tal o cual autor, ¿no rubrica un éxito prematuro y probablemente efímero? ¿Cuántos de quienes gozaron de los lauros de su época no yacen ahora sepultados en el olvido más lúgubre y estremecedor? ¿Y cuántos seres dotados de una inteligencia y de una bondad excepcionales, ojos que inauguraron nuevos horizontes para el conocimiento, enaltecieron la pasión humana por las artes o iluminaron la historia con su magnanimidad, no padecieron desprecio e indiferencia? ¿No derramó la fuente de su soledad las aguas inmaculadas cuya frescura les infundió vigor, valentía y confianza ante una sociedad que condenaba al ostracismo a estos seres nobles? No imagino a algunos de los espíritus que más venero, a esa aristocracia del corazón encarnada en Buda, Jesús o Spinoza, inmersos en esta clase de ceremonias bañadas con la pompa más altiva, ostentosa y petulante, ataviados con la pléyade de oropeles, insignias y toisones de oro, credenciales rimbombantes que dispensan las ovaciones de nuestro mundo. La rectitud y la sabiduría de Sócrates lo condujeron al martirio. Leibniz murió solo, calumniado como plagiador de Newton, quien, en uno de los episodios más oscuros e insidiosos de la historia de la ciencia, encargó a la *Royal Society*, institución que él mismo presidía, un informe inculpatario contra el genio alemán. Se dice que tan solo su secretario acudió a las exequias fúnebres.

Soy plenamente consciente de la debilidad que aflige tanto la carne como el espíritu. Todos notamos cómo nuestras fuerzas flaquean inexorablemente. Todos ambicionamos la aprobación. Nos congratulamos de nuestros hitos y aspiramos a que los demás nos ensalcen y aclamen. Muchos eruditos, pensadores y científicos trabajan motivados no por la belleza de una curiosidad límpida, libre y espontánea, no por el altruismo, no por un apego romántico a ideales puros, sino por el anhelo de reconocimiento y satisfacción personal que anega la siempre jactanciosa voluntad humana. La institución de copiosos premios, menciones honoríficas y nombramientos para pertenecer a academias y sociedades elitistas obedece a esta dolorosa indigencia, a esta vulnerabilidad implacable que a todos nos mortifica, y cuyos largos tentáculos nos impulsan a desear ascender en el seno del grupo para acariciar esas cúspides que ahora consideramos como los pináculos en cualquier rama de la vida social. Sólo las almas más independientes y enérgicas se sobreponen a esta inercia aciaga que nos inclina, como a Esaú, a preferir las delicias presentes antes que la beatitud futura. Las creaciones verdaderamente estimables perduran por sí solas. Lo que se encuentra llamado a la permanencia no precisa del boato y de los fastos del presente para coronar la cima más sagrada y prístina que el destino le ha deparado: la conmemoración póstuma. Su tronco hunde sus raíces en el fértil suelo de unas realidades que frisan, tenue pero embrujadoramente, con las brisas de la inmortalidad.

III. Desengaños universitarios

El voraz aburrimiento convierte a la mayor parte de nuestros profesionales de la filosofía en individuos abatidos por el tedio, cansados de pensar y molestos por los soplos del entusiasmo ajeno. Este divorcio de todo vínculo de amor hacia el saber provoca que casi siempre reaccionen con ingratitud, escepticismo y acidez ante todo lo que destile novedad. Muchos, acostumbrados a comportarse como monarcas absolutos de sus feudos filosóficos, sienten un duro golpe, muy difícil de digerir, cuando se desata la furia creadora de algunos individuos. Responden entonces con la burla, el desprecio o la indiferencia. Pero poco importa a quienes se afanan en expandir el espíritu. Ellos bucean en aguas más profundas y sobrevuelan cielos más subyugantes.

Hace unos días se me ocurrió asistir a una conferencia plenaria dictada en la Facultad de Filosofía. La impartía un profesor teóricamente célebre y aclamado, receptor de múltiples condecoraciones y estimado como uno de los representantes más reconocidos del tomismo en Alemania, artífice de sendas monografías sobre Aristóteles y el Doctor Eximio de uso frecuente en diversas universidades germánicas. Qué pena, cuántas esperanzas sepultadas, porque su intervención resultó inane e incluso soporífera, plagada de lugares comunes y absolutamente alejada de cualquier espíritu de búsqueda honesta de la verdad.

El ponente pareció incomodado con mi interrogatorio sobre las brumosas nociones metafísicas, de cuya hipotética pertinencia se había valido con una ligereza inexcusable. Me había irritado enormemente la grandilocuencia de este gramófono libresco incapaz de proferir palabras que denotasen un mínimo de ponderación crítica. El hosco tono del orador, las evasivas intencionadas a la hora de contestar y las flaquezas de su exposición sólo reflejaban su fragilidad filosófica, su inseguridad inocultable, la flagrante evidencia de que se había limitado a reproducir cacofónicamente tesis que, o bien no comprendía, o ni siquiera se había molestado en interiorizar antes de verter su contenido a una audiencia expectante.

Materia y forma, sustancia y accidentes, potencia y acto...; los mismos vocablos, despojados siempre de cualquier intento de penetración en su sentido y en su utilidad para la filosofía y la ciencia contemporáneas. ¿Por qué estas divisiones y no otras? ¿Por qué no ampararse en las dualidades básicas de los pitagóricos? ¿Por qué no en los átomos de Demócrito y Leucipo? Más allá de la constatación de que un sabio muy importante de la Antigüedad llamado Aristóteles los empleó profusamente y sin afán sistemático, ¿con qué derecho se atan todavía a mástiles tan endeble y superficiales? ¿Qué cantos de sirena temen? ¿Por qué esta insufrible pereza filosófica? ¿Acaso les asusta la vastedad de lo que aún ignoramos pero exige una elucidación sincera, audaz y fatigosa? ¿Prefieren, por tanto, refugiarse en fachadas revestidas de una hondura postiza, en ficciones metafísicas que impiden la evolución de nuestra mente y no permiten avanzar ni un solo palmo en la epopeya

del conocimiento? Aristóteles inventó esas segmentaciones de la realidad como podía haber propuesto otras. Era esclavo de una ilusión: la de sostener que la contemplación de cómo operan nuestros idiomas indoeuropeos o de cómo procesamos impresiones de matriz externa nos revela el ser recóndito del universo. Sus seguidores, mucho menos brillantes que él, tomaron instintivamente su elenco de categorías metafísicas en vez de aventurarse a escalar por sí solos las escarpadas montañas que conducen al saber certero. Por fortuna, algunas personalidades autónomas y felizmente subversivas no se conformaron con esta legión de afirmaciones obvias y difusas, de vaguedades que nada descubren sobre el mundo. Trabajosamente cincelaron, muchos siglos después, el templo de la ciencia y de la filosofía moderna. Con una agudeza que nadie había exhibido con anterioridad a él, Galileo se percató de la inextricable debilidad de los planteamientos físicos y metafísicos del Estagirita, de su sujeción a pobres intuiciones y a malabarismos consoladores para los corazones dogmáticos, pero inservibles para quienes sólo alaban la verdad y sólo se entregan a esclarecer esos horizontes cuyos misterios más seductores hoy por hoy escapan al poder de la comprensión humana.

¡Basta ya de escuelas filosóficas vacías, de grupúsculos sectarios, de léxicos inventados hace demasiados siglos que en poco propician el desarrollo del conocimiento y el progreso de la reflexión! ¡Lenguaje y más lenguaje, distinciones sólo conservadas por el prestigio de los autores que las alumbraron en tiempos remotos! ¿Qué será de la filosofía si continúa aferrada a paradigmas obsoletos que oscurecen el sagrado cielo de la verdad, a estas oclusiones del pensamiento libre tras ventanas cuyos toscos y opacos cristales tapián nuestro vigor creativo y nos encarcelan en celdas reiterativas, trilladas y lóbregas?

Cansa, exaspera escuchar esta retahíla desafinada de argumentos insulsos y de meros nombres que nada explican. La altivez de unos académicos sedicentes, que se comportan como mezquinos papagayos obsesionados con la repetición corrosiva de conceptos, ideas y modelos filosóficos ajenos a su propia alma, aburre y entristece este teatro intelectual. Yo he de legar una obra más grandiosa, más profunda, más auténtica que todas esas frases huecas pronunciadas por simples eruditos embelesados con su propia pompa y autosatisfacción, pero carentes de cualquier idea innovadora, noble e intrépida.

Lo resumiré con una palabra: “desesperación”. Creo que sintetiza, mejor que ningún otro sustantivo, el indefectible sentimiento que me invade. En mi más temprana juventud, pocos deseos me embargaban tanto y con una intensidad tan sugestiva como el anhelo de pisar las aulas universitarias. Soñaba con acudir a las clases impartidas por los maestros más afamados y con explorar las mejores bibliotecas. Me desvivía por acceder al santuario del conocimiento, al fruto más perdurable de una Edad Media que forjó laboriosamente el carácter de nuestra amada Europa. Imaginaba a monjes silentes que deambulaban con solemnidad por claustros humedecidos, mientras rezaban sus breviarios, entonaban cánticos enraizados en los Salmos y leían las *Sentencias* de Pedro Lombardo. Sus ecos me invitaban a meditar sobre el indeleble impacto ejercido por el cristianismo medieval en la génesis de la educación superior. Veneraba la sede del saber, y me maravillaba que nuestras sociedades destinasen una cantidad tan ingente de recursos al sostenimiento de las comunidades universitarias, espacios espirituales donde cultivar las más diversas disciplinas. Me apasionaba

pensar que tantos hombres y mujeres se dedicaran a la docencia y a la investigación en campos neciamente arrumbados al terreno de lo inútil, como la filosofía, la historia antigua o la teología, y en este acto admiraba una belleza capaz de extasiar el alma con sus evocaciones libres, una luz bañada de autonomía e indeterminación con respecto a las severas constricciones de los apremios materiales. Ambicionaba engrandecer aún más el mundo universitario, y codiciaba auspiciar que en lejanos países surgieran universidades tan prestigiosas como las que enorgullecen a Europa, pues en la instauración de semejante comunidad de científicos y pensadores creía encontrar un sentido para mi existencia.

Todas mis aspiraciones parecían cristalizar en la *Universitas Litterarum*, en la búsqueda del conocimiento como fin puro, en edificios medievales alzados junto a ríos serenos y meditabundos, en anaqueles bendecidos con las obras más doctas y clarividentes, en seminarios donde se discuten las ideas más aleccionadoras, en parajes colindantes con bosques septentrionales en cuyo seno el corazón intuye la presencia espiritual de las grandes glorias intelectuales de los últimos siglos, sumidas todas ellas en sus pensamientos más hondos y mistificadas por la musicalidad sincera que exhala el verde frío y lluvioso de Europa.

Sí, la universidad, cuántas ilusiones rotas y cuántos empeños ahorcados; cuánto fervor había depositado yo en esta catedral del conocimiento y cuánta frustración ha generado en mí zambullirme en sus aguas maculadas y turbias... He malgastado valiosas energías en bienes que no merecían mi alabanza, y preferiría no haber franqueado los pórticos de ninguna universidad, ni haber penetrado en ninguna biblioteca rebosante de sabiduría como las que aquí me arrojan, para así no haberme expuesto a tanto desencanto, a tanta felicidad conculcada que ha ensombrecido mis incuestionables atisbos de gozo.

Mis primeros meses en la universidad transcurrieron con una alegría ingenua y sacrificada, demasiado inocente como para reflexionar con seriedad sobre lo que me rodeaba. Todo era nuevo para mí, y en todo identificaba destellos de esa sabiduría profunda que buscaba mi desvelo. Sin embargo, el tiempo avanzó inexorablemente, y en mi interior se impuso la amargura más aciaga. Lo que antes transparentaba la esperanza de descubrir la verdad en clases, libros y diálogos terminó por convertirse en la más gélida e inmisericorde de las frustraciones. Se disipó todo hálito de entusiasmo. Se desvaneció el amor por la universidad. Tan solo detectaba una abundancia de doctrinas y datos, un flujo continuo e intolerable de información, de obras que, pese a sus promesas de desvelarme los secretos que me fascinaban, únicamente difundían vacío. Nada de lo que yo perseguía afloraba tras esa sucesión de páginas atestadas de conceptos muertos y tiznadas de letras insípidas. Los nombres subyugantes de las asignaturas y de los seminarios optativos, antes siempre inspiradores, ya no me emocionaban. Me aburguesaban. Me acomodaban a saberes conquistados y sentidos por otros, pero ajenos a mí. ¡Qué angustia pensar que esos títulos tan rimbombantes, rótulos y epígrafes cuyas letras antes reflejaban la añorada sabiduría y presagiaban la contestación a las preguntas más trascendentales, en realidad contenían humo, vaharadas de una niebla vaporosa que se volatilizaba inderogablemente en cuanto me sumergía por primera vez en lo que allí se enseñaba! ¿Qué me revelaban sobre la vida? ¿Qué verdad me transmitían sobre cómo orientar mi existencia hacia metas enaltecidas? ¿Qué

me confesaban a mí, a mi irreductible persona, a ese *yo* esquivo y evanescente, pero más vívido que los cielos y la Tierra? ¿Qué amor suscitaban en mí?

Nada me conmovía de esas mentes en teoría doctas y de esos libros que presumían de divulgar hondura y explicaciones lúcidas. Detrás de títulos como “verdad y mundo”, “lenguaje y realidad”, “el ser y lo posible”, “Dios y el hombre”, “la esencia de la filosofía”, “el espíritu de la Antigüedad”, “alma y estética”, tan solo hallaba un desfile armado de nomenclaturas y conceptos yuxtapuestos, de fechas y libros, pero nada de cuanto escuchaba o leía en esas clases perforaba mi corazón. Me sentía solo, tan inconsolablemente abandonado como cuando divagaba en nocturnas horas insomnes junto al río Aa, sereno afluente del Ems que bruñe estas tierras de Westfalia con su nórdica frescura. Las lecciones que recibía en las aulas universitarias me llenaban de soledad, de impresiones tristes y apagadas. No percibía un don puro. Ilusionado, yo acudía a clases y libros en mi afán imbatible de lograr respuestas, pero sólo me topaba con un cúmulo mayor de dudas, con remolinos rugientes e inextricables, anegados de oscuridad y saturados de falta de vida. El saber me estremecía por su magnitud faraónica, y la retórica filosófica, esa hechicería perpetrada por chamanes deshonorosos cuyos sortilegios embrujan obras que se jactan de concitar un respeto casi ubicuo entre los académicos, pese a esconder vacuas y prolijas prestidigitaciones lingüísticas y vanos alardes de un virtuosismo engañoso, se me antojaba cada vez más inane. Nuevamente, me amparaba en la lectura de los clásicos, pero este retiro tácito a un pasado descollante, al abrigo de mis meditaciones noctámbulas, agravaba mi sentimiento de soledad y menoscababa mi alegría.

¡No puedo más! ¡Quiero vivir en mi mundo, quiero ser acogido por mis semejantes, quiero encontrar ya hoy esa sabiduría que busco y esa voz oculta que me infunda aliento y vocación! ¡Ciérrate, conocimiento! ¡No más sugerencia, no más insatisfacción! ¡Venid a mí, alas de la paz, la mansedumbre y el sosiego; sellad mi sufrimiento e introducidme en el hogar de la contemplación!

IV. Funcionarios del conocimiento

¿Quién no ha experimentado ese desengaño tan corrosivo que se apodera de nosotros cuando, al conocer de primera mano a alguien a quien tributábamos la mayor veneración, caemos en la cuenta de que habíamos ensalzado inocentemente sus talentos?⁴⁸ Lo más alto y profundo palidece cuando lo contemplamos cara a cara. Tolerar que nuestros ojos observen directamente la *vera effigies* de ese ser a quien habíamos sometido a la más flagrante idealización, idolatrado como si personificara un concepto en su pureza más elevada, nos tiñe de la más gélida tristeza. Todo se desmitifica. Toda poetización sucumbe. Ni Max Weber, con su teoría del “*Entzauberung der Welt*”⁴⁹, habría presagiado un desencantamiento tan desazonador como el oscurecimiento de hombres, ahora desnudos, a quienes antes considerábamos dioses que se deslizaban estilosamente por las serpenteantes y aquilatadas laderas del Olimpo. Su gloria se amustia, pero este decaimiento, esta languidez tan fragorosa, me llena de nostalgia, pues preferiría continuar suspendido en las ilusiones que dulcificaban mi entusiasmo juvenil, cuando creía que ante mí desfilarían sabios verdaderos con cuya prudencia, probidad y virtuosismo aún no me había connaturalizado; hombres dotados de una perfección émula de la plenitud atesorada por los dioses, dueños de unos labios que tan solo exhalarían las palabras más doctas y trascendentales que alcanzo a imaginar.

He volcado expectativas demasiado ingenuas en hombres de carne y hueso, en personas supeditadas a las mismas leyes que gravan mi existencia, presas de flaquezas análogas, sujetas a las argollas de imperfecciones inexorables y embriadas por debilidades tan sonoras como las que a mí me ofuscan. Beben de las mismas fuentes que cualquiera puede consultar, y adolecen de los mismos defectos. Ninguno se acerca tímidamente al fulgor que hubo de bañar el rostro de los espíritus más insignes del mundo occidental. Quizás hayan obtenido prestigio y admiración mediante su estudio y sus reflexiones, pero sus vidas transitan por sendas que en poco difieren de las que otros muchos recorren, y advertirlo provoca que mi decepción crezca irreparablemente, pues no puedo desprenderme de la certeza de que hombres como Platón, Euclides y Arquímedes pertenecían a otra estirpe, vivificada por una fibra distinta a la que moldea la fragilidad de mis tejidos vitales. Su sola presencia debió de esparcir un aroma espiritual tan elevado, un reflejo tan magno de la vastedad de su genio y de

⁴⁸ ¿Y acaso existe un dolor tan venenoso como el que inflige el desengaño, alguna púa tan afilada y cortante como la que en nosotros clavan las cruces del hastío, las espinas de una decepción cuyas astillas hieren el alma y mutilan los deseos? Nada causa tanto pesar ni tantos estragos en el espíritu como la comprobación de la flaqueza de nuestras ilusiones.

⁴⁹ “El Desencantamiento del mundo”: según Weber, el progreso conduce a una progresiva racionalización de todas las esferas de la vida, y lo que antes parecía poseído por embrujos y hechizos, cede el testigo al imperio de la lógica y de la evidencia empírica.

su sabiduría, que sus coetáneos tuvieron que discernir inmediatamente el pudoroso halo que embalsamaba sus almas inmortales.

En cualquier caso, soy totalmente consciente de que estas elucubraciones encierran un lirismo de tintes vesánicos, pues una de las pocas verdades irrefutables que poseemos apela, justamente, a la profunda humanidad que a todos nos engrandece y empequeñece al unísono. Por sublimes que hayan sido determinados espíritus, siempre se habrán cernido sobre ellos penumbras incuestionables, contradicciones tumultuosas que habrán sumido toda tesis en una antítesis hiriente. Ningún hombre ha logrado asir, con sus manos quebradizas, la resplandeciente antorcha de la perfección. Ninguna boca ha pronunciado palabras que se ahormaran virtuosamente a sus acciones. ¿Quién se ha librado de la pesada carga de la contradicción? ¿Qué alma no se ha visto impregnada por paradojas, por titubeantes incoherencias impugnadoras de la nobleza de cuantos ideales enarbolaba? Ninguna. Absolutamente ninguna. Incluso los hombres y mujeres más excelsos, aquellos seres que han coronado, ya en vida, unos lauros que poco se distancian del trofeo divino, han incurrido en sombras incontestables y han perpetrado actos indecorosos.

Sin embargo, no me refiero a esta circunstancia insoslayable, rúbrica inmisericorde de la irrevocabilidad de nuestra condición humana, de esa naturaleza esquiva pero poderosa y acechante que nos embosca y envuelve en todas las etapas de la vida, sino a otro tipo de evidencia. No pretendo objetar nada al comportamiento de los eminentes profesores que imparten sus clases en mi universidad, porque algunos difunden bondad y alegran la vida con su sonrisa; la generosidad gobierna su espíritu, y viven entregados a sus alumnos y al cultivo de la más bella sabiduría. Otros, en cambio, se han convertido en aburridos, en letárgicos funcionarios del conocimiento, y no transpira en su verbo y en sus actos ese amor por el saber sin cuya luz es imposible embarcarse en la subyugante nave de la filosofía. Mi insatisfacción brota de un origen distinto. Yo no soy la persona adecuada para juzgar la ética ajena, máxime cuando mis defectos superan con creces las debilidades que palpitan en los ateridos corazones de los demás. Más bien aludo a la frustración honda y entristecedora que aprisiona a quien, iluso y deslumbrado, demasiado joven todavía, creyente en utopías sobrehumanas, confiaba en apreciar un aura cuasi deífica, un soplo cuyo céfiro evocase luces tan pujantes y eximias como las que, según sus esperanzas soñadoras, iluminaron las almas de los mayores sabios de la Antigüedad. Verificar que muchos de los maestros exaltados por nuestro tiempo, muchos de quienes acumulan hoy prestigio, reconocimiento y admiración, muchos de quienes copan las publicaciones más selectas y escriben libros leídos por doquier, son meros hombres, ¿no depreda nuestras aspiraciones? No destella en ellos esa plenitud, esa magnanimidad que inmediatamente habría de suscitar en mí reminiscencias de lo eterno. ¿Por qué? ¿Qué conjuro me prohíbe ser partícipe de glorias humanas tan puras como las que deambularon por las calles de Atenas, Alejandría o Florencia? ¿Por qué todo se me antoja vano, imperfecto, incomparablemente degradado cuando intento conmensurarlo a ésas y a otras épocas insignes que han florecido a lo largo de la historia? No poseo la respuesta. No creo que nadie la encuentre.

Comprobar cómo la realidad nunca aplaca las ansias desbordadas del espíritu humano, y percatarse de la imposibilidad de que las fantasías nobles alumbradas en nuestro interior se

aposenen en la vulnerabilidad del mundo, ¿no constituye quizás la fuente más oscura y dolorosa de nuestra insatisfacción, de nuestra infelicidad, de nuestro destierro? Me alegra no haber conocido a las personalidades excelsas que absorben mi veneración, así como de no haber escuchado sus *ipsissima verba*: Imhotep, Buda, Sócrates, Pitágoras, Jesús, San Agustín, Sankara, Ibn-Al-Arabi, San Francisco, Rumi, Leonardo, Santa Teresa, Leibniz, Goethe... Sí, me complace que mis labios no hayan intercambiado palabras con esos embajadores plenipotenciarios de la divinidad, y que mis ojos no hayan percibido la luz que debían de irradiar sus semblantes sabios y bondadosos, porque estoy convencido de que me habrían defraudado irremisiblemente. Es inevitable. Nada que camine sobre la superficie de la Tierra o revolotee por la vastedad que mistifica el cielo puede concitar la perfección, el sobrecogimiento incesante, la sorpresa irrestricta. Incluso lo magnífico, lo más eximio que corona el hombre en su búsqueda afanosa de la infinitud⁵⁰, decae inexorablemente, y conduce a una decepción cuyos tentáculos trepan, como hiedras malignas, hasta sitiar la cúpula de nuestro entusiasmo. También la contemplación del arte más sobresaliente esculpido por el sudor de los hombres nos sumerge en el tedio más avieso, y elide nuestras energías. Probablemente nos avergüence admitir que la visión de lo bello nos extenua. No toleramos una exposición perenne a la hermosura más pulcra y edificante. Sin embargo, la chispa melancólica de la añoranza, ¿no prende fuego a deseos e ideas, a propósitos finalmente avivados con la incontenible fuerza del existir que anida en cada uno de nosotros?

Nuestra vida exige un contraste continuo, que resalte la luminosidad de lo sublime pero exhiba también la oscuridad de lo mediocre. En sintonía con San Agustín, Santo Tomás de Aquino afirmaba que la plenitud de Dios brilla con tal intensidad que incluso obtiene bienes a partir de males. Anhelaba así ofrecer una explicación al acuciante problema del mal, a ese escándalo insobornable, a esa pregunta eterna y angustiosa que braman todas las teodiceas del pasado y del presente, y cuyo desconsuelo impone la sombra desgarradora de la inverosimilitud sobre la creencia monoteísta en un Dios henchido de amor paternal hacia sus pobres criaturas. Mi pensamiento no goza de la suficiente credulidad como para adherirse a esta vindicación intelectualista de la fe, a este discurso destinado a justificar el mal y a exonerar al Dios todopoderoso con el argumento de que el soberano creador y benefactor del cosmos necesita el mal para ensalzar el bien, pues ¿precisa entonces el sumo artífice del universo de tanto crimen impune, de masacres de nativos americanos, de atrocidades inenarrables en el Congo, de latrocinios y pueblos enteros esquilados, de minorías oprimidas, de la lacra plurisecular de la esclavitud? ¡Qué precario se revelaría el ser divino! ¡Ni siquiera un hombre querría esta impotencia! ¿Y puede alguien creer que el supremo hacedor del universo, ser perfecto e incorruptible cuya mano no se digna mover el vibrátil pulgar para socorrer a innumerables inocentes que mueren cada día a causa de tragedias naturales o de dramas humanos, haya decidido preocuparse de acciones tan triviales, tan insignificantes, tan

⁵⁰ ¿Cómo olvidar esos versos sublimes del poema *L'Infinito* de Leopardi, que para mí evocan la verdad inagotable del espíritu romántico, la perla de la última edad de nuestra cultura que creyó convivir con lo divino y sagrado?

*“Così tra questa
immensità s’annega il pensier mio:
e il naufragar m’è dolce in questo mare.”*

claramente difuminadas en la vastedad del mundo y del espíritu, como las menudencias éticas en cuyas prolijidades no dejan de entrometerse las doctrinas de las grandes religiones monoteístas? En lugar de inmiscuirse en detalles tan nimios y en materias tan mezquinas, ¿no debería verse apremiado por asuntos más trascendentales para el existir de sus criaturas predilectas?

Confieso que meditar sobre sus fundamentos me permite darme cuenta de la notable profundidad que esconde la teodicea cristiana. Por supuesto, ninguna tentativa de formular una estética teológica que degrade el mal a la categoría de espejo inexorable del bien, ninguna teoría que lo desnaturalice y lo prive de toda entidad ontológica, ninguna hipótesis sutil que lo condene a ese suspenso metafísico evocado por la tesis agustiniana del mal como "*privatio boni debiti*", resolverá nunca la problemática más insondable que ha acometido el espíritu religioso: cómo un Dios colmado de bondad y rebosante de benevolencia, un Dios cuya voluntad se dirige por entero, desde tronos de pura y bella libertad, hacia sus amadas criaturas, un Dios ávido de propiciar todo bien facultado para enaltecernos hacia la gloria que Él ya abraza en sus reinos empíreos, transige con anuencia a que despunte tanto suplicio, tanta tortura, tanta injusticia sobre las planicies que sustentan la Tierra por Él creada. Oh Dios, si vives y entonas cánticos de amor en un cielo cuyos espacios equivalen, después de todo, a la hondura máxima que alcanza el espíritu, ¿por qué toleras el mal? ¿Por qué, a pesar de esta contradicción tan clamorosa entre la fe que tantos corazones profesan y la implacable evidencia de un mundo inhóspito, hijo de la vida y súbdito de la muerte, son millones, son incontables quienes aún creen en un Dios que condensa todo bien y rechaza todo mal?

Muchos esgrimen la libertad como excusa, como eufemismo para inmunizar a Dios de toda increpación sincera aducida por mentes incapaces de comprender que, en su magnificencia amorosa, el Creador acepte sumisamente el mal, pero ¿qué libertad ostentan quienes sufren la injusticia ya en el nacimiento, en esa lotería genética que a algunos santifica con las luces más sublimes mientras que a otros castiga con martirios inimaginables? ¿Y de qué libertad disponen tantas criaturas no humanas, pero encaramadas a las ramas de un mismo árbol de la vida; seres que padecen la amarga e interminable lucha por la supervivencia y moran en un cosmos sordo a toda reivindicación de justicia, faz de unos oídos que tan solo escuchan los principios irrevocables de la selección natural y del triunfo de los más aptos? ¿Dónde el amor divino, del que se halla huérfano el inmenso círculo de la naturaleza? Yo sólo palpo indolencia y un silencio desmoralizador. Yo sólo descubro atisbos de ese mundo trascendente en el interior del espíritu humano, cuando el alma se consagra al amor, a la sabiduría y a la belleza, cuando se supera a sí misma y forja un mundo frente al mundo, desde cuyo amparo sí cabe la bondad y sí fulgura la libertad. Pero de ese mismo espíritu que cincela obras seráficas, dignas de los dioses, germinan males transidos de una atrocidad aún mayor que la crueldad desplegada por la agreste naturaleza. Ángeles y demonios batallan en el seno del alma y, a imitación de los antiguos credos dualistas asumidos por zoroastrianos, maniqueos y cátaros, la pugna no parece haber cesado: en ocasiones imperan las huestes del bien, pero en no pocos casos el mal y sus ejércitos se alzan con la victoria. Semejantes fantasías o supersticiones ocultan, en el fondo, una verdad demasiado palmaria como para evadirse de su sombra inequívoca: la ubicuidad del mal.

El espíritu humano hunde sus raíces en los claroscuros de suelos pantanosos, semillas de bien y nutrientes de un mal igualmente manifiesto. Confío en la prevalencia paulatina del bien sobre el mal, pero mis ojos atestiguan un dolor demasiado intenso y perforador. Su recuerdo me impide abrazar una fe ciega e idealista en el mejor de los mundos posibles. Bien sé que Leibniz no pecó de candidez: una mente excepcional como la suya no podía sucumbir a tentaciones tan notoriamente infantiles. Acuciado por este problema tan profundo, inveterado y lacerante, enfocó su poderosa inteligencia hacia la búsqueda de una panacea imposible, de una cuadratura del círculo que preservara, en limbos incólumes, la existencia y la bondad de Dios, aunque armoniosamente conjugadas con la dolorosa hendidura que clavan en el cosmos las espadas del mal. No logró reconciliar los atributos divinos en un equilibrio inexorable y sabio, mas su intento merece nuestro encomio. ¿Quién no precisa de un bálsamo para resistir en este valle de lágrimas, así como de una referencia que se arroge todos esos asomos de felicidad cuyos destellos también nos acompañan en las ondulantes sendas que alfombran la vida? Incluso yo, cercano a un panteísmo cósmico que confina lo divino a las manifestaciones más esplendorosas de la creatividad del mundo y del alma, me siento desprovisto de ese alivio espiritual, pero, al igual que a Rousseau, me embarga una furia cuasi demoníaca cuando leo los escritos deicidas publicados por ateos y materialistas, quienes, con un denuedo manchado de virulencia, se afanan en convencerme de que la hipóstasis de Dios sólo trasluce una fantasía, la plasmación del fracaso de nuestros sueños últimos.

Por sutil, rigurosa y plausible, ninguna argumentación desenvainada por la inteligencia usurpará el deleite que acaricia mi alma cuando sacrifico la frialdad de la razón en el altar de la fe en una luminosidad divina, en un sol cuyos rayos permeen la ductilidad del cosmos con sus chispas filiales de grandeza y bondad. Sí, una utopía para muchos pueril, pero una necesidad profunda que albergo y de cuyas embestidas ni puedo ni quiero desprenderme. Ignoro si estriba en una proyección de mi *yo* hacia un *alter* sobrenatural, pero lo cierto es que vislumbro la epifanía de una luz que me desborda, y ni las más altas maravillas explicadas por la ciencia disipan por completo este hálito de fascinación, sorpresa y misterio que se apodera dulcemente de mí en cuanto inhalo belleza e intuio sabiduría. Recorrer páginas inmortales y reparar en las lágrimas de Horacio, bucear en los descubrimientos de Einstein, venerar la arquitectura erigida por egipcios, griegos y romanos, internarme en esas provincias recónditas en torno a cuyo misticismo gravita la religiosidad india, escuchar las enseñanzas de Zaratustra, Buda, Sócrates y Jesús, percatarme de tantos actos de bondad y altruismo que eclipsan toda maldad consumada por los hombres... ¿No me transportan estos obsequios a un universo de pureza? Yo contemplo su cielo indescriptible, y lo hago con una fuerza y un gozo que quizás algún día condesciendan a expresarse en la endeblez ínsita a toda palabra humana.

V. La raíz de todo desencanto

Me he internado en las aulas universitarias con el ansia de escuchar palabras que me transfigurasen. He buscado la más alta sabiduría, un destello de lo eterno que desvelase mi verdadero destino, pero no he encontrado nada, y no he acariciado ese fulgor que me seduce desde la más tierna infancia. Empiezo a pensar que todos mis ideales se reducen a fútiles y extravagantes delirios juveniles, a manifestaciones precipitadas de un entusiasmo evanescente que me condenará a una perpetua insatisfacción fabuladora. Soy plenamente consciente de que gozo del privilegio de asistir a lecciones magistrales pronunciadas por algunas de las luminarias más ilustres de Europa, por lo que no comprendo cómo es posible que me aprisione semejante sensación de decepción, acedia y apatía desmitificadora, si ante mí desfila lo más granado del mundo académico centroeuropeo, la flor y nata de la intelectualidad humanística.

¿Cómo entender que sus palabras no evoquen nada noble y transformador en mí? ¿Se ha apagado ya mi débil luz interior, de manera que mis aspiraciones tan solo exhalan oscuridad, una lóbreguez tan intensa que me afano en proyectarla sobre el mundo exterior, provocando que perciba en los demás una flaqueza equivalente, una acidez análoga a la que fondea en mi propio y mortecino hogar espiritual? Quizás sea así, por qué negarlo, pero creo que mi desencanto brota de raíces más profundas. Lo cierto es que una amarga frustración me ha enredado en sus telas ásperas y desazonadoras. No he estrechado las manos de esa alma bella y luminosa cuya generosidad me transmita la sabiduría eterna que impetra, desconsoladamente, mi tenaz corazón. ¿Quién me ha fascinado, después de todo? Nadie. Ni las retóricas más alambicadas, ni siquiera el púrpura de esos vocablos en los que sí he palpado un intento honesto de desbrozar los epiciclos de tantas y tan intrincadas sutilezas para exponer, con franqueza y claridad, verdades puras que apelen a lo más hondo de mi ser, han conquistado mi admiración. Ningún docto catedrático alemán me ha maravillado. He rehusado convertirme en discípulo de nadie.

¿Qué he aprendido, en definitiva? Poco o nada. Lo que mis mentores me han impartido en sus seminarios y clases magistrales podría haberlo obtenido yo mismo si me hubiera embarcado en la lectura directa de las fuentes, de los clásicos, de los escritos más brillantes y duraderos elaborados por cualquier época. Agudeza, perspicacia, ingeniosos comentarios e inteligentes glosas laudatorias, pero ninguna verdad nueva, nada que no hubiera oído con anterioridad, nada que no pudiera intuir por mí mismo, nada que me mostrara un mundo auténticamente flamante e inesperado, ajeno a toda sospecha y a todo presagio. He presenciado, eso sí, de una problematización incesante de las mismas cuestiones que nos han subyugado desde tiempos inmemoriales, desde los albores de la filosofía, de la religión y, probablemente, de la enigmática racionalidad humana. Ávido de discernir palabras

eternas, pero fustigado por una dolorosa decepción con la filosofía, confieso haber acudido con frecuencia a las conferencias de insignes científicos, físicos, astrónomos, químicos y biólogos, todas ellas pronunciadas en hieráticos y deslumbrantes paraninfos, cuidadosamente acondicionados para acoger una exhibición que suele escenificar la furia del saber. Sin embargo, sus enseñanzas tampoco me han enaltecido; es más, ahora me deprimen, porque desenmascaran mi insignificancia en el seno de una elefantiásica inmensidad cósmica cuya grandeza no deja de acongojarme. Para la ciencia, yo sólo represento un mustio y desfallecido subproducto de aterradoras dinámicas evolutivas que han conducido, como por arte de magia o generación espontánea, a la emergencia del espíritu.

Abatido con la filosofía y con la ciencia, ¿debería entonces haber suplicado la clemencia de las religiones? Mi alma ensordece cada vez más ante los versos declamados por los distintos credos. Sus compases no llegan a mi corazón. Mi mente ama demasiado la fría razón como para sucumbir ante esa música armoniosa pero tantas veces embaucadora, cuyas suaves y delicadas notas fluyen del arpa tañida por los ceremoniosos maestros de las religiones. Yo mismo me condeno a buscar solo y a dialogar con mi vana intimidad, sin interlocutores, sin interposiciones, sin involucrarme en el catártico espectáculo del intercambio, la recepción y el aprendizaje. Qué triste... Sólo un ser que cautivase por igual los resortes de mi razón y el asidero de mi sentimiento me rescataría de este abismo, y propiciaría la purificación de mis ideas, de mis recuerdos, de mi entera alma.

Es inútil divinizar lo humano, porque nada de cuanto fraguan las crispadas manos de los hombres emula esa esfera recóndita que se alza en una instancia “totalmente-otra” a nuestro universo. Ante lo puro, todo lo humano languidece como una luz mortecina. Pero esta insuficiencia inderogable sella nuestra condena, pues ¿por qué encendemos luces infinitas en nuestro intelecto y en nuestra voluntad, si es evidente que jamás rozaremos atisbo alguno de infinitud? ¿Por qué despunta en nosotros la aurora de ese deseo infinito, si todo nuestro horizonte se halla transido de inocultable finitud?

No es de extrañar que Descartes esgrimiera este hecho en sus *Meditaciones Metafísicas* para sugerir que sólo un ser supremo, perfecto y genuinamente “infinito”, podría haber insuflado en nosotros la vocación de infinitud que nos avasalla. Lo finito, adujo el genio francés, no puede alumbrar lo infinito: llevamos impreso el carácter de retoños divinos, pues sólo lo infinito puede derramar el aroma de la infinitud. Sin embargo, este argumento adolece de limitaciones demasiado serias, porque todo ser vivo, y quizás también todo ente que puebla la naturaleza, se encuentra siempre adelantado a sí mismo, como inextricablemente inmerso en un “más allá de sí mismo”. Posee unas capacidades que lo impulsan allende su inmediato círculo vital. Esta potencia planta la semilla de todo proceso evolutivo. Incluso en el ser menos desarrollado, en la criatura menos sofisticada que, de acuerdo con la teoría de Darwin, habitó sobre la faz de la Tierra hace tantos millones de años, vibraba ya un germen de progreso, de crecimiento exponencial hacia metas ignotas aunque susceptibles de adquirir mayor complejidad y pujanza. El hombre de nuestros días anticipa esa luz que orientará a la humanidad venidera. Todo en la naturaleza clama por un “más”, apunta a un foco futuro, a un poder que todavía no ha surgido, mas cuya simiente se perfila en las formas más elementales. Todo parece contenido “*in nuce*”, y se nos antoja ilegítimo desligar abruptamente el futuro de

las reveladoras cadenas del pasado. Pero ¿desprende entonces la irreversibilidad del tiempo una ilusión vacua y capciosa, un espejismo que en realidad remite a la concatenación ineluctable de causas y efectos cuyo tejido lo entrelaza todo con todo en el universo, en una recapitulación de reminiscencias teologales? ¿Qué decir de las fisuras profundas que han desentrañado los físicos en los niveles fundamentales de la materia? ¿Y de los indicios pertinaces de discontinuidad, caos y ruptura que también definen el ser, la vida y la razón?⁵¹

La furtiva evocación de lo infinito en el finito pensamiento humano no debería desconcertarnos: la sombra de lo que carece de límites, de aquello que no se constriñe a ningún confín, mas desborda toda frontera, late ya en cualquier forma viva, e incluso en toda estructura material. Ignoro si el universo es o no infinito (probablemente nadie descubra la respuesta a este interrogante), pero alentado quizás por mis lecturas apasionadas de Schelling y Hegel, aprehendo un ímpetu infinito palpitante en toda chispa finita. Por ello, ni aílo ni absolutizo la facultad humana de concebir lo infinito, sino que la enmarco en el devenir general que trenza la escala del ser y de la vida. Lo infinito acrisola esa asíntota inalcanzable hacia la que tiende, en su inexorable cadencia, la totalidad de lo finito.

En toda configuración finita detectaremos luces de procedencia inescrutable. Todo se trasciende infinitamente a sí mismo. En toda respuesta resplandece una hilera infinita de preguntas factibles. Todo nos retrotrae a una fuente primigenia y potencialmente infinitésima⁵². Todo condensa siempre una posibilidad aún no consumada, y es de esta inextinguible fuerza metonímica, que nos catapulta hacia atrás o hacia delante en un espacio de resquicios infinitos, de donde se origina nuestra tribulación. ¿Cómo convivir con el soplo de lo infinito, nosotros, seres agónicamente finitos? Buda y tantos otros sabios nos han exhortado a amaestrar los deseos lacerados que llamean en nuestro interior, a constatar que la ubicuidad del sufrimiento emana de la fogosa infinitud de nuestra voluntad desbocada, y han persuadido a muchos de que mediante la anulación de estas querencias y voluptuosidades irrestrictas conquistarán la auténtica felicidad, el deleite que florece cuando nos consagramos a degustar el cáliz de la finitud y a inhalar la fragancia de lo limitado.

Yo no puedo mitigar los anhelos que arden en mi corazón. Soy incapaz de contener mis aspiraciones. Un vigor desconocido me empuja a desear más, a sumergirme en una espiral de ansias que toman el testigo de la voluntad. No condesciende mi alma a atenuar esa *dukkha* que, de acuerdo con la primera de las cuatro nobles verdades proclamadas por el Iluminado, permea la totalidad del universo. Parece que yo mismo me afo en bucear en mares

⁵¹ Grandes espíritus han profesado que en cada ínfimo detalle del cosmos resplandece el todo. Sin embargo, ignoramos si semejante concatenación universal obedece a un requisito impuesto por nuestra mente, sedienta de pujantes y luminosas unidades que la sacien. ¿Están realmente unificadas las fuerzas de la gravedad y del electromagnetismo? ¿Y si el corazón más profundo del universo no transparenta unidad, sino una división fiera, irrevocable y creadora?

⁵² ¿Cómo olvidar esas bellas palabras de la espiritualidad ignaciana: "*Non coerceri maximo, contineri tamen a minimo, divinum est*" ("Cosa divina es no estar ceñido por lo más grande y, sin embargo, estar contenido en lo más pequeño")? Lo divino es infinito e infinitésimo; en la vastedad del cosmos o en la más humilde porción del universo brilla una chispa de racionalidad que remite a un fundamento inescrutable. Sólo un Dios conviviría con lo grandioso y lo minúsculo; sólo un Dios contemplaría unidad ubicuamente; sólo un Dios abarcaría el todo; sólo un Dios lo amaría todo; sólo un Dios enaltecería al hombre en las glorias y en las tribulaciones.

inundados de dolor, imbuidos de una proclividad inexcusable hacia el sufrimiento, porque mis seductoras esperanzas de un “más” perenne no cesan de atormentar mi espíritu y de agravar mi descontento. Al igual que San Pablo, me inclino hacia el mal que no quiero y eludo el bien que mi corazón mortal vislumbra, e ignoro si esta disposición hacia lo infinito e inasequible ha de comportar negatividad, mal, incorrección, o más bien refleja una vocación humana a superar siempre las barreras de lo dado, para así internarse en universos nuevos y otear amaneceres más límpidos.

VI. Memorias de una infancia herida

¿Quién podría intuir el sufrimiento que me enrejó en los sombríos años de la infancia y de la adolescencia, cuando despuntaba en mí una llamada clarividente e irreprimible: el amor al saber? Soledad, abandono, incompreensión...; no existen calificativos que recojan la precariedad de una infancia desolada. Yo escudriñaba libros y devoraba conceptos, buceaba en bibliotecas, dejaba que mi desenfrenado espíritu vagase por ese mundo en cuyos prados bullían ideas, hervían datos y borboteaban utopías contenidas en las páginas de obras subyugadoras. Las percepciones galopaban sobre briosos corceles invisibles, y las alas de mi fantasía se elevaban hasta cúspides bañadas de profundidad, sugerencia y ensueño.

Irreprochablemente, yo imploraba compartir esas experiencias quizás inenarrables, pero nadie accedía a escucharme. Un precoz sentimiento de universalidad se proyectaba hacia el íntegro mundo, hacia otros corazones, hacia el alma, la Tierra y la vida. Sí, yo lo amaba todo, nada rehuía la estela de mi ansia de estrechar, entre mis brazos vulnerables, otras criaturas, otros cosmos, otras voluntades. Mi *yo* se extrapolaba a una esfera mágica, envolvente y resucitadora, poblada por vástagos de ese fénix que siempre resurge de sus cenizas, en una atmósfera que nos ampara como a frágiles e impotentes retoños que por primera vez contemplan la solemne y entronizada luz del Sol.

Tardes enteras, noches efímeras, días enmudecidos: me sumergí en infinidad de libros, ponderé un sinnúmero de ideas, asimilé biografías ilustres, me regocijé con culturas remotas y con elucubraciones inverosímiles, escribí poemas, ensayos, tratados y diarios. Envié cartas fervorosas a grandes intelectuales de nuestro tiempo. Muchos respondieron, y sus palabras bendecidas de ánimo, sus exhortaciones a no cesar de amar el conocimiento y a no desistir de venerar la belleza, me inspiraron profundamente. Me infundieron ilusión por la vida y por el futuro. Me sentía como el joven Romain Rolland tras recibir una epístola remitida por el mismísimo Tolstoi, un tesoro manuscrito de hondura y sinceridad que rubricó para siempre, en la pureza virginal de su alma, su compromiso inocente y entusiasta con la literatura, con el arte y con la excelencia ética. Me aprisionaban la furia del conocimiento y la dulce musa de la filosofía, cuyos dedos inmaculados y pujantes tañían un arpa que me magnetizaba.

Mi pasión por el aprendizaje se convirtió en una carga demasiado onerosa, y fletó una escuadra armada de candentes e insaciables deseos de saber. Me notaba predestinado a pensar lo eterno, como si una extraña deidad me hubiese oleado con el santo crisma de tan insólita vocación. Mis inquietudes propendían hacia el tenaz infinito. Dilapidé inestimables horas, acosado por la hipertrofia del conocimiento y de la razón. Menosprecié el juego, la diversión, la risa libre y espontánea, acompañado por amigos sin necesidad de entablar conversaciones intelectuales, atento tan solo a compartir los días y las noches con personas

que me valoraran por mí mismo. Los típicos afanes de las personas de mi edad me parecían una pérdida de tiempo y un desperdicio de energías. Repudiaba los recreos y las fiestas, así como todo lo que apuntara a celebraciones gregarias. Denostaba cualquier distracción en paraísos ficticios, cualquier evasión de un escenario hostil e implacable que, en mi opinión, secuestraba a las masas. En mi vanidad, en mi corrosivo sentimiento de superioridad y autonomía, me jactaba de preferir comprender y transformar la realidad antes que esquivarla irresponsablemente. Yacía preso de mi hipercriticismo, de una racionalidad desmesurada que me impedía gozar de la vida.

Olvidé el significado del amor. Espolvoreada en un enclave furtivo, se difuminó la reminiscencia de toda amistad verdadera. La soledad usurpó el testigo de la compañía, y asumió el papel que debía haber desempeñado el contacto con otros rostros y la familiaridad con otras ideas. Mi ser más íntimo se cubrió de hiriente soledad, de autismo, de circunspección y desconcierto. Una muralla de colosal grosor se alzó de forma súbita, como bastión inexpugnable entre mi ser y el mundo. Ejércitos enteros se esmeraban en derrumbarla, pero mi determinación a la soledad emergió siempre victoriosa. Sucumbí a mí mismo, a mi empobrecido yo, y emprendí una agotadora travesía por desiertos escondidos, aunque palpé intensamente cómo se expandía el círculo de mi sensibilidad, mientras preocupaciones antes inimaginables copaban ahora mi ánimo y lo enriquecían⁵³.

Una y otra vez, mis amigos intentaron recuperarme, rehabilitar ese ímpetu envejecido que se había dispersado en peregrinajes inhóspitos por saberes imposibles, esa vivacidad que años atrás nos había vinculado con lazos que habíamos considerado inquebrantables. Pero el epicentro de mis ilusiones ya había zarpado hacia mares recónditos, y yo, ahogado en mi egoísmo helador, huérfano de almas gemelas, hipnotizado por la inextinguible y embrujadora hermosura del conocimiento, desdeñé los conatos intachables que buscaban reconstruir una amistad erosionada por la discordancia de nuestros respectivos mundos. Desde entonces, hube de dialogar conmigo mismo. Ningún interlocutor se compadeció de mí, quizás porque yo no toleré que nadie me redimiera de cuanto perpetraba mi propia y zozobranante soledad. Yo me formulaba las preguntas y yo mismo me ofrecía las respuestas. Todo gravitaba en torno a mi universo, lúgubre, amargo y desangelado. Mi corazón me susurraba verdades demasiado profundas, y mi deber era escucharme, sincerado con una instancia inescrutable que siempre nos desborda. Sólo los libros me escoltaron a través de esa senda tortuosa plagada de desamparo, aspereza y melancolía. Desterrado del mundo que me circundaba y fortificado en la ciudadela de la introversión, ¿dónde, sino en un cosmos de luz infinita y felicidad inagotable que se prefiguraba en mí, podía hallar el refugio por el que suspiraba? En cada libro que irradiase trascendencia y sabiduría, contemplaba yo la faz enmascarada de mi amigo más auténtico. Una pléyade de compañeros incondicionales amaneció repentinamente, como un arco iris inesperado que brotara, fulguroso, después de días anegados de fragorosa lluvia

⁵³ ¡Oh recuerdos dolorosos pero irresistibles! ¿Por qué no dejáis de venir a mí? Quizás porque entonces parecía poseer un espíritu ligero que me trasladaba hasta la patria del ser y del sentimiento, como si una crisálida diáfana me circunvalara con su haz de herméticas láminas burbujeantes, cuyos glóbulos suaves y espumosos, hinchados de un aire revitalizador, me transportaban a la arcadia primordial, cobijada mi alma en su noble, resplandeciente y reveladora ingravidez...

cenicienta, sumidos en apáticos letargos otoñales y resignados ante la inminencia del invierno más crudo. Sus franjas de claridad incandescente parecían galardonarme con una constelación de colores místicos cuyo primor inusitado despertaba de nuevo palpitos de la alegría disipada.

Lloré mucho; nadie contaría jamás cuántas lágrimas vertí cuando empecé a comprobar que mis amigos de la infancia ahora me repudiaban, casi con toda seguridad sin pretenderlo, probablemente por haberse percatado de que la distancia entre su mundo y el mío era demasiado tajante. La amistad forjada en la más cálida infancia ya no podía vencer la separación entre el foco de sus intereses, entre esos juegos que tanta jovialidad habían abonado antes en nosotros, entre esas tardes en las que habíamos correteado por callejuelas bulliciosas, y la devoción excluyente que yo profesaba hacia el saber. Mi fascinación por el conocimiento no les interpelaba, y preferían dedicar su entusiasmo a otras tareas. Resultaba obvio que nuestras vidas habían tomado vías divergentes y quizás irreconciliables.

Introducido en una fiera encrucijada, elegí mi propio sendero. Sus cauces rumorosos me condujeron a la soledad, a una creciente e inconsolable soledad. Pero me afligió la añoranza de esos momentos de felicidad irreplicable y dimisionaria que también me habían bendecido; la nostalgia al recordar que con algunos compañeros había palpado la belleza de la amistad profunda, cuya luz no exige vaciarse de uno mismo, ni apostatar de inquietudes embelesadoras, sino que se difunde mágicamente cuando ampliamos el espacio de nuestra propia alma para acoger al otro.

Eclipsado por mí mismo, me despojé de amistades; perdí horas y horas sumergido en el fortín de letras amuralladas e introspectivas. Yo busqué ese horizonte, ese agónico horizonte. Nadie más es culpable de la tortura que me infligí. No guardo rencor hacia nadie. Tan solo surge en mí el recuerdo absolutorio de toda la felicidad que me otorgaron mis amigos de la infancia. Yo abracé mi nubosa soledad, porque en ese extraño (y, valorado en retrospectiva, quizás absurdo y estéril) *tour de force* contra un mundo que se me antojaba inane, inhábil para obsequiarme con los bienes que yo ansiaba, descubrí un reino insondable y seductor. Es cierto que el doloroso distanciamiento de mis amigos me atormentó intensamente durante años, y todavía hoy desata contra mí su furia no aplacada, pues herrumbra mi memoria con reminiscencias demasiado oscuras, pero sería injusto olvidar que el camino por el que me decanté me procuró una felicidad que jamás habría augurado. Una dicha solitaria y tullida, sí, irreparablemente voluntarista y acorazada sobre sí misma, pero también legítima.

VII. El ansia de creatividad

En ocasiones me he visto sumido en una penetrante sequía creadora. Ha germinado un sentimiento de profunda consternación, y su lobreguez se ha extendido por la totalidad de mi alma. La desgana, una acedia premiosa pero triunfante, se ha enseñoreado progresivamente de mi voluntad y ha desplegado sus espesas brumas, transidas de desánimo. ¿Cómo reaccionar cuando una energía negativa tan indómita, un vigor tan abúlico y corrosivo, avanza sin temor por cauces otrora brillantes y alegres, anhelosos de vida, fresca y juventud? En esos momentos tan tristes, ¡cómo habría deseado que mis labios entonasen un imponente *Veni Creator Spiritus*, imbuidos del júbilo que bendice a los monjes cuando incoan sus cantos gregorianos, o partícipes de la solemnidad que atesoran los cardenales electores mientras sus purpuradas eminencias franquean los pórticos de la Capilla Sixtina! Así clamaría por que la copiosa gracia celeste invadiera mi cuerpo y asaeteara mi espíritu con sus exultaciones, inspiradoras de ideas pujantes, universales y bondadosas.

La vida se nutre de contrastes. Es imposible gozar siempre de esa savia creativa que a veces nos insta a forjar obras importantes. Si no experimentáramos la apatía, el agotamiento, el nebuloso abandono, el destierro a desiertos enmudecidos poblados de escorpiones y repletos de dunas oscilantes que destilan silencio; si no sufriéramos las infiltraciones periódicas de ese sutil veneno inmaterial que se insemína, lenta pero eficazmente, en las intangibles provincias del espíritu, para impregnarlas de un desencanto y un aburrimiento que nos impiden respirar, ¿cómo atisbaríamos la belleza de un don único: el entusiasmo?⁵⁴ Aun cuando sólo nos visite de manera efímera, y únicamente arroje su furtiva luz de forma fugaz, sentir cómo sus rayos vivificadores nos acarician y robustecen brinda uno de los mayores placeres que existen en esta vida. El apasionamiento, el gozo consustancial que se desata cuando asumimos una vocación grande y noble, capaz de exhortarnos a emprender propósitos audaces que disipen las sombras contagiosas de la desidia, frisa con la plenitud. Equivale a detonar una acumulación de energía que yacía dispersa en diásporas de tinieblas, petrificada tras una atmósfera gris e incluso tétrica, pero cuyo aplomo, cuya genuina fuente motriz, no se había desvanecido por completo. Cabía recuperarla, reconfigurarla, redimirla.

Ahora bien, ¿qué desencadena tal explosión? ¿Qué subyace a la erupción de ese volcán oculto que tremola, apagado, en todos nosotros? ¿Qué provoca la irrupción de una fuerza, tantas veces agreste y atronadora, que nos llama a embarcarnos hacia nuevos retos? En despejar esta incógnita quizás estribe el misterio más profundo de la vida humana: en cómo

⁵⁴ Lo reitero, ¿para crear no es preciso sufrir? El delgado perfil de lo grandioso sólo asoma cuando seres poseídos por el coraje se disponen a desprenderse de ropajes vetustos y se visten con lo flamante, pletórico y desconocido, aun a riesgo de apartarse definitivamente del territorio ya explorado, de esa provincia tras cuyos confines habían descubierto protección y habían sentido invulnerabilidad.

motivar a los hombres a blandir la espada de grandes desafíos, de proyectos cuyo mérito no tiene por qué hundir sus raíces en el reconocimiento y en el impacto que eventualmente conciten, sino en la dificultad que entrañen para cada uno de nosotros. Y, no lo olvidemos, la mayor complejidad no reside en transformar el mundo, ni en claudicar ante vacuos delirios de grandeza que nos coronen como monarcas de todos los imperios del orbe, sino en encontrarnos a nosotros mismos: en descubrir nuestro verdadero destino; en sondear la felicidad en bienes imperecederos, diseminada sobre receptáculos que reflejen una luz pura, amorosa y acogedora; en exhalar palabras que infundan paz, generosidad y entrega entre nuestros semejantes; en confraternizar a cuantos nos rodean; en renunciar a nuestro egoísmo; en esculpir, trabajosamente, una estatua que encandile a todas las almas, con independencia de su lugar de origen, sus creencias o sus aspiraciones... Este empeño, esta versión perenne del *gnothi seautón* inscrito en el frontispicio del Oráculo de Delfos, ¿no ofrece una tarea de magnitudes colosales? ¿No resulta más arduo alimentar los corazones de los hombres que reformar las estructuras caducas de este mundo?

El hallazgo más asombroso de la ciencia y de las humanidades entibaría en revelarnos cómo opera la voluntad humana. Nuestra intelección de los entresijos de la mente avanza a pasos agigantados, y albergo la convicción firme de que la humanidad llegará a entender cómo funciona este contumaz misterio que ha intrigado a los sabios durante siglos. Pero ¿qué decir de la voluntad? Un mismo cerebro, un mismo espíritu, un mismo ser ampara potencias tan antagónicas, tan divergentes y mutuamente esquivas, como la inteligencia y la voluntad. Esta última evoca un cielo libre, pues elude someterse a los tenaces y adustos dictados de la razón. La voluntad, por mucho que yazga aprisionada por garras obstinadas, oscuras e inconscientes, transparenta un océano cuyas aguas cerúleas fluyen con tierna autonomía, sin cumplir las férreas reglamentaciones decretadas por la lógica, promulgadas por el brío del razonamiento, estipuladas por la concatenación insobornable de premisas y consecuencias que todo lo permea y consume, en ese concurso trabado de deducciones e inducciones que tanto fascina a los matemáticos. Rebasa todo umbral. Su pedagogía excede todo límite. Vence la razón. Entierra los prejuicios y refrena nuestra amenazadora susceptibilidad de sucumbir a opiniones precipitadas. Riega la flor de la novedad. Bebe de la misma copa que los dioses creadores del Olimpo. De campos áridos, cosecha el más fragante y oloroso de los vinos. Logra debelar toda reticencia, toda suspicacia, todo convencionalismo, porque entender no significa otra cosa que “querer entender”, y comporta inhalar un aroma perfumado que la razón desconoce. Se emancipa de una sonora esclavitud: la de supeditar lo espontáneo y creativo a un elenco de normas y axiomas que sofoquen su fuego.

Cuando en mí han reinado el hastío y la inapetencia, cuando he contemplado cómo la desazón interior más aguda y el desabrimiento más nítido me envolvían con mantos lóbregos y ropajes avasalladores, ¿con qué armas he combatido? Se trata de un interrogante inabordable. Ni yo mismo recuerdo qué extraños alientos me han insuflado el oxígeno que necesitaba imperiosamente, ese veloz soplo de confianza y vitalidad que me despertara de mi letargo. Por lo general, he precisado de manos, brazos, miradas y palabras que surgieran de corazones distintos al mío, emanados desde ese otro mundo inescrutables pero atrayente, de modo que la flecha de lo ajeno se clavase en la morada de lo propio, y lo propio derramara su chorro de autenticidad sobre lo ajeno. Creo que la salvación de cualquier hombre brota de ese contacto,

de virtudes insondables, que nos aboca a los demás. La introversión, sumergidos en nuestras propias profundidades, quizás nos reporte solidez espiritual, independencia de juicio y de carácter, originalidad sincera, y bañe nuestra inteligencia con un bálsamo fecundo que nos conmina a imprimir nuestra huella indeleble en la historia, pero he aprendido que existe una fuerza mucho más poderosa en la vida humana, una energía aún más sobrecogedora y efusiva: la apertura a otros rostros. Ella precipita sobre nosotros una lluvia orlada de pureza indescriptible, regalo inédito que vivifica corazones agostados. La llave para descifrar el enigma de la voluntad, la aguja que desenrolla esa madeja de densos ovillos apelmazados, ¿no la custodia el secreto mismo que tutela las ambivalencias intrínsecas a nuestra condición humana? Sí, es la reciprocidad inexorable entre lo propio y lo ajeno, es la alternancia de soledad y compañía, es la exigencia perentoria de unificar nuestro espíritu con el alma inextricable del mundo. Somos ser y no ser al mismo tiempo, luego, somos posibilidad...

VIII. Hans Obermeister

Uno de los vínculos perennes que creo haber forjado en Alemania se llama Hans Obermeister. De ojos candorosos, cabellos finos y tez refulgente, estudia el último curso de ciencias físicas en la Universidad de Münster y era gran aficionado a entablar acaloradas discusiones filosóficas. Me ha condecorado con una experiencia única, antes inimaginable, pero ahora patrimonio de mis memorias más estimadas: la amistad. Este obsequio incomparable ha suturado heridas profundas que me afligían con una sensación de intensa añoranza, y su generosidad ha templado ese clima tan enrarecido que imperaba en mi corazón.

Con Hans compartí habitación en una de las residencias que oferta la universidad. Para él, natural de Hamburgo, se trataba de la primera estancia en Münster. La convergencia de nuestros respectivos intereses intelectuales ha contribuido a establecer unos lazos de amistad perdurables. Curiosamente, ambos sufrimos una tendencia análoga hacia la totalidad, intoxicados por ese paranoico *horror vacui* contra el que aún no existe vacuna: querríamos leerlo todo, cuestionarlo todo, conocerlo todo, degustarlo todo... Nos asemejamos a réplicas modernas de Fausto, insaciables y descomedidos, felices en su infelicidad, sumidos siempre en una espiral irrefrenable de pasiones concatenadas que no vislumbran ningún atisbo de gobierno y resolución, ningún resquicio de paz y de quietud, al bifurcarse constantemente en ramificaciones sinuosas e indómitas, en viciosos bucles ocluidos sobre ellos mismos, en gérmenes de una libertad briosa pero desconcertante. Si Spengler ha caracterizado la época moderna como "fáustica" en su famoso libro *La Decadencia de Occidente*, pienso que Hans y yo simbolizamos a la perfección el rostro de esta patología contemporánea.

Aún hoy lo considero uno de mis mejores amigos. Jamás he disfrutado de unas conversaciones tan hondas, tan dichosas, tan aleccionadoras... Me atrevería a decir que cada una de las palabras intercambiadas en multitud de encuentros ha impreso una huella vigorosa y radiante en mí. ¡Cómo olvidar ese sinnúmero de atardeceres y de noches embarcados en diálogos interminables de los que brotaban, con absoluta e improvisadora espontaneidad, las temáticas más inspiradoras de la filosofía, la teología y la ciencia! ¡De cuántas horas inundadas de felicidad, anegadas de esa plenitud que es inútil describir con la caducidad de las palabras, no habré gozado con Hans en aquellas tardes grisáceas, frías, desoladoras, que con frecuencia se ciernen sobre Münster; en aquellos momentos vivaces y desenfadados, iluminados por la liturgia de unos astros que nos exhortaban a abrazar las ideas más entusiastas y ambiciosas; en aquellos paseos por las afueras de la ciudad al abrigo de días soleados, rebosantes de una luz cuya pureza permitía venerar la claridad noble que blanquea estos cielos de Westfalia, acompañados por una letanía de nombres ilustres de la historia del conocimiento y de la espiritualidad que emergían, redivivos, en nuestros continuos diálogos: Buda, Sócrates,

Aristóteles, Demócrito, Marco Aurelio, San Gregorio de Nisa, San Agustín, Ibn Al-Arabi, Rumi, Böhme, Pascal, Leibniz, Kant, Pasteur...!

A lo largo de mi vida, la soledad ha primado en mi corazón. Sus garras ásperas y afiladas han clavado en mí un sentimiento de abandono e incompreensión. Esta impotencia, la constatación de que no podía hacer a los demás partícipes de mis inquietudes más hondas, de todo aquello que me fascinaba con un misticismo supraterráneo, me ha atribulado injustamente, encerrado en la cárcel que en ocasiones construye para cada alma el universo del conocimiento. Sólo con Hans he aprendido a apreciar el verdadero don de una amistad íntegra. Sólo con él he pasado horas inolvidables que me han evocado lo eterno. Sólo al mencionar su nombre vaga por mi espíritu la reminiscencia de una felicidad insuperable, cuyo alcance y cuya profundidad emulan el júbilo que nos proporcionan algunos momentos de satisfacción episódica, pero venturosamente densa, brillante y alborozada, ya provengan de la fortuna material, del prestigio, de la conciencia de haber escalado una cumbre antes no coronada o de fuentes sencillamente ignotas e incognoscibles...

Tal es el apasionamiento de Hans por el estudio de la mente humana que ha consumado la heroica tarea de devorar, en solo dos días, la monumental obra *The Principles of Psychology* de William James. En su adolescencia había avivado un notable interés por la síntesis de campos metodológicamente dispares, en especial por el diálogo entre la ciencia y la filosofía. Es él quien me ha aconsejado leer un artículo que acaba de publicarse en el *Zeitschrift für Physik*. Lo firma un joven físico llamado Werner Heisenberg, alumno del ilustre Niels Bohr en Copenhague, y se titula "*Über den anschaulichen Inhalt der quantentheoretischen Kinematik und Mechanik*". Las palabras que encabezan este profundo estudio me han desconcertado. Su trascendencia capta inexorablemente la atención de cualquier filósofo interpelado -como es mi caso- por los nuevos descubrimientos de la ciencia, ansiosos de que la física le suministre las respuestas que su disciplina, su loable y frágil "amor a la sabiduría", no ha elucidado a lo largo de tantos siglos, a pesar de haber encendido el aparatoso fuego de muchas de las preguntas que inspiran a los grandes científicos. ¿Cómo puede un físico, paradigma de la objetividad, paladín del método científico y de su tentativa de despojarse de todo rastro subjetivo, invocar lo "*anschauliche*", lo "perceptual", cuando su estudio se enfoca hacia la cinemática y la mecánica de los cuantos, en sintonía con la estela inaugurada por Max Planck hace algunas décadas? Sin embargo, me ha bastado sumergirme en las primeras páginas para advertir que una revolución, de impredecibles (¡y nunca mejor dicho!) consecuencias, se desata hoy en la física. Sus repercusiones son capitales para la visión científica del mundo que tanto enorgullece a nuestra civilización occidental.

Me asombra comprobar cómo los grandes físicos se han convertido en filósofos y epistemólogos. De hecho, el artículo de Heisenberg dedica numerosos párrafos a clarificar conceptos aparentemente intuitivos, como los de "velocidad", "posición" y "medida". Me recuerda a los importantes trabajos de Einstein sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento y las ecuaciones de campo de la relatividad generalizada, algunas de cuyas secciones más relevantes no versan sobre abstrusas ecuaciones matemáticas que puedan desanimar al lector no familiarizado con los entresijos del lenguaje de la ciencia, sino que abordan interrogantes profundamente metafísicos. La filosofía ha encontrado un valioso aliado

en la física, que ahora se manifiesta como una “epistemología experimental”, capaz de someter sus elucubraciones al exigente tamiz del contraste empírico. Para Heisenberg, el físico ha de prestar atención únicamente a las magnitudes “observables”, y debe evitar, en la medida de lo posible, elaborar un cuadro “exacto” sobre los fenómenos precisos que acontecen en el interior del átomo.

Hans Obermeister me ha explicado que, hace dos años, Heisenberg alcanzó la fama entre la comunidad de físicos al proponer, junto con Max Born y Pascual Jordan, un exitoso formalismo matemático para la mecánica de los cuantos. Se valió de las matrices, cuyo tratamiento algebraico había sido desarrollado por influyentes matemáticos decimonónicos, pero que hasta el momento había gozado de escaso eco en el seno de las ciencias físicas.

Esta nueva mecánica matricial, a diferencia de la física clásica iniciada por Galileo y consagrada por Newton, detecta una incertidumbre fundamental ineludible, que impide medir simultáneamente la posición y el momento (el producto de la masa por la velocidad) de una partícula. Si nos afanamos en lograr la máxima exactitud en el cómputo de la posición del electrón, habremos de renunciar a conseguir una precisión pareja en la medida de su velocidad. Posición y momento se hallan conectados por una relación de incertidumbre en su medición síncrona⁵⁵. Heisenberg se cuida mucho de insistir en que no tiene sentido postular la subsistencia de una realidad oculta bajo este manto transido de probabilidades e incertidumbres: la única tarea viable para la física consiste en describir relaciones entre cantidades observadas. Esta fatalidad me desconcierta, pues el ímpetu metafísico inicial parece desvanecerse al término del artículo.

Sin embargo, tales resultados (de cuya plausibilidad teórica y verosimilitud experimental ni albergo dudas ni me siento capacitado para rebatirlas) me desorientan inexcusablemente. ¿Acaso el propio acto de efectuar una medida física es responsable de introducir la incertidumbre a la que alude Heisenberg? La conciencia, la esfera de la subjetividad humana, ámbito teóricamente ajeno a las leyes de la materia, ¿desempeña algún papel cuando se aventura a medir determinadas magnitudes en el arcano mundo de las partículas elementales? ¿Se trata, en definitiva, de una incertidumbre de tintes epistemológicos, atribuible a las imperfecciones inherentes a toda medición humana, u obedece más bien a una indeterminación fundamental que impregna la constitución misma de la materia, el fondo último de la naturaleza, y de cuya oscuridad no puede evadirse la mente humana? En cualquier caso, la incertidumbre afecta a mediciones simultáneas. Hipotéticamente, se extiende a todo par de magnitudes canónicamente conjugadas, tal que su producto tenga las unidades de la constante h (unidades de acción, en julios multiplicados por

⁵⁵ Cito textualmente a Heisenberg, quien al final del mencionado artículo escribe: “En todos los casos en los que existen relaciones entre variables, las correspondientes relaciones exactas existen también en la teoría cuántica (teoremas de la energía y del impulso). Pero en la formulación rigurosa de la ley de la causalidad –“si conocemos el momento con precisión, podemos calcular el futuro”- no es la conclusión la que falla, sino la premisa. Simplemente no podemos conocer, en principio, el presente en todos sus parámetros. Por tanto, cualquier percepción es una selección de la totalidad de posibilidades y una limitación de lo que es posible en el futuro”.

segundos). Por ello, si nos esmeráramos en calibrar la posición del electrón con independencia de su velocidad, para más tarde centrarnos en esta última, en principio sería lógico conjeturar que semejante imprecisión básica se disiparía. O quizás peque de una ingenuidad palmaria...

No busco exagerar, pero he de admitir que me invade un sentimiento contradictorio, una mezcla de alegría y tristeza, cuando estudio estas teorías científicas tan novedosas. Por un lado, me gratifica cerciorarme de que la propia ciencia se ha percatado de una realidad que ya había sido contemplada por no pocos filósofos e incluso teólogos: los límites ineluctables que constriñen los confines de la razón humana. Por tanto, las ansias infinitas de comprensión, el proyecto laplaciano de conquistar una visión científica del mundo absolutamente unitaria, apta para subsumir la vasta miscelánea de fenómenos que sazona la materia y el espíritu en la límpida rigidez de sus leyes, se precipita vertiginosamente, como un frágil castillo de naipes. Además, me agrada saber que los físicos se plantean hoy cuestiones que han interesado a los filósofos desde tiempos inmemoriales, de modo que los interrogantes de cariz epistemológico y de implicaciones ontológicas adquieren una importancia inesperada. Su dificultad auspicia una reflexión, cada vez más acuciante, sobre los presupuestos metodológicos de las distintas teorías científicas y sobre el significado de los conceptos barajados por las diversas disciplinas que tallan el frondoso árbol del conocimiento. Sin embargo, también me angustia presenciar cómo los altos ideales que ha amparado la ciencia desde los albores de la modernidad europea, los de exactitud y universalidad, languidecen irrevocablemente. Quizás nuestro sueño de contener la vastedad del mundo en la angostura de la lógica humana dimane de un entusiasmo prematuro, cosecha de una tornadiza veleidad juvenil, y esquite cualquier tentativa seria de plasmarse en teorías completas, consistentes, totalizantes.

¡Qué privilegio el de Heisenberg, quien ha desentrañado una ley tan profunda de la naturaleza como el principio de incertidumbre! Trabajos como el suyo, reveladores de brillantes verdades sobre ese cosmos inescrutable que todo lo sustenta, sobre ese micromundo plagado de partículas cuasi invisibles cuyo dinamismo vertebró la estructura del universo, abren una auténtica caja de Pandora para la ciencia y la filosofía. Su cuestionamiento de principios fundamentales que considerábamos irrefutables, de enseñanzas que parecían erigirse en el más sólido pilar de la visión científica del mundo, ¿hacia dónde nos conduce? ¿Acaso desvela la ciencia todas las posibilidades de lo humano?

IX. Ferdinand Abendhaus

¡Ferdinand Abendhaus! Jamás olvidaré tu nombre. Sin quererlo, me has enseñado mucho sobre el mundo del saber. Tu ejemplo me alecciona también hoy, tanto por sus evocaciones positivas como por sus connotaciones negativas. De ti he aprendido qué se debe hacer y qué se ha de evitar si deseamos que la libre búsqueda del conocimiento tutele nuestros impulsos más vigorosos.

Como suele ocurrirles a las personas dotadas de una potencia intelectual tan alta y creativa, sus intereses académicos se diseminaban sobre la práctica totalidad de parcelas que componen la topografía del saber. Ecléctico, imaginario y metafísico, tendía a una dispersión ingobernable, e insatisfecho con todo, incómodo ante cualquier resultado, disuadido de reposar después de haberse sumergido en un campo concreto de la ciencia o de las humanidades, perennemente ávido de nuevos desafíos, su furor sapiencial disparaba dardos alocados que apuntaban ubicuamente. Coqueteaba con incontables sistemas filosóficos y científicos, y una angustia indescriptible secuestraba su ánimo, consciente de que jamás podría entonar un “ya basta”, una expresión que denotara el mínimo atisbo de complacencia ante la ejecución de sus proyectos. Ansiaba entenderlo todo, dominarlo todo, leerlo todo, escribirlo todo. Es probable que esta propensión hacia lo universal le impidiera sobresalir en un ámbito específico, y le vetara saborear el cáliz evanescente que tantos anhelan: la fama, el reconocimiento, los lauros del triunfo intelectual. Pero a él no le importaba alejarse de esa sombra tan ambigua llamada “éxito”. Nunca merodeó por su ser más sincero semejante penumbra, la ilusión no desvanecida que embruja a tantos intelectuales: el trofeo de la inmortalidad. Él desdeñaba las victorias presentes y tampoco confiaba mucho en la savia del futuro. Además, era evidente que estimaba a sus críticos más que a sus aduladores, pues su única meta estribaba en formarse y en mejorar, no en medrar. Jamás depositó grandes expectativas en sus publicaciones, ni aspiró a que difundirlas le procurase notoriedad inmediata en el ámbito filosófico alemán, al contrario que tantos otros, rehenes de una inocultable y negligente ingenuidad.

Ferdinand derrochaba afabilidad, delicadeza y cortesía. De mirada cautivadora y aspecto desataviado, tenía la costumbre de presentarse siempre con los cabellos ligeramente encrespados, cuya imagen anárquica dibujaba en él una aureola de libertad que vagaba grácilmente por su rostro. Jamás detecté un resquicio de envidia, recelo o desaire en sus palabras y en sus gestos. Se refería a todos los académicos (incluso a quienes lo denostaban en privado) en términos exquisitamente halagadores. Dado su carácter, en ocasiones excesivamente pusilánime ante los retos cotidianos, como si su desbordante energía

intelectual segara su pericia para el desempeño de las empresas más corrientes y banales, parecía condenado a vivir hundido en la soledad más desgarradora y a renegar de todo lo prosaico. Sin embargo, con los años había aprendido a utilizar su inteligencia y su copiosa curiosidad como fecundos instrumentos de socialización. Era evidente, en cualquier caso, que un alma tan entregada como la suya jamás se habría afanado en cumplir los cánones que este mundo nos impone para encumbrarnos como maestros descollantes, sumisos a los criterios de una cultura y de una época, pues su único y absorbente amor había posado sus alas sobre el inagotable mar del conocimiento, y era allí donde había discernido su más íntimo, solitario y profundo manantial de felicidad. Su mayor alegría se la había brindado la conversación con sus amigos, la posibilidad de compartir todo el saber acumulado a lo largo de tantos y tan intempestivos años de búsqueda infatigable de respuestas.

Apasionado de la egiptología, Ferdinand había devorado la *Grammaire* de Champollion, así como obras de Lepsius y Sethe. Sus intereses se habían concentrado en el estudio de la religiosidad egipcia, en particular durante el período de El Amarna, donde creía contemplar el más primitivo germen del monoteísmo. También había indagado en los conocimientos matemáticos y astronómicos de los antiguos egipcios. Albergaba el sueño de culminar un proyecto vasto, verdaderamente colosal: la genealogía del teorema de Pitágoras en sus fuentes próximo-orientales. Era obvio que consumarlo le costaría años, quizás décadas, de esfuerzo silencioso, arduo y no siempre reconfortante. La recompensa se le antojaba límpida como una patena plateada que le sirviera el manjar más primoroso: el placer inconmensurable de bucear en bibliotecas sepulcrales, de desempolvar archivos, de aprender lenguas fenecidas, de descubrir nuevas evidencias documentales... Imposible, en cualquier caso, borrar de mis recuerdos ese sentimiento de júbilo impecable que le producía cada una de sus publicaciones académicas, esa percepción de densa felicidad, corona de su dicha terrena. He conocido a pocas personas unguidas con un entusiasmo y una determinación semejantes. No podía descansar. Necesitaba imperiosamente incombustibles estímulos mentales.

Una memoria prodigiosa que nunca dejará de embelesarme le permitía retener innumerables datos. Amaba la pulcritud y la franqueza de las matemáticas, y fue él quien me sugirió leer con calma las *Disquisitiones Arithmeticae* de Gauss, para así familiarizarme con la aritmética modular y con los entresijos de la teoría de números. Sin embargo, esta ciencia tan solo atrapaba una ínfima fracción de sus devociones intelectuales. De entre sus múltiples intereses, ondas expansivas y voraces que subsumían casi todas las disciplinas humanísticas, es suficiente reseñar un rigurosísimo estudio en el que exploraba el influjo de la doctrina del “hesicasmó”, tal y como se pincela en la *Filocalia*, a través de la teología griega medieval. Para su tesis doctoral, había preparado un brillante trabajo sobre los platónicos de Cambridge. Prologada por un profesor de Würzburg, la disquisición se había granjeado los más elevados elogios tributables desde las revistas académicas, más benévolas con monografías eruditas que con libros deliberadamente especulativos y creadores. Siempre columbré que había interiorizado esa sed de concordia entre la religiosidad y la razón cuyo impulso había alimentado la empresa filosófica de algunos de los exponentes más conspicuos de este movimiento del siglo XVII. Una de sus compañeras de estudios, Amalie Friedhofen, con quien había coincidido en diversos seminarios y cuya armoniosa combinación de sensibilidad, belleza

y hondura espiritual no cesaba de seducirle, acababa de conquistar su corazón, pero le preocupaba que la volatilidad de un amor tan súbito e inmoderado lo tornara en una realidad tristemente pasajera.

Inspirado en la incandescente figura de Giordano Bruno, esa víctima propiciatoria inmolada en el altar de la libertad de pensamiento y de la pasión por la verdad, mi amigo se hallaba inmerso en la redacción de un “Ensayo sobre la pluralidad de mundos”. Dominaba las teorías de vanguardia de la física, y su comprensión de la biología gozaba de notable solidez, al menos a juicio de colegas míos versados en esta materia. Gracias a la conjunción de innumerables conocimientos científicos y una destacada creatividad metafísica, destello imaginativo que misteriosamente baña a determinados hombres para estampar en sus obras el atractivo sello de la originalidad, de la unión de rigor e ingenio que permite discutir las ideas más profundas sin perderse en detalles vanos, se proponía sentar los cimientos de su propia y genuina metafísica.

Ferdinand ambicionaba forjar una ontología que integrase los logros de las ciencias experimentales con lo más granado de la especulación filosófica oriental y occidental. Portador de una fe firme y efusiva, volcaba todas sus ansias en una meta única: la de demostrar la existencia de Dios y la veracidad de la religión cristiana, por cuyas doctrinas profesaba una fidelidad desconcertante para un ser tan sabio, dialogante y leído, tan ávido de entender otras religiones y de intimar con otras cosmovisiones filosóficas. Continuamente aducía ejemplos de ilustres conversos en apoyo de sus creencias, pero como siempre he considerado estos testimonios multidireccionales y divergentes, nunca conseguía convencerme de las ventajas de su teología, y de hecho aún hoy estimo que ninguna religión es receptora neta del auténtico furor del espíritu.

Con frecuencia, en Alemania me he encontrado con personas de talla intelectual eminente, hacia las que siempre manifestaré la admiración más cabal, pero cuya sujeción a dogmas recalcitrantes que siempre me han parecido formulaciones excesivamente férreas, barreras angostas para la libre expansión del pensamiento, les ha impedido desarrollar las sobresalientes aptitudes que sin duda poseían. Han optado por una castración espiritual culpable, y su asfixiante rigidez les ha vedado desplegar el talento incuestionable que las predestinaba a jalonar los más altos pináculos del saber. Inteligencias dotadas de una deslumbrante rapidez e imbuidas de una finura excepcional se han visto trágicamente despojadas de ese amor por la libertad que constituye la herramienta más fecunda, virtuosa y honorable para espolear la llama de la creatividad filosófica y científica. Someterlos a doctrinas preestablecidas, consagrar la agudeza no al esclarecimiento de la verdad y a la configuración de nuevos escenarios intelectuales, sino a la defensa acérrima de posiciones tomadas de antemano, a la fortificación de atalayas intolerablemente oscuras, blindadas frente a la brisa renovadora que la amplitud de miras y la curiosidad espiritual exhalan, se me antoja un desperdicio imperdonable de energías. Las mentes más privilegiadas deben entregarse por completo a la verdad, emancipadas de servidumbres políticas o religiosas. Es una exigencia legítima, pues el fervor por la verdad, sola, pura y desnuda, ajena a atavismos intelectuales que ofuscan la luz de la sabiduría y corrompen la simplicidad del corazón, ha de constituir el astrolabio que conduzca sus naves a través de los tempestuosos océanos de la

ciencia y del pensamiento. Resulta contradictorio que quienes creen en Dios, quienes valoran sus dones intelectuales como un obsequio concedido por ese poder innombrable que ha fraguado la vastedad del universo y la maravilla de la conciencia, supediten su potencial a la justificación de doctrinas caducas, enarbolando banderas deshilachadas. Existe un único baluarte para la inteligencia: se llama “verdad”. No requiere de murallas, ni precisa de escudos, ni demanda almenas: se basta a sí misma. Todo lo demás es ilusorio.

La adquisición del saber comporta un grato ejercicio de valentía individual. Ni siquiera para quienes se benefician de las enseñanzas de los mejores maestros se halla garantizada la plena confraternización con la sabiduría. Alabo el autodidactismo, y recomiendo vivamente sumergirse en sus templadas aguas, espacios, sí, de hervorosa soledad, pero vivificados por esa sensación indescriptible de que nada se interpone entre el eterno universo del conocimiento y la precaria brevedad de nuestra existencia. En la Antigüedad, los doctos acudían a instituciones como las escuelas de los escribas egipcias, el Liceo de Aristóteles y la Academia sasánida de Gundishapur, reputada por sus estudios médicos. Eminencias de todos los lugares se internaban en la fastuosa Biblioteca de Alejandría (o, ya antes, en la erigida por el rey Asurbanipal en Nínive) y escrutaban manuscritos que contenían lo más selecto de las ciencias y de las artes. Tras el ocaso del mundo antiguo, se perdió gran parte del entendimiento que la cultura clásica había acariciado en las más diversas áreas del saber, aunque abnegados monjes y avezados amanuenses preservaron muchas de esas obras sublimes redactadas por sabios distinguidos. En el apogeo de la Edad Media, y bajo el auspicio diligente de la Iglesia, surgieron las universidades. Antes habían descollado, en el orbe islámico, enclaves donde se cultivaba el conocimiento con un celo eximio. En ellos se realizaron inestimables traducciones de libros griegos a la bella lengua del Corán. Así sucedió, por ejemplo, en la *Bayt al-Hikma*, la “casa de la sabiduría”, fundada por el califa abásida Al Mamún a comienzos del siglo IX, centro neurálgico para la ciencia de la época cuyo prestigio ennoblecó la ciudad de Bagdad. Tampoco se apagó el brillo atesorado durante milenios por las escuelas chinas, muchas de ellas fuentes nutricias de profesionales que abastecían las necesidades administrativas y gubernamentales de un inmenso estado imperial. En la aurora del nuevo milenio, proliferaron universidades en Europa que transmitieron la hermosa antorcha de la filosofía, de la teología, de la medicina y del derecho. El *Trivium* y el *Quadrivium* condensaban el conocimiento de toda una edad. Pero nunca la excelencia de determinados lugares, afamados como depositarios de saberes ancestrales y receptáculos de venerables tradiciones, ha eclipsado la viveza de penetrar aisladamente en ese cosmos presidido por la ubicua luz del saber, al compás de la propia conciencia y de la fascinación intransferible, al amparo de los gráciles cielos de la independencia y del ansia de aprendizaje.

Nada sustituye el placer avasallador de franquear, uno mismo, los grandiosos pórticos que protegen el santo e inexplorado templo del conocimiento. Nuestra vocación humana más profunda se decide en esta voluntad de recorrer los caminos de la ciencia al son de nuestra propia brújula, con la guía que indudablemente nos otorgan tantos hombres egregios cuyo tesón ha enaltecido el género humano, pero enardecidos por el anhelo de imprimir nuestra huella duradera e inalienable en la insondable trama de la vida. Ignoro si la forma más elevada de existencia se encapsula en el conocimiento o se acrisola en el amor. Quizás despunte una tercera instancia, mucho más elevada, que ninguna fantasía o arte adivinatoria

alcanza a presagiar. Entre tanto, albergo una honda convicción: la búsqueda del saber es capaz de bendecir la vida con la amable y esquivada luz del sentido, pues nada emula la belleza de aprender algo nuevo.

Sin embargo, no cesan de asaltarme remordimientos demasiado onerosos, porque yo me he dedicado a transitar desafortunadamente de una idea a otra, pero ¿qué he hecho para aliviar el sufrimiento humano?

X. Anne Marie Niedermayer

Anne Marie Niedermayer regenta una exótica librería ubicada cerca de la *Lambertkirche*, iglesia cuya silueta domina una zona del centro histórico de Münster y en cuya encrucijada confluyen algunas de las calles más antiguas y pintorescas de la ciudad. Al establecimiento de la señora Niedermayer llegan obras de contenido humanístico publicadas por editoriales prestigiosas y sellos centenarios, como Walter de Gruyter, Kaiser Verlag y Vandenhoeck & Ruprecht. La señora Niedermayer ha trabajado en esta librería desde hace más de cinco décadas. Conoce a la práctica totalidad del claustro de humanidades de la Universidad de Münster, y son incontables los estudiantes que se han beneficiado de su generosa simpatía. Desearía imbuirme del arsenal de experiencias reveladoras que salvaguarda su memoria, y reproducir algunos de los diálogos que seguramente haya mantenido con eminencias de mi universidad, pasadas y presentes.

La señora Niedermayer organiza ciclos de fascinantes veladas literarias en su casa, emplazada a las afueras de Münster. En ocasiones acude la flor y nata de los escritores alemanes, así como jóvenes promesas que, ya en los inicios de su carrera artística e intelectual, han despertado sonoros elogios entre críticos severos. La anfitriona agasaja a los asistentes no sólo con palabras cuya sabiduría vale más que todos los discursos pronunciados en la universidad, sino con exquisitas riquezas culinarias, delicias que incluyen lo más granado de la cocina de Westfalia y de regiones colindantes. Como soy un estudiante desorganizado, siempre escaso de recursos económicos, siempre ajeno a cualquier preocupación que frise, aun tenuemente, con los inocultables apremios materiales, he de admitir que las invitaciones de la señora Niedermayer no sólo me honran como una muestra preclara de amistad, sino que me ayudan enormemente, pues me brindan manjares de cuya degustación suelo privarme. El estipendio que me han otorgado en mi país goza de la suficiente holgura como para concederme determinados caprichos de manera esporádica, pero yo lo invierto, casi por entero, en la compra de libros y en la financiación de viajes por Europa, empresa, a la larga, excesivamente costosa...

En las tertulias literarias afloran pensamientos profundos, no sólo doctas disquisiciones sobre tal o cual obra maestra de la literatura, o sobre tal o cual libro reciente de Thomas Mann, o sobre la evolución creadora y el *élan vital* de Henri Bergson, sino sobre la condición humana, sobre la sinergia de luz y oscuridad que comparece en todo hombre, sobre la intersección de problemas de hondo calado filosófico y reflexiones inspiradas en las grandes tradiciones religiosas de Oriente y Occidente, sobre el significado de los descubrimientos

científicos de vanguardia, sobre las implicaciones de la Revolución Rusa y el liderazgo en la república de los soviets, sobre el porvenir de una Europa devastada por la Gran Guerra, sobre el futuro de la siempre tambaleante República de Weimar, situada al filo de un abismo que amenaza con sepultar logros tan arduamente coronados ...

La cultura que atesoran algunos de los escritores y estudiantes allí reunidos no cesa de asombrarme. Parecen haberlo leído todo. Me he percatado, en cualquier caso, de que su cosmopolitismo, que se traduce en una notable facilidad para entablar conversaciones sobre las materias más dispares (abordadas siempre con rigor y agudeza), no constituye su mérito exclusivo, la cosecha de una inclinación excéntrica a hundir el pensamiento en todas las áreas del saber o a absorber cúmulos inconcebibles de información, sino que obedece primordialmente a la excelencia del bachillerato alemán. Todo ciudadano que lo haya cursado disfrutará de una formación incomparable en el contexto europeo. Ni Francia, con su exigente y celebrado sistema de acceso a *Les Grandes Écoles* de matriz napoleónica, ni Inglaterra, con la alabada educación que imparte en centros elitistas y ceremoniosos como Eton, Westminster y Winchester, antecámaras de ese parnaso de erudición y ciencia custodiado en Oxford y Cambridge, pueden parangonarse con la fortaleza del bachillerato alemán. Los jóvenes de este país poseen una magnífica preparación tanto humanística como científico-técnica, virtud sin duda subyacente a la efervescencia intelectual que hoy vive Alemania. La combinación de profundidad y universalidad, vacuna infalible frente a la superficialidad y el diletantismo, pero antídoto cuyo bálsamo proporciona también una coraza fértil contra el virus de la especialización excesiva y de la estrechez de mente, procura a los jóvenes alemanes una panorámica única, multidisciplinar y crítica, una síntesis de integridad y particularidad, apta para bucear hasta el fondo de las más diversas materias científicas sin perderse en los detalles, mas sin sucumbir al vicio de la imprecisión y de la precipitación infecunda. Si Hegel encarna el espíritu de Alemania, la idiosincrasia de este pueblo tan productivo como desconcertante, no exageraría si sostuviese que el sistema educativo germano se afana en alcanzar una *Aufhebung* cuya recopilación congregue, al unísono, lo universal y lo particular: aspira a convocar una convergencia de perspectivas que recapitule, en una especie de *anakefalaiosis* de tintes paulinos, la verdadera esencia del conocimiento humano, fusión del todo y de la parte, concurso simultáneo e inexorable entre abstracción y concreción, concordia entre el dato y la idea, hermanamiento entre la razón y la experiencia.

La señora Niedermayer accede a que los potenciales clientes de su librería pasen largas horas en su establecimiento. También tolera que gentes de todo tipo, quienes sólo milagrosamente adquirirían un volumen, consulten sin presiones las obras expuestas en las estanterías. Los precios, admitámoslo, resultan estratosféricos. Algunas ediciones, manifiestamente exquisitas, un deleite para la vista y una fruición para el entendimiento, se me antojan sencillamente inasequibles, y sólo pueden permitírsele bibliotecas especializadas o profesores consolidados en sus cátedras, pues reciben toda clase de fondos para el fomento y el desarrollo de la investigación, obsequio de fundaciones públicas o de entidades privadas. A fin de promover vocaciones lectoras, la señora Niedermayer ha dispuesto, con el refinamiento que sólo ella es capaz de exhibir, unos cómodos sofás diseminados en la zona posterior de la librería. En estos sillones es posible explayarse, relajarse, detener el voraz curso de los días y sumergirse mansamente en una dichosa suspensión del tiempo, mientras los ojos devoran, en

un soliloquio de inusitada avidez, textos consagrados a las disciplinas académicas más heterogéneas. La paz que borbotaba en este retiro voluntario emula los cálidos roces de lo eterno que han debido experimentar los místicos de todas las edades. Ningún placer rebasa la felicidad que conquistamos cuando una luz avivada en nuestro interior advierte que el sentimiento de plenitud, realización y alegría expansiva requiere únicamente de un don tan simple como inasequible para muchos: la soledad. Sus aguas riegan la flor más bella y pujante que todos tutelamos en un enclave recóndito pero irreprimible: la libertad.

XI. Viaje a París

Viajar contribuye a atenuar mi insatisfacción con el mundo académico y a disipar las brumas de mi infelicidad ante lo esquivo del saber. Hace unos días gocé del privilegio de visitar París por vez primera, y lo que experimenté sólo merece un epíteto: deslumbrante. La grandiosidad, la monumentalidad que rezuman los enclaves más destacados de la capital francesa, desbordó por completo mis expectativas y me infundió una grata sensación de empequeñecimiento. Con la posible excepción de La Alhambra de Granada, todo tesoro arquitectónico y cultural salvaguardado en mi patria, por mucho que lo reverenciamos los vástagos de nuestra tierra, ¿es acaso equiparable a la magnificencia de las construcciones que enardecen París con su fuego, su policromía y su viveza?

En el viaje, a Hans y a mí nos acompañó una brillante doctoranda de física en la Universidad de Göttingen llamada María Goeppert, amiga suya desde hacía varios años. Afable, alegre y cortés, sus conocimientos sobre la nueva física deleitaron nuestros oídos, ansiosos de escuchar, *viva voce*, lo que los científicos de nuestro tiempo experimentan ante la hornada de descubrimientos y teorías que hoy convulsiona los otrora inquebrantables pilares de la física. Goeppert, natural de la Alta Silesia, pertenece a una distinguida familia de académicos alemanes, pero ella resplandece con su propia luz. Su inteligencia me ha cautivado vigorosamente. Acostumbrado a un ambiente tan injusto con las mujeres como el que prepondera en mi país, donde prácticamente se las excluye de las tareas superiores del espíritu y se las relega a trabajos puramente domésticos, encontrarme con una persona tan sabia, inteligente y trabajadora como Goeppert me ha enseñado la importancia de despojarme de esa sarta de prejuicios ridículos que tantos compatriotas míos han heredado. Mujeres como María Goeppert llegarán muy lejos, y felizmente borrarán los recelos que aún hoy genera la presencia femenina en las esferas más elevadas de la investigación científica y humanística. En un futuro próximo, semejantes aprensiones se evaporarán con la misma rapidez con que se diluyen las huellas grabadas en la arena.

Pernoctamos en un elegante hotel ubicado en la *Rue de Rivoli*, afortunadamente menos costoso de lo que cabría pensar a simple vista gracias a la inestimable mediación de un íntimo amigo francés de Hans, hijo de los dueños del establecimiento. Desde el ventanal de la habitación podía contemplar la sosegada belleza de las aguas del Sena. Me bastaba caminar cinco minutos para llegar a los Jardines de las Tullerías y aprehender, en toda su fuerza, la elegancia inimitable que baña este lugar neurálgico de la vida parisina. Toda la gloria de Francia se condensa en el Louvre, refugio de algunas de las obras más sublimes fraguadas por

el hombre. Podría deambular infinitamente por las galerías de esta joya inagotable sin desentrañar todos los secretos que esconde. ¿Cómo explicaré la fascinación que sentí al adentrarme en la sala consagrada a las antigüedades egipcias? Creo que tan solo en el Museo Británico de Londres me había embargado una emoción comparable de respeto sacro por esta civilización desaparecida hace tantos siglos, pero cuyas manifestaciones artísticas no cesan de insuflarnos un fervor inusitado hacia el país del Nilo, una piedad análoga a la que seguramente invadió a los viajeros griegos y romanos que, presos de esa contagiosa “egiptomanía” inoculada en las venas del mundo clásico, acudieron a orillas de este tenaz y anchuroso río africano para admirar los frutos excelsos que el ingenio humano había esculpido en los albores de la civilización. Su dulce veneno se inyecta en la sangre con celeridad insólita. Recuerdo que el célebre egiptólogo francés Auguste Mariette confesaba que la oca egipcia es un animal sumamente peligroso: un simple picor nos convierte, de por vida, en apasionados de la cultura egipcia.

Cuando visité el Louvre, no pude evitar desasirme varios minutos frente a La Gioconda. Resultará tópico proclamar su belleza indemne y exaltar el genio único que presidió el alma de un personaje histórico tan extraño como Leonardo da Vinci, pero soy incapaz de contener mi admiración por su inteligencia y su versátil creatividad. Digo “extraño” porque difícilmente nos toparemos, en tantos siglos de civilización, con un espíritu dotado de talentos tan dispares, caleidoscopio de todas las aptitudes. Es improbable que vuelva a amanecer una encarnación tan sugerente de universalidad. En el alma de Leonardo confluían la más alta destreza artística, la curiosidad científica más profunda y el más agudo ingenio práctico. Recapituló las facetas más variadas de la vida humana en un único concepto: el de la excelencia. Todo en su figura desprende el hábito de una estética de raigambre sobrenatural, como si se hallara agraciado con unos dones cuya luz rivaliza con la claridad suprema que quizás tutele el parnaso. Sólo un ángel emularía esa perfección, ese anhelo de una belleza divina y de una armonía inextinguible, esa conquista procelosa de todas las cúspides y de todas las fuentes que custodian el cáliz de la plenitud a la que pueden aspirar los seres humanos.

Una de mis mañanas parisinas alboreó con una luminosidad particularmente límpida. Tanta luz invitaba a perderse por París. Me dispuse a pasear junto al Sena. Recorrí sus orillas con cierta rapidez, y tras la gustosa caminata recalé en la *Place de la Concorde*. Anegado por un sentimiento mullido de piedad, me detuve ante el perfil solemne y espigado del obelisco que domina este célebre enclave parisino, conmemoración inigualable del esplendor de civilizaciones pericidas. ¡Son tantos los siglos, junto a los dorados muros de Luxor o bajo el vehemente cielo de París, que porta consigo esta regia e inspiradora construcción...! ¡Tanto tiempo, tanta contemplación de imperios que despuntan y fenecen, de glorias que ascienden y se marchitan, de épocas desvanecidas, de sueños truncados, de ideas enterradas, de ilusiones rejuvenecidas...! Sí, el tiempo constituye el secreto más profundo que el mundo oculta a la humanidad. Somos hijos del tiempo, pero nuestra razón se muestra incapaz de comprenderlo cabalmente. ¿Dónde yace el pasado? ¿Qué extraña fuerza ampara todo ese universo que ya fue, toda esa historia misteriosamente disipada en oscuridades recónditas e insondables? ¿Dónde mora, en definitiva, el pretérito, ese vasto espacio sin cuya amplitud nada seríamos, esas raíces que nos atan a una historia ya sepultada, pero sin cuya existencia jamás habríamos visto nosotros la pujante luz que exhala el día? La única respuesta a estos interrogantes brota

de interiorizar una verdad quizás demasiado honda y reveladora como para asumirla de manera pacífica: ¿y si el tiempo gozara de carácter real? ¿Y si el tiempo no representase una quimera, un vacío espejismo, una sutileza matemática, una distorsión óptica que entibia nuestros ojos? ¿Y si, del mismo modo que palpamos la crudeza del espacio, debiéramos convencernos de que el tiempo es real, y lo pasado subsiste como pasado, como instante que ahora escapa de las garras acechantes del presente, mas cuyo contenido se emplaza en la inescrutable línea del tiempo? No es a través de los sentidos como captamos la entraña del tiempo. Comprobamos que todo en el mundo cambia, pero no observamos la modificación en sí, el tiempo en sí, sino objetos que experimentan alteraciones variadas. No sorprende que Descartes, al establecer su tajante divisoria entre la *res cogitans* y la *res extensa*, atribuyera a la materia la extensión como su nota fundamental, pues es en ella donde anida la base de lo sensible. El tiempo, ese sentido interno kantiano que configura el universo con una importancia igual o mayor a la que despliega el espacio, lo percibe el vigilante intelecto de los hombres, su mundo propio, liberado de las constricciones que impone el espacio.

Después de cruzar la *Place de la Vendôme* y de otear ese ambiente glamuroso que sólo cabe encontrar en París, probé una deliciosa tarta de arándanos en una pastelería próxima a *L'Église de la Madeleine*, imponente construcción neoclásica que el mismísimo Bonaparte ordenó erigir para la mayor gloria de los entonces triunfantes ejércitos franceses, dominadores de Europa. Mientras disfrutaba de este manjar azucarado, sazonado con rebanadas de una exquisita *baguette* y escoltado por una frugal taza de café que bebí despaciosamente, noté que alguien, sentado en la parte trasera del establecimiento e inmerso en la lectura de un abultado periódico, no dejaba de mirarme de manera intermitente. Sus ojos incisivos pero titubeantes no desistían de posarse sobre mí, hasta que el caballero en cuestión se aproximó y, cortésmente, me preguntó si hablaba castellano. “Por supuesto” –le respondí, perplejo. “No en vano, soy español”. El hombre resultó ser un compatriota, de origen andaluz, que había coincidido conmigo en la biblioteca de la Universidad Central de Madrid y recordaba vagamente mi aspecto físico, por lo que no pudo resistir la tentación de acercarse para aplacar su curiosidad.

Fue agradable evocar nuestro tiempo de estudiantes en Madrid, y percatarnos de que atesorábamos buenos amigos en común, muchos de ellos antiguos compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras y miembros activos de su alumnado. De hecho, caímos en la cuenta de que ambos habíamos asistido a alguna tertulia en el inolvidable Café Gijón, a una de esas charlas versátiles que se prolongaban hasta el ocaso y en las que conversábamos sobre un sinfín de temas: poesía, narrativa, filosofía, historia, adelantos científicos. Le expliqué que, pese a haber decidido viajar a Alemania para suplir lagunas intelectuales que en España no podía subsanar, dada la decrepitud y la endogamia que entenebrece su sistema universitario, todavía añoraba el espíritu de jovialidad que impera en nuestra tierra: los vínculos inexpugnables forjados entre los amigos, la devoción por la buena gastronomía, el obsequio dosificado que nos depara un clima siempre propicio, los paseos por el centro de Madrid hasta altas horas de la noche para alternar de un local a otro y rendirnos a la hospitalidad de esta ciudad tan castiza e irreplicable... En Alemania prima otra atmósfera, otra concepción de la vida, otra articulación del desánimo y de la esperanza, otro modo de afrontar el estudio y de encarar el trabajo. Sus ventajas saltan a la vista, pues basta con prestar atención a la desbordante productividad que

exhiben los alemanes en todos los terrenos del intelecto, a la pléyade de obras doctas que sientan cátedra en sus respectivas disciplinas o a cómo la mayoría de las hipótesis de vanguardia formuladas en la ciencia, la filosofía y la teología proceden de universidades germánicas.

Todo en Alemania exhorta a embarcarse en una reflexión honda, trascendental y ambiciosa. España, en cambio, yace sumida en la mediocridad, rabiosamente enemistada con la excelencia. En lugar de afanarnos en coronar cumbres elevadas, dedicamos nuestras más valiosas energías a maquinizar conspiraciones subterráneas y a dar pábulo a contubernios urdidos por espíritus manchados de resentimiento. Levitamos sobre mares anegados de una medianía apática, cuya oscura languidez nos enquistada en la falta de entusiasmo. Nos deprimimos por la ausencia de metas encomiables que alienten a nuestros jóvenes a consagrarse en cuerpo y alma al conocimiento. La política lo impregna todo con su insultante viscosidad. Los antagonismos, los odios, las envidias, las críticas prematuras, la precipitación intelectual, la injusticia social, las desigualdades sangrantes y la incívica opulencia, el fanatismo religioso, el peso de rancios abolengos y de honores apolillados, la pereza, el sectarismo, la reclusión del pensamiento en consignas, etiquetas y superficialidades, la ignorancia, el desasosiego, la improvisación, la impuntualidad, la búsqueda del éxito rápido y fácil, la proclividad al acaloramiento más tóxico, al conflicto de tintes viscerales y destructivos, despojado del impecable y edificante afán que motiva esas discusiones cuya seriedad y cuyos altos vuelos tonifican la atmósfera intelectual centroeuropea... Podría extenderme hasta el infinito en mis amalgamadas críticas a la sociedad española, y en especial a sus estamentos intelectuales, a eso que llaman la *intelligentsia*, pero lamentarse sirve de poco, pues esta actitud no conduce a ningún puerto.

Creo que uno de los defectos más sonoros en que incurren, con desconcertante contumacia, muchos de mis compatriotas radica precisamente en una lacerante predisposición al abatimiento más gemebundo, al desgaste que causa un desánimo corrosivo, imparable y desmoralizador, sujeto a continuas claudicaciones al más infecundo de los derrotismos, en lugar de esforzarse en crecer, en hallar soluciones, en perfeccionarse, en superarse, en descubrir nuevos territorios, en explorar posibilidades inéditas: en colaborar, en definitiva, para solucionar todas las dificultades que eventualmente surjan. Resaltaría no pocas virtudes que ennoblecen el carácter de mi pueblo; destacaría no pocas bondades cuyo sello ha impreso en España esa rúbrica tan atractiva que a muchos seduce con su encanto inigualable, como la simpatía, la generosidad o el alma jubilosa. Pero en la órbita puramente intelectual, en lo que se refiere a la excelencia académica y a la creatividad científica, sólo avanzaremos como país si nos homologamos a las grandes potencias europeas y asimilamos las claves de su éxito, que consiste en una ardua mezcla de trabajo, profundidad, ética, sentido de la responsabilidad, justicia insobornable y sano espíritu crítico.

Ante el dilema de escoger entre la españolización de Europa y la europeización de España, ante una disyuntiva tan flagrante enunciada por filósofos como Ortega y Gasset (elección que no puede postergarse estérilmente *ad calendas graecas*), no me cabe la menor duda de que la salvación de mi país estriba en optar, sin remilgos, por implantar mayores cotas de europeización. Idealizo de manera deliberada el espíritu europeo, pero lo hago porque sólo

en él vislumbro el germen de progreso y perfeccionamiento moral por cuyos frutos debe suspirar España. Sólo cuando mi país haya coronado unos niveles sociales, económicos e intelectuales conmensurables con los que ya han alcanzado los pueblos centroeuropeos nos veremos legitimados a plantear una “españolización de Europa”.

También mi admirado Unamuno ha intervenido apasionadamente en este debate indelible. Es un hombre comprometido con su país, y hace pocos años fue condenado a un ominoso destierro en Fuerteventura por ese representante de la España más tenebrosa y execrable que es Miguel Primo de Rivera. Todavía hoy me inflige inenarrable dolor la afilada astilla clavada por la lectura de *El Sentimiento Trágico de la Vida*: el desconsuelo heroico, sagradamente humano, anheloso de abrazar a un Dios esquivo y recóndito, que permea uno de los cúlmenes de la obra unamuniana. En Alemania, casi nadie comprende su desesperación, casi nadie entiende su deseo del absoluto, la nostalgia herida que en él pugna por la fe en la vida eterna. Demasiados libros, demasiadas universidades prestigiosas, demasiados conceptos, demasiada connaturalización con el idealismo y sus epígonos, ¿no apagan el fuego primaveral que desprende el sentimiento, el ansia de una luz que rebasa infinitamente todos los discursos pronunciados por los sabios?⁵⁶

En París me tropecé con otros españoles que también habían trasladado su residencia, por necesidad o capricho, a la capital de Francia. A través de uno de ellos llegué a saludar personalmente al cónsul. Gustosamente decliné su invitación a participar en una recepción ofrecida con la excusa de la fiesta nacional, temeroso de asfixiarme en la atmósfera enrarecida y exasperante que suele imperar en este tipo de reuniones. En cualquier caso, me alegró conocer a este refinado diplomático, nacido en Barcelona, que había cursado derecho e historia en La Sorbona y se desenvolvía con fluidez en numerosas lenguas. Amante de la literatura, aficionado a la filosofía y poseedor de una gran cultura, supe más tarde que acababa de enviudar, lo que explica la melancolía que yo había atisbado en su rostro.

París... Creo que todas las ciudades del mundo envidian el ambiente único que en ella se respira. Se trata de una delicadeza indudablemente impostada y para muchos insufrible, fatua y petulante, una muestra más de esa vanidad y de ese vacío que corroen los estratos burgueses, cuyo espectro debería ruborizar a quienes copan el vértice de la pirámide social, pero es innegablemente exquisita, sugerente y deleitosa. Entristece constatar que lo más noble se nutre tantas veces de atroces injusticias, de flagelantes disparidades entre ricos y pobres y de infranqueables abismos entre doctos e iletrados. ¿Cuándo se ha emancipado la

⁵⁶ Recuerdo con viveza un relato sobre Abu Hamid Al Gazzali, latinizado “Algazel”. Cuando era ya un sabio maduro y reputado, vivió una intensa experiencia mística. Súbitamente decidió dejarlo todo y renunciar a su pasado, incluso a su familia. Abandonó Bagdad en busca de la sabiduría y el ascetismo. Durante el tortuoso camino, unos ladrones le robaron todo lo que portaba consigo, también los libros. Él suplicó encarecidamente que le permitiesen retener su más preciado tesoro, armado de letras, conceptos e imágenes, pero los saqueadores se negaron y también se llevaron sus manuscritos. Sólo más tarde Algazel, apóstol de la belleza suprema y de la luz de luz, descubrió cuán venturoso había sido que le sustrajeran los libros, porque para alcanzar la verdadera sabiduría no bastaba con desertar de las posesiones materiales y con romper profundos lazos afectivos, sino que era necesario desprenderse también de la ciencia que había adquirido, pues sólo así abriría el corazón a lo nuevo y leería en el libro interior impreso en cada uno de nosotros.

belleza de esa sombra siniestra que se cierne sobre cualquier hálito de lo estético? ¿Qué obra sublime, qué mastaba, qué pirámide, qué templo, qué muralla, qué mausoleo, qué panteón, qué biblioteca, qué catedral, qué castillo, qué palacio..., habría erigido la humanidad si quienes detentaban el poder en esa época no lo hubieran decretado de forma autoritaria e incluso despótica, y no hubiesen obligado a tantos inocentes a trabajar a destajo en su ejecución?⁵⁷ ¿Gozaríamos de tantas maravillas artísticas si, desde el principio de nuestra odisea, hubiéramos edificado un mundo auténticamente justo e igualitario? ¿Cómo se habría canalizado el fervor estético? ¿Cómo se habrían conciliado la inclinación hacia lo distinguido de unos pocos y la proclividad hacia lo vulgar que a tantos invade? Pero es aún más acucioso que nos preguntemos cómo transformar hoy la historia para que logremos progresar exentos de contradicciones tan punzantes.

⁵⁷ ¿Habría acariciado Virgilio estrellas tan fúlgidas sin Mecenas? ¿Qué habría sido del Renacimiento sin unos pontífices que, émulos del peor cesaropapismo bizantino e impugnadores de todo ideal de justicia humana y evangélica, acaparaban tanto poder en sus impías manos? ¿Habría esculpido Miguel Ángel *La Pietá* sin el concurso de los Borgia y de sus intrigas palaciegas?

XII. Todos los caminos llevan a Roma

¡Roma! Nunca imaginé que brillarías con tanta belleza. Todo lo que había escuchado sobre tu luminosidad se ha confirmado plenamente. Todo presagio ha palidecido ante la hermosura que aletea en cada rincón tuyo, ante el peso desbordante que recoge los ecos de la fugacidad de todo imperio.

La ciudad eterna refleja nuestra insignificancia individual, lo lacónico de cada deseo alumbrado por el alma humana, la amarga certidumbre de una decadencia que sella el destino de cualquier civilización, abocada a despuntar para luego sepultarse, la carga inocultable y procelosa de la historia... Su magnificencia pasada evoca en mí el poder creador y la condena mortuoria de la finitud del hombre. Nada perdura inexorablemente y todos los reinos sucumben, pero ¿cómo describir la tristeza innombrable que se derrama al asistir a la descomposición, al colapso de todo un universo cultural en cuyo seno habíamos recibido las más elementales nociones de lo humano?

Recuerdo haber devorado infinidad de libros sobre el Renacimiento cuando era aún adolescente. Me fascinaba exponerme a esa cascada de belleza irrecuperable que nos prodiga uno de los períodos más fructíferos de la historia europea. En una tienda cercana a mi casa vendían litografías con algunas de las obras renacentistas más señeras, y en ese esplendor, en ese equilibrio, en esa medida y en ese amor sereno por las proporciones estampados en sus figuras palpaba yo la gloria. Me parecía imposible superar la excelencia coronada por los grandes genios del Renacimiento, cuya pulcritud no se limitaba a reproducir los cánones clásicos, sino que los perfeccionaba de una manera insondable. Ni siquiera Grecia en su apogeo, ni siquiera las esculturas más nobles talladas por Fidias o las Cariátides de la Acrópolis, lograban transmitirme tanta luz y tanta grandeza como el *David* de Miguel Ángel, coloso que no cesaba de capturar mi fantasía cuando lo contemplaba, una y otra vez, plasmado en un libro inolvidable sobre arte renacentista que mi padre me había regalado por mi duodécimo cumpleaños.

Después de haberme sumergido en obras historiográficas que disputan algunas de las tesis más divulgadas sobre el Renacimiento, soy consciente de que la visión tan romántica e idealizada difundida por autores como Michelet y Burckhardt quizás flaquee cuando se confronta con datos fidedignos. Leí con avidez el célebre libro de Burckhardt sobre la cultura del Renacimiento en Italia poco antes de empezar mis estudios universitarios. Investigaciones posteriores han contribuido a desmitificar muchos aspectos del Renacimiento, y aunque quizás resulte más honrado sostener que el tránsito del Medioevo a la etapa renacentista no adquirió

connotaciones tan bruscas y rupturistas como las conjeturadas por algunas escuelas, basta a mis ojos bucear en ese universo de concordia que las exquisitas y celosas manos del Renacimiento han tejido cuidadosamente para percatarse de que una transformación muy profunda, una fuerza de repercusiones únicas y probablemente esquiva a toda exploración conceptual, emergió con el advenimiento de este período tan fecundo y añorado de la historia occidental. No podemos entender el arte legado por el Renacimiento sin examinar el espíritu que lo motivó, esa vocación de *imitatio* del alma que había vivificado el arte de Grecia y Roma, pero me niego a creer que esta etapa tan fértil para nuestra cultura se haya plegado sumisamente a vindicar los preceptos estéticos promulgados por la Antigüedad clásica. La conmovedora pleitesía que los grandes humanistas de los siglos XIV, XV y XVI tributaban al espíritu del mundo greco-romano no debe impedirnos analizar lo distintivo, la especificidad que bendice, con su luz única, el deleitoso cielo del Renacimiento. El cosmos medieval se tambaleaba ya desde mucho antes, y la ficticia armonía entre fe y razón, entre las espadas espiritual y civil, entre el Norte y el Sur, entre la autoridad y la libertad, comenzó a marchitarse de modo definitivo en las postrimerías de la Baja Edad Media. El Renacimiento no hizo sino ratificar un declive, el del Medioevo, incoado mucho antes.

Sin embargo, con frecuencia me asalta la impresión de que los historiadores, acostumbrados a abordarlo todo en retrospectiva, refugiados en las ventajas incomparables que el decurso del tiempo y el ocaso de las edades les ofrecen, aprecian por doquier cómodos elementos de continuidad. Para ellos, *historia non facit saltum*, y nada auténticamente revolucionario ha florecido en la vasta senda de los siglos. Todo podría haberse vaticinado con exactitud si se hubieran examinado, minuciosamente, las prolijas condiciones sociales, económicas, religiosas y culturales que confluyeron en una época concreta. Esta perspectiva la juzgo injusta. *Ex eventu*, todo se nos antoja demasiado fácil, y se desvanece la admiración que debemos rendir a quienes protagonizaron hitos en los dominios del arte, de la ciencia o de la política que han marcado el rumbo de las décadas subsiguientes. Es obvio que el tiempo se nos muestra siempre como una inagotable línea continua, y en poco difiere del eje de los números naturales que proyectan los matemáticos, pero la historia no equivale sin más al tiempo: ella forja su propio reino dentro del tiempo. Sin tiempo no hay historia, mas ésta discurre por sus propios cauces, cuyos senderos, aun sin violar las inexorables leyes que rigen el tiempo, gozan de una cierta autonomía, insoslayable para todo análisis profundo. La continuidad que con tanta y tan escrupulosa limpidez se manifiesta ante la mirada de los historiadores no dimana de la historia misma, sino de una necesidad humana perenne: la de imponer orden y racionalidad allí donde sólo oteamos caos, imprevisión y voluntad. Es indiscutible que la contingencia preside la historia. Ningún demonio laplaciano conquistaría nunca un nivel de inteligencia tan elevado como para predecir, desde una información (modesta o profusa) de partida, todo el encadenamiento posterior que ha enhebrado la trama de la historia humana. Ninguna entidad divina observaría con nitidez, rigor y clarividencia la teleología que trenza la dinámica de la historia, porque lo arbitrario y deslavazado, la cosecha de la contingencia, nace de la libertad, y si hemos de profesar fe en un don tan eximio, tan puro y tan incapturable como el de la libertad, ¿no deberemos también aceptar que su luz se encuentra llamada a escapar de las sombras avasalladoras urdidas por una razón cuyas garras se afanan obsesivamente en consumir lo libre, en constreñirlo, en aherrojarlo dentro de férreas prisiones

de inteligibilidad que sepultan todo asomo de lo espontáneo, original y creativo, de aquello que se emancipa de cualquier entrelazamiento ineluctable, de cualquier maraña de sucesivas concatenaciones circunscritas a hilvanar redes de causas y efectos, y en las que no alborea indicio alguno de libertad?

Creo firmemente que el Renacimiento rubricó la génesis de una nueva era, el amanecer de un período flamante en la historia occidental, por lo que estableció una ruptura, quizás no tan categórica como la habían pincelado los retratos historiográficos decimonónicos, pero sí incontestable, al menos en aspectos fundamentales inherentes a la nueva cosmovisión propiciada por el alma renacentista italiana. El regreso a lo clásico, el amor hacia las fuentes, el clima de creatividad insólita, la conciencia de esa energía universal cuya fuerza se encarna en el genio artístico del individuo, la búsqueda de una verdad y de una belleza que ya no se subordinasen a rígidas articulaciones teológicas, sino que suspiraran por divisar las cumbres divinas de una forma más espontánea, más pura y más profunda...: vibra una llama memorable en el espíritu renacentista, capaz de distinguirla tersamente del corazón que había bombeado su sangre por las venas y arterias del Medioevo. Los papas renacentistas jamás habrían condenado a Galileo. Antes que sancionar si la Tierra era o no el centro del universo, cosas más prosaicas les conturbaban, como la acumulación de ducados y la fruición inoculada en su cuerpo por los placeres más voluptuosos. La atmósfera de la época contrastaba radicalmente con el aire gris, saturado y susceptible de esa Contrarreforma católica que vertió toda su furia sobre un héroe de la ciencia como Galileo. Los clérigos renacentistas veneraban la belleza, el arte y la creatividad. Muchos perpetraron crímenes horrendos (pienso en Alejandro VI) y violaron reiteradamente los mandatos morales defendidos por la institución que ellos mismos encabezaban. Quemaron a severos agitadores políticos como Savonarola, un alma apocalíptica y fanática, pero dudo mucho que hubiesen llevado a la hoguera a un Giordano Bruno o a un Lucilio Vanini. Lo confieso: prefiero a un corrupto tolerante que a un piadoso intolerante.

He viajado a Roma en soledad. Traté de convencer a algunos amigos sobre las bondades de visitarla juntos, pero diferentes ocupaciones acuciaban a todos. Hans tenía que resolver algunos asuntos apremiantes en Heidelberg (entre ellos, una entrevista con un catedrático de física). Heinrich Studenhammer, un simpático estudiante de teología evangélica en Münster, se vio obligado a marcharse de forma imprevista a Bonn, su ciudad natal, ante el empeoramiento del estado de salud de su abuelo. Habíamos congeniado gracias a una serie de cursos a los que ambos habíamos asistido⁵⁸, y con él había tenido la oportunidad de mantener inabarcables y compenetradas conversaciones sobre lo divino y lo humano. Durante horas se prolongaban nuestras charlas, cubriendo temas tan variopintos como la patrística siríaca, la física cuántica y el espíritu de la música barroca⁵⁹.

⁵⁸ Uno versaba sobre la filosofía y la mística de Jakob Böhme; el otro abordaba el pensamiento de San Gregorio Palamas.

⁵⁹ ¿No estremece comprobar lo ingobernable de esos diálogos? En cuanto nos disponemos a trazar su secuencia lineal, advertimos que hemos divagado de unas materias a otras con asombrosa ligereza, y nos percatamos de que hemos alternado incontables ideas y abultados nombres cuyas evocaciones han desfilado enigmáticamente por nuestro coloquio, sin descifrar nunca ese jeroglífico sutil que nos ha llevado de un argumento a otro, como una compacta madeja de blancos hilos enrollados según patrones indiscernibles.

Peter Fraunhommer, amigo íntimo de Hans y, por gratas artes de propiedad asociativa, también amigo mío, se había desplazado a Tübingen para pasar unos días con su novia, alumna de medicina en esta hermosa ciudad situada a orillas del Neckar, bordeada por parajes indescriptiblemente románticos y sazónada con los vívidos reflejos opalescentes que sus fachadas multicolores arrojan sobre aguas cristalinas y mansas. En ocasiones me aflige una envidia sana hacia quienes estudian en Tübingen, hacia quienes deambulan por esas calles mágicas y frente a esas iglesias hechizadas que tanto inspiraron a Hegel, Schelling y Hölderlin, triunvirato de genios soñadores que degustó el cáliz de la teología junto a las hialinas y fervorosos márgenes del Neckar, pero lo cierto es que no debo quejarme, porque Münster acoge una belleza quizás no tan pintoresca, quizás no tan exótica, pero no por ello menos sugerente. Además, ni siquiera las amables brisas que soplan en Tübingen y el reposado cielo que esparce su luz sobre la policromía abovedada de sus edificios se aproximan, aun tímidamente, a la majestad y al fulgor de Roma...

Como sortilegios de toda clase parecían haberse conjurado para vetar cualquier tentativa de organizar una excursión conjunta a Roma, me decidí a perderme yo solo por las calles, plazas e iglesias de la ardorosa capital de Italia. Tomé un tren -demasiado lento, poco eficiente para los rígidos estándares germánicos- desde Münster a Colonia. Sin tiempo para detenerme en la contemplación de la catedral de Colonia, aguardé la salida del siguiente en la estación de ferrocarril de esta ciudad ubicada en torno al cauce del siempre seductor Rin, forja de inconsolables idealismos. La ligera demora que sufría el tren me permitió meditar sobre los contrastes inequívocos existentes entre el arte gótico y esa furia renacentista que me esperaba en Roma, cuya vehemencia había tapizado prácticamente todos los vestigios del Medioevo con su manto luminoso, armónico y resplandeciente, como ansiosa de enterrar cualquier reliquia de siglos lóbregos y cautivos, destinados a fenecer ante la pujante irrupción de una nueva era que resucitaba el ave fénix del mundo clásico.

Afortunadamente, el trayecto de Colonia a Stuttgart, mi parada ulterior, no se me antojó excesivamente largo, pues la distancia que separa ambas urbes se recorre en unas pocas horas. El itinerario más tedioso y extenuante fue, sin lugar a dudas, el que me llevó desde Stuttgart hasta Zúrich. No recuerdo cuánto tiempo tardó el tren en cruzar la frontera suiza; diría que una eternidad. Por suerte, lo sobrecogedor del paisaje me recompensó insospechadamente. Todo me relajaba. Una quietud inescrutable golpeaba cariñosamente los cristales de las ventanas de mi compartimiento. Las caóticas y tiznadas nubes de humo exhaladas por la locomotora se diluían en la serena amplitud que presidía esos valles diáfanos, policromados por tonalidades retadoras. Su fogosidad eludía cualquier intento de subsunción en la angostura de las gamas tradicionales, como si un artista ignoto hubiera grabado extravagantes pigmentaciones que, fusionadas en una mezcolanza sabia, conseguían dibujar una acuarela provista de inusitada viveza. Continuas irisaciones tornasolaban el horizonte con sus fugaces y pálidos centelleos, mientras franjas borrosas de colores entrecortados agrietaban parcelas de este inmenso cuadro. Reverberaban luces esporádicas de variados matices violáceos, cuyas titilaciones sonrosaban porciones de los serrados macizos que nos circundaban abruptamente. Algunas de las cúspides alpinas se asemejaban a espadas afiladas blandidas por la naturaleza, ávidas de desafiar a todo intruso que osara adentrarse en el territorio subordinado a su brumosa férula. Sus crestas coruscantes veteaban el cielo, y

nimbos de celajes sumamente estilizados se cernían y aglomeraban sobre el difuso y envolvente espacio que nos rodeaba con su espesura pinífera. Me subyugaban, porque eran equiparables a pulcros almocárabes tallados por los diestros dedos de artesanos islámicos, como cúmulos armados de prismas y de un cuantioso elenco de ecuanímes figuras geométricas. Su regularidad estampaba una simetría fascinante en la amable espontaneidad bucólica que dulcificaba la panorámica de los Alpes.

Me deleité con esas bóvedas nevadas cuyas protuberantes puntas reflejaban, flamígeras, destellos incandescentes de la más alta estética. Simulaban talar el cielo con sus aguzados vértices. Me causó un gozo inconmensurable divisar, instalado en la comodidad gestatoria de un humilde vagón de tren, los sinuosos valles transidos de laderas escarpadas que sostenían cumbres esbeltas y refulgentes. Atesoré un placer inaudito al percibir con qué calma, dignidad y briosa solicitud avanzábamos a través de esas oscilantes depresiones, tutelado por una prominente cadena de cúpulas que embellecían un cielo casi despejado y de inigualable blancura. Sí, la concordia, ese coro colmado de voces eufónicas, diseminadas por doquier, cuyos labios entonaban cánticos eximios, me deparó la posibilidad de recrearme en toda clase de cálidas fantasías. Recóndita la tristeza, la música silente que desprendían los Alpes me extasió. Evocaba *La Consagración de la Primavera*, de Stravinski, que había escuchado hacía unos meses en Berlín. Sólo en la delicada armonía de los *Conciertos de Brandenburgo* de Bach había acariciado una perfección homologable. Pero la emoción que me prodigaba no profería palabras, ni emitía notas, ni se amparaba en ninguna melodía, sino que yacía suspendida en un venturoso mutismo, sumergida en esa expresividad copiosa e inmaculada que emanan las mejores creaciones del arte y de la naturaleza. Respondía a una simbiosis entre altura y profundidad, a una convergencia entre la inabordable elevación que alcanzan las erizadas cimas y el desnivel, de tintes abisales, que llegaban a adquirir sus hondonadas desgarradoras, zanjas cuyas vigorosas aristas escindían, como regios haces punzantes, la imponente cordillera que con sus bordes espigados rizaba estos retablos genuinos. El silencio marcaba todos sus compases. Montañas níveas y susurrantes dirigían esta orquesta en los macizos alpinos, custodiadas por la luz de una incipiente primavera que vertía la batuta de sus rayos abundosos sobre un paraje reservado a los dioses. Yo dormitaba, sumido en un estado anfibológico entre el sueño y la vigilia, como si ambicionase abstraerme de una realidad demasiado inspiradora, al tiempo que rehusaba despojarme por completo del privilegio de otear un horizonte que sólo destilaba sacralidad, magia incognoscible.

Un cuadro, musitado por ecos virginales, se perfilaba en la lontananza. Lo agitaban impresiones dispersas que esbozaban un acoplamiento prodigioso de verdes, blancos y azules cuya maestría tonifica la cristalinidad de los Alpes. Coposos árboles, de desbordante verdor, aderezaban con sus finos trazos, con sus delineaciones caligráficas, la perspectiva que se alzaba ante mí y me premiaba con su magnificencia. Todo transparentaba una desconcertante y frágil congregación de fervor y recogimiento. Todo era místico; todo rejuvenecía mi espíritu; todo auspiciaba que intuyera esa unidad fundamental entre el ser y la nada, entre lo posible y lo real, entre la permanencia y el devenir. Tanta belleza me fortalecía, y obliteraba cualquier rastro de dureza en mi corazón.

La maltrecha huella de la civilización se ausentaba casi por entero, con la excepción de algunas casas cuyas siluetas rústicas emergían dosificadamente, desperdigadas en la piadosa y letárgica lejanía, acompañadas por aves ceremoniosas que surcaban cielos incomparablemente diáfanos, puros y poéticos. El valle se estrechaba ocasionalmente, y la aspereza de corpulentas rocas adustas amenazaba con descargar toda su cólera sobre los débiles vagones. Pero de inmediato, el paisaje se ensanchaba, y la garganta recuperaba su espaciosidad perdida y recobraba su ambigua prudencia. Eventualmente, la vía se transmutaba en un impactante puente que aleteaba sobre un precipicio gigantesco y aterrador, sustentado por columnas que ni el mismísimo Hércules habría conseguido hundir en la salvaje robustez del suelo. Lo arriscado del desfiladero infundía pavor, y disipaba mi confianza en el poder de la técnica para sortear incontables obstáculos de este calibre. Temía que el tren se despeñara, en verdad, al gélido vacío, pero el milagro no cesaba de acontecer, y la perseverancia que exhibían los vagones impávidos triunfaba sobre la indolente frialdad de la naturaleza. Repentinamente, nos internábamos en túneles escalofriantes. Yo tiritaba, hostigado por el fantasma de un desenlace dramático para nuestro viaje, porque me estremecía penetrar en esas cavernas excavadas en el corazón mismo de recias y vehementes cordilleras, como si los hombres hubieran arrebatado a la madre naturaleza un fragmento de su ser y le hubieran infligido un daño ciclópeo, un dolor inenarrable, una herida aún no cicatrizada cuya venganza amagaba con desatarse en cualquier instante.

La lentitud del tren en su incursión a través de los Alpes de la Suiza septentrional me agradaba con reminiscencias muy felices. Nunca antes había franqueado la frontera suizo-germana, y nunca antes había admirado la belleza que ostentan los Alpes en esta región de Europa. Sin embargo, notaba una extraña familiaridad con esos picos tan agrestes y recónditos. Como hijos de la Tierra, como cúlmenes de complejidad del arduo proceso evolutivo que ha conducido fatigosamente hasta nosotros; como criaturas que aspiran a sondear los mayores dones, joyas cuyos obsequios más aquilatados residen ya en la naturaleza, en la áfona pero profunda naturaleza, exponernos a unas producciones tan perfectas nos recuerda nuestra auténtica condición: la de vástagos de un mundo capaz de fraguar, con sus manos invisibles, maravillas que rebasan inconmensurablemente los límites jalonados por el hombre. Ignoro si la naturaleza nos dispensará ese amor que también anhela nuestro ser, pero creo que la imaginación humana difícilmente superará su ingenio para otorgar belleza y diseminar sabiduría. Muchos piensan que nada saciará jamás los deseos que alimentan el corazón humano, como si la rúbrica de la imposibilidad ya hubiese sellado la tragedia de una insatisfacción irredimible. Sin embargo, ¿no despuntan, en la naturaleza, tenues hálitos de esas pasiones inasibles que nos atrapan, y cuyo ardor se insubordina a las frías zarpas de un intelecto tullido? ¿Qué emula el sosiego, la felicidad, la plenitud que besa el corazón humano cuando se explaya en las inmensidades, cuando alaba el verdor de los campos y venera la solidez de las montañas, cuando en cada detalle del heroico lienzo de la vida discierne efluvios de ese pléroma espiritual que embarga sus sueños más denodados?

En Zúrich pernocté en un modesto hotel emplazado en las inmediaciones de la *Peterskirche* y de la célebre Abadía de Fraumünster. No dispuse de tiempo suficiente para pasear por el centro de esta ciudad, y así prestar la atención merecida a la arquitectura de su casco histórico, pues el tren con destino a Milán partía a una hora muy temprana. Me prometí,

eso sí, regresar algún día a Zúrich y escudriñar sus tesoros escondidos. Tan solo por saborear de nuevo las delicias de una belleza insólita como la que impera en los Alpes cercanos a Zúrich, perfumados con las brisas balsámicas que allí soplan; tan solo por inhalar esa paz, esa ternura, ese abrazo de la naturaleza y de su vivaz mezcla de colores, repetiría una y mil veces un viaje tan agotador.

El tren de Zúrich a Milán volvió a atravesar multitud de tortuosos valles alpinos. Las vías del ferrocarril seguían sendas demasiado serpenteantes. Jamás había divisado un paisaje tan montañoso, tan repleto de picos y laderas empinadas que cedían bruscamente su agobiado testigo a dilatadas planicies, pobladas de un genuino lustre silvestre, tan jubiloso como la música que derraman las más afables composiciones de Mozart. No comprendo cómo los suizos han sido capaces de edificar una nación tan próspera en condiciones geográficas tan adversas, aunque un territorio casi inaccesible quizás los haya protegido de las invasiones que han azotado el resto de Europa de forma despiadada y constante. Paradójicamente, un entorno tan poco favorable parece haberlos inmunizado frente al contagioso virus de la guerra y de su orgía de dolor. Sin embargo, esta hipotética vacuna destila una paz falsa. Los suizos se enorgullecen de su neutralidad como quien se vanagloria de su *contemptus mundi*, y es cierto que han vivido exonerados de esa enfermedad endémica de nuestra raza denominada guerra, circunstancia que les ha permitido dedicar sus energías a tareas más fructíferas; pero tanta estabilidad, una existencia tan rutinaria y previsible, cuyas tradiciones han perdurado siglos y sólo han padecido modificaciones mínimas, ha privado esta región de la efervescencia que también desatan los conflictos. La creatividad de Italia, una tierra assolada por contiendas de todo tipo, por luchas fratricidas, por ataques, epidemias y ocupaciones, ¿no rebasa incontestablemente la de Suiza? En el Renacimiento italiano resplandece la luz avivada por Leonardo y Miguel Ángel, pero también late la estela de todas esas lágrimas, de toda esa sangre, de todo ese sudor, de toda esa miseria que devastó su zigzagueante mosaico de reinos conflagrados en inacabables hostilidades. Esta constatación se nos antojará triste, porque desazona percatarse de la inexorabilidad del mal, de la carencia, de la negación más inhóspita, del dolor y de la destrucción, en definitiva, como detonantes para que emerja lo nuevo y brille la luz del progreso. ¿Alcanzará la existencia humana una meta en la que ya no precisemos del contraste y de la tribulación para satisfacer nuestras aspiraciones más profundas? Lo ignoro, mas lo espero. Aprecio una creciente tendencia hacia la unidad, hacia la unificación de los contrarios, hacia la dilución de todo vestigio de negatividad en una mirada luminosa, henchida de amor y paz, volcada hacia el mundo y la historia. La ciencia, el arte, la filosofía...: todo nos enseña que el hombre posee fuerzas suficientes como para coronar las cimas que codicia su celo sin necesidad de plegarse ante los dictados de la nada, del dolor y del odio.

No insistiré más en la desorbitada belleza que preside los Alpes, cuyas caricias virtuosas experimenté de nuevo en el trayecto que lleva desde Zúrich hasta la frontera italiana⁶⁰. Es probable que la grandeza y el refinamiento del paisaje alpino excediesen todo lo

⁶⁰ Requerimos de la intercalación de tesis y antítesis para no aclimatarnos a lo más eximio. De lo contrario, la belleza termina por aburrirnos, por amputar nuestro entusiasmo, por perder todo viso de seducción. Este aciago hado que nos impide saciar nuestras ansias más hondas, esta sentencia que nos hunde en la incoherencia más flagrante, esta rúbrica que lacra el sobre con nuestra condena a sufrir las

que mis ojos habían observado con anterioridad, pero lo humano bebe del amargo cáliz de la contradicción: aunque suspiramos por una fruición continua, inextinguible, eternamente duradera, no toleramos que nos anegue una cascada imbuida de constantes manifestaciones de la mejor estética. Nos abrumaría...

Milán es un pujante centro económico que insufla savia productiva a toda Italia, pero en su atmósfera no se detecta ese ascetismo tan característico de los circunspectos calvinistas. Más bien se discierne un capitalismo “a la católica”, menos sobrio y recatado, pero no por ello menos fecundo y floreciente. A duras penas logré visitar *Il Duomo*, porque mi tren a Florencia salía pronto. Sucumbí, claro está, al encanto de su fachada, a la suntuosidad que fluye de esa armadura de espigadas torres que se elevan regiamente. En una de ellas destacaba una hermosa *Madonnina*, cuya ternura dorada y expectante dulcificaba esta aguerrida atalaya, esta fortificación afilada y punzante que me transmitía un cierto desasosiego, al evocar en mi imaginación la conjura de espadas dispuestas a horadar corazones infieles. También pude contemplar la famosa estatua consagrada a San Bartolomé y, mientras deambulaba por la grandiosa nave central, en cuya cátedra se sentó el mismísimo San Carlos Borromeo, epítome de la Contrarreforma, me resultó inevitable pensar en el futuro de las religiones, en cómo el cristianismo, heredero del orbe clásico, había fraguado Europa, pero en cómo todos los credos languidecen de manera irreversible en nuestro continente. Me flagelaba a mí mismo por haber renegado de mi fe pasada, y por no escuchar más los cánticos que también hoy me dirigían los coros celestiales del cristianismo, sobre todo en el esplendor de su liturgia. Sin embargo, en ese momento entendí que lo más noble y enaltecedor del espíritu cristiano permea irrevocablemente la cultura europea. Su secularización imparable, el proceso de liquidación paulatina de lo teológico, no oculta la persistencia de valores de honda raigambre cristiana que no desisten de inspirar aspectos fundamentales de nuestra vieja Europa. El hermanamiento entre el cristianismo y Europa se ha sellado en su arte, en su historia, en su ética. Europa ha conseguido apropiarse de lo más sano y reparador del alma cristiana, pues detrás de emblemas como la exhortación a difundir la igualdad, la libertad y la fraternidad que enarbolaron los revolucionarios franceses, ¿no vibra la llama del cristianismo, ahora traducida a un lenguaje inteligible para todos los seres humanos, ahora rescatada de dogmatismos y desfallecientes particularismos?

Desde la capital lombarda tomé otro tren, esta vez con destino a Florencia, trayecto verdaderamente relajante, flanqueado por las extensiones verdes y coloridas que componen la Toscana con sus túnicas de seda y oro fino. Se ondulaba el paisaje y brotaban reliquias de la grandeza melancólica que bañó estas latitudes hace ya demasiados siglos. La alegre serenidad del Mediterráneo absorbía ahora la solemnidad que reina en el Norte. ¡Ya me aproximaba a Roma, ya me encontraba en la Vía Apia, testigo de los más fastuosos desfiles militares de la historia! Pudorosamente soslayé detenerme en esa meca del Renacimiento que es Florencia, porque preferí reservar mis energías espirituales para todo lo que Roma iba a depararme desde sus siete colinas. No escasearán en el futuro motivos para viajar a esta joya que

embestidas del absurdo, graba también una estampa aleccionadora: jamás claudicaremos en nuestra búsqueda de nuevos escenarios.

ennoblece la Toscana italiana, y así disiparme por los *Uffizi* y los aledaños de *Santa Maria del Fiore...*

Por fin desembarqué en ese puerto de la humanidad que es Roma, bajo cuyo cielo confluyen todos los senderos del mundo. Termas de Diocleciano, el último de los grandes perseguidores de la triunfante religión cristiana; un foro antiquísimo, vestigio exiguo de ese esplendor que hubo de bendecir a Roma hace milenios; un Coliseo despojado de ese coloso de Nerón que tanta fama le tributaría en la posteridad; un entrelazamiento de regias avenidas, por las que circulan muchedumbres ansiosas, y dédalos de minúsculas callejuelas donde prima la soledad y sufren los menesterosos; un recio *Castel Sant'Angelo*, refugio de papas ante inclementes invasiones⁶¹; una *Fontana di Trevi* que fusiona motivos clásicos, renacentistas y barrocos, y en cuyas aguas han depositado sus esperanzas los enamorados de todas las épocas; una *Piazza di Spagna* que, en verdad, reproduce ese júbilo, ese alborozo único esparcido por las cálidas tierras de mi país; iglesias abrumadoras, como la de *Santa Maria sopra Minerva*⁶², algunas edificadas sobre los restos de execrados templos paganos; un Panteón que, en verdad, reúne todas las deidades de Roma, todos los frutos de la inagotable fantasía humana para pensar en lo grande, eterno y poderoso... Todo rezuma fe, vida y magnificencia. ¿Dónde encontrar una simbiosis tan perfecta entre la magia invisible y el fervor visible, entre la belleza enmudecida y la estética más sonora?

¡Roma! ¿Qué es Roma? Roma es luz, y tanta luz irrumpe en el peregrino como nueva bienaventuranza predicada desde lo alto de un monte puro. Nos sumerge en un océano de creatividad, de fe en la vida y de amor hacia el género humano. Lo eterno se funde con lo temporal, y atisban nuestros ojos los dedos de un Dios que condesciende a insuflar el immaculado soplo de su espíritu en la precariedad del alma humana. Una inmensa energía nos alumbra, abraza y absorbe para proyectarnos a esa dimensión de fervor primordial, de poder límpido y entregado, de verdad y vida. La vastedad, la totalidad, el ser y la nada: toda categoría flaquea cuando una experiencia de vida, fuerza y hondura nos acoge en su morada profunda y espaciosa. Parece entonces toda oscuridad, y criaturas extrañas labran, al unísono, un mosaico rociado de hermosura indescriptible, un don que se extiende por el difuso reino de lo inefable. Sus caricias extirpan todo recelo, todo temor, toda aspereza que habite en el corazón humano.

Al caminar por Roma, al respirar esa atmósfera bañada por una luz de tintes sacros y purificadores, comprendo por qué los humanistas del Renacimiento estimaban el arte gestado en la Europa septentrional como una creación bárbara, "gótica", oscura. Amo profundamente el gótico, sus legiones de bóvedas que elevan mi espíritu al cielo y lo hipnotizan con la cadencia irradiada por el canto gregoriano, cuya paz palpita en los solemnes labios de los monjes benedictinos, pero reconozco que el Mediterráneo acrisola luz. Ningún sol fulgura con tanto aplomo como el astro que derrama la delicadeza de sus rayos sobre las inconfundibles ciudades de Italia, y en especial sobre Roma.

⁶¹ También la del muy devoto y católico Emperador Carlos V, cuyas tropas asolaron Roma en la fatídica fecha de 1527 y amenazaron con asesinar al mismísimo Vicario de Cristo.

⁶² Antecedida por un curioso obelisco egipcio que se sustenta sobre las robustas espaldas de un abnegado elefante, metáfora del vínculo perpetuo firmado entre el arte y la naturaleza...

La alegría bulle ubicuamente en sus calles laberínticas. Por doquier se desprenden vivacidad y efervescencia, una cohorte de sonrisas cuyo entusiasmo resplandece en rostros, cúpulas y fachadas. Tan solo pude visitar una ínfima fracción del ejército de iglesias que enardece Roma: *Il Gesù, Sant'Agnese in Agona, Santa Maria della Pace, San Luigi dei Francesi...* ¡Cómo disfruté con la contemplación de la pléyade de Caravaggios que adornan algunas de sus capillas, cuyo tenebrismo, generado por las impactantes destilaciones de claroscuro que mistifican las pinturas del genial artista lombardo, preconiza las sombras que vagan sin cesar por un corazón perpetuamente ansioso de luz! Deambulé por elegantes avenidas y callejuelas humildes que esconden tesoros perdidos, ornados de una inusitada grandeza estética. Buceé en la Roma clásica, mientras mis ojos escudriñaban las solitarias ruinas que componen el Foro y rendían homenaje, frente al Coliseo⁶³, a sueños hoy extintos. Penetré en la Roma medieval, ciudad decadente que no supo emular el esplendor pasado. Me adentré en la Roma renacentista, chorro de luz nueva, primavera que atestiguó el florecimiento de una magia desvanecida. Surqué la Roma barroca, misteriosa, desbordante, aquejada del más profundo *horror vacui* que hayan conocido el arte y la espada de la Contrarreforma. Atravesé la Roma neoclásica, a mi juicio tediosa e inexpresiva, arrullada por los cantos adormecedores de la nostalgia ante imaginarios y cánones fenecidos, frágil reminiscencia de la creatividad que ungió etapas anteriores de la historia italiana... Y, cómo no, algunos lugares despertaron mis lágrimas, por ejemplo el *Campo dei Fiori*, hoy una plaza bulliciosa donde hace más de trescientos años se carbonizó, abrasado en una despiadada hoguera que avivaron los próceres de la intolerancia, el cuerpo de Giordano Bruno, héroe del libre pensamiento.

Todo en Roma apunta hacia un foco embrujador, vigoroso imán que atrae el fervor del viajero y aquilata cualquier asomo de deslumbramiento concitado en esta urbe inmortal: la Basílica de San Pedro, una de las rosas más sublimes cultivadas por la tenacidad del hombre, ofrendada al jardín del Dios eterno. Parece que el gobierno capitaneado por ese demagogo llamado Benito Mussolini prepara una inminente solución de consenso al problema del estatuto jurídico del Vaticano -la denominada "cuestión romana"- . En las últimas décadas, la actitud victimista, autocrática y paranoica adoptada por tantos papas ha agravado el conflicto. Los jefes de la curia católica, en lugar de confrontar, con la seriedad requerida, el desafío que comporta la cosmovisión moderna, su contradicción flagrante con el dogmatismo y la intolerancia que habían prevalecido en el *Syllabus* y en tantas manifestaciones autoritarias de la Iglesia decimonónica, han preferido transmitir la imagen de mártires torturados por atroces liberales, destructores del orden establecido y exterminadores de la moral cristiana. ¡Pobres Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI, prisioneros injustamente aherrojados tras los muros inquebrantables que fortifican el emblema universal del catolicismo! Pero ¿quién rechazaría vivir encarcelado en semejante jaula de oro, en esta perla del arte occidental, atado no a cadenas de hierro, sino anudado a lazos de terciopelo que son obra de los mayores genios

⁶³ El antiguo Anfiteatro Flavio lo mandó erigir el emperador Vespasiano y lo inauguró su hijo Tito, el destructor de Jerusalén, con toda la pompa que Roma era capaz de exhibir, en unos juegos fastuosos que se prolongaron semanas y que derramaron cantidades inimaginables de sangre, crueldad y muerte para alimentar a una muchedumbre ansiosa de pan y circo. Sin embargo, los inescrutables azares del destino abocaron tan imponente construcción a inmortalizar al aborrecido emperador Nerón, cuyo desaparecido coloso da nombre a esta maravilla del arte universal.

del Renacimiento? Yo residiría por siempre en ese paraíso diseñado por ángeles prohibidos... Poca melancolía me genera constatar que el otrora omnipotente dueño de los Estados Pontificios, cabeza autocéfala de un poder temporal antievangélico preservado durante prácticamente mil años, haya presenciado cómo sus posesiones pluriseculares quedaban reducidas a un minúsculo territorio que se recorre en unas pocas horas. Conserva, eso sí, la fastuosidad indescriptible de su arte...

El Vaticano compendia el esplendor del Renacimiento. Toda la gloria de esa edad áurea vive, palpita y aletea en esta diminuta extensión que oculta, sin embargo, la mayor concentración de fervor estético jamás contemplada por mis ojos, la quintaesencia de la devoción hacia la armonía profesada por uno de los períodos más inspiradores de todos los tiempos. Bramante, Miguel Ángel, Maderno, Bernini...: toda una estela de genios del Renacimiento y del Barroco congregada para forjar una de las más altas y benéficas cimas artísticas que hayan producido las manos de nuestra cultura occidental. Todo avasalla el espíritu con su tersura. Joyas fabulosas arropan cada edificio con su entrañable manto. Todo exhala majestad, recordatorio de cuán escasos son los méritos coronados por nuestra época en las cumbres del arte y en los pináculos del refinamiento. Todo pugna por absorber la facultad de embeleso que atesoran los sentidos. Todo habla de esperanza. En cualquier espacio se acaricia esa limpidez, esa hermosura piadosa que conquista incluso los corazones más gélidos. Luz, los lauros de una luminosidad inagotable y anárquica, incesante y recamada de primor y diafanidad, perfora y vivifica la Basílica de San Pedro. Me desasosegó la columnata de Bernini, construcción magistral de planta elíptica cuya apertura simula acoger a toda la humanidad en el pujante seno de sus brazos misericordiosos, parábola de un Dios anegado de bondad que posa sus pies sobre la faz de esta Tierra herida y extiende sus manos hasta acariciar a unos seres que lloran ante la ausencia de sentido, ante la fatalidad y el dolor inenarrables que entumescen el mundo. Presidida por un imponente obelisco egipcio que evoca la grandeza de civilizaciones pasadas, nuestra persistente búsqueda de un amanecer eterno y de un cáliz rebosante de benevolencia, me infundió un pavor casi sacro.

Al franquear los pórticos adintelados de San Pedro, me asaeteó una impresión inescrutable, transida de un sobrecogimiento profundo ante la solemnidad de su magnífica fachada barroca, tributada *ad maiorem gloriam* no de Dios, sino de Pablo V. El Papa era retoño de la poderosa e intrigante familia Borghese, una de esas estirpes italianas y españolas que, como el linaje de los Borgia, los Medici y los Della Rovere, rigieron en Roma los destinos del Renacimiento, e incubaron una extravagante miscelánea de santos y demonios, ligados todos por su fértil mecenazgo (ignoramos si lo motivaba una genuina pasión estética o un interesado oportunismo político). Camillo Borghese ostentaba, a la sazón, la categoría de pontífice máximo, título de nítidas raíces paganas, pero mi furor exculpatorio perdona todo a los papas y a la Iglesia Católica, al menos mientras no renuncien a agraciarnos con esta condensación de arte que maravillaría incluso a los cielos...

En San Pedro palpé la gloria, envuelto por la cúpula que comenzó Miguel Ángel y concluyó su discípulo Giacomo della Porta en 1590. Ante tal volumen, ante una recapitulación tan impactante de equilibrio y simetría, ante un espacio tan amplio, diáfano y soberano, mi ser entero temblaba, impregnado de tensa pequeñez. Rayos crepusculares inundaban la nave

central con sus relámpagos cromados de piadosa luz, de fervor místico, de don celeste otorgado a los hombres, como si el Espíritu Santo, en forma de paloma, desplegara sus alas doradas sobre un cosmos ávido de su alegre claridad. Me arrobaban las salpicaduras de unos haces tornasolados que enardecían mi fascinación estética. Eximio, frente a mí se alzaba el baldaquino de Bernini. Impertérritas, sus inexpugnables columnas, rematadas con elaboradísimos detalles cuya finura es hoy proverbial, custodiaban la ceremoniosa cátedra de San Pedro. Todo destilaba gravedad, salutífera gravedad. Todo invitaba a la celebración de las energías creadoras de la vida. Toda alabanza al brío mesiánico del arte se acrecentaba. Hombres que durante siglos han detentado, usurpado y acaparado un poder inmenso; hombres que durante siglos han influido sobre una vastedad de espíritus; hombres que durante siglos se han atribuido la condición de vicarios de San Pedro o, más lacerante aún, del mismísimo Cristo... ¿No se escandalizaría el humilde pescador de Galilea al ver su figura lujosamente estampada en los opulentos anillos papales? ¿No clamaría contra tanta riqueza, tanta pompa, tanta jactancia, tanto púrpura idolátrico, tanta suntuosidad de reminiscencias imperiales? Sí, vestigios ampulosos de esa Roma profana que lo crucificó boca abajo, pues no se consideraba digno de morir como su maestro y redentor... Y Cristo, ¿cómo reaccionaría si descubriera todo lo que ha perpetrado la Iglesia en su nombre? O bien se arrepentiría de haber venido a la Tierra para alimentar potestades indecorosas y boatos extemporáneos o, peor aún, como una deidad griega brutalmente encolerizada, cuya furia castiga el mundo con su tridente de rayos destructores, o como él mismo cuando sus brazos iracundos expulsaron a los mercaderes del Templo, fulminaría esta institucionalización inexplicable, este monopolio eclesial de ese mensaje tan sencillo que sus labios predicaron en los remotos desiertos de Palestina y a orillas del modesto lago Tiberíades, misiva dotada de una fuerza que sacudió los cimientos del todopoderoso Imperio Romano: la primacía del amor.

La tiara pontificia porta el peso de siglos y milenios, los ecos de tanta fe depositada en meros hombres, en corazones caducos que no cesaban de proyectar la mirada del cielo sobre la fragilidad de la Tierra. El prestigio y la supremacía, manantiales de los que han bebido los jerarcas de la Iglesia durante centurias y desde los que han expandido sus voraces ansias de hegemonía hasta los más recónditos rincones del mundo, se fundamentan en una argumentación conmovedoramente simple, pilar de las reivindicaciones católicas: la de haber recibido, como insólito cargo, el ministerio que el Salvador encomendó a Pedro. Esos hombres se ufanan de investirse de la dignidad apostólica que, según Mateo 16,18, Jesús confirió a quien tres veces negaría conocerlo. La deslumbrante inscripción "*Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam...*", que borda uno de los laterales de la cúpula y a cuya recreación musical Palestrina consagró una de sus muchas piezas maestras, pretende conmocionarnos con el sufragio de su emotividad, al recordar que el Obispo de Roma vela por las mismas llaves del reino de los cielos que Cristo concedió a su fiel Pedro. Sin embargo, amigos míos protestantes, muy versados en historia del cristianismo primitivo, me han mostrado cómo la apelación a la potestad petrina con cuya autoridad Cristo teóricamente obsequió a San Pedro, prerrogativa que recaería ahora en sus sucesores al frente de la Iglesia de Roma, se remonta a una época relativamente tardía. Basta con leer a autores tan doctos como Albrecht Ritschl y Adolf von Harnack, quienes han efectuado minuciosas investigaciones sobre la evolución de los dogmas y el desarrollo de las estructuras eclesiales, para convencerse

de esta evidencia, atestiguada profusamente en fuentes documentales de diversa índole. Además, las iglesias ortodoxas, artífices de riquísimas tradiciones teológicas y hogar de algunos de los místicos y santos más admirables del cristianismo, jamás admitirían esta exclusividad papal. ¿A qué o a quién se refería Jesús cuando hipotéticamente pronunció el célebre “sobre esta piedra”? ¿A la persona de Pedro? ¿A la fe de Pedro? ¿A Pedro y, por extraña derivación semántica, a sus ignotos herederos? ¿A la totalidad del colegio apostólico? ¿Al entero pueblo cristiano? ¿A la humanidad? Imposible elucarlo. Una base muy precaria, en consecuencia, para quienes sostienen su insaciable sed de poder (camuflada como voluntad de servicio: “*servus servorum Dei*”; ¡qué perversión del lenguaje!) sobre endebles argucias histórico-teológicas.

Habitáculo de disolutos *monsignori* cubiertos con los más finos ropajes, vestidos con cuellos almidonados y telas coloridas cuya elegancia afuligra su primor; jerarcas que pasean su ostentación con lascivo descaro y exhiben su comportamiento licencioso por amplias cámaras abovedadas y sublimes galerías bendecidas con la luz del Renacimiento: esto es el Vaticano, un áspero nido de intrigas, una madriguera de impúdica voluptuosidad, la guarida de algunos de los crápulas más libertinos y petulantes de todos los tiempos, el escenario de depravaciones inimaginables a las que sucumbieron muchos papas del Renacimiento, hundidos en las acciones más míseras, en los crímenes más ímprobos y deleznales que puede concebir incluso la mente más retorcida y ajena a cualquier atisbo de espíritu humanitario (simonía, envenenamiento, asesinato, intrigas y arbitrariedades de toda clase, odio, envidia, conspiración, enriquecimiento, nepotismo...). Pero quizás el egregio acervo artístico que legaron sus líderes a la posteridad lave estas manchas pecaminosas...

Todo en el Vaticano exalta la institución papal, tantas veces corrupta, retardataria y decadente, rémora para el libre pensamiento y costoso foco de atrasos sociales, sonoramente piramidal y lastrada por onerosos tabúes, pero siempre un signo imperturbable de que ni siquiera el tránsito de los tiempos apaga la pujante luz de la religión, de la fe, de una honda necesidad humana: la de un padre que nos brinde su amor y su ternura. Estimo anacrónica la representación de Dios que proclaman sus ministros y sellan sus dogmas milenarios, pues preconiza a un patriarca severo, entronizado en remotos sitios mayestáticos desde los que juzga, como impasible Pantócrator, el aciago mundo; a un varón anciano, regio y altivo, despojado de la frescura de una juventud flexible, serena y magnánima. Sin embargo, cualquier vestigio de recelo hacia el catolicismo, el papado y la gerontocracia vaticana que pueda eclosionar en mi alma se difumina, rápida y misteriosamente, cuando mis ojos gozan de la belleza de su arte, de la luminosidad profunda y tonificadora que desprende su fe en la vida, en la verdad, en el cielo; un credo que me seduce por su fuerza para forjar lo grande, lo resplandeciente, el reflejo de lo divino en la desfallecida Tierra.

Lo católico, lo universal, me fascina por su sentido comunitario, por su cohesión, por el consuelo tan cálido que derrama sobre sus miembros, elixir capaz de amansar el dolor y de suavizar la inquietud. Jamás se sometería mi espíritu a un cúmulo tan férreo de enseñanzas, muchas de ellas irreconciliables con el avance de la ciencia y con la libertad de la filosofía, pero una luz recóndita no cesa de embrujarme. Añoro la fe y desearía profesar esa esperanza tan firme que otros albergan. Los fastos de la liturgia católica me sobrecogen, porque me

transportan a dimensiones anheladas y me agracian con una inspiración incomparable. El mundo precisa de espacios ajenos a la vorágine, a la corrupción que ofusca las esferas sublunares con el desdoro de su devenir y de su caducidad, con la lacra de una concatenación de intereses indoblegables, de codicia y búsqueda desnortada de poder; y en la belleza de muchas iglesias romanas, ¿no he discernido voces angélicas que me imbuían de un deleite misericordioso e inconmensurable, quizás irrepetible en un enclave distinto al que nos ofrece Roma? Sí, qué fácil resulta asumir la fe católica en una ciudad tan impregnada de esta religión, circundados por copiosas iglesias que vierten de continuo su luz y su hermosura sobre nuestros rostros; rodeados de toda clase de clérigos, de diáconos, presbíteros y monjas cuyos negros ropajes evocan la incontrastable certidumbre escatológica de un cielo cromado de pureza y bondad; dirigidos por abades mitrados, obispos y cardenales que tejen ese cosmos ahormado a una mezcla ecléctica de realidades y fantasías, pero colmado de estética, tradición y solemnidad... Fuera de Roma no se percibe tanta luz, y toda fe flaquea. Ante la grandeza de San Pedro, la fe arrecia y el entusiasmo se fortalece con el vislumbre de unos cielos esperanzados, presagio de la dulzura futura que anegará la Tierra y redimirá el sentimiento. Frente a la cúpula de Miguel Ángel, augurios de eterna felicidad nos bañan con su munificencia.

Sí, Roma, inmortal Roma, santa Roma, en verdad rezumas una brisa imperecedera; en verdad te impones sobre el tiempo, porque desatas en la mente de quien contempla tu candor diáfano una experiencia única: la de revivir un pasado cuyo esplendor clama por inundar de luz el presente y el futuro...

XIII. El cielo en la Tierra: fervor estético en la Capilla Sixtina

Por mediación de un amigo de Münster gocé de una visita privada a la Capilla Sixtina. Él estudiaba en el *Pontificium Collegium Germanicum et Hungaricum* de Roma, erigido en 1552 bajo los auspicios de mi ilustre compatriota San Ignacio de Loyola, en una época indeciblemente compleja para la Iglesia de Roma, pues las naciones de lengua alemana se debatían, con esa virulencia que tantas veces exhibe el *odium theologicum*, entre la fidelidad al catolicismo y la conversión a la Reforma.

Tras atravesar largas galerías, y después de ascender por regias escalinatas que descargaban sobre mí toda la efervescencia estética y toda la pujanza de una institución que se impone a los siglos, crucé los umbrales de la Capilla Sixtina. Me acongojaba pensar que un pobre mortal como yo penetrase en este sanctasanctorum de la belleza. Pocas veces un hombre tan escasamente ejemplar como Sixto IV, Francesco della Rovere, quien a lo largo de su pontificado incurrió en toda clase de corrupciones, mereció que el destino lo inmortalizara de una forma tan magnificente.

Los mejores artistas del *Quattrocento*, como Perugino, Botticelli, Ghirlandaio y Rosselli, participaron en la decoración de los primeros frescos, pero es incontestable que lo más grandioso de la Capilla Sixtina entiba en las pinturas consagradas a representar, sobre el siempre frágil espacio de lo pictórico, las simbologías más importantes de la revelación judeocristiana, nobles metáforas de una historia salvífica cuyo finísimo hilo de Ariadna conduce desde la inyección primigenia del ser, de ese chorro de vida y alma insuflado con la creación del cosmos, hasta la consumación del decurso de los tiempos y la irrupción del Juicio Final. Un coloso como Miguel Ángel tardó años en completar estas escenas gloriosas. Meses de existencia solitaria sobre los andamios de la Capilla Sixtina, sin otro testigo que Dios y las vagas sombras de lo inefable, alumbraron una obra sublime. De un dolor inenarrable, la alegría más pura, la felicidad más exuberante, la luz infinita que diviniza el mundo de los hombres. ¡Oh tribulación silenciosa del genio! ¡Qué sentimientos de tristeza, impotencia, vulnerabilidad, ambición y furia no surcarían las inmensidades del alma de Miguel Ángel en tantos días y tantas noches de trabajos infatigables y de esperanzas insumisas!

Miguel Ángel bañó para siempre de luz la historia del arte occidental. Sobre la debilidad de la materia, su talento plasmó lo que antes creíamos patrimonio único del espíritu. Mis ojos, entornados deliberadamente para concitar las caricias del sueño más profundo, desfallecían ante tanta condensación de fervor estético. Inquietos, se desplazaban de un lado a otro, absorbidos por la refulgencia de la bóveda, pero simultáneamente atraídos por la suntuosidad de los frescos del juicio escatológico que embellecen la pared frontal con su séquito de huestes celestiales, de ángeles triunfantes que diseminan el relámpago de su claridad sobre un mundo oscurecido, ávidos de rescatar a quienes yacen prisioneros de la muerte. Me acechaba la locura, equidistante entre la razón y la fe, porque mis sentidos orbitaban sin descanso en torno a todas las secciones que componen los frescos de Miguel Ángel, como planetas que girasen abnegadamente alrededor de un astro inmóvil. Mi angustia miraba al primor irradiado por la bóveda, aunque inmediatamente se dirigía también a la atenta magia del Juicio Final. De modo intermitente, como veletas sacudidas por vientos huracanados carentes de orientación fija, por fieros vendavales cuyos embistes caóticos las hacen tambalear de manera impetuosa, aturdidas por semejante concatenación de efectos discordes pero concurrentes, mis pupilas volcaban su curiosidad hacia uno y otro fresco, hipnotizadas al unísono por la sincrónica exaltación artística que invade cualquier punto de la Capilla Sixtina. Nada humano sobrelleva tal dosis de plenitud. Nada humano alaba adecuadamente una perfección de tal calibre. Nada esculpido por el hombre emula lo que Miguel Ángel ha conseguido entronizar. Su genio ha alzado sus brazos primogénitos hasta las difusas extensiones del cielo, y ha asido esa antorcha que Prometeo conquistó en edades míticas, para ahora esparcir el sínodo de su fuego sagrado por la vehemente faz de la Tierra. Roma custodia su tesoro. Los dioses han escogido esta urbe eterna para que ampare, en su corazón, en las entrañas mismas de las colinas vaticanas, el espejo de la misericordia de un Creador compadecido de los hombres. Su clemencia ha cristalizado en unos frescos santificadores...

Y, en el centro, Cristo, el crucificado cuya sangre propicia el advenimiento de una luz dulcificada por un poder infinito: el amor. La luminosidad que permea estos frescos policromados adquiere tal intensidad que incluso el infierno parece bendecido por sus rayos autárquicos. Orígenes de Alejandría, una de las mentes teológicas más profundas, proclamó la redención final de todo, una apocatástasis que también arrojaría sus semillas redentoras sobre los ángeles caídos, pues nada podría escapar de los brazos amorosos de un Padre que suspira por la salvación de todas sus criaturas. Expuesto a una belleza que excede todo nombre y todo calificativo, toda hipérbole, toda metonimia, toda alegoría, toda veleidad exegética y desmitologizadora, yo me percataba de la hondura que barniza la doctrina acuñada por Orígenes en el siglo III. Todo ha de subsumirse en la luz. Todo ha de ceder el testigo a una pureza tan elevada, memorable y rehabilitadora, y ningún retazo de oscuridad debe resistir las amables y universales caricias que nos prodiga un sol inundado de generosidad. El fuego legendario que arde en los infiernos es hijo de la luz: la mecha de su llama abrasadora la encienden esas energías primordiales cuya manifestación más eminente, fértil y vigorosa converge con la luz, con la expresión superlativa del poder que ostenta la naturaleza para difundir su savia hasta las más dúctiles y recónditas esquinas del firmamento. Y yo era

partícipe de su inveterado aliento ontológico, de la bocanada renovadora que nos orea con su céfiro sobrepujado.

Absorto en la contemplación de un crisol ribeteado de colores piadosos, en especial de un azul iridiscente cuyos destellos blanquecinos me brindaban reminiscencias de un arco iris eterno, espectro de pulcritud que engalana las vestiduras de una santa mujer aferrada al amor de un Cristo victorioso sobre las heridas de nuestra condición mortal, me evadí del tiempo y me liberé de mí mismo. Encogido por cintas de luz, inhalaba salvación, aroma esquivo y delicuescente perfumado por esos frescos de pureza y benevolencia que, aun transidos de imágenes terribles, de tormentos inenarrables, de penas perennes y de castigos innominados que sentencian a algunas criaturas a destierros infernales y las alejan atrozmente de su verdadera patria celestial, evocan, por encima de todo, perdón, fe e indulgencia: la perseverancia absolutoria de un Dios que ha luchado por crear al hombre desde el pegajoso barro terrestre. No pude evitar verter una letanía regeneradora de lágrimas, enorgullecido por esta gesta tan admirable que había protagonizado un miembro de mi estirpe, un hombre de carne y hueso como yo, un individuo que experimentó la fusión de flaqueza y entereza que cohabita en cada uno de nosotros, esta naturaleza entreverada de oscuridad y luz, reflejos concomitantes cuya ambivalente mixtura define las vastedades de la existencia humana. Reverberaban en mi corazón las tribulaciones de Miguel Ángel ante la belleza imposible divisada por su mente, ante la excelencia que él aspiraba a alumbrar con la lábil delicadeza de sus manos. Su dolor arrojaba el mío. Un hombre, sí, ungido por Dios para vivificar su pensamiento en la elocuencia incomparable de la pintura, pero un hombre, Miguel Ángel, tan mortal como cualquiera de nosotros.

Una nubosa percepción agitó mi pecho. Toda belleza verdadera bebe del dolor y fortalece el sufrimiento, pues siempre inspira imperfección, finitud, ceñimiento a unos límites temporales demasiado angostos como para gozar, en plenitud, de la luz inmortal que preconizan sus dones. Yo lloraba sumido en un silencio esperanzador, anticipo de esa paz mística ansiada por todos los corazones limpios. El abnegado cicerone, quien, gracias a una resignación estoica, había permanecido paralizado en un mutismo absoluto, casi heroico, mientras los minutos pasaban sin que yo apartase la vista del Juicio Final, me ofreció un sobrio pañuelo, pero lo rehusé. Yo no quería enjugar mis lágrimas, sino desatar todo mi sentimiento, nutrir mis atónitas emociones con ese pan descendido de un parnaso estético. Nada mitigaría mi dolor, el fruto compungido de una enajenación mística ante la claridad más arrobadora, ante una delicadeza cuyo furor nos maravilla, nos ensimisma, nos petrifica gratamente en una imposible suspensión del inexorable tránsito que difumina el tiempo, para así sumergirnos en un mundo desbocado, egregio y sobreabundante, capaz incluso de conculcar las invencibles leyes de la naturaleza... Me recreé en mis lágrimas y, abismado en mi soledad, expuesto a una fecundidad sollozante que diviniza al hombre, comprendí el significado de esa frase tan enigmática atribuida a Dostoievski, "la belleza salvará el mundo".

Toda felicidad se halla condenada a fenecer bajo lápidas irrevocables. Cualquier instante que emane dosis de incommensurable delectación ha de claudicar ante el contraste, ante la tristeza, ante el dolor no abolido. Pero yo no deseaba marcharme de la Capilla Sixtina, pues ¿cómo regresar al mundo después de haber venerado este sacramento de la humanidad,

esta porción de cielo en la Tierra? El tiempo no podía mortificar mi espíritu y obligarme a que me distanciara de la Capilla Sixtina. Una voz interior me exhortaba a entonar, como el anciano Simeón, un *Nunc dimittis* a las alturas invisibles, a las bienaventuradas fuentes del poder, el ser y la vida, porque mi rostro ya había columbrado la redención, y yo no era capaz de volver a un mundo eclipsado por la finitud, a una historia inhóspita y a unos espacios indolentes. Mi auténtica morada residía ahora en la belleza, en su fuerza compasiva y resucitadora, en la degustación de su bálsamo mesiánico, caleidoscopio rebosante de grandeza y redención que nos han legado genios como Miguel Ángel. Nada disfraza la insoslayable asimetría que escinde mundos tan dispares como el divino y el humano, pero el frenesí del arte amortigua esta separación inquebrantable aunque vaporosa: templamos nuestra amargura y nos vigoriza con la fe en las posibilidades que anidan en el hombre, en su vocación a franquear toda frontera. Entreabre la ventana de lo eterno.

Sin embargo, nada brilla con tanta fuerza y majestad, encumbrado en la refulgente bóveda de la Capilla Sixtina, como el fresco dedicado a la creación de Adán. En sus propias manos, Miguel Ángel condensó toda la energía que nuestro género logra atesorar cuando su corazón se halla ascéticamente subyugado por la belleza, por lo sublime, por la búsqueda de un bien incondicionado que redima todo viso de dolor. El dedo de Dios se afana en rozar el delicado cuerpo del primer hombre, de ese símbolo de nuestro origen, de esa metáfora de nuestro enraizamiento misterioso en un mundo cuyo silencio nos inflige un sentimiento de rasa y desoladora orfandad, de aguda privación de brisas celestes. Plácidamente recostado sobre un vergel edénico que musita los silbos más amenos, Adán distiende sus miembros sobre una alfombra florida de verdes insondables que lo aprovisionan, sostienen y circundan, con una elegancia que ningún patricio romano, inmerso en banquetes pantagruélicos y en los fastos más opulentos, emularía nunca. Explaya su piel lívida ante la benevolencia de la paz primordial que imperaba en ese paraíso genesíaco descrito alegóricamente en la Biblia, y dirige su mirada laudatoria hacia el Padre celestial, hacia un caballero distinguido, hierático e imponente, cubierto con una túnica blanca dignificada por una limpidez sobrecogedora, flanqueado por joviales querubines que reproducen la alegría incomparable ínsita a toda infancia dorada, mientras extiende su brazo hacia el primogénito de los hombres con una abnegación dulce y aleccionadora, henchido de una condescendencia que tan solo transparenta amor...

Adán destila las rúbricas del gozo y de la juventud; Dios Padre rezuma solemnidad, pero la grave gloria que envuelve su figura no cesa de exhalar un aire cálido y de hálitos revitalizadores. Su aura enterneció mis ojos y serenó mi conmoción ante la suntuosidad que tapiza estas pinturas. El dedo de Dios volcado hacia el hombre; un Dios que no teme abandonar los cielos y sus preciosos e incólumes celajes laminados, su patria predilecta, para vivificar, con el adorado soplo que incoa su amor, a una humanidad herida, sí, estigmatizada y desgarrada por su egoísmo degradador, pero siempre hechura de sus manos, fruto del barro de la Tierra y del aliento de lo eterno, de ese espíritu insuflado por un Creador que prefiere compartir su omnipotencia con otros seres, hastiado de la soledad inveterada que lo acompaña en un universo sin principio... Como una tenue aliteración, el cuerpo de Adán se asemeja al de Dios Padre: si hemos sido creados a imagen de ese poder imperecedero desde cuya luz porosa todo dimana y en cuyo océano embelesador desembocan los riachuelos de

toda vida, ¿no han de converger nuestros respectivos cuerpos, nuestras constituciones materiales, nuestras victorias sobre una idea altiva y desencarnada que no asume el compromiso de sufrir y de cambiar? Y son cuerpos inescrutables, permeados de una elevación estética que supera incluso los cautivadores cánones establecidos por los clásicos en el apogeo de la cultura griega; cuerpos más hermosos que los esculpidos por Fidias y que los pintados por Apeles; cuerpos más firmes y ceremoniosos que la beldad de las Cariátides; cuerpos que encapsulan lo eximio, meta de todo arte y foco de todo deseo. Pero ambos cuerpos transmiten una llamativa sensación de libertad. Los percibo gráciles, ligeros, vívidos y nobles, como etéreas suspensiones desasidas en una atmósfera tan pura, sutil y gratamente liviana que cualquier atisbo de sujeción a lo caduco cede el testigo a un mundo nuevo, regido por la libertad, donde las exultantes alas de los hombres surcan el reino de lo posible y con júbilo alcanzan el níveo pináculo de un poder hialino e inmaculado, ajeno a las manchas que sepultan la inocencia virginal con cuyo don sueña todo espíritu puro.

Todo bullía de pasión, de vivacidad, de efervescencia. La mente flameaba sobre la gustosa pira de las mejores evocaciones estéticas, que abrasaban un corazón expectante. Nadie como Miguel Ángel ha captado el mensaje más hondo de las grandes religiones: el hombre no ha sido dejado al acaso; no ha sido arrojado a un cosmos incomprensible y hostil, porque el brazo de Dios no se desvanecerá nunca, y siempre le ofrecerá su amistad, su cercanía, su amor. Ojalá pudiera creer en esta historia tan bella y consoladora, tan llena de respuestas para una humanidad que grita en el silencio y trabaja en el vacío, pues al menos derrama un rocío muy hermoso sobre la melancólica oscuridad de nuestra imaginación; al menos nos comunica amor hacia la vida; al menos nos otorga el insustituible obsequio de una esperanza caminante que borra todo rencor y oblitera toda nostalgia; al menos nos sosiega...

Tal y como Miguel Ángel ha reflejado el concepto ancestral de lo divino, una idea cuyo fuego ha prendido en el abismo de la conciencia humana desde tiempos inmemoriales, la extraña y amable vecindad que exhiben sus reminiscencias me emociona. Dios comparece, en verdad, como un amigo de los hombres, como un benefactor de nuestra estirpe, como un auténtico Prometeo, apóstol del amor y heraldo de la generosidad, en cuya *kénosis*, en cuya humillación voluntaria se desliza desde las sagradas alturas de lo eterno para besar la atribulada superficie del tiempo y del espacio. Somos mitad hombres y mitad dioses, y en la trascendencia de su ser, quizás Dios acrisole una parcela de humanidad, pues ¿no debe subsistir, en la morada de la perfección, la totalidad? Si de su magnificencia y de su completitud se hubiera alejado todo vestigio de lo terreno, Dios no gozaría de un carácter absoluto; pero el Dios de Miguel Ángel rezuma humanidad, una proximidad paternal, amorosa y recopiladora que anhela transfigurarnos con el roce de su dedo omnisciente y enardecedor. Gracias a esta manifestación conmovedora de un Dios y de un hombre felizmente confraternizados, Miguel Ángel desacraliza el cielo y mistifica la Tierra. Es el mayor testimonio de fe que ha conocido el arte.

¿Y cómo expresar este imaginario mítico y desmesurado, cómo atrapar la exuberancia de intuiciones e inquietudes apelmazadas que agitan el espíritu con el alma arracimada de sueños solitarios? ¿Cómo incardinar, en la fragilidad de los verbos y en la frialdad de los conceptos, este destello beatífico que sólo el corazón, sólo la sangre fluyente desde las

entrañas de un sentimiento ya no fagocitado por la voracidad de la razón, de la Ilustración, de lógicas inhóspitas y desencarnadas, consigue acoger, logra encapsular en la liviana y alada palma de las manos del hombre tan pronto como nos disponemos a reflexionar sobre un mundo en cuya aurora despunte ese rayo de divinización suspirado por nuestro linaje desde aquella primera contemplación de las noches luminosas, murmurantes y estrelladas?

Sin las metáforas que nos proporcionan las grandes religiones, con prescindencia de ese lenguaje tan rico, colorido y pintoresco, tan rebosante de vida y experiencia como el que nos han legado las tradiciones de las más diversas culturas, jamás declamaríamos lo innombrable. La condición humana exige tal grado de compenetración entre el sentimiento y el lenguaje que sólo las mejores alegorías del arte y de la religión revelan palabras cuya trascendencia conspira, enigmáticamente, con los arcanos dominios de lo incognoscible. Tan solo en lo mitológico resplandece una afinidad genuina entre el ansia y lo inefable. Las transpiraciones de la esfera mitológica empañan incluso la elaborada fantasía de la *Lógica* de Hegel⁶⁴. Y la magia más excelsa que es capaz de concitar la creatividad humana baña esta obra de Miguel Ángel. El Dios Padre, de cabellos lechosos y encrespados, rodeado por ángeles de áureos rizos y mejillas sonrosadas, circundado también por misteriosas damas cuyos ojos intactos y perforadores embellecen su fisonomía, criaturas todas ellas glorificadas con la suavidad de unas pieles inenarrablemente pálidas y sedosas, de teces pulcras que esparcen tersura y diseminan una exquisita esponjosidad sobre las esquinas más remotas de un universo enaltecido de mansedumbre, lisura y agrado, tensa su níveo dedo para acariciar al hombre. Pero le concede libertad, pues ni siquiera se produce la tan añorada interacción física que irradie el furor salvífico del espíritu sobre la procelosa marchitez de la materia. Dios no toca nuestra mano; Dios no fuerza al hombre a aceptar su amistad. Nos invita a ella, pero sin menoscabar nuestra autonomía. En esta representación pictórica discernimos el icono de un don digno de la humanidad.

Nada nos obliga a buscar lo divino. Hemos nacido libres, y quizás lo divino radique en esta soberanía insondable que nos cubre y bendice con su perspicacia. La aventura del arte, la epopeya de la ciencia, la odisea de la ética, la responsabilidad de expandir el círculo de nuestra humanidad...: el reto de existir únicamente nos atañe a nosotros mismos. Transformar la Tierra y tallar el cielo incumbe a estas frágiles pero fascinantes criaturas. Para quienes profesen fe, para quienes hayan sido agraciados con un regalo que fortalece el amor a la vida y sana todo desánimo en este valle anegado de lágrimas, siempre persistirá la imagen de un Dios paternal, arquetipo de una íntima y antigua voluntad humana: el anhelo de que sus más altos ideales gobiernen también un firmamento enmudecido, cuya mezcla de luz y oscuridad no cesa de arroparnos. Pero subsista o no ese Dios alabado por el hombre desde recónditos amaneceres y noches esquivas, hoy he constatado cómo el genio de Miguel Ángel, la luz intercesora que se posa esporádicamente sobre algunas cabezas privilegiadas, sobre algunos espíritus cuyo tesón y cuya clarividencia ennoblecen a nuestra estirpe, ha rendido la más dichosa de las pleitesías a una diosa inmortal: la belleza. Mediante su obra, Miguel Ángel restablece los lazos rotos entre Dios y el hombre. Lo divino regresa a la Tierra, y vuelve a abrigarnos con su ingrátida limpidez. Una razón enemistada con el sentimiento recobra ahora

⁶⁴ Una leyenda tanto o más atractiva que la mitología platónica, sumeria o egipcia.

esa dulce armonía con el reino del corazón, simbiosis por tantos postergada al nebuloso plano de lo escatológico. La belleza sella su alianza definitiva con el entendimiento, un pacto dotado de tanta trascendencia que ha de permanecer reservado a la más profunda y regeneradora interioridad del hombre...

El dedo de Dios, solícito y de probada ternura, sediento de amor, ávido de fundir su mano con las extremidades de los hombres, deseoso de restaurar el equilibrio primigenio para recuperar la maravilla prístina que olea toda amistad dorada, condesciende a reconciliarse con nosotros. El poder eterno no nos desampara. No hemos expirado en ningún destierro perpetuo, porque persevera la fuerza inveterada del ser, ese aliento inasible y primordial que tonifica la vastedad de lo real y de lo posible, esa energía enigmática e indoblegable cuyo ímpetu propicia la primacía del ser y la derrota de la nada. La belleza rubrica nuestra glorificación. Cada vez que nos extasiamos al venerar con qué aplomo tan eximio ha fructificado el árbol de nuestra creatividad, todo sueño fenecido resucita, y la vida conquista una victoria heroica sobre la muerte.

El Libro del Génesis narra cómo Jacob contempló, embargado en un sueño doloroso, una escalera majestuosa que vinculaba la Tierra con el cielo. La surcaban continuas huestes armadas de suntuosos ángeles. Radiante y enigmática, ante él comparecía toda la grandeza que atesoran esas alturas, esa condensación de una fuerza incognoscible y seductora alabada por el alma de los hombres desde los inicios de nuestra indescifrable andadura a través de los predios del espíritu, mientras criaturas sobrenaturales desfilaban por una senda que fusionaba lo celeste y lo terreno. En una lejanía bella y esplendorosa, los perplejos ojos del hijo de Isaac divisaban los umbrales de la Jerusalén celeste. Sus peldaños dorados frisaban con la morada del Dios eterno. Hoy he visto la plasmación de esa escalinata custodiada por ángeles, cuyas gradas marmóreas colindan con los pórticos del más hermoso y puro de los cielos. Miguel Ángel la cinceló trabajosamente en la fragilidad de la Tierra, en la luminosidad de Roma, en la mística que horada las entrañas de la Capilla Sixtina. Sí, mis ojos han venerado hoy el puente que une lo humano con lo divino, y se han alegrado al comprobar con qué fervor el Dios infinito ha desplegado su misericordia hasta besar el mundo de los hombres y bañarlo de amor, confianza y luz... Porque la belleza límpida y tonificadora que preside la Capilla Sixtina, templo consagrado a la creatividad humana, exhala amor, derrama paz, esparce esperanza. Corona todo esfuerzo humano y enaltece toda utopía terrena.

Abrumado por tanta densidad estética, abandoné el recinto de San Pedro y de las murallas vaticanas. Me evadí todo cuanto pude de la aturdidora vorágine de Roma, ansioso de entonar, como Fray Luis de León, una oda a la vida retirada. Saturada mi sensibilidad, recalé en ese remanso llamado "*Il Gianicolo*", colina de tintes ascéticos aromatizada por vistosas flores que desprenden sus fragancias de paz hechizante. Se halla repleta de iglesias barrocas y loada con villas hermosísimas, erigidas por algunas de las familias más célebres de la aristocracia romana, como los Doria-Pamphili y los Corisini, linajes de papas, cardenales y distinguidos

coleccionistas, alcurnias poseedoras de unos apellidos incomparablemente alegres y luminosos, como casi todo en esta Italia que no desiste de fascinarme⁶⁵...

Desde las alturas desadormecidas de *Il Gianicolo* se obtiene una panorámica notablemente colorida de la ciudad. En honor del dios Jano, deidad encargada de regir los pórticos, los comienzos y los finales, augur del imprevisible porvenir, bifronte heraldo del destino, toma su nombre este vergel plácido ubicado a las afueras de la invicta Roma. En pleno *Risorgimento* se convirtió en un enclave de profundas evocaciones para los revolucionarios que, encabezados por Garibaldi, añoraban una Italia finalmente unida y rescatada del despotismo eclesial.

XIV. Münster, Bach y la santidad de la belleza

Desazonado a causa de fatigosas contrariedades que no me atrevo a consignar por escrito, he preferido pasear por las afueras de Münster antes de regresar a casa. Necesitaba imperiosamente airearme, inhalar fragancias frescas y tonificadoras capaces de insuflarme ese oxígeno tantas veces negado por un mundo universitario, el alemán, que a veces idealizo e idolatro, pero cuya atmósfera se me antoja periódicamente irrespirable. Sí, demasiada envidia entumece determinados ambientes. Demasiado recelo, demasiada crítica injustificada, demasiada mediocridad como para reconocer el mérito ajeno y disculpar los errores en los que, inevitablemente, todos incurrimos... Un conventículo excesivamente gris y entristecedor, aunque los momentos de felicidad que me brinda, esos instantes quizás efímeros pero majestuosos cuyas pulsiones me devuelven el amor por lo académico, la veneración por el reino de los doctos y la ilusión de consagrarme en cuerpo y alma a la labor universitaria, contribuyen a atemperar los numerosos episodios lóbregos que atribulan mi memoria.

Lo cierto es que el apremio de evadirme para recuperar el aliento, como escapatoria de esa prisión tan sombría tras cuyos barrotes me hallo encerrado con aciaga frecuencia, me ha permitido degustar el mayor placer que nos confiere la naturaleza: el arte. Sí, sucumbo a un oxímoron intencionado, porque arte y naturaleza se contradicen: el arte brota de las manos de los hombres y pertenece al círculo de lo artificial; la naturaleza, en cambio, remite a las fuentes primigenias de la materia, la vida y la fuerza. El hombre no ha creado la naturaleza, sino que ha surgido de sus canteras arcanas, de su poder inveterado para suscitar novedad y sofisticación. Sin embargo, el arte, aunque represente una de las producciones más eximias del espíritu, se encuentra firmemente entallado en el suelo de la naturaleza. Percibo un arte inasible, tan expresivo como algunas de las obras más sublimes que nos han legado la escultura ateniense, el gótico medieval y el Renacimiento italiano: una espiga dorada no por el hechizo que nos otorga la magia del astro rey, sino en virtud del anhelo humano de hermosura. Adorarlo me consuela, y me dispensa de todos los males que no cesan de afligirme, del veneno inoculado por la soledad, por la imposibilidad de toparme con otras almas y corazones que

⁶⁵ Aunque para denominaciones llamativas, ¿alguna mejor que la curiosa onomástica del Papa Pío II, paladín del humanismo renacentista y sucesor de mi compatriota Calixto III: Enea Silvio Piccolomini? ¿Qué preferiremos, Pío, Enea, Silvio o Piccolomini para transmitir encanto y brillantez?

verdaderamente entiendan la intensidad del dolor que hoy me aherroja, mi hiriente falta de respuestas.

Un paraje boscoso, indescriptiblemente verde e inmaculado, sede de paz, como si su seno plasmara esa quietud, ese *wu wei*⁶⁶ al que han aspirado tantos místicos; un paisaje diáfano, de rebuscada limpidez, coronado de formas embriagadoras que despiden magníficos torrentes de luz sobre rostros entristecidos; un escenario simple como ha de ser, si es que existe, la sencilla esencia divina... Su contemplación me ha sumido en el vilo más dulce hasta rayar la entronización del crepúsculo, pues me ha interpelado con los extraños compases de su aquiescencia.

En cuanto mis ojos se han volcado a perforar, despojados de cualquier ánimo violento, la belleza irradiada por esa extensión colorida y nítida, he alabado la docta aurora del sosiego, del acompañamiento, de la ayuda. Me ha poseído una profunda gratitud, sembrada de palabras nobles y de emociones honestas. Se ha disipado toda disyuntiva entre el bien y el mal, porque tan solo he sondeado luz, caridad y pureza: el bien en su tersura angélica, apto para redimir todo mal con su mano misericordiosa; sin condenas, sin rencores, sin deudas no saldadas, sino bendecido con ese espíritu magnánimo que concede el perdón y borra toda huella oscura e inhóspita, deseoso de que únicamente brillen la libertad y la utopía... Toda tibia y penitencial impresión de abandono se ha desvanecido, y he logrado suspender el poderoso avance del tiempo. La felicidad me ha arropado con su manto, y una brisa inefable me ha abanicado con su santidad, con los ósculos prodigados por unos labios de bondad, tiernos, pulcros y carnosos, ávidos de besar semblantes abatidos, aves de suave plumaje que apacientan la razón y amansan el sentimiento. Toda preocupación ha fenecido. Todo rencor se ha diluido. Toda negrura ha cedido el testigo a la irrupción de la más pujante y consoladora luminosidad.

Resucitado por esta sensación inescrutable, divinizado por este contacto con una belleza tan vívida y despejada que ella sola sacia mi ardiente sed de un don en realidad ignoto, he deambulado tranquilo. De regreso a casa he vagado intencionadamente por un itinerario más largo, porque aún me urgía explayarme y dar rienda suelta a un exceso de energía que fluía por mis venas y se enseñoreaba de mí. Caminar por las intrincadas callejuelas que moldean el centro de Münster me ha revitalizado. Ha propiciado que absorbiese esa fuerza, esa potencia indómita y perturbadora que vibraba en mí con ecos atribulados, como un fantasma inquieto que, perdido en las rutas sinuosas que trazan las noches más confusas, clamase por retornar a su mundo plagado de espíritus, hechizos y sueños.

Se aproximaba la hora del ocaso, y los sollozos escarlata de un Sol declinante me han inspirado. Amanecerá un nuevo día, dotado de una luz que quizás ya no me ilumine, pero la naturaleza proseguirá, náufraga en océanos inciertos. Toda la belleza que hoy admiro también presidirá el flamante mañana, y el más remoto futuro, al igual que mistificó el universo del

⁶⁶ En chino, “no acción”, una de las doctrinas fundamentales del taoísmo, exhortación a venerar la armonía de la naturaleza y de su hacer espontáneo. Como en toda filosofía de tintes quietistas, el peligro acechante es siempre la resignación ante lo dado, la sumisión a los inderogables designios del mundo. En el equilibrio entre acción e inacción se decide el progreso de la humanidad.

ayer desde sitios inalcanzables. Si lo que yo busco, si el fulgor que me subyuga incansablemente, mora en la belleza; si todo lo que anhelo se condensa en una síntesis imposible de amor, hermosura y sabiduría cuya unificación encapsula la mayor riqueza deparada al pensamiento humano, pero cuya fuente palpita en la naturaleza, en el mundo, en el silencio impasible que todo lo envuelve con su túnica recamada, ¿qué habré de temer? Quizás no se alcen más ojos que otean el incomparable espectáculo de esta belleza enmudecida, perenne y abnegada, pero su realidad, su más cruda, tajante y aleccionadora verdad, no se difuminará en las imperceptibles redes del vacío, sino que continuará enclavada en el corazón mismo de un cosmos sangrante. ¿Por qué tolerar entonces que el pavor ante la muerte me fustigue? ¿Dónde habita el miedo en la naturaleza? Todo en ella transmite valentía, poder y creatividad; un coraje sobrecogedor que no se empequeñece o amilana ante los crecientes retos, ni jamás se acobarda ante las pertinaces intimidaciones de la muerte, ni desiste de trastocar lo dado y de fraguar lo nuevo, sino que arrostra cualquier desafío. Y yo soy hijo de la naturaleza, vástago enorgullecido de su efervescencia creadora, de su arte, de su originalidad. Todas las enseñanzas de la ciencia y de la filosofía se resumen en una proposición tan austera como evocadora: somos del mundo. Respeto profundamente a quienes piensan que la auténtica patria de la humanidad hunde sus raíces no en la Tierra, sino en el cielo, pero toda imaginación de lo celestial, todo vislumbre de su grandeza y de su estética, bebe de las solícitas fuentes que arman la textura de la Tierra. Todos los credos que ha alumbrado el infatigable espíritu de los hombres, todos los dogmas que reivindicán el carácter de verdad revelada, todos los manás descendidos de las alturas para alimentar el hambre de conocimiento y amor que invade la existencia humana, ¿no brotan siempre de nosotros mismos? ¿No vivimos ya en la divinidad? ¿No se incoa aquí, en la profana Tierra, un cántico que alegra los cielos? ¿No hemos plantado una semilla, fecundada por el corazón, desde la que florece el árbol de la fe, de la moral, de lo eterno? ¿No constituye la vida el preámbulo ineluctable para que alboree, con su claridad salvífica, la aurora de los dioses? ¿No dice la Escritura “sois dioses”, y no repiten los labios del mismísimo Jesús este versículo misterioso?

Pero antes de llegar a casa, he experimentado un milagro. Todo lo que ha dimanado de este acontecimiento me parece transformador. Muchos también lo habrán vivido, pero nada sustituye el testimonio personal, el relato de un sentimiento reservado a cada uno de nosotros en nuestra intimidad más acuciante; en esa entraña que fomenta nuestra propensión insanable a considerarnos el centro del universo y el espejo de la divinidad; en esa provincia inasible que nos convierte en portadores de una antorcha que nace y muere con nosotros, de una huella cuya rúbrica jamás se reiterará en el devenir de la naturaleza, sino que persistirá o perecerá irreparablemente con cada individuo... Todo ha sido ya vivido, todo ha sido ya pensado, todo ha sido ya sondeado por los dilatados tentáculos de la sensibilidad y de la inteligencia humanas, mas ¿no percibe cada uno de nosotros la vocación de vivirlo, pensarlo y escrutarlo por su cuenta? ¿No nos llama una voz desconocida a acariciar la vastedad del mundo con nuestras propias manos, y a encaramarnos a las cimas más elevadas para que nuestros propios ojos se estremezcan ante el inefable enigma de la vida?

Estoy seguro de que muchos antes que yo habrán franqueado los pórticos de una humilde iglesia arrinconada en un callejón estrecho, atraídos por la majestad de una música que despliega todo su fervor frente a sus oídos aguzados y expectantes. Sus notas se clavan en

nosotros como nardos olorosos y purificadores... La obra que me ha arrastrado con su imán irresistible no ha sido otra que la *Toccatà et Fuga*, de Johann Sebastian Bach. Con su reducido, con su minúsculo tamaño, con su delicadeza, manos refinadas conducían un órgano verdaderamente mayestático, de impecable estilo barroco, uno de los muchos tesoros escondidos que nadie presagiaría descubrir en un templo tan sobrio, transido de esa atmósfera tan desnudamente puritana (o incluso pietista) que mistifica numerosas iglesias de Alemania. Me amartelaban exquisitos compases, melodías arrebatadoras, entreveradas de gravedad y cercanía, oscuras pero luminosas, impactantes, abrumadoras por su carácter ceremonioso, hierático y exaltado... Una música que infunde éxtasis y arrobamiento, sobresalto y relajación, pánico y silencio, me ha sorprendido y ha detonado mis delirios melómanos. Por supuesto, conocía gratamente esta célebre obra del compositor de Eisenach, pero el azar ha querido que sólo en el atardecer de este día columbrara una belleza demasiado catártica para mí, vivificada, mientras regía el crepúsculo, por las tersas dicciones del arte. Escucho a Bach, y me siento divino. Mis aspiraciones se extinguen y emerge un hondo cielo de beatitud. Es innegable: una llamada vigorosa congrega mi imaginación, mi intelecto y mi voluntad cuando me sumerjo en las templadas aguas de lo sublime.

Todo rezumaba dignidad, un esplendor mayor que los fastos más dispendiosos de la Roma imperial, una suntuosidad con cuyos dorados y augustos ecos exultan esas emociones que dormitan, aletargadas, en el omnipotente corazón del hombre. Una fusión imposible de terror y paz, una mixtura de cólera y estabilidad, una miscelánea de espanto y reposo, una simbiosis de presura y pausada lentitud, un entrelazamiento de prudencia y conmovedora desmesura, una invitación a arrodillarse ante lo grandioso, a postrarse ante una magnificencia recapituladora que supera cualquier idea trenzada por la mente de los hombres: la pugnacidad de un misterio tremendo y fascinante, tal y como lo han vislumbrado los mejores teólogos, santos y anacoretas, ahora aposentado en los severos compases que concibió Bach, en esa perfección espiritual y matemática que baña sus obras más excelsas... ¡Oh luz, oh sacralidad, oh limpidez crucificada! Bach desprende armonía, una pureza geométrica reminiscente de los más logrados almocárabes, un equilibrio supremo entre las partes y la totalidad, imbricadas en una catedral de proporciones comedidas que recoge simétricamente un caleidoscopio de imágenes y sentimientos. Con gracilidad, energía y finura, la música de Bach culmina una síntesis recopiladora de todos los opuestos, un enaltecimiento de cualquier intuición hasta esa esfera incapturable en la que palpita, gozosa, la verdadera plenitud. Nos introduce en su pujante crisálida y nos redime de toda debilidad para transportarnos a la órbita de lo eterno, al ámbito de una exuberancia cegadora que nos salva con su belleza inmarcitable. Es el infinito verdadero de Hegel, rostro del absoluto y preludio del cielo...

Tanta profundidad me sobrecoge, me inflige dolor. Mi yo languidece cuando se enfrenta a un símbolo diáfano de ese poder inveterado, de esa fuerza imperecedera y copiosa que nos llama por nuestra onomástica, como si se hubiera familiarizado con nuestra identidad inescrutable. Una luz demasiado intensa me reclama. Labios que musitan palabras en el cielo se dirigen a mí, y me traspasan con una espada cuyo soberbio filo me despoja. Huestes angelicales disparan sus flechas luminosas contra mí, asaetean mi corazón con dardos que me insuflan un temor sacro, una piedad ante la vida, la muerte, el ser y el misterio que jamás habría augurado en una criatura inundada de escepticismo.

¡Oh humildad que prodiga el arte de los genios, la estampa de lo sublime, la exposición ante la flagrante perfección que exhalan compases orquestados en el paraíso! Ojalá no cese nunca de irrumpir esta cadencia sagrada, cristal de lo divino, lupa que agranda nuestros ojos para que observemos todo un mundo anegado de belleza y abundancia, esquivo a corazones rotos y embebidos de su propia fatuidad... Perdóname, belleza, bríndame tu conmiseración, absuélveme con tu clemencia, porque he pecado contra ti, he sucumbido a mi yo asfixiante, he suspirado por luces ambiguas y desmadejadas sin entregarme, en alma y cuerpo, a la alabanza de tu luz. Sólo la hermosura me indultará, con una compasión libre que refleje la magnanimidad de lo innombrable, de lo altísimo, de un dios encarnado en cada sentimiento puro, noble y bello que abrasa el alma humana con el fuego de su amor.

Estas letras mustias que hilvano con dificultad palidecen ante la luz desbordante que hoy han contemplado mis ojos. Un juez inflexible nos ha condenado a vivir más de lo que nuestros labios son capaces de expresar y más de lo que nuestra rígida memoria consigue apilar en ese castillo fortificado por recuerdos y almenado por sueños fenecidos. Esta terrible ambivalencia conmociona y honra lo humano. ¿Aflojará una musa benevolente nuestro cúmulo de tensiones insufribles, la espiral de dudas cifradas que se ciernen sobre todo espíritu atormentado por la acechante sombra de la contradicción? Lo ignoro, pero ahí está el arte...

XV. Fragmentos del *Réquiem*

El cielo plañe desconsoladamente, y derrama un diluvio ensordecedor. El retumbante fragor que las densas gotas de lluvia infligen sobre el cristal de mi ventana me distrae con su incómodo repiqueteo. No logro concentrarme. Ideas advenedizas se arremolinan en mi mente con violenta rapidez. Galopan intuiciones insondables cuya magia asaetea el alma con sus dulces y evocadores dardos aterciopelados; conspiran memorias, inquietudes y recelos. Pero la tormenta escampa de manera milagrosa, y despunta un exuberante arco iris. Su policromía desentumece las alturas de Münster, y tan solo alborea claridad. Reverdece la agreste vida. Me entenece tanta luminosidad. Sofoca la rebelión arcana que se desata en mi corazón cuando mi intimidad más profunda se ve aherrojada por la soledad. Sí, ¡ya regresa la luz!

Me obsesiona escuchar los mejores réquiems, como los vivificados por Mozart, Cherubini, Verdi y Fauré. Son tesoros aljofarados de belleza y sugerencia, creaciones en cuya hermosura ha cristalizado un anhelo de plenitud, grave, docto y ennoblecedor, que misteriosamente habita en todo espíritu, en las hondonadas de todo ser finito cuyo interior clame por la infinitud. Me fascina cualquier música que me recuerde mi caducidad, la inminencia del severo fin que me trasladará a un destino estremecedor y desconocido, porque temo a la muerte. Su noche me sume en la perplejidad, aunque un credo de cadencia panteísta me conmine a abrazar una idea carente de esperanza: mi ser se disolverá en la vastedad del mundo y retornará, como hijo pródigo, a las fuentes seminales de la materia y de la vida. Toda la energía que la naturaleza me ha concedido custodiar en el transcurso de la existencia se disipará en el inmenso océano de lo inerte, inexorable y silencioso. La tierra me reivindica. Amenaza con absorberme, con engullirme como a un nutriente vulgar en un proceso de fagocitosis. Su bestia enmudecida me persigue, abalanzándose violentamente sobre mi fragilidad, pues incesantemente me codicia. Unas voces espectrales, fantasmagóricas y estentóreas, gérmenes de un terror no exorcizado, labios que murmuran en la esquivo lejanía, me indican tenaz e ininterrumpidamente que soy un vástago de la tierra, un retoño autóctono fertilizado por este suelo herido de tanto dolor, de tanta lágrima derramada desde la ígnea aurora de los tiempos. El sufrimiento me solicita: soy heredero de la muerte, y para que yo naciera fue preciso el fenecer de otras muchas criaturas que, con orgullo, reciedumbre

y aplomo, se habían alzado sobre la superficie de la Tierra con anterioridad a que mis ojos ávidos contemplasen la centelleante belleza del Sol, así como la estética indescriptible esparcida por ese brillo con cuyas irisaciones titilan las estrellas que rezan, agolpadas, en las noches más rusientes y amorosas.

¿Cómo pueden algunos sosegar con la consideración de este horizonte que a todos nos aguarda? ¿Cómo pueden los escépticos, los agnósticos e incluso los desconcertantes panteístas respirar tranquilos ante un destino tan implacable, deshumanizador y lúgubre? Nosotros, seres dotados de racionalidad, individuos cuya autoconciencia nos catapulta a un cosmos trenzado de formas eternas y autosuficientes, nos aferramos a la rasa evidencia empírica, al hecho incontestable de que cualquier viviente expira, diluido en esa agonía inconcusa a cuya lobreguez todos nos hallamos abocados. Pero un ímpetu profundo y estruendoso vibra en mi interior, y esas convulsiones vehementes e incapturables, esos temblores aciagos, me agitan y sacuden con los aullidos trepidantes e inasibles que profieren focos recónditos, faros que yacen atrincherados en una estancia furtiva y abisal del sentimiento. Me exhortan a desear un porvenir distinto al futuro desazonador hacia cuyo reino, triste y oscuro, me encamina la fría y desconsolada fatalidad de la lógica.

Quisiera liberarme del temor, de esta reflexión turbadora, de esta indagación en el sentido de una muerte que sólo genera en mí tensión y dolor, un sobrecogimiento pavoroso teñido de angustia. Yo aspiro a una vida eterna, beatífica y fulgurosa. El trono del sentimiento esboza en mi imaginación retazos de un cosmos surtido de dicha e inmortalidad, ornamentado por las álgidas emanaciones de un gozo inagotable que sólo la voluntad divina sería capaz de infundir en almas irredentas...

Sí, soy sentimiento, soy corazón, soy ansia insaciable de perdurabilidad. Soy sueño, soy anhelo, soy utopía, soy vislumbre de lo imposible, soy una voz que gime de inaudible impotencia; pero también soy razón, moderación, sometimiento, límite, discernimiento y frontera: serena abdicación ante los decretos que potencias inescrutables han prestablecido desde la más remota constitución de este mundo. El intelecto me acongoja y abruma, me aflige y apena; su penumbra obtura desoladoramente la vista, que migra ahora sin rumbo, náufraga como nave zozobrante cuya singladura ignora el puerto al que debe arribar. Un lamento desgarrador se apodera de mí. Me entregaré a la música, al deleite, a esa quietud que han predicado los místicos de todas las culturas, edades y religiones: al atisbo de una unidad y de una plenitud que sólo el corazón aprehende en sus momentos más genuinos e inefables. Quizás mis heridas sólo cicatricen si las expongo a las bondades del arte, a esa magia inconmensurable que fluye con libertad y se balancea con delicadeza, y cuyo objetivo tan solo estriba en colmar el alma de luz, pureza y generosidad inmaculada.

Recientemente instalé un gramófono en mi estudio⁶⁷. Con lentitud, armonía y parsimoniosa claridad, con una calma que parece sobrevolar el proverbial verdor del paraíso

⁶⁷ Me siento tentado de concebir esta estancia que integra un típico edificio ubicado en el centro de Münster, una modesta pero acogedora habitación llena de libros y apuntes, como el reflejo de mis tribulaciones intelectuales y de mis intereses sentimentales más hondos, como la cámara que custodia el misterio pascual de mi soledad sollozante y afilada.

celeste, paz desprendida por sus vientos más propicios, el aparato reproduce ahora el *Réquiem* de Gabriel Fauré. Conmovido, como si una lanza blandida por ángeles hubiera atravesado mi corazón con su pureza, me detengo en el célebre *Pie Jesu*, en ese don profundo de Dios que por sí sólo justifica todo sufrimiento; porque al imbuirme de su hermosura, toda oscuridad se desvanece, y sólo despunta una luz, un bien y un amor que salvan a la humanidad de manera silente e imperceptible, con una gracilidad reservada a quienes se abran, bañados de esperanzadora humildad, a la contemplación de lo puro, de lo incondicionado, de lo imperecedero.

La voz de la soprano reverbera de modo majestuoso, solemne, deslumbrante. Serena mi corazón adormecido. Suaves, me hieren las oscilaciones de unos sonidos que exhalan haces de pureza conmovedora, como caricias enhebradas de belleza que fluctuasen en un universo rosado de limpidez y suspensión, en cuya diafanidad se hubiese disipado toda opaca espesura, toda gravedad y toda sombra, y sólo resplandeciera una sencillez que refleja lo último, lo divino, lo eterno: el despliegue del asombroso milagro de la creatividad. ¡Esos compases de refinamiento, evocación y hondura se dirigen a mí, apuntan al fondo de mi corazón, laceran mis oídos con su abrumadora belleza y conquistan la posteridad, porque un ser frágil y agostado no puede tolerar más esta exposición a un arte dictado por labios celestes! La verdad que yo busco, con una mezcolanza que hibrida dolor y pasión, ha logrado encarnarse en esta música hialina. Sólo los escalofríos que en toda alma sensible produce la meditación sobre la inexorabilidad de la muerte forjarían esta joya. Sólo un desvelo tan intenso e indescriptible, sólo las declamaciones de un espíritu turbado ante la contemplación de lo efímero de la vida y de la magnitud de todo anhelo conseguirían legar a las generaciones venideras una expresión tan nítida e implacable, transida de sinceridad y de tristeza, inundada de esa consternación cuya punzante oscuridad dimana de una responsabilidad impostergable y premiosa: la de asumir el destino, pues la vasta y noble pléyade de deseos justos y enaltecedores que ha albergado el hombre debe perecer irremisiblemente, debe abandonar la angostura de este mundo para franquear unas fronteras innombrables e invisibles.

Pero confieso que ni siquiera la inspiradora melancolía que derrama esta música de *Réquiem* me angustia de forma irreparable, porque también absorbo destellos de luz, salpicados de esperanza. La voz de la soprano, ahora metamorfoseada en sierva leal de la estética más alta, madura y efusiva, trocada como si un ángel hubiese secuestrado su cuerpo para transverberarla con un espíritu que sólo disemina fulgor e inocencia, la virginidad de una nueva doctora mística que maravillaría a Bernini, ¡qué solícita se muestra hacia mis inextinguibles deprecaciones de una belleza que me consuele, redima y transfigure! El séquito de mis ansias se proyecta sobre un espacio bordado de infinita y relumbrosa claridad, presidido tan solo por un viento embargado de pureza y bañado de inmutable sencillez. Me inviste de confianza en la capacidad del hombre para alcanzar las metas más elevadas, fructuosas e intemporales: el amor, la belleza y la sabiduría. Obra el prodigio de que el agua de la vida se convierta en el vino del sentimiento.

Sí, escucho incesante, desconsolada, fervorosamente el *Pie Jesu*. Con análogo ardor advierto cómo se desgarran el alma al degustar la *Missa Solemnis* de Beethoven. Su *Agnus Dei* me envuelve con una belleza salutífera, para después saborear un *Kyrie* sublime. Acudo

asimismo a la *Pétite Messe Solennelle* de Rossini, cuya armonía intrigante y severa funde el longevo entusiasmo religioso de Italia con la hondura emocional del alma romántica. También viajan mis oídos a la *Liturgia de San Juan Crisóstomo*, en la versión de Tchaikovsky y en la de Rachmaninov. El himno de los querubines me extasía, me vivifica, me redime, y en cuanto sucumbo a sus encantos, todos los rincones del firmamento me hablan de inocencia, generosidad y mansedumbre. Me expone a un misterio eterno y sacro, cuyo recogimiento me acaricia dulcemente y cuyas aguas suaves, frescas y resucitadoras anegan las depresiones más recónditas que recaman la textura de mi espíritu. Un impulso, de génesis desconocida y probablemente incognoscible, me exhorta a suplicar amor a unos cielos vastos y puros. Es inexplicable por qué mi esencia más profunda se dirige a las murmuraciones de esas alturas inasibles que jamás desistirán de fascinarme, pero lo cierto es que cuanto más arduo se nos antoja creer en ellas, cuanto más se resisten unos corazones gélidos y endurecidos, aunque también solitarios, vagabundos y ansiosos de afecto, más anhelamos unos brazos que nos transmitan la alegría de la vida. La realidad es contundente, y unas manos amorosas llaman a la puerta de un corazón magullado para invitarlo a implorar: “¡Oh Señor, si existes, rescátame de mí mismo!”

En el "*et lux aeterna luceat eis*" de Cherubini reverbera para mí el llanto de los ángeles. En sus lágrimas seráficas escucha mi corazón llorar a la fuente de la vida, y con sigilo percibe el piadoso fluir de los manantiales del amor. Son destilaciones de dicha, suaves gotas que se deslizan desde ojos pulcros e incandescentes, húmedos balcones por cuya dorada claridad se asoman risueños querubines, rostros bendecidos con el imperturbable sol de la juventud, miradas de una jovialidad que corretea por prados excelsos e inalcanzables, criaturas tan acostumbrados a gozar de la felicidad beatífica que incluso al prorrumpir en gemidos difunden belleza, templanza y sabiduría. Jamás habría pensado que un compositor de carne y hueso, artífice de un sentimiento estético bañado de tierna y fatigada finitud, fuese capaz de conjugar una melancolía tan sincera y reveladora, tan impregnada de esa desazón que es hija de un dolor eterno, con retazos de serenidad y dulzura dotados de una limpidez incomparable, esbelta y aquilatada.

¡Gracias, alturas innombrables, por otorgarme este don que me redime, estos focos perlados de una pureza subyugante, honestos e inmaculados reflectores de la síntesis que neutraliza cualquier oposición, cualquier disparidad, cualquier desavenencia: la armonía de todos los contrarios y la fusión de todas las antípodas en una paz indivisa, en esa túnica inconsútil cuyo vislumbre más simple sana al unísono nuestra agonía y ensalza nuestra voluntad atónita! Sin embargo, ¿por qué degustar tan hondamente la belleza inalienable de una música exhalada por los cielos, si mi espíritu sabe que este gozo sobrenatural, este ámbar cuyos destellos iridiscentes germinan desde parnasos imperecederos y recónditos, sólo me brindará un deleite efímero y tullido, un tenue resplandor de gloria que me recordará la amarga indolencia del tiempo, la caducidad del mundo y la oscuridad de la condición humana? ¿Cuándo cesará este clamor por un arte que evoque en su apogeo la dicha virginal del paraíso, si soy silencio, ignorancia, polvo, quimérico vacío...: sombrías ráfagas de muerte y lobreguez?

Como minúsculas gotas de lo que antes yacía aletargado en noche y escarcha; como efluvios sutiles de un rocío matutino avivado en el amanecer de la morada de Dios; como

líquidos abnegados que resbalaran milagrosamente desde ese cosmos insondable para regar y bruñir, con sus bálsamos y elixires, la sequedad de esta tierra inhóspita y desarbolada, patria en la que cunden el odio y el irremisible olvido, existen determinadas composiciones musicales que por sí solas justifican todo mi dolor. El universo necesita un contraste para resaltar la beatitud más diáfana, pero a veces intuyo una magnificencia indescriptible y unificadora que desborda la amplitud de la imaginación humana. Su pureza sella ese abismo profundo entre el bien más elevado y el horror más lacerante que se había encarnado en cada alma. La adusta fealdad propagada por muchas de nuestras acciones, junto a la monstruosidad ínsita a tanto sufrimiento diseminado sobre la inmensidad del mundo, nublan cualquier atisbo de lo divino, pues únicamente transmiten negatividad, terror infranqueable. Sin embargo, en ocasiones despunta la chispa de una hermosura tallada en forma de sabiduría y bondad. Su magia nos transporta a lo perfecto, primigenio e indiferenciado: a una armonía honda y luminosa, a cuya noble luz el universo se nos muestra como carente de fisuras, y se yergue ante nosotros con su más rico bordado, embellecido por finas y sedosas telas que todo lo encapsulan en su elegante plenitud. Yo sucumbo ante ella. Yo me entrego a su contemplación. Yo vivo para descubrir el rayo más frágil de este mensaje procedente de lo sempiterno, de esta misiva que encumbra mi alma y mi asombro hasta la más conmovedora exaltación poética. Yo he nacido para ser partícipe de ese hogar celeste desde cuya pudorosa claridad un Dios, que para mí equivale al sentimiento, al desgarrador sentimiento, al corazón sangrante que tan solo emana invisibles amores cristalinos, me acaricie con su docta y lírica mano. Voces interiores mascullan palabras tan puras como para insuflarme un apego sagrado hacia la vida...

Un fragmento del *Réquiem* de Mozart no cesa de subyugarme: el "*Recordare*". Su belleza es demasiado intensa, demasiado penetrante, demasiado amorosa. ¡Tanta profundidad musitada, tanto vigor evocativo, inspirador e íntegro...! El tronar de una cascada transparente se derrama delicadamente sobre mí, y me anega con su fulgor irreprochable y su frescura intacta. La escucho constantemente, y mi corazón tiembla cuando sus dicciones convergen en una resolución armónica, mesurada pero imbuida de destellos sinuosos, esquivos y ambivalentes. El frío de mi espíritu se derrite ante las cálidas efusiones de esa hermosura insuperable que refleja sentimientos ineluctablemente contradictorios, emociones anfibológicas, perennes moradoras de tierras dispares cuya pujanza invade el alma que reflexiona sobre la irrevocabilidad de la muerte. Me infunde un temor de tintes sacros entreverado con una aceptación resignada. Sé que de la muerte brota también la brillante semilla de la existencia, del crecimiento, de esa transformación que, gracias a su poder, a su ingenio y a su imbatible despliegue de creatividad, enriquece el mundo y la totalidad de parcelas que trenzan la corona de la vida; pero con su advenimiento se desvanecen pasiones, amores e ilusiones... ¿No rubrica entonces la más flagrante injusticia cósmica?

¡Oh armonía que exhalan los compases dictados por un dios a un espíritu terrenal, hambriento de hermosura! Vuestras fluctuaciones vendan mis ojos, me deslumbran con una emanación tan desbordante de luz que eclipsa por completo la angostura de mis sentidos. De manera inescrutable, sus movimientos vibrátiles y elusivos desembocan en un océano saciado de paz y quietud, abastecido de sosiego, simplicidad y mansedumbre. *Ingemisco tamquam reus...* Como olas de belleza cuya tranquilidad, cuyo don insondable y concatenado halaga las escarpadas orillas de mi ser, venís a mí, sonidos revelados por criaturas angélicas. No os olvide

nunca. Sólo por comprobar cómo vuestro primor y vuestra pulcritud transfiguran mis oídos y apaciguan mi mendicante soledad vale la pena existir. Sí, hemos nacido para degustar belleza, amor y sabiduría. Todo lo demás es falso, pues con su rayo indoblegable, la verdad señala la hermosura, el bien, la virtud, la amistad..., como metas que justifican el sufrimiento inherente a toda vida.

XVI. A Wagner y Mendelssohn

Acuden a mí las voces del coro de los peregrinos de *Tannhäuser*, obra maestra del inconmensurable genio musical de Wagner. Precisamente advertir lo eximio de su creación me impide entender cómo espíritus tan grandiosos han sido capaces de albergar un odio tan feroz e insanable hacia ciertas gentes, y en particular hacia los judíos. En cualquier caso, mis oídos se apasionan al escuchar "*Der Gnade Heil ist dem Büßer beschieden*". Es una belleza tan pura que asesina el deseo. Nada más alto puede convertirse en objeto de una voluntad que ha inhalado las brisas líricas de este aire mesiánico. La muerte de toda aspiración estética, sepultada por la contemplación de una luz sagrada, propicia la resurrección del arte verdadero y la eclosión de una gracia divina: el amor que magnifica al hombre y lo redime de todo vestigio de oscuridad. Si ya hemos sido expuestos al perdón que nos concede lo sublime, sólo nos queda entregarnos a enaltecer el sentimiento a través del amor, de la eterna alianza del amor.

Aún no me he recuperado de la estremecedora hermosura que congrega el *Parsifal* de Wagner, en especial su música de Viernes Santo. Hace escasos días tuve el privilegio de asistir a su representación en Bayreuth, invitado por un amigo muniqués, amante de la ópera y de la música de Mahler, con quien meses antes había visto *Romeo y Julieta*, de Gounod, en la *Bayerische Staatsoper*; siempre ávido de entablar conversaciones filosóficas, su sed de conocimiento es infinita. Sin embargo, convaleciente todavía de semejante exposición a una estética que frisa con las evocaciones más perfectas y profundas al alcance del espíritu creador del hombre, hoy he sido expuesto a una hermosura tanto o más inescrutable y a una conmoción tanto o más inesperada: el *Elías* de Mendelssohn, oratorio que acabo de degustar en Colonia. Sé que si oso parangonar la música de Wagner con la de Mendelssohn para muchos habré pronunciado afirmaciones blasfematorias e incluso heréticas, lo suficientemente graves como para condenarme a una estruendosa lapidación filosófica, pero mi corazón no entiende de disputas enconadas entre escuelas artísticas y tendencias estéticas: como un niño cándido, alzado frente al vasto océano de la belleza, se abre a cualquier manifestación susceptible de englobarse dentro de la exigente categoría de la excelencia.

Mis oídos tan solo buscan placer, un deleite inextinguible que les permita percibir atisbos de luces inmortales en la caducidad que hiere el mundo, y debo reconocer que determinadas composiciones musicales me incitan a profesar fe en las doctrinas religiosas, también en las más disparatadas, porque un milagro inopinado acaece en el seno del sentimiento cuando nos ampara su cielo de arte y libertad. Mi dios quizás se llame belleza, y es probable que sus sumos sacerdotes lleven ceñidas las vestiduras de los mejores compositores y de los más insignes directores de orquesta, así como de todos aquellos poetas, científicos y pensadores que han conseguido traspasar la ardua barrera de las apariencias para descubrir el auténtico lenguaje de los anhelos humanos. Yo me arrodillo en sus reclinatorios y me postro frente a sus sagrarios; yo vierto libaciones perladas de lágrimas ante las estatuas de esos dioses desconocidos que, de tiempo en tiempo, adquieren el rostro de sublimes notas musicales cuya hermosura preludia una felicidad eterna. Y creo haber penetrado en los templos más gloriosos que ha construido el hombre, pues he velado noches enteras, transidas de una inspiración dolorosa y fecunda, sentado frente a un escritorio en el que se agolpaban libros estremecedores, cosecha de las manos de espíritus demasiado profundos, o a la escucha de melodías inmortales que me han hecho soñar con el vislumbre de un amor pleno.

A Felix Mendelssohn-Batholdy hemos de agradecerle su redescubrimiento de ese tesoro inmarcesible que contiene la música de Bach. No en vano, en 1829, con sólo veinte años de edad, dirigió en Berlín una famosa representación de *La Pasión según San Mateo*. Hasta entonces, esta proeza artística yacía sepultada en el olvido, y pocos fuera de Leipzig habían saboreado sus acordes angelicales. Pero también le debemos la forja de obras verdaderamente sublimes, merecedoras de ocupar un lugar destacado en el panteón incorpóreo que custodia los logros más conspicuos del espíritu humano. Este vástago de una distinguida familia judía, nieto del filósofo y pionero de la *Haskalá* Moisés Mendelssohn, sedujo a media Europa con una música que, aun aferrada a estilos tradicionales y quizás menos experimental, menos atrevida que la de un Listz o un Wagner, irradiaba la luz inconfundible que desprende toda creación auténticamente bella.

Mendelssohn compuso su *Elías* para el festival de Birmingham de 1846. Algunos fragmentos transmiten una dulzura infinita. Aún me atrapa la súplica de un profeta agonizante que implora la ayuda de Dios frente a los sortilegios maquinados por los sacerdotes de Baal, o la piedad y el exquisito refinamiento de ese pasaje para dueto y coro titulado "*Herr, höre unser Gebet*", "Escucha, Señor, nuestra oración". ¿Cómo no llorar cuando labios exánimes y honrados claman por un amor imperecedero que los rescate de su angustia? ¿Cómo no condescender a un prodigio cuya fragancia nos baña de lágrimas cuando sufrimos la dolorosa carencia de sentido que aflige el corazón humano? También resuenan en mí los ecos de un cuarteto doble: "*Denn er hat seinen Engeln befohlen*". Un ángel, solícito a las órdenes de lo eterno y jamás marchito, extiende sus alas trémulas sobre el profundo azul del cielo y posa su plumaje sobre la atribulada faz de la Tierra: es el heraldo de la belleza, Hermes del ímpetu humano por encender esa luz que la vastedad del mundo no le brinda. Es la música del verdadero sentimiento de paz, de una tranquila alegría. Benditos los mansos, los sencillos, los elegidos del Señor, hacia quienes Dios manifiesta una preferencia santa. No os inquietéis: la holgura de su rectitud os alcanzará, y redimirá vuestra tristeza.

¡Qué emotivo el coro seráfico que proclama "*Wohl dem, der denn Herr fürchtet*", "bienaventurado aquél que teme al Señor"! Sacro temor de Dios, devota simplicidad, hijas de la rectitud, espíritus que no se arredran ante los poderes de este mundo, sino que depositan su confianza y su fe ciega en la majestad de los valores eternos y de la justicia invisible; pero no en reglas irrevocablemente rígidas y despojadas de la lacrimosa savia de la vida, como las que gobiernan esa esfera imperturbable, ese éter flotante en su frío equilibrio perpetuo por cuya gélida perfección suspirara Antígona, sino en un amor quizás imposible, mas dotado de una calidez hondamente humana: un amor que entraña carne, flaqueza y compasión... Sí, es demasiado pujante vuestra bondad como para que las alturas la desdeñen. Una mano colmada de clemencia ha de acariciar vuestro dolor y emanciparos de las ardorosas inquietudes que hoy os esclavizan. Ya se aproxima la aurora; ya se desviste el crepúsculo de su oscura túnica; ya amanece un nuevo día, y se entierran los momentos de infelicidad y amargura que os han atormentado con su dureza.

Sí, sí te oye, Elías. No te asustes. Ya llega tu salvación. Vuelca tus ojos hacia las montañas, y admira con qué suavidad se desliza la brisa recóndita e impávida de una magnanimidad eterna. Baal, lo extraño, lo impuro, la adoración sacrílega de potestades lóbregas e inclementes, ha sido derrotado. De nada le ha valido perpetrar sus ceremoniosas artes de hechicería, pues ningún embrujo emula la magia sincera de la inocencia y del amor. Que no te abrume tu debilidad ante la aparente fortaleza de tus enemigos: tú portas un alma inmaculada, cuyos rayos hialinos y castos concitan el favor de las alturas. Tu luz es virginal. Tu llanto es honesto. Tu corazón es diáfano. Tu recogimiento es delicado y tu soledad desgarrada asume el dolor ajeno. Tu impotencia destella una hermosura tonificadora. Lo inmortal te será propicio. Tú gozas de la benevolencia del Señor del universo, de Aquél que lleva la cuenta de cada cabello de nuestra cabeza y de cada sombría preocupación que desasosiega los lirios del campo. Has enternecido su espíritu inagotable al declamar estas palabras redentoras: "*Herr, Gott Abrahams...*". Has invocado la memoria de tus padres, has remontado tu pensamiento a las fuentes de la vida, has rendido honor a un pasado, ínclito o caduco, que nos confraterniza, has penetrado en el misterio del tiempo, y tu corazón misericordioso se ha solidarizado con el sufrimiento y la fe de quienes nos antecedieron en la insondable epopeya de la existencia. Como Pascal, no te deslumbran deprecaciones grandilocuentes entonadas a deidades augustas, incognoscibles y severas, porque elevas tu agonía al sencillo Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, pastores expatriados en busca de su hogar verdadero, firmes creyentes en la promesa inaudita de una descendencia mayor que las miríadas de estrellas arracimadas que nos observan desde inabarcables lejanías. No te diriges al dios de los filósofos, a la deidad idolatrada por los sabios, a la perenne armonía matemática que permea el universo, a la inteligibilidad de un cosmos vasto e impertérrito, a la exaltación de los astros y de todo fervor derramado en noches ascéticas, sino a un Dios vivo que habita en el corazón, a un Dios que ama y se compadece, a un Dios que abandona su inveterada infinitud para cubrir con su mirada la errátil historia: a un Dios que estrecha en sus brazos a las almas humildes y destrona a las soberbias, a las que despide vacías... Y Mendelssohn culmina su oratorio con un trío de ángeles que escande luz, serenidad y alegría. Cabe esperanza en este mundo, en esta historia suspendida sobre estelas de soledad e intransitables senderos de injusticia.

Qué don, qué imborrable jornada... Colonia me ha concedido un espectáculo único, trezado de religiosidad y de inigualable densidad estética. Mientras escuchaba atentamente las distintas partes de *Elías*, saciadas de esa hermosura concatenada y unánime que palpita en otras grandes creaciones espirituales de Mendelssohn, una voz sigilosa y primordial se esmeraba en proferir, desde esa constelación íntima que fulgura en la inasible interioridad del hombre, cánticos de alabanza a Dios. Por breves instantes recuperé toda la fe perdida, todas las esperanzas truncadas en el seno de mi corazón, y me deshice del escepticismo adquirido en horas eremíticas de estudio y búsqueda voluntariosa. Por un momento soñé con el cielo, y prorrumpieron mis labios temblorosos en ese éxtasis que seguramente coronen los místicos: "Santo, santo, santo..."

En Mendelssohn contemplo vívida pureza, la expresión de un sentimiento íntegro y pudoroso. No cesaré de venerar su magistral *Elías*, cuya piedad quizás fecunde los adormecidos atisbos de religiosidad que aún laten en mí, ansiosos de un bálsamo que los fertilice.

XVII. El poder de lo efímero

Me encontraba inexplicablemente deprimido, pero me bastó abrir la ventana y soñar con la belleza de unos rayos solares que se reflejaban en hojas verdeantes, mientras inhalaba una brisa pura e inconteniblemente sosegada, para recuperar esa paz y esa alegría que me habían abandonado. Entonces imaginé lo innombrable ante la vigilancia de los cielos, tapizados por nubes multiformes cuyas ondulaciones y tonalidades evocaban las más diversas fantasías e infundían los más inquietantes presagios.

Me atrapó una procesión de matices suaves y sonrosados, franjas dimanantes de un arco iris invisible cuyas exhalaciones serenas simulaban desprender el fulgor más aquilatado que logra concebir un mero hombre. Todo relucía con tanta hermosura que semejaba un grato ramo de flores blandido por manos recias, por dedos robustos que acababan de empuñar la áspera espada de un cielo gris y apático. Contemplé, en la lejanía, una mariposa diminuta que emprendía el vuelo en las inmediaciones de un árbol frondoso. Una estela dorada acompañaba sus melodiosas acrobacias, y en esa exhibición tan aparentemente sencilla e inocua, degusté toda la magia que alcanza a ofrecernos una naturaleza siempre inagotable: un despliegue de sugerencia que para mí expresa la mirada de sabidurías perennes y herméticas, partituras subyacentes a la ulterior fragilidad de este mundo enardecido. Es la sagrada simplicidad, la encarnación de lo sutil, complejo y profundo en cristales límpidos y cercanos... Tan densa experiencia estética me bendijo con premoniciones de un futuro perfumado de arcanas e imposibles reminiscencias escatológicas, sede de esa concordia que ansía cualquier corazón puro.

En tales instantes, indudablemente episódicos, pero incontestablemente vivificadores, el espíritu presencia cómo se eterniza el tiempo, cómo se suspende el curso de la historia, cómo se interioriza un sentimiento verdaderamente impecable, perfecto, completo por haber sazonado sus más recónditas esferas con el vislumbre de una luz que no fenece, de un

significado capaz de justificar todo el sufrimiento que hoy nos tortura. Nos envuelve entonces una calma de origen excelso. Nos enternece una brillantez cuyo bálsamo redime nuestra soledad. Nos circunda una tranquilidad mística, y nuestro ensimismamiento ya no nos aísla del resto de las almas, sino que nos liga a una unidad más honda e insondable: a una convergencia indescriptible de libertad, estética y sentido. La santidad que predicán las grandes religiones no debe diferir mucho de ese estado de quietud que a todos anhela estrecharnos con sus brazos virginales. Ni siquiera el amor por el que suspira el hombre emula la plenitud que nos avasalla delicadamente cuando percibimos una integración armonizadora de todos los ámbitos de la existencia, cuando cualquier distinción entre belleza, verdad y bien se torna ilusoria, pues sólo resplandece la meta consumada, el misterio más sobresaliente y elevado que embriaga por igual la inteligencia y el corazón.

Somos hijos del obsequio, de la belleza, del poder y de la creatividad. Los crepúsculos de tristeza, oscuridad y nostalgia siempre se revelan susceptibles de convertirse en experiencias bañadas de claridad, fragancia y fervientes hálitos de vida. Todo un mundo vasto y vigoroso se alza frente a nosotros. Las noches no cesan de metamorfosearse en amaneceres radiantes, en auroras luminosas que nos conquistan con sus anuncios de actividad, sorpresa y esperanza. Asomarse al balcón de esa belleza encarnada en las más variopintas formas naturales, ya la auscultemos en el centelleo de las estrellas o en el brotar de las flores, nos imbuye de la pujanza que todo lo permea, de la energía inherente a un cosmos de cuyos dominios tan solo constituimos un fragmento ínfimo y quizás prescindible, pero también subyugante.

No dejo de reflexionar sobre la fuerza que poseen vivencias teóricamente irrisorias, minúsculas, circunstanciales, para suscitar las emociones más ecuménicas y abarcadoras. Hoy ha sido suficiente con pequeñas pinceladas impresionistas, atisbos momentáneos de esa magnificencia que cubre el retablo del universo con su interminable red de insinuaciones.

AMOR Y DESENGAÑO

“Omnia vincit Amor; et nos cedamus Amori” (Virgilio, Bucólicas X, 69)

“El corazón tiene sus razones que la razón no entiende” (Pascal, Pensamientos)

I. ¿Por qué enamorarme?

¿Por qué enamorarme? ¿Tantas horas de estudio profundo y denodado, sumergido en materias fascinantes como la filosofía y la teología, no me vacunarían contra ese veneno tan contagioso y sutil, tan lento pero tan eficaz, llamado “amor”? ¿La dedicación abnegada al saber, la consagración de todas las energías a una tarea que absorbe la mente y paraliza el corazón, no me libraría de sucumbir a esa tentación cuya inclemencia atrapa a tantos hombres y mujeres con sus tupidas, inadvertidas e implacables redes?

Yo profesaba una fe firme en la capacidad del trabajo, en la fuerza de la responsabilidad, para vencer todo obstáculo y derrocar toda distracción. Había llegado a suponer que la belleza del mundo intelectual, el encanto intrínseco a la especulación con dúctiles objetos intangibles y burbujas de luz sapiencial que, para Platón, moraban en un cosmos de inteligibilidad y de virtud intacta, saciaría por completo el inexorable anhelo humano de ternura, cariño y comprensión. Pero me equivocaba de modo flagrante. ¡Error mayúsculo y clamoroso!, pues ¿cómo pude crearme inmune al amor? ¿Cómo pude pensar que mi ser se había revestido de una coraza tan espesa e inexpugnable que lo impermeabilizaría frente a las infiltraciones de esas aguas frescas, indóciles y atemporales que socavan todo pilar y minan toda soberbia? Sus gotas son escurridizas y perforadoras. Con una holgura inquietante, se deslizan por los resbaladizos cauces de la vida, mientras su pujanza inaugura valles esplendorosos, surcados por corrientes insumisas.

Confieso que mi pasión por el conocimiento había adquirido una intensidad tan abrumadora que me adherí, ingenuo e inexperto, a una confianza demasiado cándida en mi propia templanza. Me hallaba encarcelado en la difusa prisión del idealismo⁶⁸, emboscado por una pléyade de aspiraciones, de resonancias gnósticas, que me exhortaban a elevarme por encima de todo impulso carnal y de todo estímulo emotivo. Me encadenaba la convicción

⁶⁸ Pero sin idealismo no puedo concebir a Europa ni alumbrar sueño alguno...

acérrima de que una feliz prerrogativa me exoneraba de todo amor y de todo erotismo, como si me erigiera en una excepción única e irreplicable a esa tendencia que late en todo espíritu, a la pulsión voluptuosa e indomesticable que vibra con agresividad en el seno de cada corazón humano, al relámpago atronador que señala el advenimiento de la todopoderosa sensualidad.

No, ningún concepto filosófico emulará nunca la indescriptible viveza de un beso, de una caricia, de un abrazo. Ninguna doctrina teológica logrará jamás enseñarme cuál es la verdad de la vida, ni en qué consiste la vocación más profunda que un destino incognoscible me ha deparado. Soy yo quien palpa su propio cielo, sin necesidad de recibir la luz y el aleccionamiento de las filosofías y de las teologías. Es mi espíritu quien se apresura a ascender, con una ligereza desconcertante y conmovedora, hasta las sublimes alturas del gozo, hasta los pináculos de la imaginación y de la sabiduría, escoltado por susurros concomitantes que musitan placeres prohibidos. Es en mí donde ha plantado su semilla el coposo árbol de la felicidad. Es en un lugar recóndito, en un enclave de sensibilidad que tan solo yo puedo percibir, donde encuentro la dicha que tanto añoro. Todo aquello por cuya luz suspiro, todo ese tesoro áureo y subyugante, bañado con el destello de lo perdurable, ese cofre valedero que oculta la más preciada de las perlas jamás congregadas, esa cámara secreta en cuyo repositorio se salvaguarda una riqueza inmarchitable, revolotea confusamente por una estancia lejana que se concita en mi corazón. Lo vislumbro, lo intuyo en su pureza aterciopelada e indeleble, y mis dedos tocan su superficie suave, lisa y esponjosa, espejo de sedosidad que mitiga mi inconsolable sed de amor.

No amanecerá el día en cuya aurora un libro me revele el bien que busca mi fervor. Ansío una plenitud que sólo se coronaría en el más ardoroso y terso de los cielos. No existe descanso allí donde habita mi ser. Cualquier provincia a la que acceden mis sentidos se me antoja pequeña, vacua e insignificante, porque yo deseo conocerlo todo y entenderlo todo. Pero me he percatado de la insuficiencia de esta ambición. Ya no la juzgo como un querer noble, como expresión de una voluntad inveterada que ha asumido el hombre desde inescrutables principios. Hoy he descubierto un don que desborda por completo el embrujo de la inteligencia. Ninguna idea lo plasma adecuadamente. Todo concepto es demasiado lábil para acoger, en el fortín de su debilidad, en su forma caduca, desfallecida e imperfecta, un sentimiento que para mí encarna lo eterno, infinito y absoluto: una luz que rebosa de pureza y sobreabunda en diafanidad, un fulgor que franquea majestuosamente los angostos pórticos de la razón para esparcir su semilla de autonomía, nutriente fecundo que fertiliza ese prado de libertad donde el caudaloso río del amor derrama sus aguas desbocadas. El estatismo de las ideas, la rigidez de sus estructuras armónicas, límpidas y sofisticadas, pretende encapsular la hondura de un juicio o de una intuición, pero lo que en verdad hace es enjaular el vigor de la vida.

¿Qué exótica y cautivadora máscara podía haberme cegado ante la evidencia incontestable de que todo ser humano vive para amar? ¿Acaso el poder de las ideas filosóficas, la belleza consustancial a algunos sistemas y a granadas elucubraciones metafísicas que reflejan brío, creatividad y audacia, había tapiado la ventana de mi imaginación, y ya sólo me envolvía una capciosa oscuridad, ya sólo me hipnotizaba ese cosmos de categorías y de profundidades intelectuales que me transportaban a los espacios siderales de la reflexión?

¿Cómo pudo el gris de la teoría deslumbrarme con su resplandor tenue, si ante mí se alzaba, enérgico e inagotable, el alegre verde que exhalan las huestes de la vida? ¿Cómo pude embriagarme de una pasión tan avasalladora hacia el pensamiento puro, si todo concepto exhibe una flaqueza insanable en cuanto lo comparamos con el éxtasis, con la estupefacción, con la ágil y exultante pujanza del sentir? Una racionalidad enorgullecida, que no cesaba de jactarse de su mesura, su imperturbabilidad y su prudencia, creía dominar la arbitrariedad de la emoción, cobra merodeadora que amenaza con atacar a sus atemorizadas víctimas, inyectando en sus venas una mezcla cuyas letales toxinas las obligan a claudicar ante la fuerza arrolladora del sentimiento. Pero ¡qué deleitosa e irresistible es su picadura!

II. El primer encuentro

¿Cómo narraré este primer encuentro? ¿Cómo referiré este suceso que me ha transformado por entero? ¿Qué palabras me servirán para relatar una experiencia que ha impreso una huella quizás imborrable en mí? Si ya no soy el mismo, no puedo emplear un lenguaje análogo al que he utilizado para exponer mis reflexiones más íntimas. Si una convulsión me ha sacudido violentamente con su potencia inusitada, con un fragor que me ha extraviado definitivamente de esa senda por cuyos cauces se encaminaban mis ansias y erraban mis sueños, ninguna de las expresiones que he albergado hasta ahora se me antoja apta para reflejar la intensidad de un acontecimiento que me ha resucitado. Sus ecos no dejarán nunca de resonar en mi interior. La envergadura de lo que hoy he vivido desborda cualquier expectativa a la que pueda abrazarse el espíritu humano. La claridad del pensamiento no es suficiente, y ahora me veo obligado a integrar la razón con lo indecible.

Hoy he sondeado un don inefable, una maravilla que nos enreda con sus telas doradas en cuanto renunciamos al egoísmo. ¡Qué profunda comunión entre mi corazón y el suyo! He paladeado ese cuerpo místico que refulgía, como el manjar más sagrado del inviolable paraíso, cuando su rostro me perforaba con unos ojos bañados de indulgencia, mientras mi cirio más recóndito se fundía al oír su voz.

Creo que existe una realidad inescrutable, cuya evanescencia no se acaricia con las manos, pero cuya grandeza se contempla desde el victorioso sentimiento: se llama amor. La más leve mención de este término suscitará toda clase de escepticismo en quienes lean lo que hoy escribo. La humanidad ha abusado tanto de este vigoroso vocablo, “amor”, que parece despojado de su fuerza originaria. Un uso descomedido de este concepto ha provocado que pierda su savia genuina, esa fibra tan pujante que vertebra una evidencia contra la que no cabe apelación: todo ser humano puede y debe descubrir el amor por sí mismo, pues jamás hallaremos una exposición sobre el amor que le haga justicia.

Las miríadas de letras que inundan los libros nunca reproducirán, acreedoras de esa exactitud que sólo la vida conoce, la íntima esencia del amor. He escuchado discursos muy bellos, y en infinidad de bibliotecas he buscado los poemas más sobrecogedores. He suspirado por toparme con versos que me revelaran lo que ningún profeta ha sido capaz de confesarnos en plenitud, y me he afanado en recorrer museos, monumentos, yacimientos, palacios, iglesias, templos... He vagado ansiosamente junto a anaqueles colmados de libros, y mis manos han abierto volúmenes tapizados por un polvo que denotaba el más flagrante olvido. Sombrías, largas y pluviosas noches, oscuras y desazonadas vigilias pascuales he pasado junto a multitud de libros, junto a un sinnúmero de versos enaltecedores, junto a imágenes que han evocado en mí las ideas más aleccionadoras, sutiles y benéficas. Aunque un frío hiriente disuadiera a muchos de acudir a la universidad, y a causa de las bajas temperaturas prefirieran resguardarse junto a la templada calidez de sus chimeneas, yo jamás he cesado de asistir a mi cita diaria con ese universo de conocimiento que custodia la biblioteca de la Universidad de Münster.

Como un peregrino ávido de llegar a la meta, sea Jerusalén, Roma, La Meca o Santiago, he migrado por todas las salas del templo del saber. En sótanos luctuosos he exhumado obras inmortales, poseedores de una belleza literaria y de una profundidad filosófica que me han infundido amores obsesivos hacia la creatividad intelectual, encarnada en tantos espíritus gestados por tantas edades. He leído mucho sobre el amor. He sobrevolado innumerables páginas que hablaban sobre los sentimientos más ennoblecidos que florecen en el corazón del hombre. Con pasión, esmero y prolijidad, he buceado en las obras de los principales filósofos que han consagrado sus energías a la reflexión sobre el amor. *El Banquete*... ¿Cuántas veces no habré sido yo partícipe de ese inolvidable simposio, y en cuántas ocasiones no habré derramado lágrimas ante las palabras sobre la naturaleza del amor pronunciadas por Diotima de Mantinea? ¿Cuántas noches de desvelo, cuántas horas tardías y entrañables tendido plácidamente sobre mi cama no habré releído con voracidad este diálogo de Platón, esta obra en la que se intercalan las palabras más hermosas con los pensamientos más profundos, fusionados en un matrimonio auténticamente divino, embriagador e indisoluble? ¿Cuántas veces no me habré detenido a sopesar, como quien saborea la delicia más exquisita, algunas de las ideas que mejor compendian la defensa socrática de la eternidad de todo amor, esos conceptos que llenan de luz el intelecto y disipan cualquier vestigio de oscuridad? Ni siquiera los textos sagrados de las religiones monoteístas, ni los discursos rebosantes de ansia, sabiduría y creatividad que se perfilan en obras de otros credos, como los *Vedas*, el *Avesta* y el *Popol Vuh*, me han transmitido una esperanza tan honda, clara y esplendorosa en la realidad del amor como determinados fragmentos platónicos, porque ninguna fe religiosa excede el alcance y el compromiso de una convicción destilada en sus escritos: en las alturas se alza un mundo bordado de perenne inteligibilidad, en cuyos lauros medra el árbol robusto de un amor verdadero.

San Agustín, Tomás de Aquino, Pascal⁶⁹, Schiller, Goethe..., pero ninguno me ha hecho entender el amor. Me conmovió leer por primera vez ese pasaje de las *Confesiones* de San Agustín en el que el santo obispo de Hipona se lamenta por haberse demorado tanto en amar a Jesucristo. Sin embargo, el obsequio de un amor hacia el Dios encarnado a quien adora el cristianismo no desciende a mí. Es el precio de la libertad y la condena del destino, pues yo quiero creer, pero no puedo. Esa *pulchritudo tam antiqua et tam nova* que transfiguró a San Agustín; esa belleza eterna y profética, aunque transida de temporalidad, que lo redimió de su dolor más agudo e inconsolable; esa síntesis desmesurada de arte, pensamiento y amor, ¿por qué no se compadece de mí? Yo busco, yo busco incansablemente; yo mendigo comprensión; sin que nadie los enjague, mis ojos lloran cuando contemplan a un Cristo crucificado y aspiran a asumir, ellos solos, toda la tribulación del mundo; mi alma se consterna indescriptiblemente al reflexionar sobre la sustancia misma del cristianismo, sobre esa unión impetrada entre lo humano y lo divino... Me basta divisar la figura de una cruz en la que expira de agonía un inocente para entregarme al llanto, al impostergable llanto, reflejo de mi propio dolor, sufrimiento de quien busca sin encontrar, de quien pregunta sin que nadie le responda, de quien clama por el amor sin estar seguro de que sea posible rasgar el velo del amor auténtico.

Huelga decirlo: el sentimiento es necesariamente vida, mutabilidad, un dinamismo profético que reta la estática razón. Frágil pero audazmente, las palabras más sabias adensan un sentimiento que ha cristalizado en la subjetividad insondable de su autor. Sin embargo, su angostura difícilmente encapsula aquello que tan solo captamos en la fluidez de las emociones, una fuerza que rebasa toda estructura y se esparce por el vasto espacio de lo vivificado. No me cabe duda de que algunas mentes intuyeron el amor en su pureza, pero es innegable que todo intento de transponer ese fuego a las limitaciones del lenguaje produce frutos marchitos. Un ángel que, bendecido con la candidez de un semblante aniñado, procuraba verter la inmensidad de los océanos en la pequeñez de un hoyo excavado en la playa reprochó a San Agustín su ambición de penetrar en el escurridizo misterio trinitario, en la unificación de lo singular y lo diverso, *perijóresis* que resume admirablemente el mayor desafío encarado por la razón humana desde la génesis de la filosofía. ¿No cabría esgrimir una recriminación similar contra todos los filósofos y teólogos que han añorado esclarecer la naturaleza del amor? ¿No los domina una ingenuidad análoga a la inocencia de ese ser enigmático encarnado en un niño cuyas manos suspiraban por remover, con minúsculas conchas, la inabordable vastedad de los ondulantes mares de la Tierra? ¿No es tan necio como afanarse en computar el número de aleteos que despliega un colibrí sumido en pleno trance extático?

Sí, hoy he probado la viveza del amor, de ese amor cuyo acezante espíritu envolvía su rostro y tejía su felicidad. Ella brillaba tanto por su belleza física como por la bondad de su alma. Todo era comunión. Todo era deseo, y parecería que una extraña magia telepática hubiera sincronizado nuestras apetencias, nuestras inquietudes, nuestros enfoques sobre la vida y el pensamiento. De modo inescrutable, una perspícaz armonía preestablecida había

⁶⁹ El dolor de su alma es el mío; su soledad es la mía; su abandono es el mío; su búsqueda de lo divino es también la mía; su amor por la sabiduría es también el mío; el fervor de sus pensamientos también a mí me invade con fiereza.

dictaminado que las ideas por mí alumbradas resonaran en la vitalidad de su espíritu, siempre con el beneplácito del más noble y aquiescente de los ecos.

Hoy he contemplado el amor, el fulgurante amor, cara a cara. Todo lo que había leído en libros y escuchado en discursos y homilias palidece ante ese don que acaba de acariciarme. Hoy he visto lo que siempre había implorado otear con mis propios ojos. Hoy se ha apoderado de mí la fe sincera en la existencia de un mundo que trasciende por completo la estrechez de la razón humana. Escribió Shakespeare que hay muchas más cosas de las que piensa nuestra filosofía; hoy me he persuadido cabalmente de la verdad de su observación. Toda filosofía flaquea cuando se aproxima al sentimiento. Debemos aceptar, sin reticencias, que el universo deparado a nuestros sentidos y ponderado por nuestra lógica no goza de carácter único. Subsisten otros muchos mundos, quizás una infinidad, y uno de ellos se llama sentimiento. Establezco, lo sé, una barrera infranqueable entre el mundo de la razón y el cosmos de la sensibilidad, pero no hay alternativa. Además, sus fronteras son porosas, pues destellos de sentimiento irrumpen ocasionalmente en la serenidad de la inteligencia, y exclamaciones de racionalidad horadan, coyunturalmente, el corazón del hombre, como anhelosas de domesticar el brío de sus pulsiones, el caos de su voluptuosidad. Pero, en su esencia, ambos mundos perviven separadamente. Poseen una autonomía fecunda y disponen de lenguajes distintos, por lo que es inútil adentrarse en las grutas del sentimiento pertrechado exclusivamente con los instrumentos que nos ofrece la razón, e igualmente estéril resulta tratar de someter la razón a los anárquicos dictados que emanan del sentimiento. ¿Y no persistirán quizás otros mundos, otros universos que jamás conoceremos, porque el desarrollo de nuestra especie aún no ha conquistado el necesario grado de sofisticación que le permita percibir indicios premonitorios de esas realidades paralelas y convergentes cuyas aguas brotan de las fuentes recónditas del ser y del devenir?

III. El rápido desengaño

-Olvídalo, por favor. Debes perdonarme. Tú sabes que mi desplante ha sido involuntario, pues jamás me habría ausentado deliberadamente de un evento que significaba tanto para ti. Una fuerza voraz me absorbe casi por completo y secuestra todas mis energías. Mi pensamiento se pierde en ese universo que yo mismo fabrico. Siento la llamada de una voz implacable que me exige eludir toda distracción, esquivar todo lo que me aleje de la meta a la que sus palabras persuasivas e inmisericordes me conminan incesantemente. Yo quiero vivir, yo quiero amarte, yo quiero entregarme a ti y borrar de mi faz todas las preocupaciones que nos distancian, pero no puedo. Soy muy débil. Entiéndelo. Pero comprende también que te necesito.

Las perfiladas comisuras de su boca se plegaban armoniosamente. Sus pupilas se hundían en las mías con sutileza, como si se afanaran en agujerearme y en redimirme, como ávidas de penetrar en mi verdadero yo, después de haber horadado esa fina capa que protege mi mundo interior del vasto universo fenoménico que nos circuye. Sus manos lánguidas evocaban una pureza reparadora. Todo transmitía veracidad:

-Tratas de excusarte. Imploras mi perdón, cuando sabes que jamás te lo negaría, porque te amo, te admiro, te deseo, y probablemente nada me haga tan feliz como estar contigo. Pero mi perdón no serviría de nada.

-Te equivocas. Tu perdón me consolaría.

Ella me miró con unos ojos imbuidos de conmiseración hacia mi debilidad, como si quisiera brindarme cálidas reminiscencias de esos minutos de dicha efímera pero desbordante que juntos habíamos acariciado, desvanecidas las horas de forma milagrosa. Esta actitud tan noble, reveladora y sincera me conmovió. ¿Cómo ser el mismo después de una experiencia que nos descubre hasta qué punto, hasta qué intenso, doloroso y desconocido punto, nos hallamos inundados de fragilidad e insignificancia, de una flaqueza solitaria sólo sanable mediante generosas dosis de amor y comprensión? ¿En qué lugar queda la otrora todopoderosa razón humana, facultad altiva y admirable cuyas fuerzas parecen elevarnos a los cielos del saber y de la vida, pero cuya fatigosa mezcla de gelidez y silencio acentúa nuestro sentimiento de abandono e impide que nuestros rostros se bañen en la sagrada luz de lo indescriptible? Nuestra búsqueda sólo se vería colmada si encontrase algo que no respondiera a una concatenación de argumentos esgrimidos por la inteligencia, sino que dimanase de una energía libre, ciega mas virtuosa, prolífica, creativa e innumerable, tan ligera como para sobreponerse a toda relación de causa-efecto, a toda deducción silogística y a toda inducción generalizadora, porque sólo se justificaría ante sí misma, y gozaría de autonomía con respecto a cualquier potencia atribuible al despotismo de la razón.

-Tu enfermedad no tiene cura, pues es tu obsesión cegadora e irredenta por el conocimiento y la gloria lo que te avasalla. Quieres estampar tu nombre en esos libros que hoy te roban lágrimas y que los estudiantes de filosofía quizás lean en el futuro. Sueñas con perpetuar tu memoria, con imprimir una huella imborrable en la historia del pensamiento, y así como los hombres de hoy discuten las tesis de tal o cual autor, tú esperas que las generaciones del mañana admiren tus logros. ¿Pero no te das cuenta de que la única razón de este deseo insaciable es la vanidad, una ambición incontrolable y patológica de triunfo? ¿No percibes, en lo más hondo del corazón y no en la superficie de la inteligencia, la vacuidad de tus propósitos? ¿No eres consciente de que tu aspiración te devorará, consumirá tus energías y te despojará de cualquier atisbo de libertad y de satisfacción verdadera? ¿No sientes cómo la vida se te escapa? No eres dueño de tu propia existencia, porque te limitas a vivir la vida de otros, mientras la llama de la felicidad auténtica se apaga y tú bordeas un abismo de soledad.

Sus ojos recobraron esa claridad efusiva que había convertido su mirada en objeto de mi fascinación más profunda. Ella prosiguió, con gesto sereno:

-Jamás alcanzarás la plenitud que tanto buscas si no sacrificas tu triste egoísmo. Sólo descubrirás la felicidad si tu deseo nace de un sentimiento puro, si te convences de que has de perseguir un fin que supere metas narcisistas y acaparadoras, si renuncias a pensar sólo en ti mismo y te abres al amor auténtico. Sin una intención libre y honesta, todo será oscuro ante tus ojos. Te ahogarás en ese anhelo desbocado y opresivo que te impide vivir. Tu ansia de gloria te carcome. Intentas camuflarla tras la apariencia de servicio abnegado al saber, pero te engañas, y tu insolidaridad terminará contigo, porque caerás preso de tu soledad, y serás víctima de tu ingratitud.

-Ni siquiera tú me comprendes, pues no eres capaz de perdonarme. ¿Qué pretendes? ¿Acaso ignoras que no he dejado nunca de amarte? Sí, es cierto que compartes mi amor con ese mundo de ideas y abstracciones al que tanta devoción profeso, pero al fin y al cabo te amo, y poco importa lo demás. ¿Dudas de mi sinceridad? ¿Acaso me pides que renuncie a algunas de mis pasiones más honestas? ¿Tan solo quieres en mí un corazón indiviso, absolutamente diáfano, sin diversidad de anhelos y aspiraciones, entregado a ti por completo? Si es así, debemos seguir caminos divergentes. Tengo la esperanza de que algún día llegue esa alma gemela que en verdad penetre en mi corazón y nunca se canse de perdonar mis culpas, mis fallos y mis obsesiones.

Me sentí abatido. Había sufrido la derrota más humillante y había experimentado el peso insufrible de la angustia. Medité horas interminables y dolorosas sobre el contenido de sus palabras. Desmoralizado, no sabía cómo desprenderme de su sombra, de los vestigios estremecedores de esa verdad tan profunda que ella había manifestado en toda su plenitud, en su sangrante plenitud. Era la zarpa de la autenticidad, las garras de un discurso honesto, tan rebotante de franqueza que perfora, con su cortante filo, las murallas que el espíritu se construye para protegerse de una realidad implacable. Ella había descubierto la enfermedad enigmática que me privaba de todo gozo y crispaba el vislumbre de una felicidad genuina. Mi corazón había abierto sus puertas de par en par, pero no como resultado de mi propia iniciativa, sino con el apremio impostergable de unos labios en los que había depositado mi fe más honda, y cuyos vocablos inmarcesibles desvelaban ahora una certeza que yo me había afanado inútilmente en esquivar.

En sus palabras veía reflejados todos los males que me atribulaban. Esa amargura silente que yo trataba de disfrazar con sutiles máscaras de alegría, con vanos retazos de confianza, con tinturas caducas barnizadas de seguridad, emergía ahora, todopoderosa, y se enseñoreaba de mí. Parecía ufanarse de haber desatado toda su furia contra quien, como Fausto, había preferido vender su alma aciaga al diablo, ávido de degustar el sinnúmero de néctares que crecen en el cielo y fecundan la tierra, aunque fuese necesario pagar el precio de la soledad, de la monotonía, de sofocar cualquier fuego que brotase de uno mismo para sólo escuchar las vibraciones propaladas por la voracidad de un ego insaciable. Una certeza resplandecía ahora con nitidez abrumadora, flagelante y diáfana. Expresaba una disyuntiva inevitable, cuyas ramificaciones se bifurcaban en direcciones agónicamente contrapuestas, porque yo tenía que elegir entre ella, entre su rostro, sus caricias, sus abrazos, sus palabras de bondad y de consuelo, y la satisfacción de un anhelo avasallador y concatenado de saber, el impulso a cultivar desafortadamente el conocimiento. Sólo así cortaría el nudo gordiano de mi egoísmo y calmaría una voluntad imponderable que mortificaba mi cuerpo y crucificaba mi espíritu en su áspero y astilloso madero. Sólo así mi sed de entendimiento bebería de la sangre vicaria derramada por mis frágiles costados, y yo conseguiría bañarme en las aguas resucitadoras del amor.

Ella me había ofrecido el amor. Ella me había obsequiado con un deleite que se aproximaba asintóticamente a la plenitud, a lo eterno, divino y beatífico. Ella me había invitado

a explorar un mundo nuevo, arquetipo del orbe que contemplan los ángeles cuando sobrevuelan la Tierra desde el más sublime de los cielos. Inmerso en las promesas sinceras que fertilizaban sus labios, yo percibía la semilla de una felicidad perdurable, el anticipo de esa apoteosis imperecedera que auguran al espíritu las grandes religiones y le presagian las filosofías más ambiciosas. Pero, inexplicablemente, un sonido atroz, un eco indómito, resonaba en las fluctuantes profundidades que sólo cada uno de nosotros sondea. En mi interior oscilaba sin clemencia un repiqueteo lento y retumbante, cuidadosamente pausado para infligir el dolor más hondo y ensordecen en unos oídos ansiosos de honestidad.

¡Oscura hora, minutos desesperanzados de amargura y soledad, tiempo suspendido en una indecisión eterna que me atormentó con su furia demoníaca! Fue bajo tu lúgubre dominio cuando me entregué por completo a una empresa ingrata y desgarradora, a una obra absorbente, insatisfactoria y no exenta de desdicha, a un proyecto esquivo que concentra todas las ansias del corazón y dirige todas nuestras fuerzas intelectuales hacia la búsqueda denodada del saber, hacia el conocimiento como fin último cuya luces inagotables justifiquen las ambivalencias que pueblan y arquean la vida. No pude resistirlo, y fue envuelto en tu lóbreguez cuando preferí el gris de la teoría al verde de la vida. Fue entonces cuando elegí desvivirme por el conocimiento y renunciar a todo placer terreno, a la ternura de un rostro retoñado de viveza y esmaltado de amor, a la belleza de unos ojos que se ofrecieran por entero a mí, dispuestos a sacrificar el sagrado milagro de su individualidad para fusionarse con mi dolor. Sí, fue custodiado por ti, fue cuando las estrellas te cantaban a ti, tiempo siempre misterioso esfumado en lejanas e irrecuperables horas, desafío perenne para la soberbia del entendimiento humano, cuando opté por recorrer una senda ardua, larga y empinada, anegada de ciénagas viscosas que amenazarían sin cesar con atraparme en su angustia y en su abandono. La rígida frialdad del saber frente a la amable suavidad del sentimiento... ¡Ojalá pudiera retroceder hasta ese minuto delicuescente, y recapacitar ante la encrucijada lastimosa de mi frustración!

LA APERTURA DE LA MENTE

“Y me dijo: hijo del hombre, ¿vivirán estos huesos?”

Y dije: Señor Dios, tú lo sabes”

(Ezequiel 37, 3)

“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando”

(Rabindranath Tagore)

I. El pacifismo

He optado por asumir un credo de tintes pacifistas. Apelar al concepto de “paz” desatará siempre suspicacias en las mentes más cavilosas, como si constituyera una vaga expresión de sentimentalismo juvenil, un residuo extemporáneo del romanticismo, un vestigio de veleidades pueriles, incapaz de abordar las complejas problemáticas que definen nuestro tiempo. Es cierto que la paz, en su significado más profundo, quizás represente una especie de realidad escatológica, un sacramento venidero similar al que predicán las grandes religiones: una utopía sólo alcanzable en un remoto reino de los cielos, allí donde todas las voluntades hayan conquistado tal grado de armonía y plenitud, tal sinergia entre sus respectivos intereses, tal cúspide de fuerza, entusiasmo y nivel de renuncia a los obturadores egoísmos individuales que nos ciegan ante la contemplación del bien común, que la subjetividad se integre, fusione y enaltezca con su sumisión a un orden más amplio, más puro y trascendente: la concordia entre las mentes y los corazones.

Sin embargo, la experiencia, inefablemente trágica, que ha vivido nuestro continente europeo con la Gran Guerra, la constatación de que las décadas de avances incesantes en el terreno de la ciencia y de la técnica protagonizados por el período decimonónico no habían logrado infundirnos el aliento de la elevación ética, de la búsqueda de la paz y del triunfo de la razón sobre odios e iniquidades, me ha convencido de que ningún conflicto bélico conseguirá nunca imponer un orden que conduzca a la paz efectiva. No faltos de persuasión, los pragmáticos aducen que la paz acrisola una meta y no un medio, como si, para obtener la paz, muchas veces fuera imprescindible servirse de los oscuros cauces de la guerra.

El *“si vis pacem, para bellum”* de los clásicos no anda desencaminado, porque la historia nos enseña que la paz no ha brotado como una rosa cándida y espontánea carente de espinas, como un obsequio deparado por la solícita naturaleza o propiciado por el inasible dios del destino, sino que su semilla ha germinado desde el dolor, desde el enfrentamiento, desde la confabulación de victorias y derrotas. Con frecuencia, las reconciliaciones se han concitado como producto de la claudicación de un bando ante otro, consciente de su inferioridad militar y económica. Negarlo reflejaría una ingenuidad culpable. Admitámoslo: la paz no se ha cosechado de campos alegres y virginales, sino de siembras regadas con sangre, con lágrimas no expiadas, con las tribulaciones más amargas que quepa imaginar. La célebre *“pax romana”* escondía el avasallamiento flagrante de pueblos subyugados por la aplastante superioridad que detentaban las legiones del César. Miles de esclavos, un caudal inenarrable de sufrimiento y desolación, sostuvo los cimientos de esa frágil paz romana y de esa edad áurea auspiciada por Augusto y consolidada en tiempos de la dinastía antonina. A día de hoy, los occidentales, como antaño los romanos, nos creemos elegidos para civilizar la Tierra. Pero el belicoso y triunfalista Imperio Romano se sustentaba sobre la inmolación de innumerables inocentes, condenados a la opresión y sentenciados a la crueldad más inhumana. También hoy nuestro desaprensivo mundo consiente la injusticia y convive con el odio. También hoy transige ante la ignominiosa división entre pueblos, razas y culturas. También hoy asiste, enmudecido, al horrendo espectáculo de contemplar cómo unos hombres, ávidos de poder, extienden su dominio sobre otros. La añorada eufonía religiosa del cosmos medieval se asentaba sobre el despotismo ejercido tanto por el emperador como por el papa, quienes poco resquicio dejaron a la disidencia y quienes segmentaron Europa en facciones irreconciliables, como las de güelfos y gibelinos. Hogueras inmisericordes en cuyas lumbres ardían cuerpos y almas libres atestiguan esta sonora evidencia. El éxito del mundo moderno y la progresiva implantación del ideal de la tolerancia no se comprenden sin los incontables conflictos confesionales (las famosas *“guerres de religion”*) que devastaron Europa, y en particular Alemania, durante los siglos XVI y XVII. Somos hijos afortunados del dolor y de la miseria que afligieron a nuestros ancestros. Nuestra responsabilidad es impostergable, como ha de serlo nuestra gratitud hacia quienes lucharon por la justicia, el amor y el conocimiento.

Toda cima hermosa e inspiradora que ha escalado la estirpe humana transparenta desazón, sudor y tristeza. El sacrificio de nuestros antepasados quizás haya encendido la bella llama de nuestro bienestar presente, pero me parece temerario olvidar el altísimo precio que nos hemos visto obligados a pagar para su consecución. ¿Cuándo aprenderemos que la civilización, el orden y el progreso auténticos sólo florecerán si extirpamos el odio, el fanatismo y la injusticia de nuestras entrañas?

Así pues, y si la indolente historia nos alecciona sobre la verdad desgarradora de que, como filosofara Hegel, el progreso se ha edificado sobre la negación, la muerte y la injusticia, ¿qué sentido tiene declararse pacifista? He de admitir que la admiración tan profunda que tributo hacia hombres como Romain Rolland y Albert Einstein, cuyos libros y cuyos descubrimientos ennoblecen la cultura europea y nos infunden esperanza en los horizontes que aguardan a la humanidad, me ha exhortado también a interesarme por el pacifismo como movimiento ético. Han despertado mis simpatías con el rigor, la honestidad y el denuedo de su oposición a que sus países, gigantescas potencias económicas impregnadas de un corrosivo

sentimiento militarista y nacionalista que priva a los hombres del buen juicio y entenebrece todo vislumbre de cosmopolitismo, se embarquen en guerras. Cuando personas de tal calibre intelectual consagran tantas energías a abogar por causas perdidas; cuando almas dotadas de semejante sofisticación y perspicacia prefieren la condena, el aislamiento más absoluto y el descrédito más palmario en los círculos de prestigio de sus propias sociedades antes que la glorificación presente, ¿no es probable que se equivoque la mayoría de la población, esas masas tan fácilmente manipulables y deseosas de emociones súbitas que las aprisquen en sus cálidos rediles? Aterra comprobar cómo quienes habían exaltado hasta la adulación más ridícula y los panegíricos más perniciosos a Einstein y a Rolland, exhibidos como trofeos nacionalistas, y habían circunscrito su legado intelectual al angosto y asfixiante ámbito de los lauros patrios, en lugar de ahondar en sus implicaciones para la totalidad del género humano, hoy los recluyen al ostracismo.

Por pacifismo me refiero a una actitud vital, análoga a esa reverencia por la vida con cuya luz pura nos evangeliza, incansablemente, ese santo de nuestro tiempo llamado Albert Schweitzer. No creo que pueda condensarla en un programa político, al estilo del enarbolado por Marx, Engels y sus seguidores, pues más bien aludo al compromiso con la erradicación de todo sentimiento de odio, de proclividad al enfrentamiento, a la disputa, a la aspereza, a la obnubilación por los fines propios frente a las causas universales. El pacifismo anhela penetrar en el corazón ajeno y percibir, detrás de todo rostro, por resentido, endurecido y adusto que se nos antoje, el semblante de una criatura que ni se encuentra corrompida de manera indefectible ni está inevitablemente inclinada hacia el mal, sino que, partícipe de una misma condición humana, se revela tan apta como nosotros para el bien, y se halla tan sedienta como nosotros de beber en sus aguas iluminadoras. El pacifismo blande, en definitiva, una espada indolora: la del optimismo. Admira la clemencia y ensalza el amor como fuerzas supremas del hombre. Me desconcierta el pesimismo diseminado por autores como Hobbes, para quienes el ser humano se mimetiza con los lobos y con las bestias más sarnosas, y la fiereza y la violencia estampan la huella indeleble de nuestra naturaleza más íntima. Lo estimo falso, o al menos incompleto. Además, muchos lo han considerado una excusa, un sutil salvoconducto para establecer la tiranía y sancionar el absolutismo como únicas herramientas capaces de controlar nuestra obcecada propensión al mal y al egoísmo. Obviamente, un impulso anticivilizador anida en lo profundo de la condición humana (Rousseau y Freud así lo han señalado con agudeza), y coexiste, no sin desenlaces traumáticos, con una predisposición enigmática al desarrollo de las energías de la cultura y a la domesticación de la naturaleza a través de la fecunda férula de la sociedad. Este empuje ciego y subversivo contra las constricciones que dimanar de la vida en común presenta implicaciones acuciantes para la evolución de la inteligencia humana, así como para alumbrar una posible superación de nuestra naturaleza, preconizadora de la realización de ese sueño tan sublime llamado “progreso”...

En cualquier caso, concebir la sociedad como un mosaico de intereses insalvablemente contrapuestos que nos abocan a hostilidades irredimibles para muchos traslucirá realismo, pero para mí destila resignación. Inyecta apatía en nuestras venas y nos disuade de buscar una transmutación de la naturaleza humana, un cambio profundo que nos sitúe en una escala ética superior a la actual. La cultura jamás se subordina ineluctablemente a la naturaleza: el hombre transfigura la naturaleza mediante la cultura. Aun sin despojarse de los fundamentos de una

naturaleza que, tal y como han esclarecido los biólogos, comparte muchos de sus rasgos más señeros con otros miembros del reino animal, la posesión de un universo de cultura nos inviste de una potestad única entre los mamíferos, pues gozamos del arma más efectiva contra lo aparentemente inderogable, contra una naturaleza que forja sus obras más hermosas desde las simas del dolor y de la muerte. La cultura muestra una creatividad casi tan esplendorosa como la que sondeamos en la esfera de la naturaleza, pero desata el torrente de la belleza y de la armonía sin la inmolación de tantos seres inocentes en el altar de la selección natural. Cabe la compasión en la cultura. Brilla la luz de la paz en sus dominios.

Sé perfectamente que las guerras no cesarán nunca. Ignoro si esta fatalidad responde a un castigo decretado desde lo alto, pero empiezo a pensar que las fricciones entre los seres humanos manifiestan un cierto carácter inexorable. De las colisiones, del desorden, del caos y de la negación, ¿no emerge la armonía? Las guerras evocan cuán débil y anárquico es el ser humano. Rubrican esa vulnerabilidad que imprime en nuestro espíritu tanta belleza pero ocasiona también tanta aflicción y angustia. Apelan a un misterio tremendo, quizás fascinante, aunque sobre todo tormentoso. Sin embargo, advertir que los pájaros no han dejado de cantar aun en medio del estruendo provocado por los obuses y los gritos de guerra me recuerda que la vida prosigue. Ni siquiera cuando despuntan los conflictos más despiadados se detiene el curso de la existencia en la naturaleza y en la humanidad. Ninguna gota de sangre ha impedido que vuelvan a fluir las pujantes aguas de la vida. Ninguna nube belicosa ha ocultado para siempre la luz que irradia el Sol. Ninguna trompeta de guerra y ninguna cruzada han extinguido el clamor de paz que vibra en el corazón humano. Nada ha apagado la dulce voz cuyos labios exhalan un mensaje de amor ante la tempestad que sacude el mundo.

Al adoptar una actitud pacifista, me amparo en una fe firme en las posibilidades de reducir, siempre de forma paulatina, la tendencia a solucionar los problemas más graves que encara la humanidad mediante los instrumentos envenenados que nos suministran las guerras. Los ejércitos y los militares cederán progresivamente el testigo del liderazgo social a los políticos, intelectuales y científicos. El diálogo y la tolerancia sellarán así los acuerdos futuros, en vez de tratados de paz que fructifiquen desde frágiles victorias y agrias humillaciones, como ha sucedido a lo largo de tantos milenios. Habitamos un mundo nuevo. Vivimos en una época de cambios, y aquí no enuncio un tópico. Toda edad está acostumbrada a atribuirse mayor importancia de la que quizás ostente a la exigente luz de la historia universal, pero las profundas metamorfosis que agitan nuestro tiempo (sobre todo tras la Revolución Francesa y el afianzamiento de la empresa científica) incoan una ruptura con lo anterior demasiado categórica, por lo que sí me siento legitimado para proclamar que el destino nos ha deparado una etapa diferente, inigualable y verdaderamente transformadora: una cesura de esperanza, ansiosa de sanar una historia herida.

II. El socialismo

El comunismo brinda un sentido a la historia y esclarece su denso enigma, pero a costa de clausurarla. Busca la “verdadera libertad” (¡y qué punzantes escalofríos recorren mi piel cuando alguien adjetiva la libertad!), mas tapia sus ventanas ante todo vislumbre de un horizonte ulterior, de una superación eventual de lo dado y de lo imaginado, pues con él se cierra la andadura humana por el tiempo y el espacio. Sólo queda entonces profundizar en sus implicaciones. El comunismo reclama demasiado sufrimiento para su esquivo desenlace utópico. Me declaro socialista, pero si esta ideología exige de mí abrigar odio y resentimiento hacia determinadas personas, jamás podré comulgar plenamente con sus principios ni embarcarme en la lucha que propugna.

En lo que respecta al capitalismo, este sistema nos desampara en la aventura de la historia. La despoja de significado y la recluye a la agobiante morada del yo individual. Preserva, sí, la belleza de su indefinición, de su progreso, de su inconclusa autonomía, de su vaguedad, de su condición de vasto campo que hemos de cultivar sin otro objetivo que el de expandir las vibrantes energías de la vida, pero nos desconsuela ante la ausencia de una hermenéutica colectiva que nos confraternice. Resuelve, no lo negaré, parte del problema de los incentivos, de las motivaciones que impulsan a los seres humanos a obrar de un modo u otro y a albergar la loable aspiración de crecer, crear y desafiarse, pero su solución estriba en circunscribir su ámbito a la estrechez y la amargura del afán unilateral de enriquecimiento y acumulación de poder.

Sólo una vía media, no ecléctica, no cobarde, no fruto de una respuesta fácil y perezosa al interrogante más grave y hondo que afronta la humanidad -a saber, cómo vivir

dignamente-, se revela capaz de proporcionar visos de sentido a la historia, al tiempo que la mantiene abierta, sin sucumbir a la peligrosa tentación de pensar que nuestro sistema (nuestro concepto, nuestra suma fantasía) recapitula la totalidad de lo posible y de lo real. Sólo una democracia profunda obtiene el mayor grado de eficiencia social, por cuanto al dividir el poder de decisión, minimiza el error agregado e incrementa las oportunidades de acuerdo y de progreso.

Admiro la esencia del socialismo, pero me preocupa, honestamente, la primacía potencial de ciclópeas maquinarias burocráticas, la consideración de los individuos como piezas minúsculas insertadas en el engranaje elefantiásico del Estado, cuan meros títeres, cuan vulgares marionetas en manos de gigantescas fuerzas impersonales. Pues si todos nos configuramos como simples productos de las interacciones sociales, ¿de dónde nace entonces la voluntad de subvertir la historia que inspira el socialismo? ¿Por qué creer en la conciencia reflexiva como método para redimir la alienación? ¿Cómo anular la idea de sujeto sin hundirse en las incongruencias más aberrantes? Además, el amedrentamiento y la violencia en que incurren quienes se erigen en poseedores de la verdad, por muy nobles que nos parezcan sus intenciones de ayudar a los desfavorecidos, conducen a la catástrofe y a la perpetración de las mayores injusticias. Creo en la razón, pero su exceso engendra monstruos.

Me seduce la oferta de felicidad universal del socialismo, su tributo a los hombres cultos, libres y trabajadores y su promesa de vencer las agónicas antinomias que polarizan y oscurecen nuestro mundo, mas ¿cabe constreñir la felicidad a la esfera de la materia? ¿No nos acompaña una flagelante herida espiritual, cuyos chorros de sangre invisible manan a borbotones? ¿Cómo lograr la justicia auténtica sin infligir un daño irreparable sobre sentimientos humanos enaltecedores, como el perdón y la magnanimidad, desechados al baúl de lo reaccionario y suplantados por una hipertrofia de odio y venganza? ¿Avanzaría la historia hacia su meta inescrutable sin la persistencia de contrastes, sin una apertura vívida y transformadora? No amo tanto al hombre como para ser comunista...

Además, el socialismo tropieza con un escollo innegable: la incitación a propagar la envidia ante el éxito ajeno. Y cuando una ideología se nutre del odio y del resentimiento, se encenaga en las pasiones más viles de nuestra animalidad, para degradarse hasta extremos inimaginables. En vez de espolear las fuerzas creativas del hombre, en lugar de propiciar un despliegue de fervor, energía y anhelo de elevación hacia metas más sublimes, se enfanga en el lodo que ella misma esparce. Cava su propia fosa, teje su más viscosa telaraña y construye su cárcel más letal, porque de ideales mezquinos, mediocres y disgregadores no puede brotar nada positivo para la humanidad, nada que responda a los incesantes desafíos que afronta nuestra especie cada día, cada hora, cada minuto. Eclipsará todo vislumbre de lo nuevo, de lo digno y humanizador, de aquello que rasga el velo de los prejuicios y libera al hombre de sujeciones atávicas. Sólo lo que nos orienta hacia la belleza, hacia la creatividad, hacia el amor inagotable que no deja de superarse a sí mismo, hacia el conocimiento, hacia la verdad, hacia la magnificencia y la grandeza de espíritu, hacia la libertad que nos permite coronar cimas hasta ahora inexploradas, es capaz de plantar la vigorosa semilla del futuro. La envidia y el resentimiento gravitan en torno a un pasado condenado a fenecer. El odio y el recelo miran hacia lo que ya se ha desvanecido; corroídos por el miedo y la cobardía, no se atreven a forjar

la efigie de lo venidero. Surgen, en realidad, de una flagrante holgazanería anímica, de una impotencia que les impide atisbar lo nuevo y embarcarse en la ardua tarea de pensar lo que todavía no ha sido sondeado por los ojos del espíritu. Todos estamos llamados a trascender las condiciones que nos han venido dadas, y en cuanto la naturaleza o la historia emerjan como pesadas losas, habremos sido derrotados, y se habrá diluido nuestra personalidad, nuestro ser individual e intransferible, la huella de lo divino en cada hombre. En cambio, si nos adueñamos de su influjo, si aprendemos a admirar todo lo noble y enaltecedor que anida en ellas, realmente habremos evolucionado hacia un estadio superior: el del hombre que no se limita a contemplar nostálgicamente el pasado o a luchar puerilmente contra la estela de su sombra, sino que, aun sin renegar de la hermosura e inocencia de la infancia, acepta su adultez y se enseñoa de todo lo recibido, lanzado a conquistar el imprevisible espacio de lo nuevo.

Por tanto, si por marxismo entendemos la preconización de una crítica sistemática a toda sociedad escindida dolorosamente en contradicciones insalvables, parcelada en reinos de abundancia y escasez y corroída por desigualdades desazonadoras, así como la tesis de que no puede aflorar una paz social verdadera en medio de esas circunstancias trágicas, entonces me adhiero a sus postulados. Pero si nos referimos a un corpus doctrinario, dogmático y simplista que, más allá de su fina disección entomológica de nuestros males políticos y económicos, propone un modelo impracticable de sociedad perfecta y, en aras de una justicia idolatrada y deshumanizadora, siega de raíz toda fisura, toda contradicción, toda parcialidad que nos aflija, me opongo a esta ideología en nombre del ser humano. Sólo libre y creativamente, sin imponer un fin abrupto a la historia, puede el hombre conquistar la justicia y no rendirse a los cantos de sirena de enseñanzas que, impregnadas de un maniqueísmo paralizante, de una razón exacerbada que rápidamente se precipita sobre los abismos del terror, ocluyen el pensamiento y aprisionan la inteligencia en celdas demasiado angostas. Sólo los valientes se arriesgan a asumir los empinados derroteros de la finitud y de la indeterminación. Sólo quienes aman la búsqueda de la verdad y se comprometen a extender las alas de la creatividad humana unifican el deseo de justicia con el anhelo de una libertad sincera.

III. La religión universal

¿No siembra Dios la verdad en todos los corazones? ¿Qué importa al todopoderoso creador del mundo la adscripción a un determinado credo o a una cierta tendencia filosófica? ¿Qué son para una bondad eterna e infinita los ritos, las fórmulas, las onomásticas y las flaquezas históricas? ¿No lo ama todo con holgura? ¿No suple su magnanimidad las carencias de la razón? ¿No resplandece lo divino en esa chispa de luz que ni siquiera cesa de refulgir cuando los hombres se proponen sofocar todas las llamas y decretar el reinado de la perpetua noche sobre la Tierra? ¿No ha hablado Dios a través de visionarios cruelmente perseguidos por su tiempo, que proyectaron la mirada de la humanidad hacia cielos más doctos y reparadores? ¿Acaso no afirmó el más venerado de los teólogos medievales, Santo Tomás de Aquino, “*omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*”?⁷⁰

Los católicos alaban al Aquinate por haber suministrado a la Iglesia de Roma un ingente tesoro, un corpus filosófico perfectamente cohesionado y equipado con toda la artillería metafísica legada por el Estagirita. Su *Summa Theologica* recoge un sistema cuya fortaleza (sin negar su brillantez) contribuye a exaltar las pretensiones hegemónicas del papado y de la jerarquía. Sin embargo, la aportación de Santo Tomás oculta un regalo envenenado para el catolicismo, porque su sujeción a categorías filosóficas excesivamente rígidas, desprovistas de cualquier viso de fisura, precariedad e inconsistencia, ¿no apaga la hermosa antorcha de la creatividad? ¿No resulta más amable y evocadora la obra de un hombre como San Agustín, quien sí logra llegar al corazón y nos inspira las preguntas más profundas?

⁷⁰ “Todo lo verdadero, lo diga quien lo diga, procede del Espíritu Santo”.

Cualquier ortodoxia, católica, calvinista, kantiana, hegeliana o marxista, impone un insoportable crepúsculo sobre la reflexión. Eclipsa el pensamiento y lo aprisiona en una cárcel dorada, en el cálido refugio edificado por la sensación de seguridad intelectual. Detrás de la aparente y grandiosa robustez que ostenta su armazón filosófico o teológico, esconde una debilidad muy honda: su claudicación ante una escatología anticipada en la estrechez de los conceptos que moldean su discurso, como si la mente humana fuera incapaz de trascender sus ideas constitutivas para alumbrar una novedad auténtica, susceptible incluso de contradecir esa ortodoxia tan orgullosa que se jacta de haber descornado los sagrados velos de la verdad. Nada ni nadie detenta el monopolio de la sabiduría. Su noble y olorosa flor se cultiva en cada etapa de la historia, partícipe de un árbol que crece de manera indómita, ávido de revelarnos dimensiones inimaginables, mundos cuya luz desafiará la soberbia que oscurece nuestra alma...

Yo elevo mi oración a ese espíritu que vuela en libertad, más allá de religiones y filosofías, como un fénix inmortalizado en las aspiraciones más puras del hombre, en todo lo que es limpio, en todo lo que es dulce, en todo lo que es claro, en todo lo que ha de honrar quien sólo persiga conocimiento, hermosura y amor. ¡Oh estrella de la vida, hija del equilibrio, símbolo de la sabiduría, la fuerza y la belleza, germen de todo porvenir, en quien el peregrino encuentra esa salud que con tanto celo busca por los senderos del mundo: tú alimentas al hombre con un nutriente invisible, pero derramado a través del aire, del fuego, de la tierra, del agua y del inexorable tiempo que nos conduce hacia la verdad! Sí, ilumíname por el camino de la justicia, porque cuando se desvanece su soplo, la humanidad se sume en las peores calamidades, y dolorosas tinieblas gobiernan el universo de los hombres. Hazme ecuánime, humilde y diligente, conviérteme en siervo del amor y de la paz, templa mis pasiones y aumenta en mí el impulso de la generosidad, infúndeme serenidad ante los retos del existir, otórgame la pulcra virtud de la perseverancia, líbrame de todo atisbo de envidia y cólera, báñame con el sol de la misericordia, alégrame con los triunfos ajenos y entristéceme con el sufrimiento de la humanidad.

IV. El Mesías de Israel

El Mesías que profetizaron las sagradas escrituras no se hallaba destinado a conseguir la liberación política de Israel. El Hijo de Dios e hijo del hombre, vástago del ser y de la nada, de la palabra y del silencio, de la eternidad y del tiempo, nacido pobre, humilde, despojado de toda gloria terrena y crucificado como un vulgar criminal, aquél que besó a leprosos y consoló a oprimidos, aquél que osó alzar su voz contra los mayores poderes que presidían su mundo, habría de reinar en el hogar del sentimiento. El sencillo retoño de un carpintero de Nazaret nos enseña una doctrina incomparablemente profunda: más allá de las cadenas que impone la historia, subsiste la esclavitud del corazón, y para fundir sus grilletes destella la luz de su buena nueva. El íntimo rostro del Dios escondido al que entonaran sus alabanzas los labios atribulados de Isaías resplandece en esa generosidad orante, en esa piedad que difunde un mensaje de misericordia a una humanidad rota, afligida, circuncidada por dedos impuros. Es la exhortación, diseminada con un gozo imbuido de fiera inquietud, a que descubra su más hermosa patria: el amor.

No necesito ninguna teología. Me basta leer el Sermón de la Montaña para comprender la esencia del cristianismo. A decir verdad, opino que la mayor parte de los discursos teológicos ocultan densísimas lagunas intelectuales, que para cualquier filósofo riguroso se convertirían en auténticas aberraciones teóricas. Me detendré en dos de ellas, para mí flagrantes. La primera alude a la naturaleza del Verbo encarnado. ¿Cómo puede Dios dar a luz un hijo, aunque lo engendre *ab aeterno*? Lejos de mi intención replicar las sonoras críticas vertidas, hace ya siglos, por numerosos autores judíos, grecorromanos e islámicos⁷¹ contra el eje vertebrador de la fe cristiana, pero sigo convencido de que los fieles y teólogos de esta religión viven refugiados en un espejismo reconfortante. Creen que con la apelación a

⁷¹ Pienso, por ejemplo, en Ibn Hazem de Córdoba.

determinados conceptos acuñados por ellos mismos, a referencias dogmáticas y a definiciones sinodales sancionadas en concilios ecuménicos como Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia e impregnadas de filosofía helenística, logran solventar problemas verdaderamente profundos, y quizás irresolubles. Pregunto por el estatuto teológico de la Virgen María, y si su culto no reproduce la devoción a diosas paganas, como la célebre Artemisa de los efesios⁷². Me responden que a la *Theotokós* se tributa *hiperdulía*, un tipo de adoración distinto al que hemos de rendir a las personas divinas. Sin embargo, mis dudas arrecian, porque sospecho que muchos enmascaran su ignorancia o disfrazan su impotencia explicativa tras los cálidos ropajes de fórmulas vagas y acomodaticias que ni siquiera entienden. No aprecio, de hecho, ninguna discordia, ninguna diferencia destacable entre el culto estipulado a Dios y el que la religiosidad popular, esa intensa vivencia sociológica del cristianismo que experimentan las masas, dirige a la Virgen y a los santos. En lo que respecta a la cristología, las nociones filosóficas que emplea esta disciplina teológica, tomadas mayoritariamente de la metafísica griega, se me antojan vagas u obsoletas, muchas de ellas basadas en frágiles interpretaciones de su significado más fidedigno en la *forma mentis* de los autores clásicos. Generan el espejismo, en el corazón del creyente y en la mente del teólogo, de haber elucidado una cuestión compleja, seductora y oscura, cuando nadie en su sano juicio sostendría que por utilizar tal o cual expresión, tal o cual convenio semántico, se hubiese desentrañado el misterio que nos subyugaba. ¿Cómo puede duplicarse o triplicarse el ser divino, geminado en ese Espíritu Santo que, según los teólogos, nace del amor sin principio que el Padre profesa hacia el Hijo? ¿Se trata de una hermosa metáfora, de una excusable licencia poética, o apunta a una realidad trascendente? ¿Y si obedeciera a esa profunda y vívida necesidad psicológica de integrar lo uno y lo múltiple, a esa sublimación de un lírico anhelo inveterado cuyo palpito late universalmente en nuestro espíritu?

La segunda se refiere al misterio pascual, a la muerte redentora del Hijo de Dios, elevada por Hegel al núcleo, al esqueleto noético del cristianismo, incluso por encima de la resurrección. ¿Por qué murió el Hijo de Dios en la Cruz? Las explicaciones proporcionadas por los teólogos más ilustres de la historia del cristianismo han variado notablemente, pero pueden resumirse en dos. La primera, condensada en el célebre opúsculo *Cur Deus Homo?* de San Anselmo de Canterbury, considera que Cristo pereció como sacrificio vicario expurgador de los horrendos pecados cometidos por la estirpe humana. Indudablemente influido por la cosmovisión feudal, por esa deuda que el siervo ha contraído con su vasallo y cuya satisfacción exige el más perfecto de los tributos, el único justiprecio que salda la perpetración de semejante ofensa, el articulador del argumento ontológico de la existencia de Dios atribuye a Cristo un rol jurídico, como quien encarna la tasa ineluctable que debemos pagar, a tenor de la inconmensurable culpa que se imputa al género humano. Cristo *tenía que morir*, cuan cordero apocalíptico conducido al matadero, en piadosa e inocente ofrenda victimaria que borrara la terrible mancha grabada por el inenarrable cúmulo de nuestras faltas; de lo contrario, la humanidad jamás habría expiado sus pecados y nunca habría franqueado los pórticos de la salvación.

⁷² Algún día, la posteridad rehabilitará a ese pensador noble y honrado que fue Nestorio, calumniado por un personaje tan mezquino, intrigante y vilipendiador como Cirilo de Alejandría (me niego a dispensarle el epíteto de “santo”).

Otros teólogos, quizás menos severos, quizás no tan estremecidos por esa atmósfera de miedo colectivo, por ese tenebrismo medieval que no hacía sino recrearse en el dolor y en la pena en lugar de admirar la belleza de una entrega abnegada y libre, estiman que la crucifixión de Cristo sintetiza la totalidad del sufrimiento humano. El Hijo del Dios eterno asume fraternalmente todo el dolor de la humanidad, y su condena al suplicio más ignominioso que la gigantesca potestad de Roma deparaba a sus súbditos más desafortunados ratifica la voluntad divina de caminar junto al hombre, de estrecharlo entre sus brazos como “Emanuel”, “Dios con nosotros”, para erigirse en partícipe de sus alegrías y en testigo de sus tristezas, para proferir una palabra de consuelo y esgrimir un verbo de solidaridad aun cuando el más amargo de los veredictos nos cubra con sus sombras letales.

Yo me pregunto: en ambas hipótesis, ¿no podía el Dios eterno alumbrar una respuesta distinta al drama del sufrimiento humano y al enigma del entrelazamiento inescrutable de la vida y la muerte? Un pudor sacro me impide aceptar la imagen despótica y feudal de Dios como un Señor celoso, rudo e inclemente que, a modo de sacrificio vicario, demanda a su propio Isaac inmolado en lo alto de una árida colina, pero sin un ángel bañado de misericordia capaz de revelarle a Abraham que Dios tan solo desea probar su fidelidad incólume, mas nunca presenciar el asesinato de su aciago vástago. Por ello, rechazo categóricamente la primera explicación, la concebida por San Anselmo. Sin embargo, el segundo razonamiento no cesa de desconcertarme. ¿Acaso Dios, en vez de liberarnos del sufrimiento y de otorgarnos el don de la justicia perenne, debe limitarse a recordarnos que en la historia persiste la iniquidad, porque son incontables las almas que han padecido tormentos iguales o peores que el infligido a Cristo como espantosa punición por haber desafiado la ley romana? ¿Se restringe la infinita sabiduría de Dios, la inextinguible luz de su aleccionamiento, a evocar la ubicuidad del mal y la omnipresencia del dolor? ¿Tan palmaria es su impotencia? ¿Tan inútil su doctrina? ¿Para qué advertirnos sobre una realidad y un horizonte que conocemos demasiado bien? ¿Qué añade esa teórica verdad revelada a lo que la siempre fecunda aleación de entendimiento y experiencia histórica de una humanidad peregrina por extrañas tierras ha descubierto sin ayuda, sin precisar de un Dios majestuoso que se digne iluminarla con certezas que desvela por sí misma, gracias a sus efusiones de sangre, trabajo y sudor?

Qué entristecedora esta lluvia escéptica que se precipita sobre mí, porque mi corazón se resiste a abandonar ese romanticismo tan bello que permea la fe cristiana... Valores demasiado importantes y puros laten en su anuncio. Una inercia indoblegable no desiste de orientar mis ojos y de encauzar mis sentimientos hacia el cosmos ético tejido por el verbo cristiano. ¿Por qué no despunta un Mesías en nuestro tiempo? ¿Por qué no nos colma ya más su luz? Pero hoy brillan estrellas nuevas: los astros de la ciencia, el arte y la solidaridad. El genio humano no deja de tallar obras eximias. Sí, también en este amanecer clarea el alba de la creatividad y descienden mensajes apacentados en los cielos...

V. Cristo y la Cruz

Si Jesús se entregó por nosotros, si estuvo dispuesto a morir en el horrendo suplicio de la Cruz para así ganar la salvación universal que absolviese al género humano y le otorgase una luz inagotable, ¿por qué resucitó? Si el sufrimiento tuviera el valor redentor que predicán los cristianos, si fuera verdad que la muerte de Jesús en la Cruz nos hubiese concedido esa fuerza salvífica surgida en los mares de un amor límpido e incondicionado, en la decisión heroica de perder la vida en solidaridad con quienes no encuentran un sentido a su existir, no habría sido necesario que renaciese al tercer día. El alcance de su muerte desembocaría en ese acto de sacrificio altruista y absolutamente libre que encumbra el corazón humano a los más altos areópagos de la grandeza espiritual. Pero los cristianos saben que Jesús pereció a causa de una ley injusta, acuciado por las vicisitudes políticas de la Palestina del siglo I, sometida a la férula del imperio más poderoso de la época y a los dictados de caducas autoridades religiosas, mas no en virtud de la ofrenda idealizada que ha dibujado la teología posterior, ya desde la primitiva Patrística e incluso desde escritos neotestamentarios muy tempranos. Jesús no eligió morir: potestades despóticas decretaron su condenación al martirio más oprobioso que contemplaba el Derecho romano.

La búsqueda denodada de la resurrección, ¿no entraña subestimar la eficacia redentora de la muerte de Jesús? Si los cristianos realmente atisbasen un sentido profundo y perenne en esa muerte tan terrible, en esa inmolación en altares desconocidos, no ansiarían con tanta avidez la resurrección de Jesús como destino último para todo hombre. Si suspiran, como la práctica totalidad de las almas, por inhalar el dulce aroma de la vida eterna, por despertar de ese letargo angustioso que nos entierra en desasosegantes pozos de olvido, entonces participan de los mismos temores inhóspitos que han afligido a nuestra especie desde tiempos inmemoriales. Con su oblación desinteresada, Cristo no los ha emancipado de

las atroces garras del miedo. No comprenden la muerte, pues les inculca un pavor indómito, y por ello los pujantes y veleidosos rayos de su fervor más puro sólo anhelan acariciar los lauros de un reino de vida plena, saciado de felicidad y anegado de piedad y ternura. Toda mente humana, también la de los cristianos, yace falta de consuelo ante tantos arcanos que no entiende y tantas evidencias que cercenan sus deseos más íntimos. No puede creer que el sentido de la vida de Jesús, su holocausto expiativo, abocara a disolverse en las nadas siderales al hechizante hijo de un carpintero de Galilea, a ese rabí de Nazaret que entonaba cánticos a la belleza de los lirios del campo y a la noble simplicidad de los pájaros que surcan los cielos, pero sólo esta fe, esta esperanza en lo inesperado, sellaría la entrega auténtica y la victoria final sobre el miedo, potencia destructiva que no ha cesado de paralizar cuantiosas energías latentes en el espíritu humano.

Por otra parte, si nadie hoy en su sano juicio rehusaría admitir los innumerables elementos mitológicos y los vivaces simbolismos que impregnan otras religiones, ¿por qué aceptar entonces los mitos judíos y cristianos? ¿Acaso gozan estas religiones de un estatus especial por el simple hecho de que se tilden a sí mismas de “reveladas”? ¿Han logrado escrutar el hipotético contenido de esa revelación? ¿Han adquirido conciencia de sus implicaciones? ¿Han discernido su significado? ¿No presenciamos un repliegue constante de los teólogos judíos y cristianos ante los asaltos implacables del estudio histórico-crítico de sus sagradas escrituras, cuyas investigaciones más meticulosas e informadas muestran lo absurdo de aferrarse a una lectura literal del “depósito” en el que habría cristalizado esa supuesta revelación? Nadie imbuido del libre y deleitoso perfume de la razón profesaría fe en la idea - común a varias tradiciones budistas- de que el príncipe Gautama nació del costado derecho de su madre (dado que muchos juzgaban impuro atravesar el arco vaginal), después de que un elefante blanco hubiera penetrado cálidamente en el cuerpo de Maya engalanado con una hermosa flor de loto. ¿Por qué considerar entonces verídicas determinadas narraciones de la vida de Jesús, por ejemplo la concerniente a la maternidad virginal de María y a otros episodios relatados en los evangelios de la infancia? ¿No asistimos a un proceso de paulatina divinización de figuras eminentes del espíritu, como Buda y Jesús de Nazaret, almas que grabaron una huella indeleble en múltiples corazones, una estampa tan intensa que las infatigables alas de la imaginación terminaron por ensalzarlas hasta esferas colindantes con el convulso cielo de la fantasía?

No me cabe duda de que Jesús de Nazaret fue uno de los espíritus más profundos de todos los tiempos, pero no quiero encerrarme en su contemplación. Después de él, la historia no ha dejado de avanzar hacia un destino que depende de esquivas mezclas de azar, acción y probabilidades, y hombres y mujeres de corazones incluso más puros que el de este rostro sublime del amor verdadero han caminado sobre la faz de la Tierra. Permanecer absorbidos por la persona de Jesús⁷³ me parece estéril, un error mayúsculo que impugna los anhelos genuinos de este gran maestro de Israel y de la humanidad entera, quien nunca se proclamó a

⁷³ O de cualquier otro santo, sabio y mártir, como Sócrates o Al Hallaj (torturado y asesinado por preconizar su identidad con Dios; fue él quien pronunció la frase “*Ana al haqq*” –en árabe, “yo soy la verdad”-, fórmula prácticamente idéntica a la que el Evangelio según San Juan atribuye a Jesús; también la filosofía *vedanta* propugna la identidad entre la divinidad y el alma)...

sí mismo Mesías, y quien consagró su rebotante caudal de hondura, audacia y misericordia a hablar sobre la belleza y la bondad del reino celestial, mas no a vanagloriarse de sus propios méritos.

Admiremos, sí, a Jesús de Nazaret, a ese humilde galileo rodeado de incontables misterios históricos y sepultado bajo un palimpsesto de revelaciones contradictorias, pero cuya estela colmada de palabras enaltecedoras siempre emerge victoriosa, como signo eterno de algunas de las cúspides más elevadas que puede coronar el alma del hombre. Sin embargo, pensemos más allá de él, franqueemos su sombra y cubrámosla de luces inéditas, internémonos en flamantes mundos, trascendámonos y crezcamos infinitamente como habitantes de este universo que nos llama a forjar, creativamente, el semblante del futuro.

Cristo, me dicen, restaura nuestros lazos rotos con Dios. Pero no restaures: construye. ¡Yo quiero un nuevo puente entre Dios y el hombre! No, no verteré lágrimas por abandonar mi antigua fe y evocar todos esos momentos imborrables que sembró en mi corazón. No lloraré, mas viviré con alegría, porque esa misma fe que antaño me subyugó desde los serenos púlpitos de su belleza me impulsa ahora a explorar nuevos territorios, quizás turbadores, pero dignos de ser sondeados.

VI. La divinidad cósmica

La Biblia extrae el sentido humano de la comunión con esa sublime síntesis de fuerza, orden y armonía que nos envuelve. Sus lentes antropocéntricas han de juzgarse de forma benévola, porque el hombre necesita un significado que le permita adueñarse de un mundo tan asombroso, para así calmar las inquietudes que flagelan su conciencia. Pero el progreso ha de enseñarnos a contemplar de qué manera vivimos insertados en el maravilloso decurso del mundo y de la historia, en la lógica del universo.

No tengo ninguna evidencia que sustente una intervención divina en el cosmos. De hecho, y desde la Ilustración, la propia teología no ha cesado de replegarse y de hibernar en cómodas ambigüedades lingüísticas que esquivan nociones antes neurálgicas, como las de milagros, predestinaciones y providencias, testimonios de coraje y desafío que aletean en las páginas de la Biblia como gritos conmovedores contra un mundo inhóspito que poco o nada nos dice.

Sólo me quedan dos opciones a fin de penetrar en la idea de Dios. Para la primera, lo que las religiones llaman “Dios” evoca una mente de índole algorítmica, no dotada de conciencia en el sentido humano, no preocupada por sí misma, sino encargada de preservar una concordia en el universo mediante el establecimiento de leyes inexorables, fecundas y creadoras. Para la segunda, Dios converge con el crecimiento espiritual del hombre. La primera opción observa lo divino “desde abajo”, como el sustrato íntimo de la naturaleza, como un sistema de eximias resonancias matemáticas. La segunda escruta lo divino desde una perspectiva superior y futura, como el porvenir último de la humanidad y de la entera trama evolutiva.

Desde este ángulo, existen dos dioses. El primero apela a la inteligencia suprema del cosmos, a su fabulosa arquitectura, a una perfección que deslumbra a los mejores matemáticos y a los físicos más eminentes, receptáculo de designios tan profundos, finos y

sutiles que retan incluso a los espíritus más elevados. Ignoro si es omnipotente, pero al menos debe hallarse investido de suficiente poder como para diseñar nuestro universo. El orden excelso del mundo es sólo una tímida manifestación del entendimiento que subyace a las leyes de la naturaleza. La razón revela el rostro de ese dios cósmico, impasible e irrevocable, sordo a las deprecaciones del hombre, fuerza creadora que todo lo origina, transforma y sostiene; deidad equilibrada y al unísono vertiginosa, energía moldeadora del ser. Sin embargo, el corazón busca un dios que hable al hombre y comparta sus lágrimas. No le basta admirar la magnificencia del universo y embriagarse con los ubicuos destellos de su armonía: anhela un pecho sobre el que apoyar su aflicción, un rostro donde derramar sus besos y unos labios que le consuelen. En el futuro hermanaremos ambas deidades. Nacerá un solo dios. Forjaremos ese dios que late en la conciencia, y se fundirá bellamente con la inteligencia del universo, porque yo creo firmemente en una reconciliación de ambas ópticas. Dios sería entonces el desvelamiento paulatino de la potencia creadora del universo, trascendente a frágiles dicotomías entre mente y materia, entre lo consciente y lo inconsciente, entre futuro y pasado; una fuerza infinita que abarca todo lo posible y de cuyo vigor más hondo aún nos falta mucho por descubrir, gozar y venerar.

Representamos el pináculo de las posibilidades de complejidad que anidan en el cosmos; somos la vanguardia del universo, y en nuestro poder para comprender, crear y amar reverberan las capacidades más profundas de este mundo que nos ha engendrado.

VII. Ciencia y religión

Las leyes de la naturaleza imponen una necesidad de carácter genérico, pero los eventos particulares discurren por las difusas sendas de la contingencia. Una mínima modificación puede cambiar radicalmente el resultado de un acontecimiento. Un fenómeno inesperado, como un terremoto, una erupción o una súbita anarquía que entronice el caos, ¿acaso no altera profundamente el itinerario de la vida y de la historia? ¿No se extinguen especies? ¿No emergen nuevas estructuras? ¿No se hunden imperios, se entierran esperanzas y resucitan ideas fenecidas?

La noción de “ley” encapsula nuestra ignorancia presente, pues hablamos de “leyes” cuando remitimos al nivel más básico de entendimiento que ha alcanzado el hombre, cuando ya no cabe preguntar por un “porqué” ulterior. Pero conforme progresa la ciencia, nada excluirá que desentrañemos leyes de leyes, escalones más fundamentales que erosionen la aparente solidez de los peldaños superiores, así hasta sondear el fondo, si es que existe, de la realidad y del pensamiento.

Algunos sostienen que el universo está diseñado para el hombre...; ¿y también para la muerte, para la enfermedad, para el odio, para la destrucción, para el sinsentido? ¿Habitará por siempre la raza humana en la Tierra, sin que ninguna fuerza gigantesca sepulte a su descendencia y borre su legado bajo toneladas de polvo cósmico? ¿Hasta cuándo nos iluminará el Sol? ¿Acaso somos el destino irrevocable del universo? ¿Por qué no ceñirnos mejor a las evidencias empíricas y tributar nuestra más sincera gratitud a un cosmos que nos ha deparado esta minúscula parcela de su vastedad inverosímil, tan exigua que, en prácticamente cualquier otra región del mundo conocido, la vida no existiría y la maravilla de la conciencia humana se difuminaría como un tenue suspiro en opíparas inmensidades?

¿Alguien se atreve a aseverar que somos el producto de un diseño concienzudo? ¿Habrían brotado los mismos frutos en la cosecha de la historia si, por ejemplo, Alejandro no

hubiese conquistado Persia, o San Pablo no se hubiera convertido a la incipiente secta cristiana, o Colón no hubiese prestado sus servicios a la Corona de Castilla? Probablemente, en el terreno de los descubrimientos matemáticos y científicos sí quepa establecer una continuidad que emancipe los hallazgos de las vicisitudes individuales experimentadas por sus artífices, por cuanto responden a un crecimiento lineal y acumulativo, a unas circunstancias sociales concretas que fomentan o dificultan el progreso intelectual, y de no haber sido Maxwell, otra persona habría elucidado las ecuaciones del electromagnetismo; pero en esferas tan importantes para la vida humana como la artística, la política o la religiosa detecto un cúmulo tan desmesurado de contingencias que todo vislumbre de inexorabilidad, providencia y diseño se me antoja excesivamente voluntarioso, y se desvanece en las voraces extensiones del escepticismo.

La incompatibilidad entre la ciencia y la religión no se refiere al objeto que abordan, pues me parece nítido que los repliegues hipócritas de los teólogos, su refugio en vacuos simbolismos que contribuyen a apuntalar cualquier tesis y a justificar enunciados contradictorios, su dulce internamiento en mitologías anacrónicas que renacen cuando la ciencia confuta la historicidad de determinados hechos antes considerados reales, constituyen una prueba incuestionable de que las conquistas de la ciencia arrinconan progresivamente el discurso religioso, condenado a declamar versos imbuidos de un espiritualismo balsámico e inhabilitado para decir algo someramente significativo sobre el mundo empírico que se alza ante nuestros ojos. En mi opinión, la fisura más honda y dramática entre ciencia y religión afecta a sus métodos respectivos, a su objeto formal. La ciencia investiga el cosmos guiada por un elenco mínimo de prejuicios metafísicos irrenunciables (por ejemplo, la fe en la inteligibilidad del universo), pero nunca los sanciona dogmáticamente y siempre se ofrece a examinarlos críticamente y a refinarlos con los instrumentos y lenguajes oportunos. Su finalidad prioritaria consiste en entender el universo, no en consolar al hombre con promesas y espejismos. La religión apela a supuestas revelaciones, a autoridades, tradiciones y relatos antiguos que jamás resisten una verificación imparcial. Para perpetuarse en el tiempo, se ve obligada a ungir a algunos individuos como los representantes de esa deidad invisible sobre la faz tangible de la Tierra, lo que conduce a todo tipo de arbitrariedades e injusticias históricas plenamente documentadas. La ciencia busca libremente la verdad; la religión parte de su "verdad", y se lanza a encerrar la vastedad del océano en sus estrechos y orillados límites.

Yo pienso que el hombre tiene derecho a la fe, y a creer en una doble verdad, como Averroes. Nada puedo objetar a un alma honesta e inocente que acepta la realidad del amor como un sentimiento bendecido con auras de trascendencia, aunque la indagación científica lo reduzca a concatenaciones de procesos fisicoquímicos. Contemplo una gran belleza en quienes se rebelan contra la tiranía de los hechos y de las necesidades, y yo mismo sucumbo al canto hipnótico de un misterio escondido que sólo se manifiesta en los templos del arte, del amor y de la sabiduría. Pero el hechizo de intuiciones que quizás superen el poder presente de la inteligencia humana no me impide esforzarme en lograr un sano equilibrio entre la razón y el sentimiento, pues sólo así evitaré caer en las garras de una esquizofrenia que me prive de uno de los bienes más hermosos de cuantos sazonan el existir humano: la felicidad.

Soy libre para creer, para forjar un mundo nuevo en los gloriosos y recónditos campos de la imaginación, y aquí reside la belleza de la mente: en su autonomía frente al mundo, privilegio auspiciado por el propio mundo. Sin embargo, afanémonos en esquivar las sombras tentadoras del antropocentrismo. Lo divino, ese resplandor inefable que con frecuencia se aposenta en las inescrutables provincias del espíritu, no tiene por qué adoptar los cánones decretados por el hombre. Surgirá una inteligencia mucho más bella y vigorosa, capaz de desafiar nuestra concepción de ese poder último que solemos identificar con lo divino. Dios debe ser lo puro, lo insobornable, lo que no se recluye tras las angostas fronteras de una mente tan enflaquecida como la humana, sino que preludia una bondad, una belleza y un entendimiento de cuya perfección sólo captamos tímidos destellos en el orden inalterable del cosmos.

VIII. La vida eterna

La escatología cristiana recoge el catálogo de nuestros deseos más profundos. Como un recopilatorio de las ansias inveteradas del hombre, las promesas de vida eterna revelan las contradicciones insumisas que a todos nos asaltan desde cimas imperceptibles. No sabemos en realidad qué buscamos. Late un ambiguo anhelo de inmortalidad, pues nadie en su sano juicio suspiraría por una vida despojada de cambios, renovaciones y progresos. Por ello, las formulaciones de la escatología cristiana adolecen de la misma oscuridad que salpica la voluntad y la hondura del corazón humano. ¿Impetramos verdaderamente la vida eterna? No. Ambicionamos los bienes más hermosos y ennoblecedores que se cultivan en esta tierra afligida, mas extrapolados al infinito. Sin embargo, somos conscientes de que una dicha ilimitada nos sumiría en el aburrimiento, por lo que también codiciamos ciertas dosis de transformación, de aventura, de prolongación de la epopeya humana.

Esa vida eterna que sella los desvelos de tantos espíritus equivale a una existencia terrenal liberada de cualquier atisbo de imperfección, flaqueza o confín. Pero la vida perdería su esencia creadora, su fuerza más bella y piadosa, si se viese privada de esa mezcla que entrevera bondad y maldad, perfección e imperfección, infinitud y finitud, cuya concomitancia dota el alma humana de un rostro tan fascinante. Feuerbach señaló las incoherencias de la teología cristiana como pruebas de su radicación en los fondos más recónditos de una antropología desconsolada. Coincido en gran medida con él, pero me permito insistir en la ambivalencia misma que cubre el espíritu, el corazón, el pensar y el sentir del hombre. Nos invaden propósitos discordes e inexorablemente contrariados. Si ni siquiera el hombre se entiende a sí mismo, si no ha despuntado sobre la faz de la historia un alma que haya comprendido todos los entresijos del espíritu humano, ¿cómo pretender que la fe cristiana esclarezca este misterio inescrutable?

El cristianismo yace anegado por las mismas brumas que envuelven a todo hombre. ¿Cómo sería una vida eterna? ¿Corporal, puramente anímica o una mixtura de materia y espíritu? ¿A qué edad retornaríamos? ¿En qué momento se detendría una biografía concreta para dilatar infinitamente su duración? ¿Nos perpetuaría como niños, como jóvenes, como adultos, como ancianos o como una curiosa amalgama de todas estas etapas de la vida? Los textos de las sagradas escrituras y de los dogmas conciliares son intolerable pero astutamente confusos. No elucidan un enigma tan acucioso, y no lo hacen porque el auténtico arcano se siembra en el interior del hombre. El cuerpo espiritual al que se refiere San Pablo ejemplifica máximamente esta tensa incongruencia camuflada con el atrayente disfraz de una paradoja insondable. El cristiano, antonomasia de todo hombre ávido de degustar cálices, presagios y amaneceres divinos, pretende vivir corporal y espiritualmente también en el cielo, en ese espacio en teoría redimido de cualquier sujeción a las rígidas cadenas de la materia. Quiere un cuerpo espiritual porque no puede desasirse de su amor por la vida tangible, y nada rescata las procelosas alas de su corazón de esa atadura irrevocable al cordón umbilical de la madre Tierra. Añora un cielo terreno y una tierra celeste, un oxímoron, un contrasentido que enmascara como escándalo para la crasa racionalidad o como herejía para el pudor religioso. No le importa que los demás tachen de absurdas sus aspiraciones, pues no ignora que las densas llamaradas de su sueño más sincero jamás cesan de crepitar en el corazón de todos los hombres.

IX. La libertad y el autoconocimiento

La Iglesia primitiva condenó como herejes a los gnósticos, quemó furibundamente sus escritos y ultrajó su memoria porque temía una doctrina que proclamaba el autoconocimiento y la mejora ética del individuo como sendas privilegiadas para alcanzar la salvación. Acostumbrada a creerse la única administradora de la gracia, recelosa de un espíritu que sopla “donde y como quiere”, filtró la comunicación con lo divino a través del angosto tamiz de sus dogmas y de sus sacramentos, elementos vestigiales del apego humano a la magia, reminiscencias de hechizos y sortilegios; pues ¿existe alguna diferencia significativa entre el chamán que, al pronunciar conjuros, aplicar ungüentos o ingerir esencias narcóticas y afrodisiacas, alardea de obtener favores sobrenaturales y el sacerdote que, al recitar la fórmula de la consagración eucarística, asegura propiciar la transustanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo?

No interesaba a la Iglesia que su régimen de monopolio sobre los bienes más elevados del espíritu se topase con una teología cuyos desarrollos más sofisticados afirmaban, ante todo, la libertad creativa del hombre para fundirse con el espíritu divino. El cristianismo oficial acusó a los gnósticos de despreciar la materia como algo sucio, impuro y envilecido. Ciertamente, numerosos textos gnósticos rezuman un desdén deliberado por lo corruptible, de probable inspiración pitagórica y platónica, pero ¿no late también esta actitud en incontables testimonios cristianos, algunos del calibre de San Agustín y San Jerónimo? ¿No redactaron muchos Padres de la Iglesia escabrosas soflamas contra un don tan hermoso y fascinante como el de la sexualidad y sus proyecciones lúdicas y eróticas? ¿No denigraron a las mujeres? ¿No se encuentran ingentes escritos de doctores de la Iglesia plagados de frases antisemitas, misóginas y crueles? Con una furia letal, ¿no calumnió San Bernardo de Claraval, cima de la teología y de la espiritualidad del Medioevo, a esa águila de la inteligencia y del alma crítica

que fue Pedro Abelardo? ¿No enardeció a las multitudes con su exhortación a la perentoria Cruzada contra los infieles? Sin espadas imperiales, el cristianismo jamás se habría extendido por muchas de las regiones que ahora presume de haber conducido al redil de su fe. Quizás por ello nunca penetró verdaderamente en la India y en China.

El pavor que despertaba el gnosticismo en el rígido corazón de los jefes de la incipiente Iglesia cristiana no procedía de su repulsa hacia la materia, hacia el cosmos tangible y las realidades terrenas, sino de su rechazo, directo o solapado, a la institución religiosa en cuanto tal, al secuestro del espíritu en las oscuras celdas de estructuras humanas irremisiblemente ávidas de poder. De hecho, la enconada protección de determinadas categorías teológicas, muchas de ellas obsoletas, ¿no esconde una sed insaciable de potestad terrena? Yo admiro a los gnósticos, porque mi dios es el conocimiento redimido por el amor, y ellos alababan el conocimiento como destello de lo divino en el hombre.

Jamás canonizaría la Iglesia a un teólogo, a un pastor o a un profeta crítico con su gloria mundanal, con la autoridad de los obispos y el primado de los papas. Excepciones como la de San Cipriano de Cartago, flagelo episcopal de las ambiciones albergadas por no pocos pontífices italianos, se circunscriben a los primeros siglos del cristianismo, cuando una boyante iglesia norteafricana rivalizaba con Roma en sabiduría, celo y santidad. ¡Qué gran lacra para el cristianismo haber sucumbido al absolutismo romano! Sí, ojalá no hubiera desaparecido la iglesia de San Cipriano y de San Agustín, flor húmeda hoy sepultada en los desiertos de Argelia y de Túnez.

La Iglesia siempre ha preferido exaltar a criaturas dóciles y cortesanas, ajenas a todo afán subversivo, sumisas a mandatos teóricamente emanados de cielos invisibles, pero sutilmente canalizados por un poder religioso que escandalizaría al mismísimo Jesús de Nazaret, a ese cantor del amor entre los hombres. Más que a la María del *Magnificat*, cuyos labios audaces claman por destronar a los poderosos y por ensalzar a los desheredados, elogia a la obediente doncella que, desde una humildad confundida con mansedumbre, se postra ante el arcángel Gabriel y acepta cumplir, de manera fingida o resignada (¿qué otra cosa podía hacer?; ¿desagradar al omnipotente artífice del universo?), la inescrutable voluntad de Dios. No discutiré la plausible inautenticidad histórica de estos pasajes evangélicos, pues basta con percatarse de que la Iglesia encomia los corazones dúctiles, fácilmente maleables por la propaganda sediciosa de esos funcionarios de lo eterno que se arrojan la exclusiva representación válida de una fuerza, la del espíritu, demasiado bella y bondadosa como para recaer en sus manos mancilladas y sibilinas.

X. El amor y un mundo nuevo

No necesitas cumplir los preceptos de ninguna iglesia. No temas: ama e interioriza una esperanza firme. Venera a los espíritus nobles de todas las culturas, reflexiona sobre las grandes ideas y busca la verdad por ti mismo. No te sientas condenado por dioses inmisericordes. Si un poder de lo alto quiere entregarte la vida eterna, te la concederá, satisfagas o no ritos tediosos y fórmulas marchitas.

Liberemos el espíritu de las celdas religiosas; rescatemos la religión de sí misma; creemos, cada uno, nuestra propia fe pura, sólo enamorada del bien, de la belleza y de la verdad.

El anhelo de una realidad más límpida y elevada jamás será extirpado del corazón del hombre. La sed de inmortalidad y perfección nunca desaparecerá: su flecha se ha clavado en estancias demasiado profundas. Pero no toleremos que instituciones sedicentes y autoproclamados funcionarios de Dios, templos que secuestran el espíritu en altares mustios y en sepulcros blanqueados, nos enseñen cómo enaltecer nuestra condición humana, siempre ávida de explorar lo ignoto.

Precisamos de un nuevo espíritu, de una nueva palabra, de una nueva fantasía. La atmósfera está saturada: vapores oscuros han desoxigenado nuestro pensamiento. ¿No es indescriptiblemente hermoso contemplar cómo la ciencia añade nuevas categorías, escala nuevos peldaños, espolea nuestra imaginación con nuevos progresos y expande el horizonte de nuestra lógica con nuevas intuiciones? Propiciemos una eclosión análoga en el ámbito del espíritu. Catalicemos ese fervor ante lo nuevo que late en el afligido hogar de nuestra alma.

XI. Cuatro dificultades del dogma cristiano

A mi juicio, existen cuatro graves problemas que afectan a la médula del cristianismo, a la piedra angular de esta religión. Su persistencia durante tantos siglos no hace sino cuestionar los pilares más elementales que sustentan este credo. El primero atañe a la inveterada existencia del mal. Aunque los teólogos, perfectamente acostumbrados a lidiar con este espinoso interrogante, no cesen de desarrollar un galimatías blindado por argumentaciones tediosas y sutiles vías de fuga, emboscadas dialécticas y ejercicios de prestidigitación retórica que ansían justificar lo injustificable, opino que tan solo cabe una explicación válida: ese Dios a cuya bondad se abraza la fe cristiana nos ha abandonado. Yacemos solos colgados en la cruz, pero los clavos que provocan en nosotros un dolor indescriptible sellan nuestra autonomía. Vivimos para adueñarnos de nosotros mismos, del tiempo y del espacio. ¡Qué noble vocación la que auspicia nuestro ser! Sí, Dios nos ha dejado a nuestra suerte, porque desea que seamos hombres: *"Gloria Dei vivens homo"*, declamaba San Ireneo de Lyon...

El segundo concierne a la teoría de la evolución de las especies. La revolución copernicana coadyuvó a consolidar la visión científica del mundo, recelosa de supersticiones, dogmatismos y prejuicios heredados que no resisten el mínimo análisis crítico. Destronó a la Tierra de su posición central en el universo, pero cualquier teólogo suficientemente sagaz podía aún esgrimir que este cambio de paradigma no nos despojaba de nuestra condición única en el seno del cosmos. La biología evolutiva, sin embargo, nos concibe como el producto tardío de millones de años de un proceso que discurre por cauces ciegos, plagados de sufrimiento, destrucción y cambio, cuyas semillas siembran, en virtud de esa continua transformación en las generaciones sucesivas, la faz embrionaria de nuevas especies. Así, y después de un lento y dilatado sendero de descensos con modificaciones, conduce hasta la

génesis de la raza humana. No detentamos ningún privilegio en el dinamismo biológico de nuestro mundo. Nos alzamos como el fruto de períodos inimaginables teñidos de silencio y ofuscados de soledad: microorganismos, peces, anfibios, artrópodos, reptiles pantagruélicos, gigantescos y aterradores dinosaurios, aves, mamíferos... ¿Para qué? ¿Por qué esperó tanto el Dios omnisciente para que sus labios todopoderosos insuflaran el aliento de la vida en el hombre y sus dedos bondadosos nos acariciaran con el don angélico de la racionalidad?

El tercero se refiere a la presencia de tantas religiones desperdigadas por la vastedad del planeta, que nacen, crecen, envejecen y expiran. ¿Quién profesa hoy fe en los dioses egipcios, o en los mesopotámicos, o en las deidades de la Arabia preislámica, o en los dioses celtas...? ¿No se encuentra abocado el cristianismo a un destino similar? Únicamente perdura la necesidad humana de elevar la mirada al cielo en busca de un Dios que expurgue nuestro dolor. Las indóciles pretensiones de todos estos credos, ávidos también de erigirse en verdades absolutas, atentan contra la línea de flotación del cristianismo, cuya teología siempre ha reivindicado para sí la categoría de *vera religio*, dotada de superioridad sobre las demás religiones que sazonan el mundo con su riqueza cultural.

El cuarto alude a un problema aún más profundo e incomprensible, que aguijonea insistentemente los fundamentos de la fe cristiana: el valor de la historia. La historia no desiste de marchar hacia una meta desconocida, y resulta innegable que la llegada del Salvador, el nacimiento de Cristo, la irrupción de ese punto focal que absorbería todos los ímpetus y toda la reciedumbre del tiempo humano, como núcleo al que remitirían toda historia, todo deseo, todo progreso y todo perfeccionamiento, no ha impedido que la especie humana conquiste cúspides hasta ahora inverosímiles, descifre verdades nuevas y adquiriera concepciones éticas incluso más hondas y enaltecidas que las enseñanzas proclamadas por Jesús y otros grandes profetas. Ni siquiera el Hijo de Dios ha sido capaz de detener el esquivo pero firme rumbo de la historia hacia puertos recónditos e ininteligibles. La apertura de la historia, su inagotable tránsito hacia el futuro, ¿no nos desconcierta? ¿No humilla el ansia cristiana de constituir un acontecimiento único? ¿Acaso un solo e insignificante evento de entre los millones que colman la incapturable inmensidad de la historia puede ubicarse en el centro, en el nervio, en el corazón del devenir humano? Yo hoy lanzo el mismo grito que Lessing...

El alma escéptica reta al cristianismo y le plantea un desafío rotundo y estridente: "muéstrame cielo, y yo te ofreceré el sagrado polvo de la Tierra; allí donde tú contemples la luz del espíritu, yo veré el Sol que ilumina los planetas; allí donde tú augures eternidad, sentido y belleza, yo palparé barro, silencio y dolor; allí donde tú evoques idealismo, yo me adheriré al más atroz de los realismos; allí donde tú apeles a lo intangible, a lo cualitativo, a lo inteligible y desbordante, yo aludiré a la materia, a la fiera, poderosa e inexhausta materia; allí donde tú atisbes misterio, yo te señalaré la inexorable concatenación de causas que todo lo vincula; allí donde tú respires amor, yo inhalaré pasión, sentimiento y deseo; allí donde tú presagies a Dios, yo intuiré al hombre".

Con un ardor infinitamente más puro, prefiero la religión natural asumida por el vicario saboyano de Rousseau antes que esa farmacopea de dogmas cuyas arbitrariedades oscurecen las religiones teóricamente "positivas", nimias retahílas de fórmulas que prometen transportar

la razón hasta etéreos espacios inaccesibles para un alma incorpórea y carente de fe. Incurren en multitud de contradicciones, solapan fe y razón de acuerdo con sus intereses y confunden la lógica y el sentimiento cuando hacerlo les reporta pingües beneficios proselitistas. Todo corazón honesto tiene que rehusar encerrarse en muros tan angostos: ha de beber, sí, de sus fuentes, pues todo lo inspirador debe ser bienvenido, pero tiene que volar libremente con las alas que flanquean el espíritu de la autenticidad.

Sin embargo, y por mucho que flaquee mi fe en las religiones que se designan “reveladas”, me niego a creer que la odisea del hombre se asemeje al amargo viacrucis perpetuo al que fue condenado Sísifo: un ascenso interminable hasta los cielos para luego claudicar ante un destino inexorable, indolente e inhumano, hado que sepulta nuestros esfuerzos más laudables y nos exige comenzar de nuevo, embarcados en un suicidio heroico para despeñarnos desde las cimas y promontorios de un universo que se difumina ante nosotros, como si el ocioso olvido hubiera de extender ineluctablemente sus sombras lúgubres sobre ese territorio sorpresivo cuyas flores aderezan la creatividad de nuestra especie.

Merecemos un dios, una palabra que nos redima, un amor que nos ensalce, una belleza que nos sobrecoja, una sabiduría que nos transfigure, un corazón que nos inmortalice. Tanto sufrimiento no puede haber acontecido en vano: somos dignos de lo divino, y un paraíso pugna por nuestro advenimiento. ¡No cejemos en nuestra saludable determinación de enaltecer la condición humana!

XII. Más allá del cristianismo

Consignaré mi mayor objeción contra el cristianismo de manera sucinta: su cosmovisión reniega de la vida. Como casi todas las religiones -pero en este caso de un modo intolerablemente exacerbado-, el fluir de las libres energías de la existencia se subsume en el cumplimiento de deberes preestablecidos y en la obediencia a doctrinas que no brotan de la búsqueda honesta de la verdad, sino que ofuscan nuestra inteligencia como graves losas inapelables enconadas en el alma. Me considero espiritual, no religioso, porque rechazo vívidamente toda tentativa de someter la espléndida belleza de la libertad humana a cánones rígidos, a normas cuyo carácter opresivo encarcela ese anhelo profundo y hermoso de conocimiento, paz y creatividad que alberga todo corazón humano. Probablemente con el ejemplo más elevado que es posible imaginar, el cristianismo nos alecciona sobre el misterio de la muerte, del sufrimiento, de la injusticia. Yo admiro la figura de Jesucristo, pues en su mensaje y en sus hechos⁷⁴ transparenta una verdad de cariz eterno, una luz radiante que nos encamina hacia la meta más pura: la patria del amor.

Sin embargo, esta pedagogía enaltecedora antecede al propio cristianismo. Casi seis siglos antes del nacimiento de Jesucristo, Buda, ese santo, ese maestro, esa encarnación de una bondad infinitamente tierna y resucitadora, proclamó que el odio no se combate con más odio, sino que se vence con la fuerza del amor. Los labios de todos los grandes ascetas, sabios y benefactores de la historia, de Zaratustra a Confucio, de Sócrates a Lao-Tzé, de Amós a Sankara, han entonado un cántico conmovedoramente análogo a esa llamada universal a

⁷⁴ Al menos si he de fiarme de lo que narran los Evangelios, aspecto dificultado por las despiadadas críticas históricas que se ciernen sobre cada uno de sus pasajes, ya sean canónicos o apócrifos.

enarbolar la bandera del amor entre los hombres y a caer en los brazos de la compasión, en el regazo de la clemencia, como el instrumento más fecundo para crecer individual y colectivamente.

El cristianismo bebe de fuentes previas a su origen y se nutre de un simbolismo que late en las tradiciones más eminentes del espíritu. Es indiscutible que ha reforzado la didáctica del amor con el paradigma excelso de un Dios crucificado, de un ser supremo que entrega su sangre por la salvación de la humanidad, modelo máximo de abnegación y de servicio, al inmolarse todo un creador del universo en la fragilidad de un tenue altar terreno. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucede en otros credos y en otras doctrinas nobles predicadas a lo largo de los siglos, en religiones monoteístas como el cristianismo, la magia de la vida se constriñe a unos cauces demasiado angostos y empobrecedores. Cristo ha muerto, pero ¿por qué hemos de sucumbir también nosotros a ese intenso dolor? ¿Por qué hemos de renunciar a los placeres de la vida? ¿Por qué esa ascesis cuyo único objetivo parece gravitar en torno al abandono resignado de uno mismo? Acepto el sufrimiento, la entrega y la renuncia si se enfocan hacia la consecución de un bien mayor: el servicio a los otros, el ansia de esparcir la pujante luz del consuelo, la voluntad de acercar un paño con cuya suavidad enjuguemos el rocío de todas las lágrimas de injusticia y desazón que anegan el cosmos con sus aguas flébilas; pero no logro comprender qué obtenemos, qué contribución al desarrollo del espíritu humano dimana de impugnar todo deseo de deleite, de gozo y felicidad, con la excusa de que contradice el plan de Dios.

El cristianismo se ha erigido en responsable histórico de atrocidades inenarrables. Guerras, persecuciones, marginación... La Iglesia ha sido una tenaz difusora de la ignorancia, y su celo a la hora de fundar universidades y otras instituciones educativas obedece más a motivos propagandísticos que a la búsqueda de la verdad pura. Pero el castigo más severo que ha decretado el cristianismo contra la civilización, el ataque más lesivo perpetrado contra la vida y la felicidad humana, no es otro que su continuo rosario de condenas hacia todo lo que ha significado el libre despliegue de las energías individuales. No necesito reiterar esas terribles frases amonestadoras, supuraciones impregnadas de odio, que Nietzsche lanzó contra esta religión milenaria. Salta a la vista el daño que el cristianismo ha infligido contra la libertad, contra la vida, contra la alegría y la recreación del hombre mediante el placer. Sin embargo, también admito -pues de lo contrario mis acusaciones adolecerían de una parcialidad flagrante- que numerosos movimientos en el seno del cristianismo han reivindicado el anhelo de vida, autenticidad y libertad. No rebatiré la evidencia de que, en muchas ocasiones, estas tendencias centrífugas, felizmente alejadas de la lápida doctrinal impuesta por Roma, han prosperado y han propiciado el florecimiento de la belleza que vibra en la entraña más profunda del cristianismo, pero una extraña instancia me incita también a denunciar la hiriente obsesión cristiana por castrar impulsos hermosos y reveladores que habitan en el interior del hombre.

Casi todo lo que ha sugerido espontaneidad y autonomía se ha topado con las arduas reprobaciones de los estandartes cristianos, ávidos de edificar un baluarte contra lo que ellos consideraban libertinaje y separación del designio primigenio de Dios. Han reducido el amor a un simple medio para la procreación, papel semejante al que desempeña en el reino animal,

como si la Tierra tuviera que convertirse en un criadero de almas para cielos despoblados. El cristianismo se ha plegado a los ásperos y voraces principios de la reproducción y la perpetuación de la especie que priman en la esfera de la naturaleza, sin advertir la cautivadora llama de realización individual y colectiva que arde en cada acto de amor libre. Es interesante percatarse de que el cristianismo, con sus alusiones constantes a una hipotética ley natural, claudica ante los prejuicios abrigados por las antiguas religiones paganas. Su consagración de la naturaleza como criterio moral por antonomasia exhala el vaho de una nostalgia desgarradora hacia esa deificación del orbe cósmico que imperaba en las religiones de la Antigüedad. Si preguntamos a un teólogo cristiano dónde se encuentra rubricada esa supuesta ley natural que habría de guiar nuestras acciones y resaltar nuestras omisiones en el decurso de la vida terrena, como propedéutica divina para franquear los pórticos del recóndito reino celeste, nos responderá que sus prescripciones se hallan inscritas en la razón humana, en el vigor inveterado del entendimiento.

Sin embargo, y emancipada la razón de esa férula desazonadora que blanden los atavismos religiosos, desde el puro análisis de nuestra inteligencia ética raramente jalonaremos conclusiones similares a las que defiende el cristianismo. Si la naturaleza ostenta una ley, su contenido sólo refleja crueldad o dosis demasiado pequeñas de ternura y altruismo. El fuerte triunfa sobre el débil, y es en virtud de esta dinámica como se expande el formidable círculo de la vida. ¿Acaso profesa fe el cristianismo en semejante e inmisericorde ley natural? ¿Acaso añora esos tiempos oscuros, anteriores al surgimiento de la moral, de la conciencia y del ímpetu civilizatorio, en que los hombres y las mujeres yacían suspendidos en la dureza de una naturaleza inhóspita y aguerrida? Si, al hablar de “naturaleza”, el cristianismo se refiere a la universalidad implícita en los grandes juicios éticos, cuyas valoraciones descansan sobre el problemático fundamento de la razón y no de la emoción, entonces manifestaré mi conformidad con la doctrina cristiana, pero si al invocarla se pretende convencernos de que debemos supeditarnos al avasallamiento de un código legislativo independiente de nuestra razón autónoma, me veo obligado a rechazar la ética cristiana como obsoleta e idolátrica.

El mundo clásico apreció la belleza de la vida y el don de la libertad con mayor hondura que el cristianismo. No censuró, mediante una fiereza tan glacial e indómita, el derecho de cada individuo a desarrollarse emocionalmente de forma libre y honesta. Con el advenimiento del cristianismo, la severidad de la religión judaica, manantial de misivas nobles y hermosas, pero también raíz de un espíritu de intolerancia cuyas enturbiadas corrientes se han infiltrado en el gran río del cristianismo, provocó que se olvidase el alma genuina de las enseñanzas de Cristo. Arreció el más adusto de los dogmatismos, y se implantó un puritanismo moral, barnizado con los amenos colores de las palabras pronunciadas por los labios de Jesús, cuyo rigor secuestró la profundidad del más primigenio mensaje cristiano en las celdas de miedos ridículos y de bárbaras amenazas a las hogueras del averno. Condenas indiscriminadas entenebrecieron la vida de multitud de hombres y mujeres, sobre todo de estas últimas, vilipendiadas como brujas, como sediciosas hijas de Eva y meras prolongaciones de la costilla de Adán, como voluptuosas seguidoras de esa serpiente mitológica que introdujo el veneno

del mal en la Tierra⁷⁵. María Magdalena, discípula amada de Jesús, sufriría una de las calumnias más injuriosas que han propalado los próceres de la Iglesia: la acusación de haber ejercido la prostitución. Una única moral se instauró como la pauta hacia la vida lograda. Los cristianos idolatraron la muerte, el dolor, el castigo, el fuego de unas llamas infernales que se ensañarían con infelices criaturas incomprensiblemente moldeadas por la clarividencia del Dios bueno y sabio. Presagios macabros, reliquias grotescas y teratológicas, cabellos de santos, dedos conservados en frascos, cadáveres exhumados para consolar la desdicha de reyes impotentes y deformes, atacados por la maldición de las inexorables leyes de la genética y no de las vanas artes de la hechicería..., ¿no tiñeron la civilización occidental de pánico? ¿No esparcieron la superstición? ¿No propagaron las humaredas de instigaciones tremebundas, diseñadas para detentar férreos controles sociales y psicológicos sobre las almas, los corazones y los cuerpos?

En tiempos recientes, un documento como el *Syllabus Errorum* ha arrojado invectivas incendiarias contra algunas de las conquistas más importantes de la modernidad. Promulgado en 1864 por el Papa Pío IX, un mero hombre, un pecador irredento que, en uno de los actos más oprobiosos de la historia, osó proclamarse infalible (es decir, infaliblemente equivocado), en un proceso y en una ceremonia que guardan hondas analogías con la divinización de los emperadores romanos, el texto roza el absurdo cuando abomina de la libertad de religión⁷⁶, se empeña en glorificar el catolicismo como “la única religión verdadera” y abjura de la separación entre la Iglesia y el Estado (número 55), así como de otras “pestilencias doctrinales”⁷⁷ que atentan contra los refinados gustos odoríferos de los obispos de Roma. ¡Cómo me fascina la concisión lacónica que adereza sus versículos! Para que nadie se lleve a engaño, los romanos pontífices, autodenominados vicarios del humilde hijo de un carpintero de Nazaret cuyos ojos traslucen la faz del Dios eterno, nos ahorran un cuantioso trabajo al sintetizar, con admirable precisión, la esencia del elenco de proposiciones que condensan el espíritu de la modernidad. Por desgracia, anatemas tan fulminantes, filípicas cuya virulencia execra de las conquistas más señeras y evocadoras del espíritu moderno, de esas victorias sobre el fanatismo que han regado la bella flor de la autonomía con su néctar de coraje y determinación, intoxican peligrosamente parcelas venerables que también integran una religiosidad sincera, como si las salpicaran con máculas indelebles que, de no ceder ante el bálsamo del arrepentimiento, contritas por haber proferido semejantes impropiedades contra aspiraciones nobles y pundonorosas que ampara nuestra época, se convertirán en abismos casi irreversibles...

En cualquier caso, este espíritu retardatario, antagonista de la libre expresión de la vida, de la realización y del deleite (pues envilece el anhelo humano de placer con la aciaga penumbra de sospechas infundadas y *contra natura*), no lo circunscribo al caduco universo del

⁷⁵ ¿Existía el mal ya en el cielo, desencadenado por la rebelión de los ángeles caídos?; ¿penalizará Dios al hombre, cuando esta pobre hechura de sus manos se limita a participar de una misteriosa dualidad que la antecede?

⁷⁶ El decimoquinto epígrafe rechaza, textualmente, que todo hombre sea libre “para abrazar y profesar la religión que juzgue verdadera guiado por la luz de su razón”.

⁷⁷ Número 80: “el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna”.

catolicismo romano, predominante en mi país de origen, sino que lo palpo -con una consternación incluso mayor- en el puritanismo de los calvinistas. Un hombre inundado de odio, Calvino⁷⁸, se propuso demudar Ginebra en una nueva ciudad levítica, y proscribió toda manifestación mínimamente hermosa y alegre de vitalidad, efervescencia y autonomía. El teatro y la danza, cualquier resquicio de luz en un mundo oscuro, fueron prohibidos por orden de un fanático cuya nube de ignorancia damnificó vastas regiones europeas. Algunos quizás disculpen a este reformador religioso por las aportaciones innegables efectuadas por el calvinismo al desarrollo del mundo moderno y a su progreso económico; sin embargo, otros muchos hombres y mujeres no podrán perdonar su infamia, porque en su momento se vieron despojados de uno de los derechos primordiales que posee todo individuo: el de mostrar su rostro auténtico sin las restricciones impuestas por potestades ajenas a su voluntad.

Pero el menoscabo más profundo atribuible al cristianismo exhibe otra índole: no sólo el infinito daño moral diseminado a lo largo y ancho del globo, la mella irreparable que han causado las incontables censuras vertidas contra el amor a la vida y a sus libres expresiones; no sólo el contagio de dosis espantosas de animadversión y suspicacia que han estigmatizado a colectivos enteros, como las mujeres (un pavor ante lo femenino muchas veces oculto tras el disfraz de cazas de brujas y aberraciones similares), sino el veneno más sutil de haber sembrado, en millones de conciencias honradas, un sentimiento de lacerante culpabilidad, criminalizando almas ajenas con remordimientos corrosivos ante acciones de las que nunca debe avergonzarse el ser humano. Esta autoflagelación interior inspirada por el cristianismo, esta ponzoña tan letal e invisible que han inoculado sus heraldos a través de cilicios punzantes y de agudas disciplinas, ha atrofiado miríadas de espíritus en los dos últimos milenios. Claro está que un espectáculo tan atroz ha coexistido con otro cristianismo en paralelo, con la dulzura de esos verbos rebosantes de misericordia e indulgencia que, desde el propio Jesús, han germinado en espíritus nobles y misericordiosos como el de San Francisco de Asís, cuya renuncia a los bienes del mundo para abrazar la fuente desinteresada del amor y de la entrega no cesa de asaetear nuestros corazones con una flecha de punta dorada y refulgente, aurora de paz y sosiego que nos exhorta a no perder la confianza en el poder del cristianismo para redimir el lado oscuro de los hombres...

Si mis objeciones contra el cristianismo, católico, ortodoxo o protestante, contra su cristalización histórica y su separación de sus ideales más genuinos, se me antojan tan rotundas y lapidarias, ¿por qué permanezco aún apegado a su sombra, a su ambivalente pero cautivadora estela? ¿Por qué todavía percibo árboles de un verdor sublime en medio de ese bosque gris y apático? Sí, sé perfectamente que incurro en una contradicción patente y desmedida. ¿Me aterra la muerte? ¿Un miedo tan hondo me invade ante la perturbadora posibilidad de que ni siquiera la religión cristiana nos cubra con el manto armonioso de la certidumbre? Lo ignoro, pero cuando releo el Sermón de la Montaña y medito sobre esas cálidas bienaventuranzas dirigidas a los humildes, a los mansos, a los limpios de corazón, a los que sufren, a los que lloran, a los sedientos de amor y hambrientos de clemencia, a los últimos

⁷⁸ Caiga sobre él la eterna ignominia de haber quemado en la hoguera a un alma bella, apasionada del conocimiento y amante de la verdad, como la de mi compatriota Miguel Servet, calcinado por la envidia y la villanía del autor de la *Institutio Christianae Religionis*.

de este mundo, a los perdedores de la historia, a los que carecen de esperanza..., una fuerza muy intensa, insondablemente bella, transfigura mi escepticismo y suscita una eclosión de sentimientos puros. Perdono entonces todo mal cometido por el cristianismo, todo delito consumado, toda injusticia histórica recriminable a esta anciana religión, porque sus exhalaciones de verbos mesiánicos dibujan una imagen imperecedera, rayo que bendice y engrandece mi espíritu. Me conmuevo con sólo pensar en ese Cristo, real o ficticio, que, ataviado con una humilde túnica inconsútil, se alza desde lo alto de una poética colina para resucitar un mundo adormecido, y lo hace con su mensaje seminal, radiante de amor, mientras alegra a muchedumbres atribuladas que claman por una voz de benevolencia, por una misiva cuyos vocablos benéficos, cuyas palabras desbordadas de hondura y misericordia, vuelvan a infundir sentido a la aventura histórica de la humanidad. Sólo con recapacitar sobre el ingente mosaico de almas nobles que han seguido sus enseñanzas y han dedicado sus vidas a calmar el dolor que aflige el mundo; sólo con reflexionar sobre la pléyade de corazones ofrendados, cuan piadosas primicias de primavera, en el eterno templo del amor y de la compasión, mi llanto se estremece, y desprende oblaciones armadas de lágrimas sinceras, místicos efluvios que me insuflan un aliento provisto de insospechado vigor espiritual.

Recuperar el cristianismo implica rescatarlo de sí mismo, liberarlo de ese séquito de predicadores intempestivos que han monopolizado la belleza de su mensaje y la han encerrado en sus estrecheces doctrinales. Comporta encender de nuevo la luz purificadora que, desde los polvorientos caminos de Galilea y los pedregosos desiertos de Judea, plagados de escorpiones e infestados de serpientes, voces proféticas despertaron hace ya milenios. Quienes han confiscado la noble pedagogía del amor que transmite el cristianismo han de purgar, quizás eternamente, por haber perpetrado uno de los crímenes más horribles: la bárbara usurpación de unas palabras límpidas, inefablemente bellas y aquilatadas, manipuladas por individuos sin escrúpulos, por aves de rapiña que las han transformado en instrumentos despóticos, capaces de avalar sus propias e insaciables ambiciones de dominio. De hecho, el deber más acuciante que encaran los cristianos de nuestra época consiste en filtrar el cristianismo de todas las adulteraciones que lo han corrompido y ensuciado en los últimos siglos. El criterio no ha de ser otro que el crisol del amor. Sólo así destellará su fuerza virginal, su brillo inmaculado, su pureza prístina y salvífica.

La luz del cristianismo quizás se apague en Europa, pero mi continente y mi civilización habrán aprendido a asimilar todo cuanto de bueno, de bello y de verdadero emerge de esta religión, así como a desechar lo espurio, lo deshumanizador, lo que nos distancia del sendero del amor y de la meta del perfeccionamiento del espíritu. No descarto, sin embargo, que sus pujantes rayos resplandezcan en otras culturas, en Asia, África y América. Su languidecimiento en el mundo occidental no impedirá que comunidades vigorosas y creativas, imbuidas de una fe honda y firme, prosperen en lugares hasta hace poco alejados del círculo originario de la religión cristiana. Europa conoce demasiado bien el cristianismo. Los inagotables debates sobre su esencia, discusiones interminables que han involucrado a la flor y nata del mundo filosófico y teológico de las últimas décadas, resultan fatigosas para una Europa que anhela novedad. Nadie en Europa ha elucidado cabalmente en qué radica el cristianismo; dejemos entonces a los hombres y mujeres de otros pueblos y de otras edades profundizar en su

significado más genuino y enaltecido. Quizás sus palabras nos desvelen la esencia verdadera, si es que existe, del cristianismo...

Yo entono hoy una oda a la vida, a la felicidad, a la amistad, a la belleza que puede prodigarnos cada día del año, cada minúscula fracción que compone el cáliz de nuestra existencia. Me solidarizo con el dolor ajeno, porque la constatación de que el sufrimiento impera por doquier entumece mi fe en la magia de la vida, y me llena de amargura. El Dios crucificado que predica el cristianismo no debe instarnos a emular la epopeya de dolor que el gran poeta de Galilea, ese hombre que con palabras y cánticos eximios alabó la simplicidad del cielo y del campo como prolegómeno a una vida auténtica, hubo de experimentar en sus propias y trémulas carnes: reflexionar sobre el castigo deparado a un ser tan puro, tan noble y sobrecogedor, ¿no ha de invitarnos a luchar por otro mundo, por otro escenario donde nunca más se repita semejante condena injusta al atroz martirio de la cruz, el mayor de cuantos suplicios dispensaba el colosal orbe romano? Entre tanto, celebremos la vida, la alegría, la paz, la fraternidad, el amor, la generosidad, la bondad, el altruismo...; festejemos la convicción de que caminar por los inexplorados senderos de la Tierra nos descubre maravillas insólitas y sella nuestro destino.

XIII. El milagro de la mente humana

Yo creo en la infinita plasticidad de la mente humana. No acepto la existencia de categorías básicas inderogables (como los *Elementargedanken* de Adolf Bastian) que se propaguen de generación en generación por mecanismos misteriosos. ¡Puedo sustraerme a cualquier prejuicio! ¡Puedo adueñarme de todo pensamiento! ¡Puedo convertirme en artífice de mis propias ideas! La única salvedad quizás estribe en el principio de no contradicción, pero ensanchemos las alas de nuestras fantasías e imaginemos un espíritu capaz de sobreponerse al tercio excluido... ¿Podría Dios no ser Dios? ¿Podría una mente suprema vencer la vaporosa dicotomía que escinde el ser y la nada? ¿No apunta a este horizonte la llama más tenaz que arde en las crepitantes piras del cristianismo?

Admito que me invade un presupuesto de resonancias religiosas: el de concebir al hombre como infinito, cuando camina siempre por las holgadas sendas de la finitud. Sus acciones no remiten a ningún absoluto kantiano, a ninguna de esas entelequias alumbradas por filósofos en horas transidas de desasosiego. La raíz última que sustenta la moral no reside en la razón, sino en un placer universalizado que, sujeto a toda clase de vicisitudes y de mutaciones históricas, produce en nosotros un hondo sentimiento de satisfacción. Equivale, por tanto, a la búsqueda de un óptimo que conjugue la felicidad individual con la dicha ajena. Universalizar el placer implica someterlo a reglas racionales, pues lo extrapolamos desde su estrecho marco inicial para franquear las barreras que lo confinan a intereses primarios y de

angostura insostenible; abandonamos así el pequeño círculo de nuestra primitiva comunidad de simios evolucionados y adquirimos una perspectiva más amplia, compleja y profunda sobre el significado de nuestra humanidad.

En realidad, todo evoca una panorámica finita, ¡pero yo me desvivo por la infinitud, y mis ojos otean paisajes irrestrictamente puros! Es la hipertrofia de una confianza demasiado bella en las fuerzas de la humanidad. Sin embargo, ¿por qué consagrar el orden de nuestra razón presente y el actual ámbito de nuestros juicios morales como verdades definitivas? La historia del conocimiento pone de relieve que sistemas otrora considerados irrevocables han cedido el testigo a nuevas formas de pensar. La matemática ofrece una buena prueba de este ascenso incesante del espíritu hacia cumbres no presagiadas y probablemente infinitas. Por ejemplo, basta con negar el quinto axioma de Euclides para descubrir un vasto territorio de geometrías que había permanecido inexplorado hasta hace escasas décadas. ¿Por qué no soñar con una revolución semejante en el reino de la lógica, y quizás también en el de la moral? Anhelamos sentencias éticas infalibles, tan estables y armoniosas como ese casto cielo de inteligibilidad hialina que trazó Platón en sus noches más inspiradoras, pero la única certeza moral apela a la necesidad de una ética, al imperativo de distinguir entre el mal y el bien, ambas brillantes construcciones de nuestro cerebro que resultan indispensables para afrontar una vida auténticamente humana. Lo que persiste es la urgencia de discernir entre dos opuestos, llamémoslos “bien” y “mal”, pero nuestra conciencia de lo humano evoluciona inexorablemente hacia un destino brumoso, aunque esperanzador... Hemos comenzado a desterrar perversidades como la esclavitud, y pronto edificaremos una moral tan integradora como para acoger a todas las razas, a todos los sexos, a todas las criaturas. Es sólo el principio.

Constituimos una mera anécdota diluida en la inmensa trama de la humanidad. La mente del mañana mirará con condescendencia nuestras reflexiones y se compadecerá de nuestros desvelos.

Yo quiero penetrar en la esfera de lo divino; yo quiero pensar lo que pensaría un dios; yo quiero abrazar a ese dios futuro...

XIV. La fe y el sentimiento

¿Por qué negarlo? Siento, como Rousseau, una imponderable necesidad de fe. Contra toda evidencia, contra la constatación de que jamás ha amanecido un rayo providencial capaz de convencerme, de manera irrefutable, de que un amor infinito gobierna los destinos de la naturaleza y de la historia, una carencia profunda e impostergable me aflige. Mi corazón se rebela contra la indolencia del mundo. Mi alma clama por palabras, por voces de clemencia y de ternura. Ya no tolero más silencio: me duele la vida, pues sólo emana ignorancia, desazón y desconcierto. Mis manos se elevan sumisamente hacia los cielos de la esperanza, e imploran la venida de un espíritu de salvación. Tanto sufrimiento, tanta soledad, tanta injusticia, tanto y tan jadeante esfuerzo por transformar el cosmos y encender la luz de la belleza..., no pueden haberse concitado en vano. Sé que los Voltaires de nuestro tiempo recriminarán mis vacilaciones, mi debilidad y mi impotencia, la cobardía y la volubilidad que arruinan mis ambiciones. Mi flaqueza me convierte en presa fácil de las religiones y de los idealismos que surcan todas las edades, aspiraciones que fenecen inexorablemente ante los empujes de la racionalidad científica, pero cuyo magnetismo seductor no desiste de resurgir como ave fénix victoriosa sobre las cenizas de la fatalidad, para adquirir una energía incluso mayor. Ni los ataques más despiadados contra el espíritu han logrado aplacar la sed humana de absoluto, de permanencia, de una eternidad que redima el carácter marchito y corruptible inherente a estas esferas sublunares. Nuestro ser busca esa trascendencia que todos percibimos cuando desfilan, ante nuestros expectantes corazones, los gloriosos compases de *La Pasión según San Mateo* o las melodías de cualquier otra manifestación que acoja el rostro de lo sublime en esta Tierra.

Ellos no me comprenden, y yo no impetro su condescendencia, ni me afano en conquistar el beneplácito de los hombres. Tampoco mi reino es de este mundo, pues hunde sus raíces en un suelo inescrutablemente alejado de la faz de esta tierra inhóspita: en mi yo, en mi individualidad, en el inexpugnable paraíso de mis suspiros. Ellos viven engeguedidos por una confianza ilimitada en las virtudes de la razón, cuando a mí me aherroja un pesimismo creciente hacia su fuerza. Ellos se regocijan con cada avance de la ciencia; a mí me atribula el caudal indoblegable de preguntas irresolubles que desata cada nuevo descubrimiento. Ellos habitan en el reino de las certidumbres, de la valentía y de la solidez; yo bebo de las fuentes de la fragilidad, y por ello miro a lo alto y sueño con un mundo nuevo. Ellos no temen la muerte; a mí me infunde un pavor indescriptible, porque clausura toda voluntad de comprender cabalmente la teleología de la vida.

Cada día se producen catástrofes tanto o más escandalosas que el tristemente célebre terremoto de Lisboa, cuyos temblores colosales sacudieron la bella y enhiesta capital portuguesa. Fue aquel fatídico 1 de noviembre de 1755, festividad de Todos los Santos, en cuyo mediodía se despertaron, sin embargo, todos los demonios que congrega la furia de la naturaleza... Voltaire, alma noble que aflojó las cadenas del oscurantismo en una Europa desangrada por la intolerancia, poetizó sobre la cruda realidad del mal, y cometió la osadía de enviarle sus versos a un corazón desolado como pocos: el de Rousseau. Tal y como se refleja en el memorable intercambio epistolar que mantuvieron dos de los mayores espíritus del Siglo de las Luces, el gran pensador de Ginebra debió de sentirse ofendido, agraviado porque Voltaire combinaba su proverbial mordacidad con una filosofía apática, con una resignación de tintes estoicos⁷⁹ que sólo ofrecía un dolorido consejo: acatar la naturaleza aciaga de la vida humana. La demoledora e inmisericorde pluma de Voltaire había destilado un veneno sarcástico, una ponzoña cuya virulencia infinitamente corrosiva consiguió infiltrarse en las venas de la sociedad de su época y contribuyó a erosionar los hasta entonces robustos pilares del cristianismo. Aplastó al Infame, pero no con piedras, sino con ideas...

En su famoso *Cándido*, Voltaire nos recomendará ceñirnos a cultivar nuestro jardín. ¿Cómo podría Rousseau, o cualquier alma dotada de una mínima sensibilidad, aceptar este epílogo tan desgarrador? Incluso si el heraldo de la verdad nos revelara la inexistencia del espíritu y la ubicuidad de una materia sumida en concatenaciones de ciclos interminables, cuan críptico *perpetuum mobile*, uno de cuyos minúsculos fragmentos entrelazados lo encarnamos nosotros, capitidismos liliputienses, ¿no brotarían frutos bellísimos de nuestra sublevación contra un veredicto inasumible? ¿No despuntaría una luz hermosa, pura y audaz, la del sacrificio, la de la creatividad, la que prodiga fe en el poder de nuestras manos para forjar lo grandioso, lo divino y eterno? Esta esperanza, por descabellada que se nos antoje (especialmente si padecemos la miopía de contemplarlo todo desde las estrechas lentes de la ciencia), ¿no fecundaría una ilusión auténticamente vivificadora? Creer en lo imposible nos ha hecho fraguar mundos con cuya pujanza inspiradora la naturaleza jamás habría soñado. Alzarse contra lo ineluctable no constituye un acto suicida, una briosa manifestación de ese absurdo que impregna por igual lo cósmico y lo humano, sino que nos ennoblece, pues planta

⁷⁹ O, peor aún, de reminiscencias cristológicas, al evocar el calvario de llevar la cruz a cuevas hasta el patíbulo, pero sin aguardar una resurrección futura...

la semilla de nuestra dignidad. Resalta nuestro inconformismo congénito e incurable, una de las fuerzas más poderosas que permean el tenue espacio de la vida, mixtura de tesón y abnegación que nos catapulta hasta cimas insospechadas.

Brilla más luz en ese cielo desconocido que cualquier destello amparado por la imaginación humana. Ni la ciencia de todas las edades saciaría nunca nuestro anhelo de entendimiento. Arderá siempre la regia antorcha de lo ignoto. Yo me arrodillo ante el misterio, yo venero un poder que me redime, yo sucumbo ante lo inefable, pues soy hijo de un milagro que me supera y enaltece. Un sentimiento demasiado profundo, mayor que toda la fe del cosmos, no cesa de abrasarme con sus agudas llamaradas de ansia y pureza. Una mano indiscernible ha prendido fuego a mi espíritu, y el incendio se ha propagado también a la atalaya de mi intelecto, a esa fortaleza que pretendía permanecer incólume frente a las embestidas de lo emocional. Llamas sublimes flamean en mi interior, espoleadas por vientos atronadores, protagonistas de un espectáculo fabuloso. ¡Oh cielo, oh Tierra, oh prodigio inescrutable; oh porqué, oh pregunta, oh ignorancia, oh soledad, oh salvación! Sí, hoy me anega una luz devota, y hoy me postro ante lo desconocido, pues no logro explicar la magia precursora que envuelve esta belleza inconmensurable. Me desborda. Me resucita. Me llama por mi nombre.

Seguid embarcados en la heroica aventura de la ciencia, de las artes y del pensamiento. Izad las velas de la osadía y conquistad mundos nuevos. Rozad con vuestras manos las estribaciones del mismísimo Sol, y respirad las brisas que circulan por otros planetas. Bucead junto al suelo de los océanos y penetrad en el núcleo de la Tierra. Explorad cometas, astros y galaxias. Presagiad albas y vaticinad ocasos. Amaneced pertrechados de hitos nuevos. Escribid las obras más eximias de la historia. Componed una música que extasíe a las generaciones venideras. Derrotad el tiempo e inaugurad lo eterno. Sí, imponed vuestra voluntad sobre toda barrera que oscurezca vuestra perenne sed de crecimiento y desafío, pero jamás agotaréis el misterio del ser, el enigma de la vida, la grandeza del universo, la exuberancia de la razón y la vastedad del sentimiento...

XV. La existencia de Sísifo

Para el creyente, la existencia no se asemeja al absurdo ciclópeo decretado contra Sísifo. Trepa, sí, hasta una cima borrascosa y aguerrida, pero en la cúspide contempla un fulgor místico, bello y santo, cuya pureza desbordante le insufla esperanza y le inspira un recio amor hacia la vida. La roca que con tanta fatiga acarrea sobre sus espaldas extenuadas vuelve a caer, a rodar impetuosamente por faldas empinadas, pero el entusiasmo despertado por la convicción de que venerará de nuevo una luz sagrada, un rayo piadoso que le revele verdad, bien y hermosura, propicia que escale esas cimas doloridas con un vigor resucitado. Al igual que San Juan de la Cruz, corona el Monte Carmelo, pico ascético que custodia una luz infinita y redentora. No le inquieta reiterar este ciclo aparentemente inhóspito y deshumanizador, trepado por una concatenación interminable de ascensos y descensos a través de laderas escarpadas y de sendas agrestes, porque su corazón sabe que la vida terrena constituye un peregrinaje por caminos ambivalentes, iluminados con destellos de inteligibilidad pero oscurecidos por penumbras transidas de soledad, vacío y silencio: una prueba que el Altísimo impone para que sus criaturas predilectas aprendan a valorar los dones más elevados, y así se esfuercen por crecer en la inescrutable esfera ética, al amparo de afamados cielos de densas capas y franjas multicolores, imbuidos de limpidez y sabiduría, cuya diafanidad azulada estremece todo corazón honesto y expectante.

Ojalá también yo pudiera profesar una fe tan fortalecedora, sin que me turbasen pudorosas reminiscencias que evocan sombras fatales. Ojalá subiera confiadamente hasta los pináculos que acogen la rosa de mi propio Carmelo: el monte del arte, de la ciencia y de la creatividad.

Con el bálsamo de una devoción sabia por luces aún no imaginadas, hemos de sanar cualquier vestigio de temores ancestrales hacia lo desconocido. Los filósofos se preguntan por qué el ser y no la nada. Yo creo que el ser siempre vence a la nada, y pienso que el sol del sentido no cesa de amanecer en medio de las noches más aterradoras.

XVI. La entrega al mundo

¿Existe un sueño más bello y noble que el de ofrecer a lo invisible la totalidad del mundo humano, ese vasto reguero de trabajo y creatividad, pero también de dolor, de ríos que desprenden lágrimas y mugen gritos no consolados? ¿Qué proyecto más enaltecido que el de entregar a lo más elevado, a lo sobrenatural, a ese cosmos incognoscible del que sólo nos llegan tenues y deleitosos destellos cuando presenciamos el amor más puro, todo aquello de lo que el ser humano es capaz en virtud de su ímpetu creador, de su ansia inquebrantable por transformar los frutos de la naturaleza para edificar su propio mundo, su hogar más íntimo? Trabajar, consagrar nuestro esfuerzo, el tesón que cultivamos cada día cuando anhelamos perfeccionarnos; crear, propiciar que despunten todas las energías humanas, constituye la vocación más hermosa que asoma sobre la faz de la Tierra. Divinizarnos en el mundo y con el mundo nos permite crecer y palpar, aun frágilmente, la esfera de lo perenne. Hemos de alcanzar las más altas cimas humanas y desde ellas acariciar las nubes de la sabiduría, del amor y de la belleza. Trabajar, crear, entregar por completo nuestra vida, nuestra inteligencia, nuestra voluntad, nuestra fantasía, nuestro dolor, nuestra inquietud, nuestra soledad..., nos sana, nos recuerda que este mundo oscuro no es el definitivo, pues se alza un prado de gloria y misterio que la debilidad de nuestra imaginación jamás presagiaría, sólo revelado por corazones puros, por profetas sinceros, por santos en su sentido más profundo.

Que jamás nos desanime este mundo. Que este valle de lágrimas no nos inunde con su caducidad. Nosotros estamos llamados a pensar, concebir y amar lo eterno, el amor puro, la belleza cristalina y la sabiduría plena. Tenemos que metamorfosearnos en dioses. El sentido de nuestra vida radicaré entonces en desbordar por completo las rígidas fronteras de lo humano,

en vencer el gélido egoísmo que ensucia el alma para asir a todos los hombres y mujeres de la mano y mostrarles el paraíso, tantas veces escondido en impenetrables catacumbas, pero ahora perceptible en quienes se entregan abnegadamente a dulcificar el mundo y a enaltecer lo humano. Ellos son signos de la felicidad más insondable. Que un espíritu tonsure por entero su corazón como voto a lo invisible, y tribute su vida a mejorar el mundo y a diseminar luz y esperanza en la Tierra, ha de enorgullecernos, pues testimonia la hermosura más pujante que puede coronar nuestra especie. Debemos entonar una acción de gracias honesta por todos aquéllos cuyas vidas evocan que el corazón del hombre no se consumirá jamás en vanos egoísmos, en cavernas narcisistas que nos mancillen con sus sombras alargadas. Su sacrificio refleja que la muerte no detendrá la palabra última. En esos corazones fulgura la vida, la vida en su pureza, el anhelo más firme y bello de vida. La conciencia de que nuestra patria verdadera resplandece en el amor, en la belleza y en la sabiduría, nos infundirá una sonrisa perpetua. Nuestro rostro transparentará entonces pureza, serenidad, la trascendencia de un ofrecimiento solícito a los demás.

No, no he abdicado ante los capciosos empujes de la religión. Mi corazón goza aún de suficiente libertad como para no someterse a ningún credo. Aspira al cultivo del saber por sí mismo, sin sujeciones a férreas disposiciones dogmáticas que apagan el incomparable hábito de la creatividad. Sin embargo, mi estancia en Alemania, mi interacción con tantos profesores doctos y estudiantes generosos, mi profundización en los escritos legados por espíritus admirables, mi contacto con la ciencia, mi devoción por la poesía de Goethe y Schiller, mi búsqueda infatigable de esa perla camuflada tras las formulaciones teológicas de las grandes culturas...: todo me lleva a discernir una luz antes inaccesible para mis ojos. No debo llamarla religión, no debo parangonarla con la fe, no debo enclaustrarla bajo las oscuras y frías bóvedas de la superstición, aunque sí debo amarla. Su fulgor quizás colinde con la claridad del sentimiento, y probablemente obedezca a arcanas dinámicas que la ciencia escrute en un futuro no muy lejano, pero jamás negaré que me abrasa un fuego tenaz cuya cólera nada aplaca.

Arde mi imaginación con el ímpetu avivado por esta concatenación audaz de reminiscencias, ideas, delirios y deseos. De cada ínfima fracción del mundo, extrae mi mente todo un universo colmado de fantasía, sensibilidad y pensamiento. ¿No se detona un éxtasis embravecido de emotividad cuando contemplamos lo puro, lo amoroso, la gratuidad y el don? ¿No se desvanece mágicamente todo palpito de oscuridad, poder y servilismo? ¿No brilla entonces la felicidad, y fosforece una alegría efusiva que sepulta cualquier atisbo de desdicha? Sí, es demasiado bello, no apto para corazones pétreos y sordos ante los melodiosos compases del mundo. Su luz atempera mi abandono. Su música mitiga mi dolor. Su paz redime mi ignorancia.

Mi sueño estriba en edificar un mundo donde quepa el amor. Pero ¿acaso es posible satisfacer este ideal si la razón humana se emancipa definitivamente de toda reminiscencia de fervor religioso, de todo vislumbre de esa dimensión hipotética, pero inefablemente vigorosa, desde cuya luminosidad florece el árbol de lo incondicionado, de lo último, libre y purificador?

Nunca esclareceremos si subsiste una instancia trascendente al universo. “¡Concédeme fe!” - nos vemos tentados de suplicarle a Dios; pero el propio San Pablo nos recuerda que la mayor de las virtudes teologales posa sus piadosas alas sobre el lecho de la caridad: “¡Danos amor!” - impetremosle entonces a una luz oculta y desconocida...

XVII. Sobre el Profeta

Mahoma ha sido uno de los grandes genios de la humanidad. Si no, es imposible comprender cómo un conjunto de tribus que habían vivido sumidas en la barbarie, la soledad y la violencia consiguió crear, en poco menos de cien años, una de las civilizaciones más esplendorosas que ha conocido el mundo. El mensaje del Profeta hubo de infundir una profunda y duradera fuerza espiritual. No puedo aceptar que él sea sello de toda profecía, pues para mí el conocimiento de la verdad absoluta discurre por un cauce potencialmente infinito, en cuyas sendas anfractuosas la frágil inteligencia del hombre tan solo capta destellos débiles y desconcertantes de la plenitud, pero sí me veo obligado a admirar a Mahoma. En cualquier caso, sería un error creer que las enseñanzas dirigidas a una sociedad dividida y hostigada por la crueldad pueden aplicarse hoy. Rescatemos la entraña de sus palabras, la rosa y no la espina.

XVIII. A Siddharta Gautama, el Buda

Mientras el furor del ocaso enrojece la vastedad del cielo con el brocado de sus vistosas capas azafranadas, yo escucho el canon de Pachelbel y devoro una monografía sobre religiones del subcontinente indio. Me he detenido en el capítulo consagrado al budismo. El autor vacila sobre la pertinencia de aplicar el término “religión” para caracterizarlo. A mí también me embarga una fascinación tonificadora por este importante movimiento del espíritu fundado por Siddharta Gautama, análoga en intensidad a esa admiración honesta por las enseñanzas del Sublime que vibra en los escritos de Schopenhauer. El filósofo de Danzig vivió cautivado por la doctrina de la ascesis más profunda, de la noble renuncia a uno mismo, de la erradicación de la voluntad de vivir y de la anulación del deseo como claves para alcanzar la felicidad, la autenticidad y la plenitud: la indeleble fusión entre el ser y la nada. De hecho, el budismo *mahayana* profesa la posibilidad universal de que nos convirtamos en buda. El gran vehículo se extiende a todos y nos transporta a la iluminación. Pero aniquilar el *ego*, ¿no restaría riqueza a la realidad? Me enorgullezco de ser yo y no otro, porque un imperativo ancestral nos exhorta a amarnos también a nosotros mismos como cauce primordial para amarnos mutuamente.

Al igual que ocurre en el seno de las civilizaciones, las especies biológicas no tienden espontáneamente al cambio, y sólo lo hacen si experimentan graves desafíos externos que amenazan su supervivencia o provocan modificaciones sustanciales en su conducta típica. Una cultura suele permanecer dentro de parámetros relativamente estáticos, y por lo general opone severas resistencias a las alteraciones súbitas. Lógicamente, evoluciona impulsada por

sus propias dinámicas internas, pero estos procesos adolecen de una enorme lentitud, pues las inercias adquiridas son demasiado poderosas. Acontecimientos externos, ideas infusas, invasiones, desafíos, miedos, cataclismos, conversiones... son los fenómenos que con mayor vigor determinan el futuro de una comunidad humana. ¿No representaría una absurda pérdida energética abandonar la cómoda placidez conquistada si ninguna circunstancia externa nos conminase a acometer semejante desafío?

Todo en la naturaleza se rige mediante equilibrios similares a los termodinámicos, y la estabilidad energética constituye una pauta de comportamiento universal en prácticamente todos los estratos del universo. La humana es la especie que con mayores dificultades alcanza ese equilibrio. Su eterna insatisfacción (escasez de conocimiento, falta de amor...: esa esquiva idea llamada "felicidad") la impele a buscar incesantemente, a progresar irremisiblemente y a contentarse con momentos episódicos de complacencia. Como ocurre con la fugacidad del deleite erótico, todo gozo se encuentra condenado a disiparse rápidamente y a clamar por una dicha nueva. Esta angustia constante acelera el ya de por sí vertiginoso ritmo de la historia, sobre todo porque, conforme jalonamos cotas superiores de desarrollo, y más y más personas vienen al mundo y disfrutan de unas condiciones de vida antes inimaginables, la espiral de insatisfacciones aumenta de manera incontenible, y un número cada vez mayor de individuos pugna por saciar su anhelo de equilibrio a través de vías imperiosamente nuevas, ante el agotamiento que ofusca las antiguas.

Muy pocas almas discernen la felicidad verdadera en lo pequeño, en lo intangible. Muy pocas personas se desprenden de las pesadas vestimentas de Fausto y regresan a una cierta armonía con el cosmos natural. Muy pocos aprenden a limitar el radio de sus necesidades para, como moradores de una arcadia idílica, domesticar sus pulsiones infinitas y adueñarse de sí mismos. Aun así, reconozco que sin la audacia e insatisfacción de tantos, la historia se estancaría. El ideal humano apunta a una laboriosa síntesis de deseo y plenitud, al ansia de lo ausente combinada con el amor de lo que ya tenemos. Quizás nadie me fascine y enseñe tanto como Buda, el maestro que inundó el mundo con esa sonrisa inescrutable cuyos diamantes de generosidad, sencillez y misericordia revelan el brillo del cielo más hermoso, cobijado por una humilde higuera que acoge tiernamente al más puro de los corazones, como una ola perenne y suave que no deja de mecer el espíritu de quien aspira a conocer la verdad. Sin embargo, el hombre está llamado a transformar la Tierra, a entender y a crear.

Contemplemos el universo con los ojos santificados de Buda. ¡Qué oloroso el perfume del Sublime! ¡Qué luz diáfana bendice la faz de todo boddhissatva, de todo santo auténtico que incluso renuncia a la bienaventuranza suprema del nirvana por amor a sus semejantes, por solidaridad con el dolor que aflige al prójimo! Yo quiero aprender de ti, oh Buda, oh Sublime, oh corazón universal encarnado en un hombre concreto; yo quiero embriagarme de esa dulzura y de esa armonía que divinizan tu sonrisa incólume; yo quiero navegar por tu mar de sabiduría y amor eterno; yo quiero despertar a lo profundo a la sombra de una higuera que refleje el secreto de la vida, la alegría de quien ya no se encuentra condicionado por placeres, apetencias y egoísmos... ¡Cuánto quiero y qué poco obtengo, Buda, yo, condenado a caminar por las sendas de la Tierra hacia una meta incognoscible! Pero una voz ignota me llama a avanzar hacia el futuro, a subvertir el mundo y a enriquecer el espíritu con savia nueva. Un

pastor sin rostro dirige la vista hacia mí y me transmite fuerza infinita para perforar el universo con la mirada de mi sed sapiencial. Este fervor místico espolea mis energías; lo que antes dormía en lechos de silencio, se levanta ahora de ese sueño tan largo y, nutrido por la benevolencia de tu mutismo celestial, desea vorazmente perfeccionar el mundo, la historia, la totalidad de lo humano. ¡Es la sombra del deseo que vuelve a cernirse sobre mí, insumisa! Pero ni puedo ni debo rehuir esta bella rebeldía; como tú, sublime Buda, me despojo de la noche de los anhelos y penetro en el amanecer de la libertad, pues el hombre jamás escapa de este ciclo de querencias y anulaciones, sino que cesa de desear para luego ambicionar con un alma más inocente, honda y luminosa. ¿No deseaste también tú el nirvana? ¿No late en todo la huella ubicua del deseo? Es aquí donde habita mi espíritu, en esta encrucijada, en este mundo dividido que aún no vislumbra la plenitud, pero yo saboreo lo excelso en mi búsqueda inacabada.

Inhalemos entonces fragancias pacíficas cuya serenidad imbuya el alma de ese sentimiento de perfección que sólo los mayores ascetas y místicos han intuido en sus atalayas de quietud, claridad y mansedumbre, pero atrevámonos también a marchar hacia espacios inexplorados. Avancemos con la bondad y el sosiego que transmiten Buda y su séquito de bodhisattvas, con los frutos de esa iluminación que salva la mente aletargada del oscuro sueño de las apariencias vanas y cegadoras, pero no rechacemos una voluntad que nos exhorta incansablemente a aventurarnos por nuevos territorios.

XIX. A las almas bondadosas

No ocultaré que un mal atroz oscurece el universo, y dilacera la mirada con su manojó de chorros lóbregos y entristecedores, pero mis ojos también han contemplado la delicada luz de la bondad en algunos rostros. Las ideas se marchitan y las glorias pasan, pero el recuerdo de una persona buena es inmortal, pues su ejemplo nunca se desvigoriza, y siempre desentierra el tesoro más excelso e imperecedero que posee el espíritu del hombre. Una voz franca y profunda me dice que esa brisa, ese corazón, ese hálito de magnanimidad, refleja un destello capaz de trascendernos. Existen palabras que me han sobrecogido por su ternura, su generosidad y su grandeza. La claridad que resplandecía en estos corazones puros no ha de morir, porque sus labios no deben cesar de declamar vocablos fértiles, rayos cuya dorada suavidad me ha revelado el amor más aleccionador y atento.

Contra toda evidencia, contra la tiranía indomable que ejerce mi razón, no puedo aceptar que semejante efusión de entrega, la semilla del bien que almas bellas y anónimas han plantado en medio del dolor del mundo, se desvanezca en el inabarcable abismo de la nada para demudarse en polvo, soledad y silencio. Lo sé: ¡qué inútil esperanza cautiva mis sueños!; pero yo soy demasiado frágil; yo siento cómo me embisten las sinuosas llamaradas de un sufrimiento y una piedad inefables. Yo necesito amor, vida y justicia.

He buscado el sentido de la vida en el saber, desposado con el dios del conocimiento en indisolubles nupcias místicas, aunque tan solo he hallado ignorancia, infinitud, insatisfacción, misterio, muerte, egoísmo y desconsuelo. Creo que fue Comte quien, tras años

de confianza excesiva en el poder de la razón, sumido más tarde en un desconcertante arrebatado de fe en la viveza del sentimiento, afirmó que el hombre puede cansarse de conocer, pero jamás se cansa de amar.

Ojalá el conocimiento exonere a sus ovejas descarriadas, y su indulgencia las conduzca por la recta senda de la sabiduría. Los caminos que nos elevan hacia la verdad quizás sean infinitos, y nuestro deber estribe entonces en seguir la luz insondable que el amor enciende en cada uno de nosotros, imagen del íntimo ser de la vida...

XX. *Coincidentia oppositorum*

Yo me erijo en profeta de la superación del mayor número de dualidades, pero me parece que la división entre el bien y el mal es irreductible, una ley básica de la esfera moral, al igual que la disyuntiva entre el ser y la nada rige el orbe de la lógica y la dicotomía entre inercia y fuerza gobierna el cosmos físico. No cabe una *advaita*, una supresión que oblitere este desdoblamiento esencial del núcleo ignoto del ser, la reciprocidad y el poder. El espíritu no logra descorrer el denso velo de Maya que custodia el mundo de la pureza absoluta, de la limpidez y de la unidad no transitoria. Además, sin distinciones, negaciones y pares binarios, el conocimiento desemboca en una masa amorfa e indiferenciada en torno a la que es inviable reflexionar, investigar y avanzar. Obsesionada prematuramente por consumir una *coincidentia oppositorum*, la mente se esclerotiza en pueriles representaciones holísticas⁸⁰ que no se atreven a explorar la exuberante complejidad del mundo. Sin embargo, con prescindencia del anhelo de unificar lo diverso, la empresa del saber se revela estéril y sorda a uno de los deseos más sinceros del hombre. No podemos desprendernos de la mística, porque nos invita a crecer y nos infunde el irrevocable deseo de ser dioses y de franquear lo dado, eterno acicate que espolea el espíritu y despierta su pujanza adormecida. Soñemos entonces como alborzados niños o impetuosos primitivos; entusiasmémonos con lo cotidiano y alabemos la desbordante magia del mundo, pero analicemos el universo desde la frialdad de la razón. Dos

⁸⁰ Como las que Lévy-Bruhl atribuye a las culturas menos evolucionadas, impregnadas de categorías pre-lógicas, en su estimulante libro *La Mentalité Primitive*, publicado hace pocos años.

alas, la veneración y la inteligencia, han de impulsarnos a coronar la cima de la verdad, la hondura y la belleza. Sólo la divinidad armonizaría cabalmente progreso y unidad...

XXI. Sacerdote de la humanidad

Yo soy sacerdote de la humanidad, no un clérigo que ejecuta ritos constreñidos a una religión específica y monopolizadora. Mi credo es el amor. Proclama la pureza del corazón y profesa fe en la alegría, en la generosidad, en el existir compasivo que llena el mundo de luz y vivifica al hombre. Sólo necesita un sacramento: la bondad.

He interiorizado el espíritu ascético que debiera asumir todo sacerdote verdaderamente comprometido con los bellos ideales que asegura enarbolar, pero mi amor por lo incognoscible me impulsa a consagrarme a la humanidad entera, sin distinciones de raza, país o confesión. Yo brindo mi pensamiento a todos los que sufren, a los que lloran sin consuelo, a los que se esfuerzan por dignificar la vida, a los que trabajan sin reconocimiento, a los que exhalan paz y diseminan la luz del amor por la inmensidad de un cosmos ingrato, a los que impulsan la heroica epopeya del hombre sin otro premio que el dolor, la inquietud y el enmudecimiento, a los veleidosos pero huérfanos de significado, a los rostros alegres, a los hijos de la bondad, a los que presentan la otra mejilla cuando son abofeteados, a los que difunden esperanza en tierras inhóspitas, a los que siempre atesoran una palabra de benevolencia y magnanimidad en medio de egoísmos, soberbias e injusticias, a los que luchan por la libertad, a los que entregan su cuerpo y su alma a corazones ajenos y a espíritus desconocidos, a los que expanden las fronteras del saber, a los que quieren derramar el sagrado cáliz de los dioses sobre la dilacerada faz del mundo, a los que dirigen el vigor de su sutileza y de su ingenio a enaltecer el arte y a derrotar las inclemencias de la naturaleza, a los que aman la hermosura del universo y nos enseñan que contemplar el verde de los campos

regados infunde sentido a nuestra existencia, a los que estrechan en sus brazos a cuantos padecen las tribulaciones más amargas que cabe concebir, a los que ofrecen su hombro para ojos llorosos y almas endurecidas...

¡Humanidad, me obsequias con una luz indescriptiblemente pura: tú misma, tu propia miseria y tu propia magnificencia; tu todo, que es también tu nada; tu voluntad, tu zozobra, tu agonía, tu carencia: tu revelador anhelo de un don imposible y recóndito! Acopias un poder profundo que mueve el cielo y empuja la Tierra, luz que embriaga mi destino, y mi corazón pugna por tu sabiduría más honda, ávido de degustar la frescura que canoniza tus aguas, como esa cierva ansiosa de la que hablan los Salmos...

No, no pretendo reproducir la aventura funesta y megalómana que Comte abanderó con el emblema de una “religión de la humanidad”, porque jamás nos convertiremos en dioses, y no creo que merezcamos ese estatuto de “superhombres” suspirado por Nietzsche en sus sueños más abrumadores. La humanidad fenecerá, y toda luz sublime que haya despuntado desde su seno se extinguirá irrevocablemente. La humanidad es finita, y yo sólo ofrendaría mi alma a lo infinito. Venerar el rostro de la humanidad no me colma con la felicidad que mi corazón codicia santamente, pues nos debatimos en una perenne disyuntiva entre el bien y el mal. Asolados por ambivalencias, dualidades y esquizofrenias ontológicas, por vestigios de nuestra imperfección y reliquias de nuestro inexorable alejamiento de la auténtica patria del ser, jamás atisbaremos en el hombre indicios de plenitud. Yo clamo por un cielo más puro, resplandeciente y noble. Ignoro si es legítimo identificarlo con esa realidad evanescente que las religiones llaman “Dios”, y no confío en hipotéticos secretos iniciáticos salvaguardados por sectas, religiones o grupúsculos, porque si una verdad no resulta accesible a la razón y a la experiencia, no es digna de ser conocida.

Confieso que me invade un sentimiento de poder y grandeza ante el embrujo del intelecto humano. Sin embargo, en cuanto elevo mis ojos inermes hacia la cúpula donde reinan las estrellas, ebrias de luz y vida, farolas que despiden un fulgor tenue y desnudo, al amparo de ese silencio místico que pacifica la noche y de esas hebras plateadas que embellecen la Luna con las evocaciones de sus destellos límpidos, mi corazón se encoge, y una percepción de impotencia y empequeñecimiento me agita y desconcierta mientras desenvaina su cólera indoblegable. Mis sueños migran, como vívidas reverberaciones de amores escondidos, y en ese instante, en ese momento inaprehensible y huidizo, efímero pero desgarrador, ecos de condescendencia me musitan delicadamente: ¿quién eres?

Aspiro a abrirme a la trascendencia, porque la estrechez y la tortuosa monotonía de este mundo me asfixian. El eterno retorno a lo mismo me aburre, y ni siquiera las obras más sublimes fraguadas por el espíritu humano me satisfacen, pues han secuestrado ya demasiadas horas de mi vida sin revelarme esa verdad tan honda e inalcanzable que ambiciono. Sólo un rayo absolutamente puro, nuevo e innombrable, iluminado por finos esmaltes radiosos descendidos desde ese cosmos invisible que ha atrapado la fascinación de todo corazón inocente, lograría calmar mi angustia y saciar mi voluntad.

Busco una luz que me exceda, me sorprenda, me salve, y escucho una voz que me aguijonea con sus hirientes susurros: “Tú, imagen de Dios, ¿qué haces hoy para asemejarte a Él

y no ser un reflejo caduco de su gloria creadora?” ¡Hermanos míos, me oigáis o no!: yo forjaré un universo de belleza, amor y profundidad...